
La
ANDALUZA
Alissa Brontë

LA ANDALUZA

Alissa Brontë

Copyrig© Alissa Brontë 2026
3º Edición
Publicado de manera independiente

1ª edición Febrero de 2018

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimientos, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código penal).

Nota de la autora:

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Dedicado a mi marido, Álvaro. Gracias por ser mi fuente inagotable de inspiración.
A Beatriz Cortijo por creer ciegamente en esta historia de amor.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Andalucía, 1844

María había estado nerviosa durante todo el día, se paseaba de un lado a otro de la habitación maldiciendo esos ropajes tan incómodos que se veía obligada a llevar por ser una *dama* y envidiando los cómodos pantalones que podían usar los caballeros.

Con la ayuda de su doncella se había cambiado de ropa tantas veces que había perdido la cuenta. Al final, había optado por un vestido color vainilla que cumplía los requisitos de la última moda: las mangas eran anchas y largas y la falda, hasta el suelo, estaba cubierta por cientos de pequeños volantes en un tono más oscuro que el resto del vestido.

Con el miriñaque apretado hasta casi imposibilitarle la respiración, parecía no tener cintura y, el gran vuelo de la falda, ayudaba a hacerla sentir como una flor esperando ser cortada.

Susana había recogido su largo y oscuro cabello hacia atrás, acabando el peinado en una larga trenza en la que había colocado una preciosa horquilla con piedras de color ámbar en un lado.

Dudaba, una vez más, si cambiarse de nuevo cuando una de las criadas llamó a su puerta para indicarle que su padre la esperaba. Los invitados habían llegado.

María tomó aire y apretó los puños para darse ánimos mientras se dirigía hacia el salón caminando rígida por el pánico seguida de su fiel Susana, que trataba de tranquilizarla con susurros de aliento. Pero… ¡era tan difícil mantener la calma! Iba a conocer al hombre que la haría su esposa y apenas había cumplido los diecisiete años. Su padre le había informado que su futuro prometido había alcanzado ya la mayoría de edad, los veintiuno, tan solo cuatro más que ella.

Al menos su padre le había encontrado un prometido joven, lo que era un alivio, pues sabía de otras jóvenes que no habían tenido esa suerte.

Cogió una bocanada de aire y entró en el gran salón ricamente ornamentado con flores recién cortadas que lo impregnaban todo de un agradable aroma dulce y los mejores manteles y tapetes de los que disponían para recibir a su prometido en la gran casa solariega.

En seguida lo vio junto a su padre y la primera impresión fue positiva. El chico era alto, fuerte y muy apuesto. De oscuro cabello y ojos pardos. Llevaba un traje negro, camisa blanca y el pañuelo anudado del mismo tono oscuro que el resto del traje que se pegaba a su cuerpo dejando entrever la fuerte silueta. La camisa sobresalía del ajustado chaleco cuyos dos últimos botones llevaba desabotonados. María suspiró algo aliviada, al menos su padre la había prometido a un hombre joven y atractivo, y quizás, con el tiempo, llegase el amor. Junto a ellos, otro chico algo más joven y menos formado esperaba de forma discreta a un lado. Pudo advertir cómo el otro chico acompañaba a Susana a la cocina, por lo que le restó importancia y pensó que era un criado de su futuro prometido que había resultado ser una grata sorpresa.

Más relajada se acercó a su padre, que la presentó formalmente y pensó que, tal vez, podría ser feliz con ese chico que parecía triste y demasiado serio para su edad. No pasó inadvertido para ella que sus ropas, a pesar del lujo de las telas con las que estaban confeccionadas, se encontraban sucias y algo desgastadas.
La cena discurría sin sobresaltos hasta que Susana, sin pretenderlo, derramó un poco de agua sobre su prometido.

—Deberías tener más cuidado, ¡desgraciada! —gritó el joven con brusquedad mirando a la doncella con desprecio—. Si me disculpan, voy al baño a limpiar el imperdonable error que ha causado la criada.

En el instante en el que estuvieron a solas, María aprovechó para confiarle a su padre sus sospechas.

—Padre, no me agrada la actitud que muestra el duque.

—Solo son nervios por el compromiso, María. No ha sido para tanto.

—Papá... estoy segura de que él es así de… irrespetuoso. Es un lobo con piel de cordero. No deseo que sigas adelante con el

compromiso.

—Harás lo que se te ordene, María Isabella.

María, herida porque su padre no había atendido a su petición, decidió retirarse a su habitación. Caminaba por el largo pasillo que la conduciría a su alcoba cuando comenzó a escuchar gemidos y voces que cobraban fuerza.

Al llegar al despacho de su padre, María se topó con la escena que no hizo sino disipar cualquier duda; el joven duque con el que su padre deseaba desposarla era un animal salvaje lleno de odio e irascible. Como había predicho, era un monstruo que habitaba bajo un suave pelaje de oveja.

En un primer momento se quedó petrificada ante la escena que presenciaba. Su doncella Susana suplicaba que la dejara ir, mientras él la retenía, y las lágrimas se mezclaban con la sangre que derramaba su boca. El uniforme le caía ajado sobre los hombros, dejando al descubierto sus pechos que mostraban marcas por la fuerza empleada.

Su futuro esposo trataba con manos temblorosas de abrir las piernas de Susana que intentaba desesperadamente deshacerse de la bestia que quería violarla. Este golpeaba a la mujer para calmarla observándola con su mirada vacía y desprovista de humanidad.

—Debes pagar por lo que has hecho, ¡zorra! —gritaba mientras descargaba su puño, feroz como el martillo que doblega el acero, sobre su pobre doncella.

María no lo pensó, de haberlo hecho seguramente no hubiese tenido las agallas de usar su propio cuerpo como parapeto para escudar a su inocente criada de los golpes que el malnacido le propinaba.

—¡Detente! —gritó tratando de contener al hombre cuyos ojos estaban oscurecidos por la rabia.

Un sentimiento que sin saber por qué presentía que no era provocado por el error de Susana. Sin duda alguna, esa rabia era más antigua, venía de lejos.

Después de tratar de detener los golpes y advertir, desesperada, cómo hacía caso omiso a sus súplicas, enfurecida frente a él y dejando a su doncella de rodillas y temblorosa a sus

espaldas, le miró fijamente a los ojos desafiándolo. En el fondo, pensó con tristeza, al ser golpeada en su propia casa a la que había acudido a sentenciar su destino, seguramente, se libraría del compromiso.

—¡Se lo merece! Tal vez también tú...

María no dudó ni por un momento que, después de ese estallido de furia y fuerza, su padre fuese a seguir adelante con el contrato matrimonial. Sonrió al pensar que se había librado de pasar toda su vida junto a un bárbaro salvaje como ese. Era un animal y de seguro su comportamiento en todo sería como el de una bestia.

—Atrévete —susurró en contraposición a los gritos que él profería.

El joven la observaba jadeante, con el cinturón desabrochado y la camisa mal colocada. Se limpió la boca de la que goteaba un chorro de saliva por el esfuerzo. La miraba curioso, sorprendido y furioso. Aun así, parecía estar tratando de controlarse con ella.

María sonrió al pensar que se había librado de pasar su vida junto a una bestia salvaje como esa. Era un animal y seguramente todos sus comportamientos serían como los de uno. Su padre, después de lo que acababa de suceder, no podía seguir adelante con el contrato.

Eso le dio fuerzas y se irguió haciéndole frente, lo que lo desconcertó aún más.

La miró por un momento sorprendido, al siguiente tratando de recuperar el control sobre sí mismo, una templanza que al parecer se había visto afectada por el consumo libre de coñac.

Su aliento dulce y a la vez amargo le bañaba el rostro, pues los jadeos de la bestia la inundaban por completo.

La alimaña analizó de nuevo la situación, por un momento tembló y, María, lo vio en su mirada. Vio esas ganas de doblegarla, de darle golpes hasta que agachase la vista, pero el duque observó en ella una determinación difícil de aplacar. Supo que no era una chiquilla que se asustase fácilmente y por supuesto no tenía un espíritu que se dejase intimidar.

Su mano se alzó de nuevo y María pensó que iba a golpearla, después de todo, por insolente. Sin meditarlo demasiado, levantó

una mano hacia su rostro y dejó en él profundas marcas de sus perfectamente cuidadas uñas bajo la mirada atónita de la bestia.

María sonrió aún más, un amplio gesto que ocupaba todo su rostro. Provocándole.

Deseaba que la golpease, así pondría fin al futuro incierto que la esperaba. Pero el caprichoso destino no estaba de su lado, unas manos firmes aparecieron de la nada, agarraron a su prometido y lo alejaron de la habitación tan rápido, que María no estaba segura de lo que había sucedido.

—Pagarás por esto, *gata* —amenazó entre dientes mientras era arrastrado.

Cuando se percató de que todo había pasado, se giró y se arrodilló sobre su doncella que yacía sobre el suelo, asustada.

Sollozando.

Trató de calmarla, aunque no era la única necesitada de consuelo.

Cuando su padre entró en la habitación, alertado sin duda por el escándalo, los ojos se le iluminaron de esperanza, estaba segura de que su padre la consolaría, tan solo pensar en refugiarse entre sus amorosos brazos la reconfortaba.

Pero no fue así.

—Padre, ¿ha visto? ¡Tenía razón!

—María, no sé bien qué ha pasado, pero estoy seguro de que ha sido un error de un hombre demasiado joven, con demasiadas preocupaciones y demasiado dolor. Con el tiempo cambiará, seguro que templa ese temperamento. No voy a romper el compromiso por este *desdichado incidente*.

—No puedo creer que hable en serio, padre...

—Susana se lo buscó, probablemente haya provocado a Germán, ya sabes cómo son las mujeres de clase baja.

—¡No voy a casarme con él!

—¡Lo harás! Voy a concederte un año para que olvides y él aprenda a controlar ese carácter. —Esas fueron las palabras que sentenciaron su oscuro destino.

María no estaba dispuesta a ceder y sus súplicas continuaron durante días, pero tan solo logró alargar el inevitable fin, no se

desposaría dentro de un año, lo haría al cumplir la mayoría de edad. Tenía cuatro años por delante para asimilar la vida adusta y sin amor que llevaría. Cuatro años que la ayudarían a prepararse para lo que el destino había planeado para ella.

Después de todo, al parecer, no iba a tener tan buena suerte.

CAPÍTULO 1

María no era capaz de pensar en ninguna otra cosa, casi no era consciente de cómo el carruaje se movía de forma brusca por el camino de tierra, poco frecuentado, que la llevaba hacia su destino. *Su oscuro futuro*. Aún recordaba la primera y única vez en la que lo había visto. Aquella vez, en la que su padre se lo había presentado antes de cerrar el trato: Germán del Valle.

Ese era el nombre de la bestia a la que su padre la iba a encadenar de por vida en unos días. Iba en cabeza de la avanzadilla, para encargarse de los preparativos de la boda y conocerle algo mejor.

No lo deseaba. Sabía de él lo suficiente, que no tenía corazón, ni piedad.

Mantenía demasiado fresco el recuerdo de cómo había lastimado a su doncella, a su pobre Susana, por derramar sin querer un poco de agua, o eso fue lo que contó, aunque siempre había sospechado que había algo más que Susana no se atrevió a contar.

María se interpuso y él dejó de golpearla, estaba segura de que, de no ser por su intervención, Susana habría acabado muerta y ella también.

Lo único que lo detuvo, suponía, era que apenas tenía diecisiete años de edad. Eso y que si él la hubiese golpeado, nunca hubiese aceptado. Y, en realidad, no lo hizo: rogó, lloró y suplicó a su padre que no cerrase el trato, pero él hizo oídos sordos a sus objeciones, a su miedo.

El fuerte traqueteo del carro la obligó a agarrarse con fuerza al asiento del coche de caballos. Se asomó por la ventana y observó el camino despoblado, rodeado de montañas agrestes y solitarias, era hermoso y peligroso. Ahora se arrepentía de haber viajado sola, sin mas compañía que Susana, un viejo cochero y dos hombres que su futuro marido le había mandado muy atentamente para que tuviese un viaje tranquilo.

Debería haber llevado a su propia escolta.

Volvió el rostro hacia Susana, la pobre seguía tan aterrada por el recuerdo de Germán que había insistido en no acompañarla, pero le había resultado imposible dejar a su ama, y más tras las súplicas de María recordándole que la había cuidado durante tantos años que era más que una doncella, y por eso ahora María cuidaría de ella.

No iba a permitir que ese malnacido la volviese a tocar, lo había prometido sobre la tumba de su madre.

Desvió de nuevo la mirada hacia la espesura del bosque tratando de hallar los peligros que pudiesen ocultar. Últimamente las cosas en Andalucía estaban muy agitadas: sublevaciones, revueltas, bandoleros que no dejaban de asaltar diligencias *como la suya…*

Al menos, habían tenido la gran idea de crear ese nuevo cuerpo: « La Guardia Civil », que se encargaba de controlar los caminos y asegurar a las diligencias algo de seguridad.

Su padre alababa sin parar el buen hacer de los guardias civiles y al artífice de tal cuerpo, el duque de Ahumada.

Sin embargo, en esos momentos, ni la posibilidad de ser asaltada por el peor de los bandoleros le parecía a María algo tan desastroso como ser entregada a Germán del Valle como esposa.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó Susana con voz preocupada y entrecortada debido al movimiento del carro.

—No, no lo estoy. ¿Cómo estarlo, Susana? Mi padre me ha vendido a un hombre sin corazón. ¿Cuánto crees que tardará en golpearme como hizo contigo?

Las lágrimas de frustración, por no poder revelarse, golpearon con intensidad las mejillas pálidas de María.

—No llore, mi señora, yo estaré con usted, protegiéndola.

Una débil sonrisa adornó el rostro ovalado de María. Susana, siempre fiel y a su lado. Era una doncella impecable, responsable, atenta y, si olvidaba aquel desdichado incidente como le había obligado su padre a llamarlo, nunca había cometido ningún fallo.

María entendía perfectamente por qué Susana no dejó que el señor hiciese con ella lo que le placía; la asustaba. ¿Cómo no sentirse abrumada y empequeñecida al lado de ese hombre, que más parecía un toro por su gran envergadura?

Se llevó las manos al estómago, que se quejaba en silencio por lo que la esperaba al final del trayecto, y cada paso de los caballos era un paso más que la acercaba a su futuro desolador, llenando su corazón, gota a gota, de la amarga desdicha y el miedo que sentía solo al pensar en él.

Hacía cuatro años de su primer y único encuentro, ahora ya no tenía diecisiete años, había cumplido hacía dos meses, el dieciocho de agosto, los veintiuno. Ya era toda una mujer, o casi, pues su padre no cesaba de reñirla por su comportamiento tan poco femenino y su empeño en querer comportarse como un hombre.

—Eso no son cosas de dama —le había recriminado.

María había ignorado las regañinas de su padre, que no tenía más descendencia; era hija única y, desde el día en que ella nació, su padre la cuidó y acunó, pues su madre no sobrevivió al duro y difícil parto en el que casi ella misma se deja la vida.

Desde entonces, no había tomado otra esposa, pero ahora que ella estaba a punto de contraer nupcias era el momento adecuado.

Se revolvió incomoda ante el recuerdo, había suplicado a su padre, llorado, hasta pataleado como cuando a los cinco años se había negado a enseñarle a montar a caballo. Se había comportado de la misma forma caprichosa y escandalosa, aun así, en ese asunto no había sido capaz de ablandar el duro corazón de su padre.

—Te casarás con él —le ordenó—. Él puede cuidarte como te mereces, además de su inmensa fortuna, también es un hombre fuerte, noble y ahora los de nuestra clase escasean.

Presa de la desesperación por el destino que la aguardaba, había vuelto a increpar a su padre advirtiéndole de que su futuro marido seguro la maltrataría. Sin embargo su padre, de nuevo, había salido en defensa de Germán, instándole a perdonarle, alegando que era apenas un niño algo más mayor que ella, que esos cuatro años le habrían servido para madurar y templar su temperamento, pero María dudaba que Germán fuese a cambiar. Seguramente, la edad lo había vuelto más rudo, insolente y dictador.

La certeza de que ella tenía razón hacía que no fuese capaz de dejar de llorar, aunque, pese a su desdicha, en el fondo de su

corazón se ocultaba un secreto que la hacía sentirse en calma, segura. Pues, a pesar de la imposición y la negativa de su padre a que ella aprendiese cosas que eran de hombres, como disparar, le había desobedecido, y Antonio, el hijo de su mayoral, le había enseñado a escondidas cómo hacerlo. Antonio… ¡Su buen Antonio! El primer hombre que le había robado un beso. Fue tan dulce... un suave aleteo en sus labios. Contaban con quince años y eran muy amigos a escondidas de su padre, por supuesto, que no veía con buenos ojos las relaciones de la futura heredera con los criados.

María se dejaba llevar por el romanticismo que inundaba el mundo, lleno de héroes y sus hazañas. Para ella, Antonio podía ser su héroe, el que la salvase de las garras afiladas de la bestia.

Pero crecieron y la realidad la golpeó cuando Antonio dejó de mostrar algún interés por ella cuando conoció a una chica del pueblo, una de su misma condición social. Las visitas acabaron y la esperanza de María a ser salvada murió cuando él le explicó que ella estaba prometida y que no había lugar para él junto a ella.

A pesar del golpe que esto supuso para María, debía agradecerle que la hubiese instruido. Se había convertido en una gran amazona gracias a él y tenía una certera puntería.

Así, si debía hacer uso de un arma, lo haría y probablemente acertaría. Incluso había aprendido algunos buenos golpes, que Antonio le había enseñado, para defenderse de un más que probable ataque por parte de su futuro marido.

El coche se detuvo inesperadamente en seco y María salió disparada hacia delante, topándose con la pobre Susana que le sirvió de cómodo colchón, al atraparla y evitar un golpe mayor.

María se enervó. ¿Qué diablos le pasaba al cochero? ¿Acaso habían llegado? Y de ser así, ¿no sabía el conductor ser más delicado a la hora de frenar a los corceles? Abrió la puerta airada para pedir explicaciones a los hombres por su rudeza al detenerse cuando un disparo la paralizó. Detuvo a Susana, que la seguía muy de cerca, y se asomó con cuidado topándose con el espectáculo: tres jinetes sobre sus monturas obligaban a los hombres que las escoltaban a permanecer en el suelo sobre sus rodillas, con las manos en la nuca, mientras los encañonaban con grandes trabucos.

Los hombres llevaban los rostros cubiertos y las camisas con algunos botones sin abrochar dejando entrever el vello del pecho masculino, las botas hasta las rodillas habían conocido mejores tiempos.

Se frotó los ojos con fuerza, pues dudaba de lo que le mostraban, ¡existían! Había oído hablar sobre ellos, pero siempre pensó que todo lo que se contaba eran exageraciones, leyendas para entretener a los niños y hacer suspirar los labios de las tiernas damas, que imaginaban, una y otra vez, con ojos soñadores e inocentes ser atacadas por ellos.

Pero… ¡Eran reales! Tenía ante sus propios ojos la prueba.

Los tres hombres que la llevaban hacia el que sería su futuro hogar, permanecían postrados y con las cabezas agachadas, inmóviles, mientras los bandidos daban un salto grácil para abandonar sus monturas y acercarse más a ellos, posando las armas sobre la cabeza de estos.

La injusticia de la situación hizo que la sangre de María hirviese y que esta ahogase el leve grito que su garganta trató de liberar y que no pasó inadvertido por el más alto y fuerte de los tres, el que parecía llevar la voz cantante.

María ni por un momento agachó la mirada, ¡bastantes miradas bajas había ya! Observó con descaro a los hombres que las atacaban. Sabía que no era propio de una señorita bien educada, pero ante esa situación de riesgo, un riesgo real pues podían acabar con su vida entre otras cosas, estaba segura de que la educación no servía de mucho.

Era consciente de que lo más sensato era permanecer calladita e incluso subir al carruaje y tratar de pasar inadvertida, pero ya era tarde, su mirada descarada se había topado con la mirada afilada del jefe, o el que ella supuso que era el cabecilla de esa banda de desalmados.

Por un instante sopesó las posibilidades: podían robarle, golpearla, o incluso tratar de robarle la virtud y, si eso sucedía... tal vez su futuro marido la repudiara. Esa idea no le pareció tan mala después de todo, pero entonces cabeceó y se reprendió a sí misma por tener una ocurrencia semejante.

—¡Señora! ¡Vuelva al coche! —gritó uno de los hombres que la acompañaban.

María pensó que el hombre solo trataba de protegerla, pero había conseguido que las miradas de los dos hombres que los encañonaban se posasen en ella.

«Menuda forma de ayudarme», maldijo María en su interior, no dudaba que el hombre lo hubiese hecho con toda la mejor intención del mundo, pero parecía que había empeorado el asunto pues las miradas de esos hombres le parecieron más peligrosas que la dedicada por su caudillo.

El misterioso bandolero alzó la mano en un gesto que parecía ser algún tipo de indicación a sus hombres y se dirigió hacia ella, interesado. Era alto, muy alto, daba la impresión de que debía de medir más de un metro noventa y era fuerte. Caminaba de forma segura y decidida. Sí, sin duda era el líder de los otros. No solo lo parecía, lo decía con su forma de moverse. Le recordó a un felino observando a su presa. No podía verle el rostro con claridad, ya que llevaba un antifaz que le cubría parte de la cara, pero lo que podía ver le decía que era un hombre, como poco, atractivo. Labios gruesos, mentón cuadrado y firme, nariz recta y, hasta desde esa distancia, podía notar su barba incipiente.

En dos largas zancadas lo tenía frente a ella. Sabía que no debía, pero no pudo resistirse y alzó la cabeza mirándolo directamente a los ojos para descubrir que eran color miel con algunas manchas doradas.

Lo observó sin pudor, sin vergüenza. Con insolencia. No permitiría que él la amedrentara. No, no lo habían conseguido su padre ni el salvaje de Germán del Valle y no lo conseguiría él.

Él se sorprendió al notar que la joven era capaz de aguantarle la mirada sin temblar, directamente a los ojos y con insolencia, era extraño que una dama hiciese lo que muchos hombres fornidos no tenían el valor de hacer. Y ahí estaba, con sus ojos verdes brillando de orgullo, plantándole cara. ¡A él! Un hombre armado y peligroso. Quiso sonreír por la osadía de la menuda mujer, pero no lo hizo, estaba seguro de que, a pesar de no dar muestras de ello, en su interior, estaba asustada.

María esperaba no tener que hablar, si no seguramente el asaltador notaría la vacilación de su voz, así que optó por continuar con un escrutinio demasiado descarado para una dama de su clase. Observó que era joven, no debía de ser mucho mayor que ella, tal vez dos o tres años, pero no más, un hecho que la sorprendió.

Él continuó mirando a la joven, sus ojos bajaron a su boca, después hacia su cuello y la recorrieron de arriba a abajo, de la misma forma impertinente que ella lo miraba. Se detuvo, un instante, en su vestido oscuro que destacaba sobre la pálida piel de la mujer. Era un vestido sin mangas, pensado para sofocar el calor abrasador que los había castigado esos meses, probablemente el mantón para cubrirse estaría sobre el asiento, junto al abanico que divisaba desde allí.

El vestido se ceñía a su esbelta figura resaltando sus pechos que se agitaban acelerados y la pálida piel de los brazos invitaba a ser acariciada una y otra vez, sin descanso.

Cuando supo que su miembro no iba a soportar más la presión, dirigió su mirada a los ojos de la mujer de nuevo. No podía creer que no se achantara tras el profundo escrutinio, lo tenía hechizado, solo era capaz de preguntarse si su actitud bajo las sabanas sería igual de desafiante.

María seguía mirándole, inquieta. Ese hombre la había mirado de una forma muy intensa y se percató de cómo el vello de la nuca se le erizaba mientras el rastro de su mirada había dejado un camino de brasas por su cuerpo.

—Eres muy hermosa —susurró a su oído sin saber qué tenía esa mujer que le atraía con fuerza.

Su dulce aliento calentó la sangre de María, que pudo sentir cómo se le erizaban los pezones, avergonzándose de su reacción, pero no podía permitir que ese hombre pensara que la intimidaba. Así que volvió a tomar valor, apretando sus delicadas manos en un puño.

—No sé si debo darle las gracias, la verdad. No me parece muy correcto asaltar a una dama, encañonar a sus acompañantes y, para colmo, mirarla y tratarla con tanta descortesía. Así que,

caballero, guarde sus palabras lisonjeras para otra dama más incauta —dijo apretando los puños para no desfallecer.

La expresión del hombre no pudo disimular la sorpresa ante su reprimenda, y María agradecía para sus adentros que su tono hubiese salido normal y no estridente y tembloroso.

Él le sonrió y cogió una de las delicadas manos de ella, obligándola a soltar el puño que había hecho con ellas. Confundiéndola.

No sabía qué hacer ni qué pensar, ¿qué pretendía ese hombre? Trató de resistirse, pero le faltó fuerza de voluntad en el instante que él se llevó la mano delicada y temblorosa de la mujer hacia su boca para posar un dulce y sensual beso entre sus dedos.

María contuvo un jadeo cuando percibió la humedad de su boca atravesar el suave guante y notó cómo su boca se había quedado seca para concentrar toda esa humedad en un punto más abajo de su ombligo. Molesta consigo misma, se regañó por tener esas sensaciones tan vulgares. Era una dama, no una simple ramera.

Trató de retirar la mano en un gesto dramático y orgulloso, como se suponía que debía hacer, aunque la verdad era que deseaba gritarle que no parara. El extraño le agarró la mano con más fuerza y se la posó en el pecho donde notó, bajo la suave tela de la camisa que le cubría, el fornido pecho y el sonido acelerado del corazón del extraño asaltante que, para confundirla aún más, colocó una de sus fuertes y rasposas manos sobre la de ella mientras continuaba mirándola fijamente.

María estaba hechizada y era incapaz de dejar de mirarle, entonces, cuando pensó que nunca se desharía del encanto de esos ojos melosos, la mirada masculina se dirigió de nuevo a su boca, que se entreabrió liberando un suspiro contenido ya por demasiado tiempo, oportunidad que él aprovechó para apoyar sus labios sobre la boca de ella, dejando que su lengua se deslizase dentro.

No fue un beso tímido, un suave roce de labios como el que le había dado Antonio. Fue un beso hambriento, devorador. La besaba con toda su alma y ella notaba cómo el corazón del hombre latía más y más deprisa... ¿o era el suyo?

No supo en qué momento ni por qué le devolvió el beso. Dejó que su lengua se instalara cómodamente en su interior y la saboreara, mientras ella lo saboreaba a él.

Sabía a peligro, a tierra mojada después de la lluvia. Sabía a gloria, a libertad.

El inesperado roce de la lengua de la mujer lo sorprendió y lo excitó sobremanera. Su mano se aferró a la de ella y dejó escapar un gemido de rendición por ese beso que no esperaba respuesta.

Debía alejarse de esa mujer, sentía que podía perder la cabeza por una belleza como ella, ardiente y descarada y, en estos momentos, tenía otros asuntos más importantes en mente que solucionar. Así que, tan de repente como había empezado el beso, lo concluyó.

María se sorprendió por cómo había interrumpido el beso, pero lo agradeció, pues ella no habría sido capaz.

Quería más. Deseaba más.

A punto estuvo de reñirle de nuevo, pero, esta vez, por dejarla así de golpe atolondrada y con las rodillas temblando.

Cuando recuperase un poco la compostura tendría que fingir y hacerse la indignada. Se limpió su beso de los labios y le increpó:

—¡Mi prometido te matará por osar tocarme! —siseó. Fue lo único que se le ocurrió como amenaza.

—¿Y quién es tu prometido? —susurró mientras los demás los miraban con diferentes expresiones en sus rostros, que iban desde la incredulidad de sus acompañantes hasta el apoyo incondicional de los suyos.

—Germán del Valle —le escupió.

Por un instante vio algo, ¿dolor?, ¿confusión? Pero en seguida su expresión volvió a serenarse, sin darle la ocasión de averiguar qué había sido.

No podía creer lo que esa boca acababa de pronunciar, pensó que se le caía el mundo encima, ¿ella era la prometida de Germán? Con más motivo tenía que mantenerse alejado de ella.

—Dígale de mi parte que es un hombre muy afortunado —volvió a susurrarle junto a su cuello.

—No tanto como yo —contestó, aunque su voz había sonado falsa.

Él pareció notarlo y le preguntó en voz baja:

—¿Acaso usted no desea ser su esposa? —continuó con las preguntas mientras su mano se negaba a soltar la de ella.

—¿Acaso tendría otra opción? Tan solo soy una mujer. No puedo decidir mi destino aunque este sea convertirme en la esposa de un ser despreciable.

En cuanto hubo soltado su parrafada, se arrepintió. No tenía por qué hacer partícipe a nadie más de su desdichado futuro, menos aún, a un desconocido cualquiera que además la había tocado sin su permiso.

Él seguía con su mano entre la suya, aturdiéndola con su cercanía. No sabía qué hacer o decir. Tenía que dar la impresión de que se sentía ultrajada, pero no era verdad. Temblaba, sí. Pero no de miedo o indignación, sino de deseo hacia un hombre que no conocía y que la había besado de una manera ruda consiguiendo que ella le devolviese el beso de una forma que estaba segura no era propia de una dama. María percibió, otra vez, en los ojos del hombre ese sentimiento, y esta vez tuvo una clara idea de que era algo que le había molestado, incluso ofendido.

Él se dio la vuelta con reticencia, no deseaba irse y dejarla, y María, en su interior, deseaba que la raptase, que la llevase con él. Ningún destino podía ser peor al que la esperaba al final del trayecto.

—¡Hora de irse! —dijo a los otros hombres—. Ya tengo lo que quería —masculló a la vez que lanzaba algo brillante al aire que volvió a recoger al vuelo.

Tan confundida como estaba, no fue capaz en un primer momento de saber por qué ese brillo le era tan familiar. Hasta que miró su mano desnuda.

—Mi anillo… —dijo, pero no gritó, fue más un susurro.

El extraño hombre se giró y la miró con una pícara sonrisa dibujada en sus hermosos labios. Unos labios que la habían besado y hecho temblar, y que su cuerpo, estaba segura de ello, no iba a olvidar con facilidad.

—Pensaré cada noche en ti y en tus ojos verdes esmeralda.

María agachó la cabeza, avergonzada. El rubor teñía sus mejillas, pero también su interior. Su corazón latía alborotado. Él era amenazante, oscuro, peligroso, altanero y seguro de sí mismo, pero en el fondo de sus ojos guardaba secretos que ella estaba dispuesta a descubrir, aunque no fuese una posibilidad real. Su excitante aventura, la única que tendría en su vida, de eso estaba segura, había durado… ¿cuánto? ¿diez minutos? Y ese recuerdo, estaba convencida, la acompañaría durante toda su vida. Una leyenda más que contar sobre bandoleros.

Él alzó la mano y sus hombres lo siguieron hacia la espesura del bosque. Se volvió un momento y la miró sonriendo mientras besaba la piedra del anillo, justo en el momento en que desaparecía engullido por la inmensidad del bosque.

CAPÍTULO 2

«No puede ser cierto», pensaba Álvaro mientras, confuso, se adentraba en el bosque. De entre todos los carruajes, había decidido atacar al que llevaba a la prometida de su hermano. ¡A su futura cuñada! No pudo evitar sonreír ante la imagen de ella. Tenía un vago recuerdo de aquella niña que apenas comenzaba a ser una mujer, cuando la vio por primera vez y el impacto de sus ojos verde esmeralda había sido igual al de ahora. No, igual no, ahora había sido más intenso. Sus ojos habían brillado como fulgurantes estrellas compitiendo en belleza con la luna. Recordó con tristeza la envidia que sintió por la gran suerte de su hermano al ser prometido a esa belleza.

Se había convertido en una auténtica preciosidad. Y sus labios, sus suaves y carnosos labios, esos que acababa de besar, le habían hecho temblar las rodillas en el momento en que ella, por algún extraño designio del destino, había decidido devolverle el beso.

Había saboreado por un leve instante su boca, porque ella se la había ofrecido justo cuando su lengua había rozado la suya.

¡Menuda mujer! Podía sentir su pasión, su fuerza, su coraje… desde luego, María no era como la había imaginado, no era como ninguna mujer que conociera, era diferente. Una luchadora, como él.

Eso le recordó su tristeza, era evidente que no estaba feliz con el compromiso. No entendía muy bien por qué, pero suponía que María aún no había olvidado el desafortunado incidente.

Había pensado que al ser tan joven ella olvidaría, pero al parecer no era así, y tenía a su hermano por una bestia salvaje capaz de lastimarla con cualquier pretexto.

Tendría que trabajar sobre eso, ella se lo merecía. Su hermano no era ningún animal sin corazón, tan solo había sido un chico demasiado joven, con demasiado dinero y con demasiadas responsabilidades sobre su espalda.

¡Cuánto había sentido la pérdida de su padre y de su hermano Germán! ¡Los añoraba tanto! Había deseado desesperadamente formar una familia. Al principio, había pensado que a Germán la pena acabaría por abandonarlo, pero los días pasaron, las semanas, más tarde los meses, y su hermano nunca recuperó el carácter amable que lo distinguía de niño. Tal vez, solo tal vez, ella tuviera razón...

Volvió a mirar el anillo que le había arrebatado, ese mismo que él había enviado con los hombres de su hermano como regalo de bienvenida y de pedida para ella.

Sus hombres… ¡Menuda panda de cobardes! En cuanto tuviese la excusa perfecta, les iba a echar una buena reprimenda. No podía olvidar cómo habían temblando y cómo Julián, menudo cobarde, había llamado la atención sobre ella de forma intencionada.

Ya se las vería con ellos. Aunque no pudiese hacerlo como «El Caballero», lo haría por ser su señor, como lo era.

¡Cuánto se había reído! Le habían apodado así por sus modales de *caballero* y ninguno se imaginaba que él, Álvaro del Valle, era un marqués en realidad, aunque bajo el antifaz, solamente cuando lo llevaba, su verdadero yo salía a la superficie. Así que, el marqués Del Valle era a su vez el bandolero al que llamaban «El Caballero». Su hermano, el duque Del Valle, era un Grande de España y él, a pesar de ser un hijo ilegítimo, había sido aceptado por su padre cuando su madre murió y este lo trató con respeto. Todos se sorprendieron cuando al leer el testamento de su padre descubrieron que le había dejado algunas tierras, una considerable suma de dinero e incluso había convencido a su buena amiga, la reina Isabel, para que le concediera el título de marqués. No era un Grande de España, pero estaba en buena situación, aunque no tanto como para aspirar a ser el marido de María Isabella de Ayala, condesa de Lerma.

Así que era noble, pero se rebelaba contra ellos bajo la seguridad que le otorgaba su antifaz.

Nadie conocía su verdadero rostro, se había encargado bien de que la máscara, el pañuelo que cubría su pelo oscuro y rizado y el sombrero, lo enmascararan lo suficiente y, además, procuraba

llevar el pañuelo del cuello cada vez que podía, ocultando su boca y dejando a la vista tan solo su nariz recta y sus ojos castaños. Esperaba que fuera suficiente para seguir manteniendo su identidad en secreto.

—Caballero, parece que la morena insolente te ha conquistado —dijo entre risas el Gato, uno de sus hombres.

—Soy un hombre, un desalmado bandolero, ¿qué esperabas, Gato? No iba a resistirme a esa hermosa mujer, además, creo que ha aprendido la lección y que la próxima vez permanecerá callada —contestó sin ser realmente cierto, pues su orgullo y descaro lo habían impactado, pero debía actuar como se suponía que actuaba un bandolero.

—Esta semana no hemos conseguido mucho. Al menos ese anillo que le has robado tan educadamente nos dará algunas monedas —dijo el Largo, el otro hombre que los había acompañado.

—Sí, tenéis razón. Esta semana ha sido dura, es por culpa de esos nuevos guardias civiles, son más molestos que un grano en el culo. Han aparecido en casi todos los asaltos —respondió con el sabor de María aún en sus labios.

—Parece que, después de todo, hacen bien su trabajo. Vamos a tener que planear mejor nuestros asaltos —se quejó el Gato.

—Tendremos que ser más cuidadosos y más listos que ellos —susurró. Y continuó el camino en silencio, perdido en sus divagaciones. Llegaron al campamento donde se reunían al final de cada jornada.

La luz de la pequeña hoguera resplandecía. Ya había entrado la noche, el sol se ocultaba perezoso entre las agrestes y rocosas montañas, coloreando el paisaje de tonos rojizos y violetas. Los hombres cocinaban un guiso en el perol que olía de maravilla, le encantaba esa sensación de libertad que solo encontraba en el campamento. El rasgueo de las guitarras que susurraban confundiéndose con el aire, el aroma a romero y tomillo mezclado con el del clavo y el pino.

La vida en aquel pequeño rincón era agradable, relajada. Era el único lugar donde había encontrado algo parecido a la familia que anhelaba. Suspiró, no deseaba entregar el anillo, sabía que debía

hacerlo, pero lo quería conservar; no era falso lo que le había dicho a María. Cada vez que lo mirase, recordaría esos increíbles ojos verdes. Esos ojos que esa misma noche podría contemplar de nuevo cuando la encontrase en su casa.

Se dio cuenta de que sería una tortura verla cada día, sin poder tocarla o besarla otra vez, y, más aún, se sentía un monstruo por desear a la que se iba a convertir en la esposa de su hermano. Decididamente, vivir al lado de tan deliciosa y rebelde mujer iba a ser una tortura. Una hermosa tortura.

Los hombres se juntaron alrededor de la hoguera e, impacientes, dispusieron sus respectivos botines en una manta sobre el suelo, ninguno alcanzaba el valor del anillo que había despojado a María, así que, como jefe de su banda, se encargaría de vender las joyas y repartir entre sus hombres los reales correspondientes. Lo demás sería repartido entre los más necesitados del pueblo.

Pero, esta vez, se guardaría el anillo y él pondría las monedas de su propio bolsillo como lo hacía en las ocasiones que el botín no era suficiente.

Entre risas, provocadas en su mayoría por la recaudación conseguida, hubo tiempo para que los hombres que habían acompañado al Caballero: el Gato y el Largo, contasen bajo la luz de la candela a los demás cómo su jefe se había aprovechado de la inocente dama a la que habían robado la valiosa joya.

El Caballero dejó que sus hombres contasen el asalto con todo lujo de detalles sin interrumpir y sin desvelar que, en verdad, el duque Del Valle, del que hacían chistes tales como que un «bandolero había hecho temblar a su futura esposa» y «que después de ese beso la dama suspiraría por el Caballero en vez de por su futuro marido», era en realidad su propio hermano.

Y si lo miraba desde el punto de vista de sus hombres, tendría un serio problema si de verdad la prometida de su hermano se había enamorado de él por un simple beso, habría jugado una mala pasada a su único familiar si bien había sido sin mala intención. Pero no eran más que tonterías, ¿quién se enamoraba por tan solo un beso? Delicioso y abrumador, pero solo un beso.

Aun así, de repente le asaltó un extraño sentimiento, que fuese otro en vez de su hermano el que hiciera suspirar a María no le agradaba, aunque ese otro fuese «El Caballero». Y ¿qué derecho tenía él a sentir celos de sí mismo? Él, que la había asaltado en mitad de su camino cuando se dirigía a la casa de su futuro esposo y no contento con ello la había besado; se sentía un perro traidor.

Pero ¿cómo luchar contra sus instintos? Su primer impulso al ver a una belleza salvaje como la que poseía María había sido no oponer resistencia a su atracción por ella, pero qué sorpresa cuando la mujer lo amenazó en nombre de su hermano. Casi estuvo a punto de reírse por lo absurdo de la situación y también se ofendió, cuando ella había descrito a su futuro marido como una bestia que podría causarle algún daño.

Con esa frase quedó de manifiesto que ella aún conservaba fresco en su recuerdo el desdichado incidente que ocasionó su hermano la primera y única vez que se vieron.

Debía regresar a su hogar, pues lo más probable era que su futura cuñada estuviese ya acomodada y esperando pacientemente a que algún Del Valle la recibiera, y como su hermano no se encontraba en esos momentos en la hacienda, sino de negocios en la Villa, a él se le había encomendado lidiar con la *gata salvaje*, como la llamaba su hermano, pues este tampoco había olvidado los arañazos que le ocasionó en el rostro al proteger con su cuerpo a su doncella.

Álvaro sonrió, desde luego, ella no era una mujer para Germán. María debía pertenecer a alguien que pudiese ofrecerle todo lo que necesitaba: pasión, deseo y vida.

Con Germán, que no estaba contento con desposarla, se aburriría enseguida. Además de no desear tenerla en su vida, tenía un carácter peculiar y, que él supiera, no era muy dado a los placeres sexuales. Sin embargo, él… Cabeceó frustrado, no estaba bien pensar esas cosas de la que sería su futura hermana política. Debía respetarla, aunque ya fuese un poco tarde para eso, pues había probado la fruta prohibida, y… ¡Oh, Señor! ¡Qué dulce sabor escondía!

CAPÍTULO 3

Tras la marcha de los bandoleros, los hombres que las acompañaban trataron de recuperar algo de dignidad y fueron a preguntar a las mujeres cómo se encontraban. María subió al coche sin hacerles demasiado caso, estaba enfadada consigo misma, furiosa. No dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido, ¡no podía creerlo! Se había quedado allí… ¡Inmóvil! No habría podido moverse ni aunque su vida dependiera de ello, ese hombre, rudo y atractivo, la había besado de una forma salvaje. Nunca había escuchado a ninguna de las damas con las que se reunía describir un beso de esa manera.

¡Y su lengua! Cuando su lengua se había introducido en su boca llenándola, no solo de carne suave, sino de pasión y de un calor que había nacido en su vientre y se había ido extendiendo lentamente por su cuerpo a la vez que se intensificaba el beso, arrasándola.

Ese hombre la había besado de una manera voraz que había acabado con cualquier inicio de protesta que se hubiese planteado hacer.

Aún se deleitaba con el sabor picante del beso que palpitaba en sus labios. En un acto inconsciente, se llevó una mano a sus propios labios, como para cerciorarse de que el beso no estaba ahí, que era tan solo su recuerdo que percibía tan real porque su mente se negaba a dejarlo escapar.

—¿Se encuentra bien, mi señora? —escuchó la voz dulce y preocupada de Susana—. No se preocupe, sin duda, su futuro marido vengará tal deshonra —terminó airada.

María agachó la cabeza y, fijando su mirada esmeralda en sus manos, sintió una leve punzada de dolor en su marchito corazón, su futuro marido... solo con pensarlo, se sentía tan infeliz...

En esos momentos odiaba a su padre. ¿Cómo había podido venderla a semejante bestia? Solo para deshacerse de ella.

No la quería, no podía quererla si le desea como marido a una bestia salvaje. Miró sus manos desprovistas del anillo de pedida que ahora se lucía sobre los guantes y que él se había llevado de su dedo, envuelto por los suaves guantes negros, a juego con su vestido. Un color muy apropiado, pensó. Ya que para ella estaba de luto por su propia muerte. Una muerte en vida, junto con el hombre que odiaba desde el mismo instante que lo conoció.

Al menos tendría, gracias a ese extraño y arrogante asaltante, un recuerdo para hacerle sus frías noches más ardientes. Nunca olvidaría ese beso, cómo se había estremecido y cómo sus piernas habían temblado como si estuviesen hechas de plumas, mal colocadas unas sobre otras, a punto de desplomarse.

Sus manos ahora sostenían su vientre, sentía un gran vacío en su interior, un agujero que nada podría llenarlo de nuevo salvo, tal vez, los besos de ese extraño bandolero.

Cuando el carruaje por fin se detuvo a las puertas de la gran casa solariega, se dignó a admirar el paisaje.

Debía reconocer que el marco era incomparable. El cielo brillaba con un azul tornasolado, no había apenas nubes que lo empañaran y las primeras estrellas que se atrevían a aparecer brillaban suavemente sobre un hermoso paseo de altos y frondosos pinos que lo llenaban todo con su aroma delicioso.

La verja oscura llevaba, en su parte superior grabado en forja, el nombre del que a partir de ahora sería su hogar: *La andaluza*.

Pudo ver a lo lejos, al final del gran paseo de árboles, cómo se levantaba la gran casa blanca de techos terracota. Admiró los jardines cuidados al detalle y observó el campo verde y amarillo que la rodeaba. Al menos el sitio era agradable, así que, si no le gustaba mucho la compañía de su marido, como se temía ella, se podría distraer trabajando en los jardines o montando a caballo, quizás, con suerte, a su marido no le importase nada de lo que ella hiciese y le permitiera incluso practicar el tiro.

El carruaje se detuvo de nuevo. La puerta se abrió y uno de los hombres la ayudo a bajar y el otro hizo lo propio con Susana.

Una vez las damas hubieron descendido, los hombres se dispusieron a bajar el equipaje de las mujeres y llevarlo a sus respectivos aposentos.

En la puerta, un hombre que supuso que era el mayordomo, acudió a darles la bienvenida.

—Bienvenida, señora —saludó amablemente—, mi nombre es Juan. A su servicio —se presentó mientras se inclinaba en una estudiada reverencia—. Ana las guiará a sus aposentos —continuó.

María no pronunció palabra alguna, estaba aún enfadada y no deseaba que ese hombre amable sufriera las consecuencias, así que tan solo inclinó la cabeza asintiendo para dar las gracias y observó la entrada de la casa. Una majestuosa escalinata adornaba el gran salón de la planta baja, sin duda, ideado para celebrar grandes fiestas. Del alto techo abovedado una lámpara de araña colgaba y los cristales brillaban descarados para ser el centro de atención. El suelo de mármol blanco estaba reluciente y María notó que podía ver su reflejo. Lo que vio de la casa le agradó, al menos, estaba muy aseada. Suspiró profundamente para infundirse valor y siguió a la corpulenta chica que las esperaba para guiarlas a su habitación.

Pudo observarla mientras la seguían a lo largo de la gran escalinata a la planta superior. Advirtió con disgusto cómo sus caderas se contoneaban sin ningún recato. Su melena oscura caía salvaje tapando parte de su espalda, cumpliendo la función que no hacía su camisa, que colgaba ajada sobre los hombros.

«¿Cómo puede el servicio presentarse de esta forma y sin uniforme?», se preguntaba María escandalizada por el poco decoro que mostraba la doncella, que se asemejaba más a una mujer de mala vida que a la doncella de una hacienda como esa.

Tendría que hablar con el duque. Un hombre de su posición debía, al menos, comprarles uniformes a su servicio.

—Ana, ¿verdad? —preguntó María.

—Así es, mi señora.

—¿Por qué no llevas uniforme? —increpó seria.

Ana no la miró sorprendida, aunque sí avergonzada. Comprendía por qué su señora le hacía esa pregunta. La misma que se hacían todos los sirvientes cada día, pero ¿podía decirle a su

recién estrenada patrona que su señor las prefería vestidas como furcias que como doncellas?

Al no estar segura, se acomodó la camisa sobre los hombros y se colocó la melena castaña tras ellos, para que pareciese más recogido.

Volvió a mirar a su señora a la cara y se percató de que esperaba una respuesta, por lo que decidió contestar.

—Mi señora, no disponemos de ellos —musitó con la mirada agachada, pues la situación la había incomodado.

—Está bien, Ana. Lo hablaré con el señor. Mientras, trata de llevar algo más decente, por favor.

—Sí, mi señora —susurró—. Esta es su habitación, justo a su lado, la más pequeña, es para su doncella.

—Muchas gracias —dijo María—, y por favor, Ana, ¿podrías prepararme un baño?

—Sí, señora. Ahora mismo.

Ana se marchó a preparar el baño a su señora mientras Susana deshacía el equipaje y se encargaba de colocarlo todo en su lugar.

En su espera, no pudo evitar volver a deleitarse con el sabor de ese beso robado, que aún seguía anclado en sus labios y en su aliento.

Una vez se sumergió en el agua humeante, se relajó. Sentaba bien después del largo viaje notar el cálido líquido desentumecer sus agarrotados músculos. Era casi la hora de la cena y, la verdad, agradecía que él no hubiese estado para recibirla, ni siquiera sabía dónde se encontraba, seguramente tenía cosas mejores que hacer, como atender sus negocios o, tal vez, entretenerse entre las piernas de alguna furcia, pero eso a ella no le importaba en absoluto. Mejor. Así tendría tiempo de revivir de nuevo ese beso. El beso de su bandolero misterioso.

Apenas había podido ver algo de él, ¿sería tan atractivo sin la máscara? Pero ¿para qué quitársela? Así era más interesante, mucho más romántico, sin conocer en realidad la identidad de su asaltante.

Suspiró, cerró los ojos y se dejó envolver por la calidez del recuerdo de los besos de él sobre la boca de ella.

El Tuerto esperó lo suficiente para no levantar sospechas y se escapó del campamento en cuanto el Caballero lo hubo hecho.

Cabalgó tan rápido como su semental le permitió y solo detuvo el paso cuando divisó en el camino su lugar de reunión.

La puerta se abrió después de golpear con los nudillos y el Tuerto se encontró con el espectáculo repulsivo de cómo su ebrio jefe se divertía entre las piernas de una fulana tratando de conseguir un placer que, por sus resuellos apagados, no llegaba.

—Dame... cinco minutos... más —jadeó con la barbilla llena de saliva.

El Tuerto les dio la espalda, por lo que no podía ver nada, pero sí escuchar la urgencia de su jefe y la incomodidad y aburrimiento de la ramera.

Tras la imagen que se había grabado a fuego en su mente, esa noche al menos se había quedado sin ganas de darse un revolcón con alguna de las muchachas del burdel una vez finalizada su tarea.

—¿La *gata* ha llegado? —preguntó resolloso.

—Sí, uno de mis hombres me lo ha confirmado.

—¿Ha llegado sana y salva?

—Sí. Aunque ha sufrido un pequeño encuentro por el camino con algunos de los nuestros.

—¿El Caballero?

—El mismo.

—Está empezando a convertirse en un molesto grano en el culo, vamos a tener que extirparlo.

—No dude ni por un momento que no lo deseo con apremio —siseó apretando la daga que llevaba oculta en la cinturilla de su pantalón.

—Hay que esperar el momento y la ocasión, pero puede —se interrumpió para dejar escapar el gemido que anunciaba que había alcanzado su placer— que podamos matar dos pájaros de un tiro.

Al escuchar el ahogado gemido y las palabras de su jefe, el Tuerto sonrió aliviado. Deseaba deshacerse de ese estúpido *Caballero* que no tenía agallas para dejar su rostro al descubierto y

que osaba repartir parte de las ganancias con los más necesitados privándole de parte del botín.

Si no hubiese perdido el ojo en ese desafortunado accidente no habría estado en desventaja al retarle ganando el enfrentamiento.

—¿Regresareis a la hacienda? —inquirió el Tuerto.

—No, no me apetece para nada estar encerrado en la casa con la *gata* —masculló mientras acariciaba las marcas que la mujer había dejado en su rostro grabadas de por vida—, preferiría que desapareciera antes de regresar, así mi coartada sería más sostenible, pero me temo que no va a poder ser...

—Podría regresar y disfrutar de ella antes de que desaparezca. Los hombres regresaron y creen que esa *gata* es una mujer muy atractiva.

—¿El Caballero también lo cree?

—Es lo que dicen los hombres, incluso él parecía estar afectado por ella. La besó.

—Quizás —siguió mientras apretaba las manos en sendos puños, pues no le había agradado la noticia— tenga ahí mi oportunidad. ¡Déjanos solos, zorra! —espetó a la mujerzuela que salió tras recibir sus reales y un sonoro cachete en el trasero dejándolos solos en la habitación—. Tenemos que hacerlos desaparecer Tuerto. Son un estorbo para mí —explicó mientras se abrochaba los pantalones.

—¿Por qué no rehúsa el compromiso si es una tarea tan desagradable? No sería la primera vez que sucediese algo así.

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a renunciar a la suculenta dote que recibiré el día que me despose? Su padre, a cambio de convencerme de atrasar la boda para que olvidase el desafortunado incidente, me ofreció el doble de lo convenido. Así que, mi buen amigo, habrá que hacerlo de otra forma… No sería raro que la asaltaran de nuevo bandoleros, ¿no crees? Además, de repente me han entrado ganas de disfrutar una noche de la *gata* —se regodeó al imaginar bajo su cuerpo el espíritu doblegado de la mujer.

—Ven, sígueme, me apetece ganar algunos reales y puede que azotar a alguna ramera disponible.

El Tuerto sonriendo siguió a su jefe, encantado de participar de esas fechorías de las cuales sabía que saldría indemne.

CAPÍTULO 4

Álvaro debía regresar a *La andaluza*, como la había llamado su padre en recuerdo de su difunta madre. Su madre, Lola, a la que no llegó a conocer, pero de la que tenía muchos recuerdos gracias a su padre. Este le había contado que no había conocido a otra mujer como ella, por eso la amó hasta su muerte a pesar de no ser su legítima esposa. Y por esa misma razón bautizó la hacienda con ese nombre, un homenaje a su madre, a pesar de la negativa de su esposa.

Hasta el momento nunca había conocido a nadie que se la evocase, sin embargo, ahora, a pesar de apenas haberla visto y de no conocerla lo suficiente, María le recordaba a ella.

Su fuerza, su coraje, esa manera de no dejarse amedrentar por él, ni siquiera por un hombre armado, peligroso, más grande y fuerte que ella…

Había visto cómo sus ojos verdes parecían carbones ardiendo por la intensidad que desprendían… ¡Cómo había disfrutado del beso! Lo había deseado desde que sus miradas se cruzaron sin saber que era ella la mujer que iba a pertenecer a su hermano.

Cuánto había cambiado aquella chiquilla que lo miró horrorizada mientras se tapaba el rostro pensando que iba a golpearla. Igual que había hecho su hermano con su doncella.

Se arrepintió tanto después por no haberla consolado, pero era apenas un niño que se encontraba perdido y bajo la tutela de su hermano. Sin saber qué hacer y confiando tan solo en Germán, su sangre.

Ni siquiera tenía claro a qué mundo pertenecía, si al de su difunta madre o al de su fallecido padre. Sentía que a ninguno realmente, y por eso andaba perdido a la deriva de su extraña vida, sin saber a cuál puerto anclarse.

Tampoco podía esperar más de Germán, destrozado tras la muerte de su padre y después hundido cuando su madre se quitó la vida arrastrada por la pena.

Así fue cómo se vio enredado en asuntos de bandoleros, se había introducido en ese mundo para tratar de descubrir quiénes habían participado en el fatídico accidente que le costó la vida a su padre y en el que Germán casi pierde la suya, para así hacer justicia.

Ahora no podía abandonar ese mundo hasta descubrir quiénes y por qué. Al menos, le debía eso a su padre, había sido todo para él. Sin tener en cuenta la reticencia de su esposa, su padre le había ordenado a todos que lo tratasen como a un igual, le dio su nombre a pesar de ser el hijo de una plebeya, le había amado y educado en igualdad de condiciones junto con Germán. Aunque debía reconocer que le daba miedo descubrir quién podría estar tras ese asunto, pues había surgido un gran afecto entre ellos. De nuevo se sentía entre dos aguas, al igual que sus sentimientos encontrados por María.

No había podido dejar de pensar en ella ni un solo instante y se sorprendía a sí mismo, con los dedos sobre sus labios, recordando su sabor.

Llegaba tarde, seguramente, María habría tenido que cenar sola, pero no había podido escabullirse antes. Casi había llegado a las inmediaciones de la casa cuando se percató de que aún iba vestido de bandolero. Se detuvo e improvisó un hueco en la tierra donde escondería sus ropajes de forajido.

La camisa y el pantalón podían disimularse, pero no el antifaz.

Cuando procedía a deshacerse de la máscara, que apenas notaba pues era ya una parte de su piel, la vio. Paseaba tan solo acompañada por la luna que parecía sonreír al verla y por las estrellas que adornaban todavía más su belleza, otorgando a su oscura cabellera brillos plateados.

Era una mujer muy hermosa. Verla moverse entre la oscuridad le hizo recordar el beso y el fuego que le habían hecho sentir, deseándola de nuevo.

Tal vez... si su hermano la ignoraba y se buscaba alguna amante, él podría ofrecerle un hombro sobre el que llorar, unos brazos para consolarla, una boca para besar…

Debía dejar de pensar en ella de una maldita vez o los raídos pantalones iban a agujerearse por la entrepierna que le tiraba con

fuerza y apremio. Era la prometida de su hermano y se mantendría apartado. No podía permitirse el lujo de seguir teniendo esos pensamientos, no eran propios, a pesar de no poder evitar sentir lo que sentía.

Una idea cruzó por su mente, quería saborear de nuevo un beso de ella. Un beso salvaje y apasionado que nunca obtendría siendo el marqués Del Valle, así que se internó sigilosamente entre la espesura de los árboles y decidió asaltarla en su paseo nocturno de nuevo.

Era consciente de que no estaba bien, pero se prometió que sería la última vez. Solo una vez más y guardaría el recuerdo para siempre enterrado en su corazón, mientras observaba cómo pertenecía a otro hombre. Ese pensamiento le lastimó más porque ese otro hombre era su hermano.

María paseaba para aplacar sus nervios contemplando el hermoso paisaje que la rodeaba, el aroma a pino era más fuerte en la quietud de la noche, el aire lo arrastraba y lo bañaba todo con esa fragancia que tanto le gustaba, el cielo era claro y limpio y las estrellas brillaban como lejanas luciérnagas inalcanzables. No dejaba de pensar en lo poco cortés que había sido el duque Del Valle en no presentarse si quiera para la cena, ella entendía que pudiese tener compromisos que no pudiese deshacer para recibirla, pero ¿a estas horas? La única clase de compromiso que se le ocurría que pudiese tener llevaba faldas que se levantaban con demasiada facilidad y camisas que se bajaban de igual manera. De todas formas, no entendía por qué se atormentaba, ella ya sabía que no iba a tener una vida feliz siendo la esposa de semejante salvaje. ¿Qué importaba? La verdad es que la diminuta semilla de esperanza de que tal vez él con la madurez de los años hubiese cambiado, se había marchitado del todo después de su llegada a *La andaluza*.

—No debería pasear sola a estas horas, señorita, es peligroso —susurró una voz suave y profunda a su espalda.

María se tensó, perdida en sus pensamientos no había escuchado a nadie acercarse y no sabía qué esperar. ¿Quién sería? Aunque el vuelco acelerado que dio su corazón al escuchar esa voz penetrante parecía ser una pista más que suficiente. ¿Cómo la había

encontrado? ¿La habría seguido? ¿Para qué? ¿Deseaba robarle más joyas? Tan solo portaba unos pequeños pendientes de plata con un zafiro, unos que habían pertenecido a su madre y de los que por supuesto no estaba dispuesta a deshacerse.

Lentamente se giró para toparse con la oscura mirada de su asaltante. De nuevo apretó las manos para darse un valor que había huido y que ella no estaba dispuesta a demostrarle que sentía.

—No debería serlo, pues me encuentro dentro de los límites de las propiedades de mi prometido —especificó tratando de amedrentarlo.

—Lo es. Esta zona está llena de bandoleros —susurró cortando la noche.

—Puedo verlo con mis propios ojos —contestó sin dejar que él la cohibiese.

Debía parecer fuerte, aunque sintiese que podía desvanecerse en cualquier momento como la bruma temprana.

—Su prometido debería cuidar mejor de una flor tan delicada y hermosa.

—Mi prometido, al parecer, tiene cosas mejores que hacer, como pasar la noche de mi llegada entretenido entre las faldas de alguna ramera, en lugar de recibir a su futura esposa. A lo que he de añadir que no soy ninguna flor delicada, ni tampoco hermosa.

—Créame, señorita, cuando le digo que es usted muy hermosa. —Y besó su mano galantemente.

María se sorprendió por la muestra de cortesía y notó cómo el rubor bañaba su rostro.

—Si lo fuese, mi prometido estaría en este momento aquí, acompañándome en mi paseo —contestó aturdida por el beso suave.

—Si es de su agrado, señorita, yo la puedo acompañar —dijo mientras extendía un brazo para que lo asiera.

¿Debía aceptar? Al fin y al cabo era un forajido, ¿no?

Álvaro la miraba absolutamente anonadado, ¿cómo podía pensar que su hermano estaba con otra mujer? Porque, seguramente, lo estaba. Él nunca había sido dado a las furcias, prefería a las mujeres que se le entregaban por propia voluntad, no le gustaba pagar por algo que obtenía de mutuo acuerdo. Sin

embargo, su hermano era harina de otro costal. ¿Y por eso ella pensaba que no era hermosa? Tenía una belleza impactante que dejaba sin aliento. Sus ojos brillaban con fuerza, su voz era serena y segura a pesar de encontrarse con un bandolero. Esa mujer podía paralizar el corazón de cualquier hombre con tan solo una de las sonrisas de su boca, esa boca llena de labios carnosos y sonrosados que parecían pedir a gritos que la besasen una y otra vez. Sin compasión. Sin descanso. Y, desde luego, él estaba dispuesto a hacerlo, y la erección que ese pensamiento había provocado y hacía que sus pantalones le apretasen en la entrepierna era buena prueba de ello.

María dudaba si aceptar su brazo o no y él deseaba con toda su alma que lo aceptase, y a la vez, necesitaba que lo rehusase, así al menos tendría una pequeña oportunidad para tratar de alejarse de ella. Podía ver en sus hermosos ojos cómo lo miraban con intensidad, sin duda recordando ese beso del que él mismo no se había podido olvidar ni un instante. Cuando su disfraz desapareciera, sería sin duda el hermano de la bestia, como ella llamaba a Germán, y María no se acercaría a él.

Los segundos se hicieron eternos mientras, el Caballero, esperaba a ver hacia qué lado se inclinaba la balanza.

—Lo siento —se disculpó María—, aunque es muy amable de su parte, más teniendo en cuenta que es un bandido, no debo aceptar su invitación. Me guste o no, estoy prometida, a punto de contraer nupcias y en la casa de mi futuro esposo, no sería muy apropiado por mi parte pasear tranquilamente por sus tierras agarrada a su brazo, a lo que debo añadir, si me lo permite, que temo volver a perder alguna de mis joyas —terminó la frase mientras se llevaba las manos a las orejas para comprobar que los pequeños pendientes seguían allí.

—¿Cómo podría haberme hecho con ellos sin acercarme? —susurró divertido por la expresión y el gesto de ella.

—Estoy segura de que habría encontrado la manera de hacerlo sin que me diese cuenta.

Él siguió sonriendo mientras la tentaba de nuevo extendiendo su brazo. Ella volvió a dudar y al final rehusó con una leve y

encantadora inclinación de cabeza.

María temblaba, acababa de luchar con todas sus fuerzas contra el instinto extraño y poderoso de caminar asida a su brazo, había algo en él, que a pesar de ser consciente de que su compañía era peligrosa, la hacía querer refugiarse entre sus fuertes brazos, cerrar los ojos y dejar que la llevase a donde quisiera. Sin importarle nada más, y eso la apabullaba.

Álvaro pensaba que parecía haber una esperanza, al menos ella era capaz de resistirse a él siendo el encantador *Caballero*, el problema era que él no podía ni quería resistirse a ella. Y eso lo estaba matando. Nunca antes se había visto en ese tipo de encrucijada. Por un lado, el deseo irrefrenable que ella despertaba en su cuerpo, y por otro la lealtad hacia su hermano, aunque este probablemente no la mereciera.

Nunca antes se había visto atraído hacia ninguna mujer de esa forma, y esa necesidad apremiante de volver a besarla hizo que toda la lealtad que pudiese sentir por su hermano se esfumase en un segundo.

Se acercó despacio admirando su valentía y sorprendido por el rechazo al bandolero con fama de conquistador, y sin mediar palabra, tomó posesión de su boca de nuevo.

En realidad, no quería hacerlo, tan solo era una víctima inocente. Ella era la culpable, por ser tan apetecible que no podía resistirse a saborearla.

Sintió cómo ella trató de zafarse, pero él insistió en su beso, una de sus manos se posó en su nuca masajeándola de forma excitante, la otra se ciñó alrededor de su delgada cintura, atrayéndola más hacia su cuerpo hambriento. Cuando sus cuerpos se unieron, María sintió la virilidad de él golpeando en su sexo y dejó escapar un gemido de sorpresa que él aprovechó raudo para introducir su lengua de nuevo en su boca, para saborearla, para hacer que el recuerdo de ese beso que no había podido sacarse de la cabeza cobrara vida de nuevo.

Ella era suya. Lo sabía. Tal vez ella no se había dado cuenta aún, pero él sí. Esa mujer lo amaría.

El beso se hizo más intenso y Álvaro saboreó a su futura cuñada.

María trató de resistirse, pero las manos de ese hombre en su cuerpo despertaban sus más ocultos anhelos y comprendió que nunca más iba a sentir esa sensación placentera, ese fuego abrasador que despertaba en ella, así que se rindió al beso y dejó que su lengua jugase con la suya a la vez que se apretó contra el fuerte cuerpo del hombre. María jadeaba, su extraño asaltante, que parecía que su única intención era la de robarle besos, jadeaba también.

El beso perdió intensidad y le siguió otro. Y otro más. Se miraron una vez a los ojos, los de ambos, oscurecidos por una pasión desconocida para ellos hasta ese momento, descubriendo un nuevo reflejo de ellos mismos, desdibujado en la mirada turbia y encendida del otro.

María pensaba en cómo un beso podía hacerle sentir tantas emociones que quedaban reducidas tan solo a una: lujuria. Porque así se sentía, una mujer lujuriosa, que pecaba engañando a su prometido, porque, involuntariamente, su cuerpo se restregaba contra la virilidad de ese hombre, endurecida y lista para atacarla en cualquier momento. Y disfrutaba.

La imagen de ella desnuda entre los brazos de su asaltante enmascarado la hizo sentir culpable y se alejó de él, dándole un fuerte empujón. No miró hacia atrás, tan solo echó a correr tan rápido como sus piernas se lo permitían.

Atravesó la hacienda sin hablar ni mirar a nadie, sin importarle las miradas sorprendidas que dejaba a su paso al recorrer de forma alocada la casa.

Ignorando los gritos asustados de Susana.

Siguió corriendo y no se detuvo hasta estar a salvo tras la puerta de su habitación.

Álvaro quedó desolado, herido y abandonado. Esa mujer le había dejado sin aliento, sin voluntad, sin alma y sin corazón, porque se los había llevado con ella en su huida.

¿Cómo era posible que un beso le despertase tantas emociones? Notaba el corazón desbocado galopando sin control en

sus oídos. Sentía su respiración acelerada, aún jadeaba. Pensó que, aunque le hubiese gustado perseguirla, cogerla, echársela a los hombros, meterla en su maldita cama y hacerla suya en ese momento, no hubiese podido. Ella le había dejado con las piernas temblorosas. Débil.

—¡Maldita sea! —maldijo en voz baja. ¿Cómo era posible que una mujer le provocase esos sentimientos, esa debilidad?

Estaba enfadado, sintiéndose culpable porque había deseado a la prometida de su hermano y, no solo eso, la había besado no una, sino dos veces. Además, por un momento, había anhelado que ella lo amara como hombre y había deseado amarla a ella… ¿En qué demonios pensaba? En nada. Se apoyó contra la verja de madera, que separaba el camino del pasto salvaje donde se alimentaban lo caballos, enfadado. Ahora no pensaba de la misma manera.

¡Por todos los santos! ¡Tenía que sostenerse en una condenada valla de madera para no caer al suelo!

Se sentía exhausto, como si ella de alguna manera le hubiese quitado toda su fuerza y, para colmo, tenía que soportar a su miembro endurecido y palpitante exigiendo una explicación de por qué no hallaba alivio.

Esa mujer lo había enloquecido con algún tipo de hechizo. Eso debía de ser, veneno mezclado con el néctar delicioso que destilaban sus dulces labios.

Golpeó con fuerza la verja de la que astilló un trozo que salió disparado. Respiró profundamente, tratando de hacer regresar la calma y la cordura que lo habían abandonado.

No. Estaba decidido. No se preocuparía porque ella cambiase la opinión que probablemente tenía de él. Sería mejor, para ambos, que ella lo siguiese odiando al igual que odiaba a su hermano.

María, sentada sobre su pesada falda en el frío suelo, trataba de calmarse. Algo que en esos momentos le parecía imposible ya que su pecho subía y bajaba de forma descontrolada, tratando de llenar los pulmones de aire. Las manos le sudaban y su corazón no dejaba de gritar.

Se llevó una mano a la boca para apagar el lamento que su garganta liberó. ¿Qué había hecho? Ese hombre era peligroso, mucho. No porque fuese un bandolero, quizás peligroso y en busca y captura, ni tampoco porque pudiese robarle joyas o algunas monedas. Ese hombre era peligroso porque le hacía sentirse una mujer capaz de desear estar con un hombre de manera íntima, de hacer que ella anhelase que la tocase y la besase en sitios en los que no debería pensar, ni siquiera imaginar. Era peligroso porque podía robarle el corazón. Y el alma.

Se levantó del suelo cuando sus piernas dejaron de temblar y se desvistió para buscar refugio entre las mantas de la cama, cerró los ojos para descansar, pero no lo consiguió, sus pensamientos estuvieron colmados de besos y ojos oscuros ocultos bajo un antifaz.

Álvaro se deshizo de la ropa de bandolero, se atavió con otra más propia de su rango y se dirigió frustrado hacia la casa.

Cuando llegó, los criados le pusieron al corriente de lo sucedido en el día, del disgusto de la señora al ver que los sirvientes no iban ataviados correctamente y de lo poco que había cenado. También Juan, el mayordomo, le advirtió de lo triste que pareció durante toda la velada la señora y cómo después de pasear por la hacienda regresó, alterada y con el alma encogida, y se encerró en su habitación sin mediar palabra.

Después del informe del día y de la liviana cena, se marchó malhumorado a su dormitorio. No consiguió dormir nada en toda la noche, tan solo dos puertas lo separaban de ella, y durante toda la noche, que se le hizo pesada y eterna, luchó contra viento y marea para no ir hasta la habitación, echar la puerta abajo y poseer a esa mujer para reclamarla como suya.

Seguramente, pensó con diversión, para su hermano sería un alivio, pues no sentía ninguna simpatía hacia ella.

Tras la muerte de su padre no rompió el compromiso, por consejo suyo, ya que le recordó que sería una deshonra para su difunto padre.

Germán de vez en cuando tenía en cuenta la opinión del bastardo hijo de la sirvienta que se había criado con él, y en esa

ocasión le escuchó, pero siempre mostró su negativa a desposar a la pequeña *gata salvaje* consentida y sin modales que era.

Sonrió, su hermano no deseaba librar esa batalla, sin embargo, él estaba ansioso por perderla.

CAPÍTULO 5

Álvaro se deshizo de sus ropas de dormir cansado de la larga y pesada noche y se dirigió en silencio hacia las cuadras para darle comida, agua y un buen cepillado a su semental, al que la pasada noche había dejado relegado y sin cuidados. El animal se quejó por la brusquedad de sus caricias, de las que no era consciente, ya que su mente estaba perdida en unos ojos verdes esmeralda y una boca deliciosa que había tenido la suerte de besar dos veces en el mismo día.

Deseaba irse a la cama, necesitaba un sueño reparador, pero debía antes clamarse. Estaba aún tenso y duro por los besos de ella.

—¡Maldita sea! ¡Demonios! —no dejaba de blasfemar.

No tenía sentido dejarse arrastrar por la pasión que había entre ambos, pues su rival era su propio hermano y al final perdería él.

Nunca olvidaría la mirada aterrada de esa niña. Una niña que se había convertido en una joven fuerte, hermosa y pasional. Ella parecía encarnar todo lo que deseaba en una mujer.

Recordó el dulce roce de las caderas de ella contra su cuerpo rígido, cómo pudo sentir el calor que emanaba su delicado cuerpo, la dureza de sus pezones bajo el vestido, incluso podía imaginar la humedad de ella, su sexo ardiente y palpitante como lo estaba el suyo, anhelando su encuentro, en ese preciso momento en el que sus bocas se tocaban…

—¡Dios santo! —volvió a maldecir al notar de nuevo su miembro erecto y húmedo por ella.

Soltó el cepillo y decidió que lo mejor era darse un buen remojón de agua fría en el remanso del río. Eso tal vez calmase su cuerpo y su mente que no dejaban de traerle el calor de esa mujer.

Las primeras luces del amanecer sacaron a María de su estupor que no había conseguido tener un sueño profundo. Había sido una noche horrible en la que se había debatido entre sentirse culpable y recordar el ardor y el deseo que ese hombre había

despertado en ella. Así que agradeció que ya amaneciese. Necesitaba despejarse. Notaba su lengua pastosa por el cansancio, el pelo pegado a su cuero cabelludo, debido al sudor que la había empapado durante su duermevela, y el cuerpo cansado.

Decidió no esperar a Susana. Se levantó, cogió una toalla con la que secarse y se dispuso a conocer el río del que Ana les había hablado.

Por lo que había oído comentar a Susana, no debería de estar lejos y no parecía tener pérdida, al final del camino de frondosos pinos hacia la derecha, internándose por el bosque. Ana había informado a Susana de que el camino, de tanto ir y venir, estaba marcado y que había un remanso que formaba una pequeña poza natural, donde las criadas se bañaban en verano para refrescarse.

Así que pensó que un baño fresco era justo lo que necesitaba. Se escabulló de la casa con sigilo, pues no deseaba despertar a nadie, y se dirigió a buen paso hacia ese recodo del río.

Siguiendo las instrucciones de Ana, encontró sin esfuerzo el tosco camino que se había formado en el suelo del bosque por las pisadas continuadas de unos y otros.

Cuando hubo dado algunos pasos empezó a escuchar con claridad el sonido del agua al correr. Sería una mañana agradable, no había nubes en el cielo que empañaran su claridad, el sol aún brillaba tímido y el trino de los pájaros se confundía con el aroma a pino y a romero, haciendo muy agradable el paseo hacia el río.

Caminó unos metros más y divisó el pequeño lago que formaba el río en uno de sus recovecos. El agua era cristalina, no había demasiadas piedras de cantos afilados y la hierba mullida le serviría para descansar después, mientras se le secaba el cabello.

Echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que no había nadie y comenzó a desnudarse, sin prisa.

Álvaro miraba anonadado y sin poder creer lo que estaba a punto de presenciar. ¿De verdad ella no se había dado cuenta de que él estaba ahí? ¿Cómo era posible que no hubiese advertido su presencia?

No sabía qué hacer, las dudas lo asaltaban, ¿salía del lugar donde se había echado a contemplar el oscuro cielo mientras

amanecía para tratar de aplacar su tensión y dónde se había quedado dormido? O, ¿dejaba que ella siguiera con su ritual y verla desnuda, como tantas veces se la había imaginado durante su solitaria noche?

La verdad, es que deseaba con todas sus fuerzas verla desnuda en el río y acudir después a secarla con la toalla, o mejor aún, se le había ocurrido otra manera más satisfactoria de secar las gotas de agua de su cuerpo, lo haría con su propia lengua. Se encargaría de saborear cada centímetro de pálida piel.

Cabeceó ante el pensamiento, ya estaba de nuevo duro como una roca.

Ella se había quitado el vestido y tan solo una suave y liviana camisa cubría su sinuoso cuerpo, que dejaba entrever perfectamente los senos llenos y redondeados, las curvas de sus caderas generosas, el trasero prieto...

«Detente», se ordenó a sí mismo. «Esto se está convirtiendo en una enfermedad. Debo pararlo ya o al final la poseeré sobre la hierba sin importarme de quien vaya a ser la esposa».

—Buenos días —dijo malhumorado saliendo de su estupor—. No me parece conveniente que vengas a nadar sola al río, sin la compañía de tu doncella. Por esta zona, abundan los *bandidos*.

Ella se giró con los ojos muy abiertos, sorprendida y casi desnuda.

¿Quién era ese hombre que se atrevía a hablarle de esa forma, como si ella le perteneciese?

Trató de cubrirse con las manos cuanto pudo, pero era consciente de que la camisa de fina seda dejaba entrever más de lo que le gustaba admitir.

—¿Quién eres? ¿Por qué crees que puedes hablarme así? — espetó tratando de conservar una calma que en realidad yacía junto a sus prendas.

Álvaro, en ese momento en el que ella lo miraba sorprendida, comprendió que no sabía quién era, no llevaba el antifaz, por lo que no podía reconocerle como *El Caballero*, pero tampoco se habían presentado formalmente, así que no sabía que él era su futuro cuñado.

María le miraba inquisitivamente. ¿Quién sería ese hombre? Le resultaba familiar, su estatura, sus ojos, su voz…

Trató de buscar en sus recuerdos dónde lo había visto, pero algo faltaba en el puzle que le dificultaba ubicarlo. De todas formas, fuera quien fuese, estaba casi desnuda y la incomodidad que sentía por encontrarse así ante un desconocido la volvió más osada.

—Aléjese —ordenó María con voz firme.

Álvaro admiraba su valor, aún en esta situación de completa inferioridad para ella, no se achantaba.

—¿Por qué he de irme? —preguntó divertido y excitado por verla en esa situación.

—Porque estas tierras tienen un dueño.

—¿Y quién es su dueño?

—Mi prometido, el duque y Grande de España, Germán del Valle —contestó orando porque el nombre de la bestia tuviese el mismo efecto aterrador que sobre ella.

—Veo que, aunque conocéis el nombre de vuestro prometido, no tenéis ni idea de cómo es...

—Sí sé cómo es. O, al menos, sé lo suficiente.

—¿Y cómo es? —inquirió Álvaro alzando una ceja. Ahora estaba interesado, sentía curiosidad por cómo recordaba ella a su hermano.

—Es un animal fuerte y salvaje que no dudará en golpearos hasta mataros —dijo con una crueldad y una tristeza que a Álvaro no le gustaron.

Se sintió dolido, ¿de verdad su hermano daba esa impresión? ¿Por qué demonios ella no olvidaba ese desafortunado incidente de hacía tantos años?

Después de esa única noche, su hermano no quiso seguir en contacto con ella con la esperanza de que lo olvidase, pero al parecer nada había salido como él esperaba; ni María lo había olvidado ni él iba a tener a una sosa esposa a la que satisfacer con alguna joya de vez en cuando.

Se quedaron contemplándose el uno al otro, Álvaro esperaba que ella agachase la mirada, como cabía esperar de una mujer, pero

ella no era como las demás y su orgullo se engrandecía ante situaciones desesperadas.

María sabía que si cedía le daría más ventaja a su adversario y no lo deseaba, podía ser una mujer, pero no era una damisela en apuros ni asustada.

Álvaro podía ver en el rostro ovalado de ella, su determinación, pero también el miedo y la confusión que la embargaban y no lo pensó más, María no debía pensar que su hermano era un desalmado, ni él tampoco.

—Siento mucho, María, que tengáis ese concepto de vuestro prometido, él no es así.

Las palabras le quemaron en la garganta, pues conocía a su hermano lo suficiente para saber que probablemente *era así.* De hecho, lo había sacado de más de un lio en el burdel del pueblo por darle algún cachete más fuerte de la cuenta a alguna de las rameras; en un par de ocasiones, se le había ido la mano y las había dejado maltrechas, aunque nada que no pudiese ocultar con algunas monedas. Mentía por su hermano, pero no le gustaba la idea de ver a María bajo el cuerpo exigente de este.

—¿No es así? ¿Acaso lo conocéis? —María esperó su respuesta y al ver que el extraño no contestaba, prosiguió—: Yo sí, lo vi una vez y golpeó a mi doncella porque esta se resistía a él.

—No se puede juzgar a un hombre por una sola acción —replicó.

—No lo hago. Esa fue su primera mala acción, pero después vinieron muchas más.

Álvaro ahora sentía curiosidad, ¿a qué se refería si no habían tenido contacto? ¿O su hermano tenía secretos con él?

—¿Cuáles? Por favor, ilustrad mi ignorancia.

—Por ejemplo, no mantener ningún tipo de contacto con su prometida, ni siquiera una triste carta, preguntando por mi salud, por mi bienestar, por mis gustos… algo, un detalle insignificante para ir conociéndonos, a parte de su abandono durante todos estos años, mi prometido no estuvo ayer para recibirme, ni siquiera se dignó a acompañarme durante la cena. Así que, créame, le conozco y no solo ha tenido un gesto despreciable, sino muchos.

Álvaro no soportó más oírla hablar con tanta furia y odio de su hermano. Se acercó a ella precipitadamente.

María lo miraba a los ojos, asustada, pensando que ese hombre iba, tal vez, a robarle su pureza, pero no era lo que pretendía.

La agarró por los hombros y la miró directamente a los ojos.

—María, no es así. No es... así...

Y después de esas palabras, se dio la vuelta y se marchó por el sendero.

María se quedó de piedra. Un destello cegó su mente. ¿Ese hombre era Germán? Por eso le había resultado familiar… Él era… ¡Oh, Dios! Y ella había dicho esas cosas terribles sobre él, que, aunque fueran verdad, no tenía por qué saber que ella las pensaba.

Su padre le había advertido muchas veces. No debía decir todo lo que pensaba, las mujeres debían guardar sus opiniones en sus cabezas huecas. Las mujeres no pueden disparar armas de fuego, no deben jugar a las cartas, no deben hablar de política y, sobre todas las cosas, no deben nunca menospreciar y ningunear a su marido.

Y ella lo había hecho.

Al irse, sintió un poco de amargura y pena en su corazón. Se había marchado cabizbajo, sus hombros abatidos, y había visto el dolor de sus ojos cuando ella le había dedicado esas palabras, sin embargo, no le había gritado, ni golpeado… nada. Tan solo se había ido, dejándola allí, sin más.

Tal vez se había equivocado con él. Quizás había alguna razón por la cual su prometido no le había escrito. Quizás el comportamiento con Susana hubiese sido tan solo cosa de la edad…

Era demasiado para ella. ¡Ella! Que había llevado siempre una vida tranquila y bastante solitaria, ahora se veía asfixiada por tantas emociones continuadas. Primero el bandolero, después su prometido, y entre los dos había algo en común, algo que por ahora escapaba de su mente, pero que acabaría descubriendo, sin lugar a dudas.

El marqués Del Valle se dirigió a la casa abatido. Realmente su hermano se había comportado tan mal con María… No había sido

su intención asustarla, de eso estaba seguro, aun así, ni siquiera recordaba con claridad por qué Germán había golpeado a Susana. En esa época, había bebido demasiado whisky, no se encontraba bien y estaba desesperado.

Solo, herido, abandonado… Enfadado con el mundo y sobre todo con su padre por haberle dejado tan pronto solo. Apenas tenía veintiún años y se había convertido en el amo y señor de un extenso Ducado.

A pesar de las circunstancias, Álvaro nunca aprobó el comportamiento agresivo de su hermano, había golpeado a algunas rameras, incluso una vez a una mendiga en la calle, a la que más tarde recompensó con algunas monedas y una disculpa, aun así, después de algunos altercados en los que Álvaro siempre intervino para ayudarlo y silenciar bocas, dejó de actuar así.

Su comportamiento ahora, al menos frente a los demás, era el de un perfecto caballero, pero al recordar el miedo grabado en los hermosos y rasgados ojos verdes de María se preguntaba si su hermano sería capaz de golpearla por su insolencia. Porque era insolente, atrevida... fuego. Eso era ella, un carbón ardiente capaz de quemarlo solo con su presencia.

¡Era deliciosa!

El recuerdo de su cuerpo cubierto tan solo por esa liviana camisa de seda blanca que se ajustaba a sus hermosas caderas como una segunda piel, acentuando sus curvas y dibujando sus senos, continuaba atormentándolo.

¿Qué demonios hacía? No era la primera vez que contemplaba a una mujer hermosa desnuda, entonces, ¿por qué parecía que lo fuera?

Esa mujer lo confundía con su arrogancia, pero no podía olvidar que era la futura esposa de su hermano, de su única familia, y lo peor de todo era que a veces pensaba que no le importaba lo más mínimo quién fuese a ser su esposo y solo deseaba poseerla.

Cabeceó bruscamente para alejar la imagen de ella de su mente y se concentró en todo lo que debía hacer; primero debía hablar con Juan.

En cuanto hubo puesto un pie en la casa, reunió a todo el servicio. Últimamente les había prestado poca atención, tan comprometido como estaba en el grupo de bandoleros.

Cuando observó detenidamente a los miembros del servicio, comprendió la mala impresión que se habría llevado María. Excepto Juan, que llevaba uniforme, aunque raído y desgastado por demasiados sitios, ninguno de los otros llevaba ropa adecuada. Incluso se fijó en la ropa de Ana, que más parecía una fulana que una doncella. Empezaría a darle más importancia a esos detalles ahora que su cuñada estaba en la casa. Además, en breve se celebraría la boda y ellos deberían atender a muchos nobles que irían a felicitarles y a disfrutar de ese día especial con ellos.

—¡Juan! —llamó—. ¡Que alguien vaya a avisar al sastre y a las costureras! ¡Que vengan a tomar medidas a todos! Habrá uniformes nuevos, dos para cada uno, incluida Susana, la doncella de la condesa de Lerma.

Esa iba a ser su cuñada y su hermano era el duque Del Valle, un Grande de España, y como tal debían vivir.

A partir de ahora, debían al menos aparentar que vivían de acuerdo a su abolengo.

—¡Susana! —exclamó—. Informa a Juan sobre las costumbres de tu señora respecto a los menús diarios.

Sin más, giró sobre sus talones, dejando a sus criados estupefactos ante el cambio repentino del señor, pero a todos la idea de lucir ropas nuevas les agradó.

Álvaro se dirigió a su habitación algo más tranquilo y se prometió que ni Germán ni ningún otro le harían daño, si era necesario la protegería con su vida, aunque eso significase tener que enfrentarse a su propia sangre.

CAPÍTULO 6

María llegó a la casa de muy mal humor, al final, después de su encuentro inesperado con el que iba a ser su esposo, no había podido disfrutar como a ella le habría gustado de su remojón en el río. A pesar de todo, el agua fresca le había sentado bien, al menos no sentía esa sensación pegajosa por todo el cuerpo y su melena, ya casi oreada por completo, tenía un leve olor a la lavanda cercana al río.

Ni por un momento pensó en no darse ese merecido baño, desde el principio dejaría claro que ella no se achantaba ni se dejaba amedrentar con facilidad.

En ese tiempo, sus pensamientos habían estado divididos; una guerra entre su cabeza y su corazón. Su corazón se negaba a ignorar el recuerdo de su extraño bandolero que conseguía volver sus huesos caldo con solo un beso y su mente no dejaba de gritar que su deber era estar junto a su futuro esposo, que los cuentos románticos de bandoleros eran para doncellas desdichadas y ella no era una de ellas. Ella era condesa y los nobles no podían permitirse el lujo de soñar con pasiones secretas o amores prohibidos. Había sido educada para respetar a su marido y darle herederos. En su mundo, el amor no importaba.

Debía conformarse con un marido que la tratase bien, porque la sangre noble debía permanecer pura, que se mezclara con una de menor calidad era imperdonable, y con la de un bandolero, impensable.

Aun así, ni su corazón ni su cabeza se habían declarado como vencedores de esa lucha interna y se sentía dividida sin tener muy claro a cuál de los dos iba a obedecer porque, aunque sabía que lo correcto era no pensar más en su bandolero del antifaz, cuando se encontraba cerca de él, su cuerpo reaccionaba de forma involuntaria dejándola al descubierto. Él había conseguido que la máscara que llevaba colocada se le despegara, dejando entrever cómo era en realidad.

Una mujer indómita, libre, que deseaba ser amada, amar de la misma forma y tener un compañero que no viese su personalidad fuerte y su coraje como una amenaza, sino como algo admirable. Era una luchadora. Sin embargo, debía comportarse como la dama educada y dócil que debería ser, y la máscara que usaba para ocultar su verdadera personalidad en algunas ocasiones, pesaba demasiado.

Llegó a la hacienda. Tenía que reconocer que *La andaluza* era una mansión hermosa y bien cuidada, aunque sus criados no estuviesen a la altura con su presencia desaliñada, debía reconocer que eran muy trabajadores.

Cuando hubo puesto un pie en la casa, sintió el alboroto. Se preguntó qué pasaría para que hubiese tal revuelo.

Los criados iban de un lado a otro de la casa, emocionados, hablando en voz alta y de forma atolondrada por lo que era incapaz de entender nada.

Se dirigió al salón y en él, su prometido, la esperaba sentado leyendo el periódico. Se recreó un momento en su rostro. Era guapo, no podía negarlo, de complexión fuerte y no parecía… malo.

Se le veía sereno, tranquilo, y a su favor debía añadir que, después de su explosión de furia, no la había golpeado, ni siquiera gritado, se había limitado a marcharse por donde había venido dejándola sola.

Quizás, después de todo, la edad lo hubiese apaciguado. Ahora parecía que, tal vez, se vislumbraba una pequeña luz entre las tinieblas oscuras del largo túnel que los separaba.

Cuando Álvaro advirtió su presencia dejó el periódico sobre la mesa, abierto por la página dónde había interrumpido su lectura.

María miró de reojo y pudo ver sobre qué versaba la noticia. Hablaban de los bandoleros de la zona. En especial, hacían referencia a uno: *El Caballero*.

Disimuladamente, tomó nota de la noticia y se dijo para sí misma que más tarde trataría de leer la información. Lo haría a solas. Por si acaso al duque no le agradaba la idea de ver a su mujer interesada en noticias políticas.

—Buenos días, mi señor —inclinó la cabeza, a modo de saludo, tratando de empezar con buen pie.

—Buenos días, mi señora —contestó—, siento no haber podido recibiros ayer, llegué muy tarde de tratar un asunto de negocios y no me pareció apropiado llamar a vuestra puerta a horas tan intempestivas.

María lo observó con detenimiento. Apenas quedaba en él algún rastro del muchacho que se presentó en su casa vestido con descuido y con el fuerte aroma en su aliento a whisky que percibió cuando la besó. Ese beso que, a pesar de ser en la mejilla, le desagradó sobremanera, no como el de su bandolero.

—Espero —continuó Álvaro— que Juan y el resto del servicio os tratasen bien.

—No os preocupéis, mi señor, fui tratada correctamente —contestó—. Me preguntaba, mi señor, el porqué de tanto alboroto.

—Sí, eso... —dijo mostrando una sonrisa que María tuvo que admitir era arrebatadora— es porque he mandado llamar al sastre y a las costureras. He pensado que el servicio necesita uniformes nuevos.

María lo miró un poco sorprendida, ¿acaso le había leído el pensamiento?

¡Susana!

—Susana, mi doncella, se quedará con nosotros también —recordó María.

—Lo imaginé al verla. También he pedido uniformes para ella, si eso le agrada, señorita.

«Señorita». María entrecerró los ojos, suspicaz, cuando la llamó así, igual que su bandolero misterioso.

No debía darle importancia, al fin y al cabo, no era una mujer casada aún y el apelativo de señorita era el correcto, aunque a ella lo que más la había llamado su atención fue la manera de decirlo, pero desechó la idea y miró al hombre que tenía delante impecablemente vestido para ir a montar a caballo, la chaquetilla de un tono marrón oscuro al igual que los pantalones que ocultaban parte de las botas y el sombrero que descansaba sobre una silla, le hizo pensar en cómo le gustaría a ella también poder hacerlo, lo echaba de menos, cabalgar libremente y poder olvidarse durante unos segundos de todo mientras el viento azotaba su cara. Olvidar

que tan solo era una mujer. —¿Vais a salir a cabalgar, mi señor?

—Así es, en cuanto tomemos el desayuno. ¡Juan! Ordena que traigan el desayuno, por favor.

Un par de doncellas aparecieron con bandejas repletas de comida y bebida un momento después. Café, té, zumo de naranja, pastas, pan tostado, aceite, tomates triturados, bizcocho de limón…

María contempló maravillada la cantidad de comida que se exponía ante sus ojos. Supo que estaba hambrienta cuando sus tripas rugieron ante el estallido de color y aromas.—Pregunté a Susana qué te gustaría para desayunar, me dio una lista de tus cosas favoritas y las he ordenado preparar mientras seguías en el río.

Claro, el río. Él la había visto casi desnuda. Un sonrojo le llenó la cara y cubrió sus orejas. Agachó la mirada, avergonzada.

En esta ocasión había sido él, pero ¿y si hubiese sido cualquier otro hombre? O peor, su bandolero. Habría estado en un lio de los buenos, seguro que a su futuro esposo no le hubiese agradado y, tal vez, la hubiese golpeado como castigo. Ese pensamiento hizo que el vello de la nuca se erizase de miedo.

—Siento haber sido tan descuidada, mi señor —dijo cuidando todas sus palabras para no enfadarle—, no se volverá a repetir.

Álvaro se percató con disgusto de cómo la mujer agachaba la mirada asustada, pero ¿por qué? ¿Tal vez temía su reacción? ¿Quizás pensaba que la iba a golpear o castigar por ese incidente en el río? Claro, al igual que habría hecho su hermano…

—María, no te disculpes, puedes ir al río a bañarte o a nadar cada vez que te apetezca. Tan solo, por favor, no vayas sola. Pide a Susana que te acompañe y, por favor, te agradecería que me informases a mí también. No me gustaría que te atacaran de nuevo los bandoleros —dijo expectante por su reacción.

María levantó la mirada. ¿Lo sabía? Ella no le había dicho nada, ni siquiera le había visto, no había tenido la ocasión… aunque supuso que sus hombres sí lo habrían hecho.

—Mis hombres me han informado del incidente —aclaró haciéndose eco de sus pensamientos.

—¿Todo el incidente? —balbuceó avergonzada.

—Todo —contestó disfrutando de ver a la mujer azorada, sin duda recordando el beso que él mismo le había dado.

—Yo no lo pretendí —se excusó María.

—Lo sé. Ese bandolero nos está ocasionando más de un problema, la guardia civil no es capaz de dar con su paradero o su verdadera identidad. ¿Café? —sugirió.—Sí, por favor. Con leche y dos azucarillos —contestó aliviada por el cambio de tema.

María tomó una rebanada de pan tostado y la untó con tomate. Tenía un olor delicioso, a huerta. Parecía que lo habían cortado en ese instante solo para ella, lo cubrió con un poco de sal y un chorro abundante de aceite de oliva.

El desayuno era perfecto y ese hombre, con el que debía casarse, a la luz del día no le parecía tan desagradable como el recuerdo que tenía de él.

Se sorprendió al reconocer que incluso estaba disfrutando de su compañía durante el desayuno. Su pelo era oscuro y algo ondulado, la piel color canela, los ojos pardos con algunos reflejos dorados, nariz recta, mentón cuadrado, labios carnosos, el cuello y los hombros fuertes, como el resto de su cuerpo.

Era un hombre muy atractivo, demasiado. La única vez que se habían visto, a ella no le había parecido tan apuesto, tal vez los años le habían cambiado para mejor, y no solo por fuera.

Se preguntaba cómo actuaría después de tomar una copa de whisky. Había escuchado, a veces, historias de cómo los hombres buenos se trasformaban en el más diabólico de los demonios después de unos cuantos tragos y luego eran incapaces de recordar nada. Quizás, eso le pasaba a su duque.

No debía mirarle de forma tan descarada, no era propio de una dama, así que desvió su mirada a la prensa y se concentró en no mirar otra cosa.

En no mirarle a él.

Álvaro se percató del interés de María en el periódico, trataba de disimularlo, como marcaba la buena educación, aun así, cada vez que ella pensaba que él no la miraba, dejaba que sus ojos se perdiesen en el papel amarillento del periódico.

—¿Quieres leer el periódico? —preguntó malhumorado, pues él mismo se arrebataba la atención de María.

—No, ¿por qué habría de querer leerlo? Soy una dama, las damas no nos interesamos por la prensa —mintió. Sonrió para sí mismo, así que iba a jugar a ser la dama perfecta, ¿no? Menudo aburrimiento, prefería verla desinhibida, como se había mostrado besando al bandolero o en el río, antes de saber quién era él.

Álvaro decidió levantarse y salir del salón, darle intimidad para que ella ojeara la noticia, al fin y al cabo, era algo absurdo tener celos de uno mismo y tampoco se conocían tanto para tener ese sentimiento...

Se revolvió inquieto en la silla bajo la mirada atenta e inquisitiva de María.

—¿Va a salir, señor Del Valle?

—Así es, María.

—¿Va a ir a cabalgar?

Álvaro estaba empezando a enfadarse, ¿por qué demonios no le preguntaba abiertamente si podía acompañarlo? Sabía que ella deseaba montar a caballo, entonces, ¿por qué simplemente no le acompañaba sin tantas vueltas?

—Sí María, voy a salir a visitar a algunos agricultores y deseo ver a los animales.

—¿Estará fuera mucho tiempo?

Álvaro apretó las manos en sendos puños, quería que se mostrase tal y como era, no como una damisela en apuros. La prefería segura, salvaje, libre… pero, claro, a él no era a quien debía complacer, sino a su hermano.

—¿Por qué no me preguntas directamente lo que deseas sin más rodeos, María?

Ella abrió la boca para protestar y Álvaro pudo verlo por un instante, la chispa brillante, la furia, el enfado. Él lo esperaba, deseaba verla así… sin embargo agachó la mirada, se sonrojó y cruzó las manos en señal de sumisión.

No era la reacción esperada, había tratado de provocarla, de hacerla estallar para ver su porte orgulloso como en el camino, o en el río... ¿Cómo podría conseguirlo?

—Mi señor —contestó tratando de sonar lo más sumisa posible—, no sé a qué se refiere, tan solo sentía curiosidad, pero no volveré a entrometerme en sus asuntos.

Elegantemente tomó un sorbo de café dejando a Álvaro frustrado por su comportamiento, no era lo que había esperado, había obtenido el resultado opuesto y ahora estaba desilusionado. A él le gustaba cuando sacaba las uñas, cuando no dejaba que un hombre la achicara, le gustaba cuando se comportaba como una gata salvaje, como la llamaba su hermano. Sí, así le gustaba, libre, hermosa, dispuesta a pelear. Como una *gata salvaje*. Incluso sus ojos, rasgados, parecían algo felinos.

Nunca iba a poder deshacerse de ese desafortunado incidente. ¡Maldita juventud! ¡Maldito Germán!

María nunca se lo iba a perdonar y él tampoco.

CAPÍTULO 7

El sol brillaba alto, debía de ser casi mediodía. A lo lejos la divisó, la gran casa blanca de techos rojizos. Era hermosa, le gustaba al igual que los campos que la rodeaban, qué lástima que perteneciera al bastardo de Germán del Valle. Algún día, podría demostrar que él estuvo tras el accidente que causó la muerte a su propio padre.

Estaba seguro de que había orquestado el asunto contratando a los bandoleros como burdos sicarios, además, apostaba su propio cuello a que algo se traía entre manos con su teniente. Otro ser repulsivo que abusaba del poder que le habían otorgado en su propio beneficio.

Demasiados asuntos pendientes con los que distraerse y que no le permitían gozar de un día tan hermoso como el de hoy.

Dejó que el mozo de cuadras cepillara su montura y con paso firme se dispuso a entrar en *La andaluza*. Necesitaba saber qué era lo que había ocurrido exactamente. Golpeó la puerta con los nudillos enguantados dos veces y el mayordomo, Juan, al que conocía muy bien, lo recibió.

—Buenos días, don Alejandro, un placer verle. Si busca al señor duque, lamento decirle que se encuentra ausente en estos momentos.

Alejandro tuvo que callar sus pensamientos. Él sabía exactamente dónde se encontraba; habían acudido a un altercado en el burdel a las afueras del pueblo y el responsable, como ocurría la mayoría de las veces, había sido el duque Del Valle. Se le había ido la mano después de una partida de cartas malograda. Como siempre, su teniente lo había disculpado y dado como excusa el poder del terrateniente y el amparo que le otorgaba el rey.

Sin duda, este no conocía las fechorías y los abusos que el duque cometía.

—Soy consciente de la ausencia del duque, sin embargo, si la condesa de Lerma se encuentra en la casa, me gustaría realizarle algunas preguntas sobre el altercado sufrido.

—Por supuesto. Sígame, don Alejandro.

Juan guio a Alejandro hasta el pequeño salón donde se encontraba su señor Álvaro con la señora María.

—Señor, don Alejandro desea hablar con la señora condesa sobre el altercado. —Y regalándoles una estudiada reverencia abandonó la estancia.

Alejandro miró a la pareja, la mujer poseía los ojos más espectaculares que había visto en su vida, de un verde brillante y desafiante. Miraba con recelo al hombre que tenía frente a ella, Álvaro del Valle, el bastardo al que su padre había dado su apellido, cobijo y un título. Era la comidilla de la zona y de toda Andalucía. Nunca antes había sucedido algo similar por esas tierras.

Alejandro observó cómo Álvaro se levantaba y le tendía una mano formal sin quitarle la vista de encima a la mujer.

—Buenos días —dijo educadamente—, Alejandro Pérez, alférez de la guardia civil y encargado de la seguridad de diligencias —acabó con una bonita reverencia dedicada a María.

Esta se levantó y le tendió su mano desprovista de guantes, que Alejandro besó suavemente, recreándose más tiempo del necesario.

Cuando Alejandro levantó la mirada, se quedó sin aire, esa mujer era hermosa hasta decir basta, alta, con las curvas justas y un cuello largo y níveo, al igual que el resto de su sedosa piel.

Álvaro, disgustado por el largo momento, interrumpió.

—Y… ¿qué le trae por aquí, Alejandro? ¿No se encarga el teniente Francisco Carvajal de esos asuntos?

Álvaro esperaba impaciente la respuesta, tal vez, ese maldito bastardo disfrazado de ley había sido trasladado. Podía asegurar que tenía asuntos turbios con su hermano.

—Me gustaría interrogar a la señora condesa acerca del altercado con los bandoleros, si no veis problema alguno —recalcó al notar la forma posesiva en la que miraba a la dama.

—No, claro que no. Yo me iba a trabajar. Os dejaré a solas —masculló de mala gana.

—A más ver —contestó Alejandro aliviado de no tener la mirada de Álvaro clavada en su cogote.

—Hasta luego —contestó María con una voz tan dulce como el susurrar del terciopelo.

—Siento molestarla, señora condesa, pero…

—María, por favor —lo interrumpió mientras observaba al hombre frente a ella.

Vestía el uniforme de la benemérita, pero a él le quedaba asombrosamente bien, supuso que contribuiría su figura masculina. Era alto y de buena planta. Pero lo que más llamó la atención a María fueron sus ojos de un gris tormentoso.

—No debería —contestó el hombre.

—Le he dado mi permiso, ¿por qué no?

—Está bien seño… María, me gustaría conocer cuáles fueron los hechos y qué daños ocasionaron los bandidos.

—La verdad es que, aparte del susto que nos dieron y de que perdí mi anillo de pedida, no sucedió nada más.

Esa mujer hablaba tranquila, serena y manteniendo la compostura de una manera sorprendente. Por lo general, en los demás asaltos, las mujeres implicadas chillaban alborotadas y no dejaban de gimotear, sin embargo, María continuaba tranquila dando pequeños y deliciosos sorbos a su taza de café, contándolo con una serenidad digna de admiración.

—Así que su anillo de pedida.

—Sí, un presente de mi prometido, el duque Del Valle.

—Ya veo —musitó pensando en la suerte que tenía ese hijo de perra—, habrá sufrido mucho por su perdida.

Alejandro recordó a algunas de las prostitutas con las que el duque había tenido algo más que relaciones y palabras, y supo que si se atrevía a tocar a esa hermosa mujer se las vería con él.

No era una desdichada ramera a la que acallar con algunos reales y no se podría salir con la suya.

—¡Oh, sí! ¡Una gran pérdida! —trató de sonar convincente, pero temía que no lo había logrado por la mirada suspicaz que ese hombre le dedicó, tan intensa como sus ojos.

—Entonces, iban de camino… —continuó.

—Susana y yo íbamos dentro del carruaje, hasta que frenó de forma brusca. No sabíamos qué sucedía y salí para averiguar qué

había llevado al cochero a frenar tan violentamente y los vi. Así que detuve a Susana y la obligué a permanecer dentro del coche.

—¿Susana es…?

—Mi doncella personal.

—¿Y usted salió del vehículo? —cada vez estaba más sorprendido por la osadía de la mujer.

—Sí, y los vi.

—¿Cuántos eran?

—Tres hombres a caballo y armados.

—¿Recuerda algo característico de ellos?

—Bueno, solo pude fijarme en uno de ellos, destacaba entre los otros y pensé que era el jefe de la banda.

—¿Qué destacaba en él?

—Llevaba el rostro oculto bajo una máscara.

—*El Caballero* —musitó.

De nuevo ese maldito tramposo se había salido con la suya.

—¿La lastimó?

—Bueno, no exactamente.

Alejandro alzó una ceja, extrañado.

—¿Qué quiere decir? —inquirió intrigado por la respuesta.

María no sabía qué hacer, ¿debería contar lo sucedido o no? De todas formas, no tenía sentido ocultar algo que si interrogaba al resto de testigos seguramente contarían. Así que mejor que lo supiese por ella misma. Si decidía ocultarlo, tal vez pensara algo que pusiera en duda su reputación.

—Me besó —soltó sin más.

—¿La besó? —dijo divertido, sorprendido y comprendiendo por qué lo había hecho *El Caballero*. Porque él mismo podría hacerlo si no le fuese a costar, entre otras cosas, el empleo. Esa mujer tenía un atractivo animal.

—Sí, me robó el anillo y me besó… —repitió María avergonzada.

Alejandro decidió que ya tenía bastante por ahora y que mejor hablaba con los hombres, a ver si ellos recordaban algo más y dejaba a la hermosa condesa para que se le pasara el sonrojo.

—Gracias, seño… —se interrumpió a sí mismo ante la mirada reprobatoria de su anfitriona—. Gracias, María —se inclinó y besó de nuevo su mano disfrutando su suave piel—. Si necesita algo, *cualquier cosa*, no dude en avisarme —y se retiró.

María se quedó desconcertada, mientras el joven apuesto que acababa de conocer se marchaba, por sus palabras que la habían traspasado, ¿acaso él conocía realmente a Germán? ¿La avisaba? ¿Sabía de lo que era capaz?

Las preguntas la abrumaban y, a la vez, respiró aliviada pues ahora tenía la sensación de tener a alguien con quien podría contar en caso de necesidad…

A la par que desaparecía de su vista, su mente volvió junto a su prometido, ¿por qué no había sido capaz de decirle que ella deseaba montar a caballo? Porque le temía, esa era la respuesta. Era una cobarde. Le inquietaba el hecho de decir algo que le molestase y la abofeteara como hizo con Susana.

Sin embargo, cuando no sabía que era él en el río y se había comportado de manera inadecuada, no se había mostrado nada agresivo, tal vez le había entristecido, pero no enfurecido. Quizás debería tratar de darle otra oportunidad…

Se acercó hasta la cocina en busca de su doncella y María se encontró con una Susana que estaba feliz entre las manos de las costureras. La tenían acorralada, tomándole las medidas para sus nuevos uniformes.

—¿No es fantástico, señora? —dijo sonriente al verla—. Dos mudas para cada uno, en verdad el señor duque debe de ser muy rico.

—Sí, supongo —murmuró alejándose de la estancia sin más.

No sabía hacia donde la encaminaban sus pasos, pero la curiosidad le había ganado ventaja, estaba sobre el periódico antes de pensarlo.

No se atrevió a cogerlo de la mesa, no deseaba que él supiera que había leído el artículo que hablaba sobre el bandolero que les había atacado, pero ¿cómo resistirse? Lo ojeó y leyó por encima de manera disimulada y rápida.

Hablaban del enmascarado bandolero al que apodaban *El Caballero* por sus exquisitos modales. La guardia civil ofrecía nada más y nada menos que seis mil pesetas por él. «Vivo o muerto», leyó horrorizada.

Pudo ver que le describían como la cabeza pensante de una banda de delincuentes formada, al menos, por siete miembros. Y el articulo exaltaba la reticencia de la gente a desvelar su identidad, pues lo consideran un héroe del pueblo, parte de lo que robaba a los ricos lo repartía entre los pobres. «Como si fuese Robin Hood», pensó María mientras suspiraba como una doncella enamorada por primera vez.

Y tal vez lo estaba, eso explicaría el insistente calor que se formaba en su interior cada vez que pensaba en él. Además, según la prensa, era un hombre bueno que ayudaba a la gente que no tenía nada, quitando tan solo un poco a los que tenían demasiado, como ella.

La verdad era que el robo del anillo no le había causado un gran agravio, pero tenía la obligación de parecer afectada, pues era su anillo de compromiso.

Perdida en su asaltante del antifaz, se dispuso a conocer a fondo la gran casa solariega y comenzar con los preparativos de la boda, aunque antes escribiría a su padre, haciéndole saber que su hija, a la que había arrojado a los brazos de ese animal, por el momento, estaba bien.

CAPÍTULO 8

Álvaro salió del salón principal enfadado y se dirigió a la cuadra donde se montó a lomos de su semental. Tizón se llamaba el oscuro corcel en honor al color de su pelaje y su carácter ardiente.

Espoleó al purasangre y cabalgó al galope, tratando de dejar atrás con todas sus fuerzas ese maldito pasado y, tal vez, tratar de esquivar el inevitable futuro.

La confusión se había adueñado de María arrastrándola a un torbellino de sentimientos enfrentados, no podía dejar de odiar a su futuro esposo por lo que hizo aquella lejana noche, aunque, por otro lado, en estos momentos le parecía una reacción exagerada, hasta ahora no se había mostrado en ningún momento violento. Además, debía reconocer que cuando lo conoció era simplemente un muchacho que acababa de perder a toda su familia, que había heredado un gran legado y no tenía a nadie en quién confiar o apoyarse.

Quizás, debería plantearse si se merecía, aunque no su perdón, al menos la oportunidad de demostrar que había cambiado.

Pero la mirada de odio de la bestia que vislumbró aquella noche, las ganas de doblegarla… todavía la perseguían en sus sueños más terroríficos.

Perdida en sus pensamientos se encontró sin percatarse en el establo. Observó los animales que descansaban, unos caballos hermosos y fuertes. Era una pena que estuviesen allí, amarrados, en vez de galopando libres, igual que deseaba ella en ese momento.

Uno en particular llamó su atención. Era un animal de gran envergadura, de un blanco cegador cuyas crines se deslizaban libres rizándose un poco en las puntas. Era un ejemplar magnífico.

Se imaginó cabalgando sobre él, dejando atrás todas las preocupaciones, sus miedos, su inseguridad, sus obligaciones y siendo tan solo ella.

Contemplaba seriamente la posibilidad de salir a cabalgar y miró en derredor para comprobar que no había nadie cerca, nadie

que se lo impidiese. Ni siquiera el mozo de cuadras que podría retenerla con alguna pregunta incómoda. Así que, sin pensarlo, se subió sin esfuerzo en el gran animal y lo espoleó.

El animal se lanzó a la carrera. El viento le azotaba en el rostro, despejándole la mente de cualquier cosa que no fuese la libertad que le transmitía la adrenalina que corría salvaje por sus venas en ese instante, a causa de la velocidad que alcanzaba el semental.

El corcel galopaba más y más rápido. María, a pesar de ser una gran amazona, comenzó a sentir que ya no era dueña de las riendas de la montura y trató de frenarle. Cuando tiró de las bridas para indicar a la bestia que refrenase su marcha, algo lo asustó y comenzó a galopar violentamente, el animal no la obedecía. Había perdido todo control sobre él.

Asustada, se inclinó hacia la base del caballo, tratando de que el animal oyese sus suplicas para que se detuviera y a la vez permitirle más estabilidad sobre él.

No quería gritar, pues pensó que eso asustaría más al animal. Así que tan solo comenzó a rezar y rogar para que el animal poco a poco fuese desacelerando la marcha.

Sentía miedo, un pánico que le gritaba que si hacía un movimiento en falso podía acabar muy mal parada.

Álvaro estaba hablando con uno de los campesinos sobre la siguiente cosecha cuando vio pasar a unos metros de distancia a uno de sus caballos. Era un regalo del padre de su futura cuñada para él, pues a su hermano no le gustaba nada cabalgar. Era un gran ejemplar que aún no había sido domado correctamente.

«¿Quién demonios se había atrevido a cabalgarlo sin estar todavía adiestrado?». Había pensado dedicar la tarde junto al mayoral a este asunto, sin embargo, ahí estaba, libre y descontrolado con un jinete sobre su grupa. Un jinete con faldas. Y con una larga y preciosa cabellera oscura.

«¿Cómo se le había ocurrido a esa dichosa mujer? ¿Acaso odiaba tanto su futuro como para desear su propia muerte?».

—¡Qué demonios! —masculló dejando al labriego anonadado por la blasfemia.

Azuzó a su caballo sin pensarlo y salió tras ella. Si no llegaba a tiempo, cuando el corcel se cansase de galopar con su ocupante se encabritaría y seguramente la tiraría hacia atrás.

Por desgracia conocía de primera mano el desenlace fatídico que en muchas ocasiones esas caídas provocaban. Serias fracturas e incluso la muerte, si el animal descontrolado, además, pisaba al jinete.

Iba a tener que hablar con ella seriamente, si quería cabalgar ¿por qué simplemente no se lo había pedido?

El semental era tan rápido como el mismo diablo, o se daba prisa en alcanzarla o podría acabar muerta. Ese pensamiento le heló la sangre y se concentró en ganar más velocidad. Por suerte montaba a Tizón, un caballo bien entrenado, de gran resistencia y muy rápido.

Se agachó para que su cuerpo no fuese un obstáculo oponiendo resistencia al viento y siguió espoleando a su montura para que se diese más prisa.

Más tarde y tranquilo, tendría tiempo de pensar en la regañina que se merecía su cuñada, pero en ese instante no dejaba de sentir terror, un miedo como nunca antes había sentido, siendo consciente de que cualquier movimiento en falso, por pequeño que fuese, haría que la vida de María corriese un mayor peligro.

Decidió ignorar su corazón latiendo con la misma fuerza y velocidad que alcanzaba su montura y concentrarse únicamente en llegar a tiempo al lado de María.

Estaba cerca de las grupas del otro caballo. María se había agachado e iba fuertemente agarrada al cuello fornido del animal. Al menos la mujer había reaccionado de una forma serena sin dejarse arrastrar por el pánico que debía sentir en ese momento, o tal vez hubiese sido ese mismo miedo el que le había salvado la vida. Si hubiese gritado o pataleado, lo más probable es que hubiese asustado más al animal y la hubiese tirado al suelo.

—¡María! —grito Álvaro— ¡María!

María pensó que estaba soñando. Le parecía oír a su bandolero llamándola. Casi le pareció notar el aire que la boca de él exhalaba mientras la llamaba.

Las lágrimas en sus ojos, por el miedo, apenas le dejaban ver y, aun así, instintivamente giró la cabeza y se encontró con los ojos duros y fríos de su futuro esposo.

Parecía querer salvarla, aunque por la expresión de su mirada, pensaba que tal vez era menos probable que sufriera daños a lomos de ese animal enfurecido que junto a la bestia de su prometido.

—¡María! —siguió llamándola Álvaro, mientras alargaba uno de sus brazos hacia ella.

¿Qué pretendía? Se preguntaba María. ¿Quería cogerla y ponerla junto a él, en su misma montura?

Esa era la impresión que daba, pero María no sabía qué hacer, ¿qué sería lo acertado? ¿Arriesgarse a que el caballo la lanzase y tener, como mínimo, alguna fractura, o aguantar los gritos y los golpes de él?

María dudaba, pero Álvaro no.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, la agarró de la frágil cintura y con una rapidez y fuerza que la sorprendieron, se encontró subida en una montura diferente y de una forma muy poco femenina.

Álvaro, cuando por fin la tuvo entre sus brazos, se sintió muy aliviado, y en cuanto se hubo calmado lo suficiente y sintió que sus manos y piernas no temblaban apenas, observó embelesado el hermoso y redondeado trasero que llevaba entre los brazos. Porque en su prisa por sacarla de la trampa rápida en la que cabalgaba, la había colocado boca abajo, con la cara y el cabello hacía la tierra, y su trasero había quedado expuesto a su mirada.

Sonrió al pensar en todos los improperios que ella estaría gritando en su mente, pero seguro que no haría explícitos, aunque eso le gustaría. Esa mujer tenía algo que, cuando estaba furiosa y lo demostraba, le calentaba la sangre hasta tal extremo que le parecía que podía escucharla hervir dentro de sus venas o, al parecer, el calor abrasador que lo consumía por ella, le inducía a pensar así.

Cabalgó un rato más con ella en esa posición tan poco adecuada. Estaba seguro de que estaría incómoda y avergonzada,

pero el contoneo de su trasero lo había hipnotizado. Cabalgaba esperando alguna protesta por parte de ella, pero no la hubo.

María percibía cómo su sangre, caliente por la furia que sentía en ese momento, le inundaba el rostro, las orejas y la cabeza. Se sentía mareada, avergonzada y dolorida por la postura, mientras su futuro esposo no era capaz de pensar en ella y colocarla en una postura más decente y cómoda, porque era incapaz de pensar en alguien que no fuese él mismo.

Trataba de reprimirse, pero lo que de verdad deseaba era gritarle a la cara que era un maldito bastardo y preguntarle si había disfrutado con el espectáculo.

Por un momento, le pareció incluso romántico que la hubiese rescatado, pero en esos momentos, humillándola como lo hacía, tan solo deseaba gritarle, escupir en su atractivo rostro y darle una buena patada en su dichosa entrepierna.

Así, al menos, se aseguraría de que por unos días no iba a yacer con ninguna ramera.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó una voz de hombre que sonó asustada—. Creíamos que no llegaba a tiempo.

—Yo también —confesó Álvaro—, buscad al animal y llevadlo de vuelta a las cuadras. Tendré que enseñarle.

El hombre se marchó cabalgando mientras ella continuaba en esa postura tan indecorosa, y a su futuro marido ¡no le había molestado que otro hombre la viese así de expuesta! Se sentía como si estuviese desnuda. Y eso no se lo perdonaría.

Álvaro suspiró, a pesar de que no deseaba cambiarla de postura, tendría que hacerlo, aunque su bamboleo hipnotizador hubiera hecho que su miembro se agrandara con tan solo pensar en el trasero de la mujer sin ropa, sobre él, moviéndose con ese mismo delicioso compás…

—¡Demonios! —gruñó colocándola sin esfuerzo sentada delante de él, en una postura más adecuada.

Ella le miraba con la furia caldeando sus preciosos ojos verdes, en los que podía ver el fulgor del odio.

Álvaro trató de no reírse, pero estaba tan hermosa con la larga cabellera alborotada, sonrojada seguramente por la ira que

trataba de contener hacia él, o tal vez por el estupor de haber estado cabalgando con su precioso trasero tan marcado, con el vestido mal colocado que dejaba entrever algo más de lo permitido sus redondeados y llenos pechos, que solo pudo acariciar un mechón de su suave y enmarañada melena y colocarlo tras su pequeña oreja.

Así, justo así, la recordaría siempre, su *gata salvaje*. Pensó que, si en ese momento tenía un estallido de furia, iba a besarla hasta que le doliesen los labios, hasta que ella le suplicase que siguiera adelante, que le diese más. Pensó en cómo la torturaría, pellizcando esos pezones sonrosados, en cómo acariciaría ese imponente trasero mientras besaba su sexo y saboreaba sus jugos, esa dulce humedad que se estaría derramando entre sus piernas, por él.

El pantalón comenzó a sentirlo muy estrecho en la entrepierna y el suave balanceo de ella sobre él no ayudaba, además, los pechos exuberantes parecían que iban a derramarse en cualquier momento desde dentro de su vestido y caerían sin ninguna otra opción sobre sus manos, donde los acariciaría…

—¡Demonios! —volvió a murmurar enfadado. Esa mujer no debería provocarle todas esas emociones, casi no se conocían, aun así, antes de saber que era su cuñada, cuando la vio desafiante con su vestido oscuro que destacaba el verde de sus ojos, plantándole cara a tres peligrosos bandoleros, no pudo pensar en otra cosa que en la suerte que tendría el hombre que la poseyera, y decidió que al menos debía saborear por una vez esos labios llenos y rosados que parecían no decir otras palabras que *hazme tuya*. Qué sorpresa tan agradable se había llevado cuando ella le había devuelto el beso con una pasión inesperada, y una muy desagradable cuando la oyó pronunciar el nombre del que la vengaría, del que sería su futuro esposo. Su hermanastro.

—¡No me estás escuchando! —Lo sacó una voz enfadada de sus pensamientos.

—La verdad es que no —dijo sin mentir.

—No has cambiado, sigues siendo el mismo cobarde egoísta de aquella noche.

—No vuelvas a decir eso, María Isabella de Ayala —habló con voz rotunda porque, a decir verdad, esa confesión de su cuñada no le había gustado nada, sobre todo porque, de ser su hermano, él sí que probablemente la hubiese castigado o humillado.

—Lo siento de nuevo, supongo que estoy molesta por la posición tan incómoda en la que me has puesto.

—¿Yo? ¿Quién ha sido la que ha salido a cabalgar sola y montando un caballo que aún no está domado para su monta?

—El caballo no… —dijo avergonzada.

—No, María. Te pregunté si querías cabalgar. ¿Por qué no me dijiste que lo deseabas y yo te hubiese ensillado gustosamente un caballo adecuado para ello?

—¿Lo habrías hecho? ¡Lo dudo!

—No lo dudes. Lo habría hecho. Yo haría cualquier cosa por ti —confesó Álvaro y, en ese momento, supo que era verdad. Que lo haría. La protegería. Y lo inundó la pena, porque no tenía ningún derecho sobre ella.

—Ni siquiera me prestabas atención, ¿cómo puedes decir que harías cualquier cosa por mí?

En realidad, a María la declaración de su prometido le había pillado con la guardia baja, después del susto que había pasado a lomos del semental, solo deseaba unos brazos fuertes y amplios en los que sumergirse y dejar caer algunas lágrimas más, unos brazos como los que tenía frente a ella.

—Lo siento, es verdad. Me he distraído.

—¿Te has distraído? ¿Y se puede saber qué era tan importante para distraerte en una situación en la que casi muero?

—Tú.

—¿Yo?

—Me distraen tus pechos a punto de derramarse por tu vestido, tu pelo desordenado y libre, con el que estás preciosa, y me está distrayendo tu boca, porque solo puedo pensar en besarte.

—¡Oh! —exclamó María, pues no se esperaba para nada esa confesión que parecía tan sincera por parte de su prometido. ¿De verdad sentiría todo eso por ella?

—Sí, por eso no te prestaba atención.

—No sé si sentirme halaga o más furiosa aún. Esa no es una forma apropiada de hablarme.

—¡Demonios! Lo sé. ¿Crees que no dejo de repetírmelo? Pero no dejo de pensar que necesitas un buen repaso.

Había llegado el momento, iba a golpearla. Cerró los ojos, como para evitar ver el dolor del golpe. Sin embargo, lo que sucedió fue diferente.

Las manos masculinas acariciaban suavemente su cuello y la boca ruda estaba sobre la suya, el inesperado contacto la hizo sorprenderse entreabriendo los labios, oportunidad que no desaprovechó ya que sabía que no tendría otra, sumergió su lengua en la boca de ella y comenzó a besarla con toda la pasión que despertaba en su cuerpo y que trataba de contener sin éxito.

Durante unos momentos se quedó paralizada y sin saber cómo reaccionar, pero después de varias caricias de la lengua de él en su boca, empezó a nublarla la pasión y dejó que ese calor que empezaba a sentir creciese y se liberase. Le devolvió el beso, un beso que le gustaba aun sin saber por qué y que hacía que se sintiera viva, con ganas de más, dejando a un lado el temor que le inspiraba, la repulsión y el horror de pensar que estaría encadenada de por vida a esa bestia salvaje, ese mismo animal que ahora la hacía estremecerse de arriba a abajo con sus besos y sus caricias.

Pasó sus manos temblorosas por el cuello masculino y después le atrajo más hacia ella enredando sus dedos entre el pelo oscuro de Álvaro.

Él gimió por las osadas caricias de esa mujer que escondía una pasión que le volvía loco, notó cómo se calentaba todo su cuerpo y sus manos no se resintieron más a no acariciarla y tomaron uno de sus pechos entre ellas, llenándolas de suavidad y placer.

María gimió ante la caricia y eso no hizo más que enardecer la pasión de él.

No entendía cómo la caricia de ese hombre, al que odiaba y temía, podía hacerle desear tanto. Más de ese contacto. Más de él. Más y solo más.

Se sorprendió cuando él cogió uno de sus pechos, aunque era muy agradable. Pensó en revelarse, pero su mente quedó enredada

en la gruesa niebla de una lujuria y pasión desconocidas para ella, que nunca antes había estado con ningún hombre, que le hacía desear gritar, pedir más. Que le hacía sentir un vacío en su interior, que su cuerpo le rogaba que llenara con él, aunque no sabía muy bien cómo.

Sin apenas notarlo, él la cambió de posición y quedó a horcajadas sobre él. El animal se removió inquieto por lo brusco del movimiento, pero el experto jinete supo calmarlo en seguida mientras seguían mirándose, frente a frente. Él tenía los ojos oscurecidos por la pasión y jadeaba sin aire mientas la miraba con deseo.

Sus ojos bajaron hasta su escote y de nuevo miraron la boca, los ojos observaron hambrientos una vez más la boca y de nuevo su escote. Cuando creyó que no hallaría barrera alguna, se dirigió con su boca al pecho llenándolo de besos.

Liberó uno de los senos y se llenó la boca con él. María soltó un jadeo tan fuerte que la sorprendió a ella misma. Y en vez de apartarle, como cabría esperar de una dama como ella, enterró la cabeza del hombre entre ellos, más profundo si cabía, mientras sus caderas se movían buscando la cercanía del cuerpo masculino y descubriendo su entrepierna dura y lista para ella.

Continuó rozándose contra él, ciega de pasión. Una pasión que él alimentaba mientras mordía, lamía y pellizcaba sus pezones sin descanso.

Una de las manos de él se alejó morosa y acarició sus costillas, su cintura, la curva de su cadera… Por un momento que se le hizo eterno, el roce desapareció, pero volvió a renacer en el tobillo, subiendo por la pantorrilla, hasta llegar al muslo.

El animal relinchó nervioso. Álvaro lo calmó y empezó a ir al paso, despacio.

María suspiró pesadamente, estaba tocándola por debajo de la ropa, sabía que debía detenerle, aún no eran marido y mujer, pero su mano seguía lenta y segura ascendiendo confundiéndola con sus caricias, hasta que estuvo justo ahí, en esa zona prohibida y oculta a todos.

Iba a protestar, pero la boca de Álvaro fue más rápida y ahogó la protesta con un beso apasionado mientras sus dedos se envolvían en torno a su vello rizado y húmedo.

Él sonrió mientras la besaba. Estaba húmeda, por él. Puede que no le gustase la idea de pertenecerle, pero al menos sabía que ella se sentía atraída por él y que sus caricias despertaban en ella el mismo deseo que en él.

Sabía que no debía, pero no pudo evitarlo, estaba allí, descarado, inflamado por la pasión, susurrándole que lo acariciase. Llorando porque se sentía abandonado. Entonces con el pulgar comenzó a acariciarlo lentamente, describiendo suaves círculos, mientras con los otros dedos, acariciaba los labios húmedos, para conocerla. Para hacerla suya y que no fuese de nadie más.

Ella gimió, jadeó aferrándose a él, suplicando sin palabras que le diera más, que no parase. María se había rendido cegada por una pasión extraña que la asoló al igual que una gran ola que lo arrasa todo a su paso, dejando sin consciencia a las personas que se dejan arrastrar, olvidándose de todo, de todos, excepto del placer y la necesidad que se sienten en ese momento.

Álvaro la besó con más fuerza, mientras aceleraba las caricias y disfrutaba de cómo ella se movía rítmicamente contra su mano al compás del balanceo del animal, reclamando más.

—No pares por favor —susurró al oído.

Y él creyó que iba a morir de placer gracias a su súplica.

—No lo haré, tan solo quiero que me prometas una cosa.

—Cualquier cosa que me pidas —gimió desesperada.

—Que solo seas mía.

—Solo seré tuya.

Y con esas palabras, él volvió a besarla, sellando esa promesa arrancada en la inconsciencia de la pasión.

Sus dedos jugaron más con ella llevándola al borde del abismo.

María agarró la mano de él, apretándola contra su sexo caliente y húmedo, desesperada por llegar al clímax.

Y entonces lo sintió, una explosión que la dejó desarmada, desgastada, feliz, emocionada y convulsionando contra el cuerpo

masculino presa de un éxtasis sin comparación, no había palabras para describir todo lo que sentía en ese momento. Era maravilloso. Había sido la mejor experiencia de su vida, liberadora. Y se la había regalado él: su enemigo.

La boca de ella descansaba junto al odio de Álvaro, jadeando, gritando, conteniendo las sacudidas que ese placer inesperado le había otorgado. Aferrándose contra sus hombros para no caer desplomada.

Él no retiró la mano de su sexo y con su brazo libre la abrazó fuertemente contra su pecho, consiguiendo que ella se derritiese en miles de gotitas de pasión.

Continuaba abrazada a él, incapaz de mirarle, avergonzada y a la vez liberada, feliz. Sentimientos contradictorios, como los que sentía hacia ese hombre, o hacia su bandolero misterioso. Desde que había abandonado la casa de su padre, todo parecía ser confuso. Una espiral que la arrastraba en sus indecisiones y caía de uno a otro lado sin importar las consecuencias.

Álvaro espoleó suavemente al caballo y este aceleró el paso. Álvaro quería darle algo de tiempo para reponerse, sabía que había sido muy intenso, aún necesitaba alivio, el pantalón parecía a punto de estallarle y su miembro a punto de reventar. Había sido delicioso. Ella era exactamente como había imaginado, un volcán en erupción bajo sus dedos.

Cabalgaron en silencio un rato. María trataba de recuperar la compostura, pero sabía que ya nada sería igual, no después de compartir ese momento tan íntimo.

El animal se detuvo y Álvaro se deshizo sin demasiada prisa de su abrazo. Se bajó de la montura, a pesar de la tirantez de sus pantalones, con bastante agilidad, y la ayudó a desmontar, despacio, dejando que su cuerpo ardiente rozase al suyo, dolorido por la necesidad de enterrarse en su interior. Sonrió al notar cómo le temblaban las piernas. Quizás, si la dejaba en el suelo, podría desmoronarse sobre la hierba con tantas emociones, sin duda inesperadas, en la mañana de hoy. Así que la cogió entre sus brazos y ella, avergonzada, ocultó su rostro en el hueco del cuello, cosa que

no hizo más que incrementar el deseo que sentía en ese instante por ella.

La dejó a la orilla del río y se dispuso a lavarla. La mirada curiosa y después horrorizada de su cuñada le puso sobre aviso, ¿qué le sucedería ahora a esta mujer que parecía tener doble personalidad?

—¡No quiero que me toques más! —exclamó furiosa.

—¿Por qué no?

—¿Cómo te has atrevido a hacerme eso? Me has tratado como si fuera una de tus rameras.

—María, créeme si te digo que no me tomo tantas molestias con mis rameras —replicó enfadado.

María le miró ofendida, con los ojos a punto de soltar las primeras lágrimas, pero se aferró a su coraje, ese que tanto le gustaba a él, y agachó la mirada para recomponerse.

—Déjame sola, ya regresaré a casa. Y gracias por el rescate.

—¿Y ya está? —preguntó ofendido.

—¡Ah, claro! ¿Tú también querrás tu parte? Muy bien, venga, dime qué he de hacer para satisfacerte, lo haré y entonces me podrás dejar en paz.

¿Pero qué demonios…? ¿De qué hablaba ella? ¿Se pensaba que le reclamaba alivio?

Pero qué ciega y testaruda podía ser esa mujer. ¿Cómo se atrevía si quiera a pensarlo? ¿Que la había tratado como a una ramera? Ella no tenía ni idea de nada. De nada en absoluto, él la había adorado con sus manos, con su boca, con sus caricias y sus besos. Había sido tierno, apasionado… ¿cómo podía ser tan obcecada? Mejor la dejaba a solas, pues temía decir algo que tan solo empeorase las cosas.

Se dio la vuelta y se alejó. Antes de desaparecer del todo de la vista de ella, se giró.

—Te dejo mi montura, para que no regreses a pie, María. Hoy estaré ocupado, he perdido demasiado tiempo, así que tal vez no nos veamos hasta mañana.

María no dijo nada, se quedó allí de pie, sintiéndose dichosa y a la vez infeliz, ensalzada y a la vez humillada. No sabía por qué

tenía ese torbellino enredado de sentimientos dentro de ella. Él parecía dolido, ofendido, pero ¿por qué, si la había mancillado? Había sido una sensación hermosa, apasionada, de locura y desenfreno y ella no le había detenido en ningún momento y, ¿por qué? Porque la había engañado con sus artes mágicas amatorias, en las que sin duda tenía una gran experiencia y ella tan solo no había podido resistirse, pero ¡Oh, Dios! ¡Había estado tan bien! Por un momento, había logrado la libertad que de verdad ansiaba, la pérdida de control de todo y, sobre todo, incluso de sí misma, de sus sentimientos. Algo tan autentico, tan mágico.

Un escalofrío la recorrió ante el recuerdo maravilloso del momento, todavía podía sentir el sabor de él en la boca, su sabor picante y oscuro. Pero a la vez dulce y suave.

¿Cómo había podido ser tan brusca? ¿Por qué le había tratado así? Porque iba a ser su marido y nunca más la tocaría, porque ella lo odiaba desde lo más profundo de su corazón y, además, porque parecía que cualquier hombre que se acercaba a ella la hacía sentir fuera de sí, y con él también había sentido que era suya.

Suya y de nadie más. Y eso la asustaba.

CAPÍTULO 9

Álvaro no dejaba de maldecir entre dientes. Esa mujer lo volvía loco, tanto como lo estaba ella misma.

No la entendía en absoluto, ¿qué demonios le había pasado? Había pensado que le había gustado, que tenía su permiso, procedió actuado con delicadeza y despacio, para darle tiempo a rechazarle en cualquier momento, ¿por qué, si no deseaba estar con él, no le había detenido sin más? ¡Que la había tratado como a una ramera!

Nunca habría hecho eso, nunca antes lo había hecho, es cierto que con las otras mujeres había sido más una necesidad apremiante y no se había detenido en sutilezas, sin embargo, con ella había sido diferente. La había respetado, disfrutando de ella y regalándole un placer que él mismo se había negado a obtener. Gracias a su autocontrol, no la había penetrado allí mismo sobre la grupa de su caballo despojándola de su virginidad.

No tenía ni idea del esfuerzo que eso que le había supuesto. ¡Mujeres! ¿Quién las entendía? Y, ¿qué hacer para que ella de una vez olvidase ese desafortunado incidente y no se lo reclamase a las primeras de cambio? Para colmo se sentía un miserable por haber disfrutado de su futura cuñada y casi privar a su hermano del privilegio de arrebatarle la virginidad, pero i¿en qué demonios pensaba?! En nada. Cuando estaba con ella parecía un chiquillo en celo que acababa de descubrir el sexo. Se sentía fuera de control, invencible, sin miedo a nada ni a nadie. Ni siquiera a las represalias por parte de su hermano.

Estaba furioso consigo mismo por no ser capaz de poner freno a esa pasión desmedida que ella despertaba en él y por no poder refrenar su lengua que decía, sin pensar en nada más, todo lo que sentía por ella. ¿Cómo iba ahora a mirarla sin más? Sería la mujer de su hermano y cada vez que sus miradas se cruzasen se acordarían de ese momento íntimo. Y para rematar la faena había descubierto que el cuerpo de la mujer, aun sin ser consciente, había

reaccionado como cuando llevaba el antifaz, seguro que estaría confusa.

No podía regresar en ese estado a la casa: furioso, hambriento y dolorido por haber quedado sin alivio. Seguramente acabaría por castigar con su enfado a algún inocente. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el río, un poco más arriba de donde la había dejado a ella. Necesitaba un buen baño de agua fría para calmar la tempestad que su *gata salvaje* había encendido en su interior.

María había estado pensando en lo sucedido durante esa mañana. Quizás había sido brusca y dura con él sin necesidad. La verdad es que desde que había llegado no había mostrado un comportamiento agresivo y había sido generoso y valiente al rescatarla y, aunque no le había gustado la manera de llevarlo a cabo, supuso que, al menos por un momento, él no había pensado en otra cosa nada más que en ponerla a salvo.

De repente pensó en su bandolero, en la similitud física entre ambos, en el sabor de sus besos y, la alocada idea de que ambos podían ser el mismo y que ese era el motivo por el que reaccionaba ante ambos igual, pasó por su cabeza un instante.

—Fantasías —murmuró mientras meditaba si tal vez su cuerpo era lascivo y ella no lo sabía, hasta ahora.

Paseaba disfrutando del sonido del agua que bajaba suavemente por el río, asiendo con fuerza las riendas del tranquilo animal al que le había costado subir ya que el miedo ante el recuerdo de la última cabalgada que casi acaba con su vida seguía latente en su cuerpo, pero, tras mucho debatir, decidió que lo mejor era deshacerse del susto en ese momento y no permitir que un potro alocado la fuese a asustar.

El recuerdo de las manos del hombre, sobre y dentro de ella, hizo que un leve rubor cubriera sus mejillas y que su cuerpo se agitase cuando por sorpresa lo vio.

Sin ningún pudor se deshacía de toda la ropa hasta quedar desnudo.

María sin aliento contemplaba cómo la piel bronceada, debido al trabajo al aire libre, adquiría tonos dorados con la luz del sol. Y, ¡oh Dios! Cuando descubrió lo que ocultaba bajo su pantalón tuvo

que sofocar un grito, no sabría si de alegría, emoción o pánico, porque la verdad es que su miembro erecto más parecía una lanza a punto de ensartar a alguien.

¿Serían todas así y ella se sorprendía a causa de su ignorancia?

No, estaba segura de que en las conversaciones de las mujeres de clase más baja había oído comentarios despectivos sobre algunos hombres y su escaso tamaño, sin embargo, lo que ocultaba bajo el pantalón no era precisamente *pequeño.*

Era muy atractivo; la espalada amplia, los brazos fuertes y las caderas, estrechas, acababan en un trasero redondo y prieto que cuando caminaba, sobre sus largas piernas, presumía de todos y cada uno de los músculos bien torneados.

Definitivamente era un hombre muy apuesto, y ella era una mala pécora, que ya estaba de nuevo lista para él. Para repetir lo que hacía un rato había experimentado, ¿qué tenía ese hombre que despertaba en ella tal lujuria? ¡Por todos los santos! ¡Él era su *odiada* bestia salvaje!

Había escuchado historias sobre mujeres que perdían completamente la cabeza por los encantos de algunos hombres, ¿sería eso lo que le había ocurrido a ella? ¿Había perdido la cabeza por un animal cruel?

Era horrible, debía confesarse ahora mismo, o no, mejor no, no sabía qué clase de castigo se imponía a las mujeres libidinosas y ella se había entregado a él, antes de desposarse. ¿Sería pecado? Seguro, eso que habían hecho debía de serlo. Aunque, cabía la posibilidad de que, como iban a estar casados, fuese un pecado menor…

Era incapaz de quitarle la mirada, seguía observándole boquiabierta. Quizás lo odiase, pero debía ser sincera consigo misma y reconocer que también lo deseaba con la misma intensidad.

Bajó del caballo y se ocultó tras unos arbustos, por si acaso la descubría. Debía irse, pero necesitaba verlo solo un poco más…

Álvaro se sumergió en el agua fría del río y nadó durante un largo rato en el que ella no dejó de contemplar cómo los músculos

de sus brazos se hacían más notorios cada vez que daba una larga y segura brazada.

María en ese momento pensó que él se merecía una disculpa por su parte. Había sido despiadada. Permanecía grabada en su mente la imagen de sus ojos heridos por sus palabras. Sí, esa noche durante la cena se disculparía. Tal vez sí que había cambiado con los años…

Álvaro había notado su presencia desde el primer momento, había esperado que ella huyese, que se hiciese notar. Pero no, lo había estado observando todo el tiempo. Desde esa distancia, pudo ver que estaba azorada, sus mejillas arreboladas le daban un aspecto inocente que contrastaba con sus ojos felinos.

Era una delicia para la vista. Pensó en seguir ignorando su presencia mientras se relajaba y apagaba el fuego de su cuerpo con el reconfortante y fresco baño en el río. Pero su parte traviesa pudo más que la coherente y no pudo evitar molestarla.

Salió del agua fría y, sin acercarse demasiado al lugar donde pretendía ocultarse, se dirigió a ella:

—¿Disfrutando del paisaje? —interrumpió con voz suave y profunda.

Ella miró hacia el frente, avergonzada, pues la habían pillado como si fuese una niña en mitad de una travesura.

—Puede —continuó— que tú pasaras inadvertida entre los arbustos, pero Tizón necesita un lugar donde refugiarse más amplio.

—No me escondía —mintió descaradamente—, me he caído del caballo.

—¿Entre las zarzas? Ahora vas a tener espinas por todo tu hermoso cuerpo, ¿quieres que te las quite yo mismo con mis dedos?

María se levantó avergonzada. Ese hombre no tenía ningún tipo de decoro y hacía esas insinuaciones tan directas que la hacían sentirse deseada por un lado, pero agraviada por otro.

—No gracias, ya le pediré a Susana que me ayude. ¿Puedes vestirte, por favor?

—Mi desnudez no parecía molestarte antes, cuando pensabas que no me había dado cuenta de tu presencia. Además, dentro de

poco seremos familia, así que no tiene demasiada importancia y, de todas formas, tampoco eres la primera que ha visto el género.

—¿Así lo llamas? ¿Género?

—¿Perdona? ¿Que si llamo genero a…? —Álvaro disfrutaba de lo lindo con su azoramiento. Esta sí era su *gata*, fresca y descarada a pesar del pudor.

—A tu garrote.

Él estalló en carcajadas.

—Así que mi miembro para ti es un garrote.

—Bueno, es el primero que veo y con lo único que se me ocurre compararlo es con un garrote.

—Me halaga que te sorprenda y que solo puedas compararlo con un *garrote*.

Álvaro le hablaba suavemente, cerca de su rostro ruborizado y aún desnudo, mientras su *garrote* la apuntaba de manera hostil, encañonándola para luego empalarla.

¡Dios! Ya estaban otra vez esos pensamientos impuros.

—Mi querido Del Valle, usted va a conseguir que vaya de cabeza al mismísimo Infierno —contestó mientras se levantaba y caminaba hacia atrás para estar algo más lejos de ese hombre.

—No señorita, tan solo deseo llevarla al Cielo.

En ese momento sus bocas se unieron de nuevo y aunque trató de poner algo de espacio entre su prometido, desnudo de arriba abajo, y ella, al final cedió a sus impulsos y otra vez se encontraba restregándose como una cualquiera contra ese magnífico hombre.

Álvaro empezó a acariciarla y su miembro, cada vez más tenso, le apremiaba por alivio. María era incapaz de dejar de mover sus sinuosas caderas contra su entrepierna dolorida. Ahora el baño frío no había servido de nada. Absolutamente de nada. Estaba otra vez más caliente que el mismísimo Infierno, ese al que ella creía que iba a ir y, desde luego, si no se apartaba de él, la arrastraría allí y no la dejaría salir en uno o dos años, el tiempo que necesitara para saciarse de esa apasionada mujer.

Pero debía respetarla, pronto estaría casada con su hermano y tenía que hacer las cosas bien, no deseaba que nadie hablara mal

de su cuñada ni que se cuchicheara a sus espaldas sobre su pureza.

Así que, haciendo un esfuerzo sobrehumano en esos momentos para él, la alejó de sí.

—Si sigues así, María, no vas a llegar virgen a tu noche de bodas —musitó jadeando y embriagado de pasión. Una pasión que se reflejaba en los ojos de María también.

Ella lo miró sorprendida, ¿le estaba pidiendo que se alejara para respetar su pureza? ¿Entonces lo que había sucedido antes?

—Si dices que deseas respetar mi pureza, lo de antes...

Él rio de buena gana, aligerando un poco la tensión acumulada como una espesa nube entre ellos.

—Lo de antes ha sido de entrenamiento, pero tu pureza no se ha visto comprometida, para eso, mi inocente novia, hubiese hecho falta que mi garrote hubiese estado dentro de tu cuerpo.

—¿Dentro de mí? —susurró avergonzada, entonces, si su miembro no estaba dentro de ella, seguía manteniendo su inocencia. ¡Cómo echaba de menos ahora a su madre o el haber tenido una hermana! Esa noche, debería preguntar a Susana, quizás ella supiera más de ese asunto y pudiese aclararle las cosas. Aun así, sus instintos la habían avisado. Ella recordaba cómo su cuerpo se restregaba contra su miembro duro, sin duda deseando acogerlo allí, el lugar donde debía estar, pero ¿cómo albergaría su cuerpo algo tan magnífico? Estaba segura de que no era posible que su garrote cupiese dentro de ella y desde luego, si entraba dentro de ella, de seguro la haría gritar por el dolor que le causaría. No, ni loca iba a permitir que la empalase con esa arma que guardaba entre sus piernas, sin embargo, algo como lo que acababa de ocurrir…—. ¿Quieres decir que, si tu *garrote* no está dentro de mí, no es un pecado antes de estar casados?

Álvaro no podía creer lo que veía ni lo que escuchaba. ¿Acaso deseaba de nuevo tener un encuentro romántico con él al saber que su virginidad de esa manera no corría peligro? Al menos eso era lo que parecía.

Una sonrisa de satisfacción inundó la cara por completo de Álvaro, no podía creer lo que escuchaba. Los labios de ella, ahora le parecían más sensuales y más pícaros, envueltos por la timidez de

sus manos y la niebla en sus ojos. Ella le deseaba, tanto como él a ella. Desde ese primer beso siendo *El Caballero*, no había podido quitársela de la cabeza, y ahora ella parecía estar coqueteando, alimentando un juego peligroso, excitante, en el que acabarían sudando y jadeando de pasión, y ese pensamiento hizo que su miembro palpitase de emoción, como si tuviese vida propia.

—Sí, mi querida María, eso significa que no has perdido tu pureza y, bueno... vamos a ser familia, así que supongo que debemos dejar de jugar a este juego peligroso.

Álvaro estaba otra vez cerca de ella. Su cuerpo cálido y embriagador lo abrumaba con el aroma de una promesa. La promesa de la pasión, del deseo, de besos profundos… Un hambre desconocida por Álvaro hasta el momento se despertó en su interior como una bestia luchando por sobrevivir.

La tomó entre sus brazos y la besó con libertad. Con una necesidad apremiante. Dejando que todos sus sentimientos, tanto los buenos como los malos, fuesen trasmitidos a ella.

María respondía a sus besos con la misma intensidad y, durante un segundo, Álvaro notó cómo subía al Cielo, cuando una osada mano de ella le agarró el miembro entre sus suaves dedos largos.

—María...

—¿No te gusta? ¿No lo hago bien?

—¡Demonios! Claro que sí, me estás matando suavemente. Es por ti... Sé que no tienes experiencia.

—Enséñame, quiero darte placer, igual que tú me lo has dado a mí.

—¿Y mi hermano?

—¡Al infierno tu hermano! —exclamó ella.

María no entendía por qué se ponía a hablar de su hermano en esos momentos, ¿qué tendría que ver en todo este asunto? Su hermano, un leve recuerdo llegó a su mente, pero los ojos de su futuro esposo, oscurecidos por la pasión, la hicieron olvidarse del resto.

—Está bien —susurró perdido en ella, deshaciéndose entre sus manos.

Álvaro puso su rugosa mano sobre la piel delicada de ella y comenzó a subir y a bajar por toda la longitud de su sexo.

Esa caricia que venía de ella, con las manos de ella, se hizo insoportable, nada comparado a lo que había experimentado antes.

Él la dejó investigar y sufrió una ardua tortura, y a la vez placentera, al notar cómo sus manos inexpertas subían y bajaban, lo acariciaban sin descanso, curiosas, mientras hacían que de él brotara la pasión a destajo.

—Más rápido —suplicó.

Y ella aceleró el ritmo hasta que lo llevó al borde mismo del abismo, al que se lanzó de cabeza sumergiéndose en una mar de olas profundas que agitaron todo su cuerpo.

Apretó los dientes para tratar de contener un gemido que no detuvo la improvisada barrera.

Estaba feliz, disfrutando de su intenso placer y se arrodilló en el mullido suelo, sentándola junto a él. Los ojos de ella lo observaban empañados de deseo, sensación que conocía muy bien.

María le miraba maravillada. Había conseguido llevar a ese hombre al borde del deseo, lo había liberado de la pasión retenida, como había hecho con ella. Estaba sorprendida, intrigada y se sentía poderosa. Ahora sabía que ella podría controlarlo de esa forma. Conseguiría cualquier cosa cuando estuvieran juntos en una posición tan íntima. Lo había visto en sus ojos: una súplica callada.

Ella aún jadeaba, no entendía por qué se sentía tan excitada al ver cómo él se vaciaba. Pero así era. La humedad de su sexo le empapaba la entrepierna, goteando por los muslos. Lo notaba caliente, húmedo, apretado, listo para recibirle.

¿Sería igual de bueno cuando la penetrara?

Álvaro la miraba sonriendo, feliz, satisfecho y… ¿travieso?

¿Qué pretendería hacer?

Besándola de nuevo acarició los pechos sensibles por la excitación. María se sintió desfallecer, se mordió el labio inferior mientras se agarraba a la falda para no desplomarse a causa de esas magníficas sensaciones.

Álvaro besaba su cuello, los hombros, los pechos mientras los apretaba fuertemente entre sus manos, logrando que la caricia cada

vez se volviese más íntima.

María disfrutaba de cada roce, de cada beso, de cada gemido ahora que se sabía lejos de las puertas del Infierno y a los pies de las puertas del Cielo.

Ella no deseaba que acabase, deseaba que esas caricias fuesen eternas.

Los labios masculinos recorrieron el camino de sus manos, besando los senos turgentes, la cintura estrecha, las caderas. Ahora, besaban el tobillo, subían por su pierna temblorosa, mientras la torturaban con dulces besos, leves bocados, roces de su húmeda lengua... Su húmeda y cálida lengua mojada que ahora le besaba su sexo.

¿Le besaba su sexo? ¡Le besaba su sexo! ¿Eso se podía hacer? ¡Oh, Dios! Sí, eso parecía, y que no parase. ¡Qué sensación tan deliciosa! Sentir la suavidad de su lengua en ese punto estratégico, el epicentro donde se formaría el terremoto que la devastaría. Pero no importaba, deseaba ser devastada.

Su lengua jugaba con ella, le daba suaves roces, describía círculos torturando su pequeña perla inflamada por la pasión, mientras sus dedos acariciaban su cuerpo caliente. Se inclinó hacia atrás, esperando así poder controlar un poco más ese deseo que la dominaba, pero tan solo empeoró, al hacerlo, su sexo quedó más expuesto a la boca que no dejaba de infligirle torturas deliciosas.

Apretó con sus manos la tela del vestido. Estaba al borde, lo notaba, ya empezaba a reconocerlo, un leve aleteo en su interior que se acabaría convirtiendo en un tornado devastador.

La lengua de él la acariciaba cada vez más rápido, más duro, ella no soportaría por más tiempo ese deseo contenido, le cogió la cabeza y la hundió más profundamente en ella.

Sabía que no debía de estar bien, que eso no era un comportamiento digno de su clase, pero ¡se sentía tan delicioso!

Nunca se había imaginado que el estar con un hombre podía resultar tan excitante, tan bueno.

El aleteo cobró fuerza y, en unos segundos, los aleteos provocaron el huracán que la llevó hacia el éxtasis.

Trató de contener el grito que su boca alejó de su cuerpo, pero no pudo cerrarla a tiempo, cayó hacia atrás, desplomada. Sobrecogida por tanto deseo y felicidad. Las lágrimas abarrotaban sus ojos cerrados a causa de ese estallido mientras su cuerpo se convulsionaba de placer.

¡Era tan bueno! Podría hacer eso todos los días, varias veces además, pensó mientras sonreía exhausta.

—¿Te he hecho daño? —escuchó su voz preocupada.

—No, no. Ha sido… maravilloso —contestó entre jadeos y lágrimas.

—¿Por qué lloras entonces, María? —pensó por un instante que quizás ella se había arrepentido por todo lo que significaba.

—Pues por eso, porque ha sido maravilloso. No puedo creer que haya algo mejor que esto.

—Lo hay, mi *gata salvaje*, lo hay —sonrió aliviado.

—¿Y qué es? —preguntó ella casi sin voz, pues no podía concebir que existiera algo más intenso y delicioso que lo que acababa de experimentar.

—Estar dentro de ti. Eso será mil veces mejor que esto.

—¿No mientes? —inquirió sorprendida.

—No, no miento. Es la verdad.

—Entonces no lo soportaré y moriré de felicidad —confesó sin cavilar.

Álvaro se carcajeó al oírla, en verdad, esa mujer extraña, de carácter caprichoso, fuerte y altanera, con coraje y luchadora era su alma gemela. La parte que lo completaría. Sabía que con el tiempo ella lo amaría de verdad, no le temería y entonces sería una pareja que amase sin reservas, en la cual confiar.

Había encontrado a su compañera y no estaba dispuesto a dejarla escapar. No la perdería, por nada, entonces se dio cuenta de su error: ya pertenecía a otro; a su hermano.

¡Qué difícil se le hacía tener que competir contra su misma sangre! Por un lado, deseaba llevársela y hacerla suya, por otro, estaba obligado a respetarla por su hermano, aunque ya había llegado demasiado lejos. Tan solo esperaba, que, por algún giro

inesperado y caprichoso del destino, su hermano no la deseara y le dejase el camino libre hasta su cama. Con eso se conformaría.

Álvaro ayudó a María a levantarse, agotada después de dos experiencias tan fuertes para ella y continuadas y la ayudó a refrescarse en el agua fría del río.

Era tan hermosa que dolía mirarla. Tenía las mejillas sonrosadas y parecía estar más relajada con él, pero ¿cómo no estarlo después de lo que había pasado?

Era alegre, fuerte, con ganas de vivir. La pudo imaginar con dos niños, uno a cada lado, jugando con el agua fresca del río en verano, paliando el calor, besando sus regordetas mejillas.

Sí, había tenido suerte. Y ahora se arrepentía de no haber dejado a Germán romper el compromiso con su padre, porque entonces él habría podido, al menos, tener la opción de pedirla, de reclamarla aunque fuese utilizando las más bajas trampas, pero ahora ya no podía hacer nada.

Eso le molestó, sabía que nunca más compartiría un tiempo con ella como ese, porque a partir de ahora debía alejarse de ella, no permanecer a solas nunca porque, si lo hacía, no sabría de lo que sería capaz.

CAPÍTULO 10

Regresaban a *La andaluza* paseando por el frondoso paraje y dejando que el aroma a pino bañase sus cuerpos cansados, María se dejó caer sobre el pecho masculino gozando de una confianza que había nacido, inesperada, después de sus encuentros. Ahora no le parecía algo tan monstruoso que su *garrote* la penetrase, de hecho, lo deseaba.

Alzó la mirada y se encontró con el atractivo perfil masculino del que iba a ser su esposo y no pudo resistir la tentación de acariciar la mejilla cubierta por una incipiente barba oscura, dejándose seducir por la sensación suave y ruda a la vez del áspero vello raspando sus dedos de forma sensual y cálida.

Se deleitó con sus largas pestañas, oscuras y profundas al igual que el color de sus ojos. Paseaba sus dedos por el fuerte mentón sin pudor, después de sus encuentros íntimos había nacido entre ellos una camaradería inesperada, algo bueno para ambos, pues quizás al final podrían llegar a ser buenos amigos y ella incluso podría olvidar aquella noche y concederle el perdón.

Estaba segura de que no debía formular la pregunta que le rondaba sin cesar, pero a veces su lengua era más rápida y decidida que su mente.

—¿Por qué golpeaste a Susana en aquella ocasión?

Álvaro se quedó de piedra y detuvo al animal. ¿Creía acaso que había sido él el que golpeó a Susana? ¡Pero si él había detenido a su hermano! O tal vez... No, no podía ser…

No sabía qué contestar, su mente iba a mil por hora sin entender muy bien qué sucedía. Pero era incapaz de proferir ninguna palabra en su confusión.

María se sintió ofendida por su silencio y malinterpretó el rostro serio de él. No pudo evitar increparle por ignorarla, de repente todo el odio que sentía regresó golpeándola con fuerza.

—Sigues siendo la bestia de aquella noche que no escucha a nadie más que a sí mismo. Te odio Germán del Valle. No deseaba

casarme contigo y no lo deseo. ¡Eres un bastardo miserable!

Álvaro no daba crédito a lo que escuchaba, ¿ella le había llamado Germán? Ahora estaba todo aclarado, pensaba que era su hermano. ¿Y bastardo? ¡Qué apropiado! Sonrió por el insulto. En realidad, lo era, por varias razones al parecer.

—¿Por qué sonríes? ¿Estás pensando en los castigos que me infligirás?

De nuevo la miró sorprendido, ella a pesar del miedo le hacía frente, incluso siendo consciente de que podría golpearla en cualquier momento como hizo su hermano con Susana. Debía aclarar ahora mismo el malentendido, no podía seguir adelante con la confusión que se había producido sin saber muy bien cómo. No debía dejarla seguir pensando que era su hermano, pero no estaba seguro de las consecuencias que decir la verdad acarrearían, aunque algo le auguraba que él acabaría triste, desolado y herido.

—Sonrío porque me has llamado bastardo.

—Sí, así ha sido. Lo siento, lo retiraré —dijo arrepentida.

—No, no lo hagas. Es lo que soy.

—¿Lo que eres? —Ahora María estaba confundida, ¿a qué se referiría?

Le miraba con sus ojos perdidos en la ignorancia, sonrojada y más hermosa que nunca.

María no podía creer que él lo asumiera de una forma tan sincera y abierta, estaba aturdida. Más, si era posible.

—No soy Germán, no eres mi prometida y no vas a ser mi esposa —confesó Álvaro mientras María asimilaba las palabras que le taladraban el corazón—. Y sí, soy un bastardo, no hay nada que pueda hacer al respecto —dijo apenado, pues la verdad era que nunca podía haber aspirado a un matrimonio con ella.

—Un momento, ¿no eres Germán? —preguntó María con la voz entrecortada por la furia y el desconcierto—. Entonces, ¿quién diablos eres?

—Soy su hermano, el marqués Álvaro del Valle, el bastardo. A sus pies, señorita —se presentó inclinando la cabeza—. Tal vez no te acuerdes de mí, tan solo nos vimos aquella noche que al parecer no has olvidado, al menos en lo referente a la actitud de mi hermano.

—Tú… eres el hijo ilegítimo… —susurró, pero no para ofenderle de nuevo, solo recordándolo—. Sí, te recuerdo, estabas allí horrorizado como yo ante el estallido de tu hermano, enfadado y confuso… Tus manos, recuerdo tus manos… apartándole de mí. Sujetándole con fuerza.

María estaba al borde las lágrimas, se sentía mal, asustada, confundida y muy furiosa. ¿Cómo podía haber dejado que ella le creyese su prometido? ¿Y lo que acababa de ocurrir? ¡Por todos los santos! Iban a ser cuñados y se había aprovechado de ella.

María se apeó del animal sin pensarlo dos veces, ahora estar cerca de él la enfurecía. No tuvo buen atino y cayó sobre sus rodillas lastimándose, pero no soportaba sentirle cerca, despertando sentimientos encontrados; por un lado, se sentía humillada y engañada, por otro no podía dejar de recordar las miles de sensaciones maravillosas que había despertado en ella. Las ganas de vivir. Ese sentimiento de libertad que le había estado prohibido durante tanto tiempo.

—Bueno, yo… no debí dejar que tú defendieras a la criada, debí interponerme, pero me pilló desprevenido, no supe cómo reaccionar —continuó Álvaro con la conversación mientras se bajaba del semental y la perseguía, pensando que ella le recriminaba no haber actuado de otra manera aquella noche.

—No te culpes por eso, tú no levantaste la mano —contestó enfurecida y preguntándose por qué no la dejaba en paz. Ahora tan solo necesitaba poner algo de distancia entre ambos.

—No, es cierto, pero permití que lo hiciera.

María se dio la vuelta mirándole fijamente.

—Tenéis cierto parecido, en verdad pensé que eras Germán, que habías cambiado... Y yo… ¡Oh, Dios! ¡¿Cómo has podido?! ¿Cómo me has dejado pensar que eras mi prometido? ¿Cómo te has atrevido a tocarme de esa manera?

María gritaba furiosa, lloraba sin cesar mientras le golpeaba el pecho con fuerza descargando toda su frustración contra él.

Álvaro sabía que se había comportado de una forma mezquina y ruin. Pero ¿cómo imaginar que había pensado que era su hermano? No tenía la menor idea de cuándo o por qué ella había

asumido que era Germán. Trató de atrapar las manos de María para explicarse.

—¡Suéltame! —gritaba sin cesar—. ¡Suéltame! No deseo que me toques nunca más. ¡Me oyes! ¡Nunca más! Solo volvería a tocarte si me contagio de lepra y así poder causarte algo del dolor que me estás causando a mí. Ahora no hay esperanza, tú… las has arruinado.

Álvaro no sabía qué decir para calmarla, estaba fuera de sí y tenía claro que dijese lo que dijese no iba a conseguir nada. Ella no deseaba que la tocase y esas palabras le hirieron profundamente, pues ya sentía sus manos como cuencos vacíos con solo la idea de no volver a tenerla entre sus brazos nunca más.

—Nunca dije que fuese Germán —suspiró con voz casi inaudible.

María se quedó mirándolo con las lágrimas rebosando por sus increíbles ojos verdes y sujeta por sus fuertes manos. Tenía razón, pensaba muy a su pesar que en ningún momento había dicho que fuese él y nunca se había referido a ella como su futura esposa, o su prometida, siempre como familia… En ese momento se sentía una tonta, ella había querido que él fuese Germán, lo había deseado porque había vislumbrado un futuro con él, un futuro prometedor. Recordó cómo le había preguntado qué pasaba con su hermano y ella no lo había entendido. ¡Había sido tan inocente!

—Tienes razón, nunca lo dijiste, aun así, te has comportado de una forma deshonrosa conmigo, has olvidado que voy a ser tu cuñada. Eres igual de rastrero que él —escupió mientras el llanto sacudía su cuerpo sin cesar, rindiéndose a su desgracia.

La cruda realidad le había asestado un golpe inesperado, había creído ver luz al final de su oscuro túnel y ahora de nuevo todo quedaba a oscuras, el monstruo seguía siéndolo, y ella había sucumbido a un hombre al que nunca podría pertenecer.

—No, no lo soy, no he hecho nada que te lastimase y nada sin tu consentimiento, no me culpes de algo que ha sido culpa de los dos. —Ahora Álvaro estaba herido, ella le rechazaba y no le gustaba.

—Pero yo pensaba —replicó María— que tú eras mi prometido —le acusó golpeando su pecho con fuerza—. ¡Me has engañado!

—Me gustaría, pero no lo soy —susurró atrapando su dedo entre su mano.

—Aún estoy atada a la bestia salvaje de por vida —sollozó compadeciéndose de ella misma al percatarse de que su suerte no había cambiado.

Álvaro debía defender el honor de su hermano, aunque eso no le agradase.

—Dale una oportunidad María, ha cambiado mucho. Pero, no voy a engañarte, de vez en cuando tiene esos ataques de violencia, aunque hace algún tiempo que no golpea a mujeres.

—¿Tú me pides que le dé una oportunidad? ¿Tú que viste a la bestia salir de sus profundidades? Deberías haber dejado que me matase a golpes, al menos ahora no estaría sufriendo tanto por lo que me espera y por lo que tú me has hecho.

—María, yo… lo siento tanto.

—¡Mentira! No eres diferente de él, su misma sangre podrida fluye por tus venas, quizás no me has lastimado con golpes, pero lo has hecho de una forma más ruin, tomando algo que no te pertenecía a base de engaños.

—Yo no soy como él.

—Lo eres. Para mí no hay ninguna diferencia. No vuelvas a tocarme, ni a acercarte a mí. No deseo verte nunca más. Te odio. ¡Os odio!

—María, nunca creí que me habías tomado por mi hermano, lo siento tanto… y él era joven, pero se arrepentirá toda su vida de lo que hizo. Fueron tiempos duros para nosotros, sobre todo para Germán, que vagaba hundido y desesperado, cargado de obligaciones que no sabía gestionar, refugiándose en la bebida para olvidar su dolor, pero que también provocaba que se olvidase de sí mismo, de quién era... tan solo fue un impulso juvenil…

—Un animal defendiendo a otro. ¿Cómo creer a alguien que deshonra a la prometida de su propio hermano? ¿Qué validez tienen tus palabras? —Ahora María, a pesar del dolor, había recobrado la compostura y no estaba dispuesta a dejarse humillar más—. Ninguna. Dos bestias que dejan que sus más bajos instintos tomen el control. ¿Acaso tu hermano ya no tiene esos impulsos?

—No, María, ahora no.

—¿Ah, no? Entonces, si le cuento lo de esta tarde, ¿crees que no me golpeará? ¿Y a ti? —desafió.

—¿Por qué ibas a hacer eso? ¿Acaso deseas que te golpee?

—Sí, porque si lo hace quedaré libre. Al menos eso me prometió mi padre, libre de ambos. Los Del Valle. Ambos iguales, solo sobrevivís gracias al sufrimiento ajeno. Pero escúchame bien, Álvaro del Valle, no quiero que te dirijas a mí, ni me mires ni me toques, y por supuesto no deseo verte o tenerte cerca. Esperaré con la poca dignidad que me has dejado a que tu hermano lo descubra y entonces me castigue hasta saciarse. Después, si logro sobrevivir, escaparé de nuevo a mi hogar, donde ningún hombre más pueda hacerme daño.

María se dio la vuelta y comenzó a correr hacia la casa, no deseaba que siguiera viéndola consumirse por el dolor que la verdad le había causado, su alma se deshacía en pequeños trozos que abandonaba en su carrera a sus pies y el dolor se asemejaba al de una flecha que hubiese atravesado su corazón y se ensañara con él.

Estaba destrozada, confundida y desesperada, de nuevo le ocurría lo de aquella noche, después de todo, no iba a tener tan buena suerte.

Álvaro estaba desesperado, sin saber qué hacer agarraba su espesa melena entre sus manos y daba pequeños tirones por la impotencia. ¿Cómo había dado todo un giro tan inesperado? ¿Cuándo había pensado que era su hermano? ¿Por qué? De todas formas, María tenía razón, no era diferente de su hermano, había tomado de ella algo que no le pertenecía y que nunca sería para él, ahora solo había logrado destrozarle el corazón. ¡Ahora que ella había empezado a confiar en él! Ahora quedaba de manifiesto su comportamiento con él, todo quedaba desvelado y ya no le parecía extraño, sino el que tendría cualquier persona hacia alguien que la hirió en el pasado.

Caminaba de un lado a otro consiguiendo poner nervioso a Tizón en su caminar, debía reparar el daño, ella era muy capaz de provocar a Germán para que la golpeara y así poder librarse del

compromiso, pero ¿acaso Germán era tan monstruoso y él se negaba a verlo?

Debía hallar la manera de hablar con María, conseguir que le perdonase y que no temiese que Germán le hiciera daño, porque él no lo iba a consentir. Ahora se lo debía, tenía que lograr que confiase en él.

Sentía su alma destrozada, le había molestado verla llorar de esa forma, hablar de su hermano con tanto miedo, un terror que la consumía y la hacía ser una persona diferente de la que era, más asustadiza, sumisa… menos ella.

¡Maldito Germán! ¡Maldita juventud! ¡Maldito aquel instante en el que le suplicó que no rompiese el contrato!

Ahora, sus maldiciones no servían de nada, María lo odiaba y él sentía que su corazón estaba rodeado por un fuerte alambre de espino y, cada bocanada que daba de aire, el alambre se apretaba más hasta hacerlo sangrar.

Se dejó caer en el suelo sobre sus rodillas y entonces hizo algo que no había hecho durante muchos años: lloró amargamente porque había perdido a la única persona con la que se había sentido vivo, libre y más él que nunca en años. Lloró por lo que había saboreado y nunca más podría disfrutar.

CAPÍTULO 11

María pasó el resto de la tarde encerrada en su habitación, ni siquiera tuvo fuerzas para hablar con Susana. Los arrebatos de odio daban paso a las amargas lágrimas y al arrepentimiento por lo que sentía y se negaba a admitir.

A pesar de saber que no estaba bien, ni a los ojos de Dios ni a los suyos propios, no podía evitar sentir esa profunda atracción hacia su apuesto cuñado.

Repasó una y otra vez todo lo acontecido hasta el momento y descubrió que en realidad Álvaro nunca se hizo pasar por Germán y que todo había sido un engaño de su mente que la sedujo para que creyese que él era su prometido, sin duda, para justificar la atracción que despertaba en ella. ¡Y le habría gustado tanto! A pesar de sus duras palabras para con él, sabía que no escondía un mal corazón. Era diferente de la bestia de su hermano a pesar de que le hubiese gritado lo contrario, pero… ¡se había sentido tan defraudada! Había depositado todas sus esperanzas en que él era Germán. En que había cambiado con los años, que tal vez sí existía una promesa de felicidad para ellos al fin y al cabo, pero de nuevo la cruda realidad le abofeteaba la cara con fuerza y hacia que sus ojos adormilados despertasen a la realidad fría y solitaria que la esperaba.

Durante la larga noche que pasó con el ventanal abierto de par en par, para poder eliminar de su cuerpo esa sensación de asfixia que apretaba su alma, sopesó seriamente la posibilidad de incriminarlo, de descubrir ante su hermano que la había mancillado y así lograr que Germán la repudiara, quedando libre de su compromiso. No iba a rogarle a Álvaro que la desposara para remediar la deshonra, con quedar en libertad y poder alejarse del bruto se conformaría, aunque conllevara que nunca volviese a ver Álvaro ni a probar la pasión que destilaban sus labios.

Las luces del alba la sorprendieron, estaba horrible, pálida, ojerosa y con los ojos rojos de tantas lágrimas derramadas. Se aseó

y bajó a desayunar, necesitaba salir del autoimpuesto encierro al que se había condenado.

Después de un liviano desayuno, pues su cuerpo no soportaba mantener dentro de sí nada que no fuese tristeza, decidió irse al jardín de hierbas y trabajar un poco en él para distraerse de su oscuro y desolador futuro.

Los relinchos de los caballos la hicieron volver la mirada hacia las cuadras, donde se dejó embelesar por el magnífico y viril perfil de su futuro cuñado. Sentimientos encontrados hicieron de nuevo que sus ojos se nublaran por el espeso manto de lágrimas.

Ni siquiera su misterioso *Caballero* había logrado arrancar de sus pensamientos un solo instante la imagen de Álvaro, para que pudiese descansar y calmar el embrollo de emociones que tenía en ese momento.

La idea de descubrirlo ante su hermano y así quedar libre de sus garras la tentó de nuevo, y aunque era consciente de que no estaba bien, pues su virginidad seguía intacta, estaba desesperada y no sabía qué otra cosa hacer para librarse del matrimonio que su padre le había impuesto.

A pesar de la frustración por lo sucedido, debía reconocer que Álvaro parecía estar hecho para ella, parecía no importarle sus ataques descontrolados y tan poco femeninos, ni que montase a caballo. Se había sentido viva y, por una vez, realmente ella misma.

Con suerte, quizás su marido la dejase en paz y siguiese frecuentando rameras y ella pudiese tener como amante a Álvaro, para descubrir el placer que le había prometido era mil veces mejor que el regalado hasta ahora.

Quizás sí se estaba enamorando de él un poco después de todo.

Álvaro estaba hablando con el mayoral y montó en el precioso corcel blanco que su padre le había enviado de regalo a él, pues conocía su pasión por los caballos. Sin embargo su padre no le había mencionado nada al respecto. ¿Qué le habría regalado al que iba a ser su esposo? Deseaba que no fuesen botellas de coñac, de brandy o de algún otro licor que pudiera utilizar de excusa para soltar la mano sobre su cuerpo.

Le observó montar el magnífico animal y contempló cómo con paciencia y cientos de intentos empezaba a conseguir que el animal se apaciguara.

—Es un hombre muy atractivo, ¿verdad, señora? —comentó Susana con los ojos soñadores.

—No sé Susana, va a ser mi cuñado, no lo miro de esa forma —contestó fríamente para no dejar salir a la luz sus verdaderos sentimientos.

—Pues yo creo que es muy guapo y no me importaría montarme en él como monta a su caballo.

—¡Susana! —gritó escandalizada—. ¿Cómo dices esas cosas?

Pero en verdad ella no estaba enfadada, estaba… sí, estaba celosa, no lo había pensado hasta ahora, pero tal vez hiciera a otras lo que a ella. Y eso la disgustó.

—Las criadas de la hacienda cuentan que, además de todo, está bien dotado y es un amante excelente.

—No deberíamos hablar de esos temas, Susana. No es propio de damas.

—Lo siento, señora, no volverá a ocurrir.

—Susana, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, mi señora.

—Tú, alguna vez… ya sabes…

—¿Mi señora me está preguntando si he tenido relaciones?

—Sí, pero baja la voz y no lo menciones a nadie.

—Claro que no, señora, ¡cómo podría! Sabe el cariño que le profeso. Sí, señora, he tenido relaciones con algunos hombres.

—¡Algunos! —No pudo evitar escandalizarse al escuchar que habían sido más de uno—. Y es verdad que ellos han de… —María no sabía cómo formular la pregunta, pues todas las formas que se le ocurrían eran indecorosas.

—¿Mi señora desea saber si ellos deben penetrar su miembro viril en nuestros cuerpos?

—Sí, eso —musitó sintiendo cómo se ponía roja hasta la raíz del pelo.

—¿Puedo hablaros con total libertad?

—Te lo agradecería, Susana. Parece que no sé nada en absoluto de estos temas.

—Pues sí, señora, ellos para robarnos la virtud han de penetrarnos. Es algo incómodo la primera vez, pero si se relaja el dolor no será tan intenso y, en cuanto nuestro cuerpo se adapta a esa… intrusión, todo es más fácil y placentero. Trate de no resistirse, si lo hace será más doloroso. También es probable que sangre.

—¡Sangre!

—Sí, sangramos un poco.

—Entonces —continuó el interrogatorio—, si ellos no están dentro de nosotras, ¿la virtud no se pierde?

—No, mi señora, hay muchas cosas que se pueden hacer y no la harán perder su pureza, aunque sí la inocencia —sonrió Susana mientras miraba en la misma dirección que lo hacia su señora y soltaba un suspiro al ver al magnífico marqués.

—Gracias, Susana, y, por favor, no hables con nadie de esto.

—No, mi señora, su secreto está a salvo conmigo —dijo su criada mientras sonreía maliciosa.

—¿Qué secreto? —preguntó María tratando de parecer más inocente de lo que era en realidad.

Susana sonrió mirando de nuevo al marqués y María no tuvo ninguna duda de que Susana se había dado cuenta. La cuestión residía en si era tan obvio para todos los demás ojos de la casa o tan solo para los de Susana, que la conocía desde niña.

Las imágenes de sus encuentros con Álvaro se apoderaron de ella, azorándola. Así que se dispuso a terminar su trabajo con ahínco para alejar esos pensamientos en los que estaba con Álvaro y no había mucha ropa entre sus cuerpos.

María terminó de arreglar el jardín y de anotar el nombre de algunas plantas que necesitaría tener y que no estaban en ese pequeño herbolario.

Quería tener algo de romero y tomillo y también deseaba algo de albahaca y lavanda. Advirtió que la planta de manzanilla había pasado a mejor vida y anotó su nombre en la pequeña lista.

—Buenos días, María —susurró esa voz ronca que la estremecía—, ¿cómo os encontráis esta mañana?

María sintió cómo se quedaban sin aire sus pulmones y cómo su corazón dejaba de latir.

Tan solo escuchar esa sensual voz hacía que deseara hacer lo mismo que Susana, montarle y no descansar. Ese pensamiento impropio de ella la hizo avergonzarse aún más.

—Anoto… —balbuceó avergonzada— el nombre de algunas plantas que me gustaría conseguir.

—Quizás, señor, podría usted acompañar a mi señora a buscarlas, usted conoce la zona y así estaría más segura de un posible ataque por parte del «Caballero».

Álvaro miró a María con el corazón roto de pena, sus ojos le contaban que ella no había descansado y que había llorado gran parte de la noche, quizás esa sería su única oportunidad de explicarle lo sucedido y disculparse cuantas veces fuera necesario para lograr al menos que lo tolerara, aunque su perdón fuese algo que le costase más esfuerzo conseguir.

—Si tu señora está de acuerdo, Susana, para mi será todo un honor.

—No deseo ser una molestia para vos, puedo cabalgar sola en busca de lo que necesito. —No sabía por qué su boca había pronunciado esas palabras, pero ya estaba hecho.

—Sí, claro que la acompañaré muy gustosamente, mi futura y querida hermana política.

María se levantó bajo la mirada inquisidora de Susana, cogió su cesta de hierbas y dejó que Álvaro la ayudase a montar en la grupa de Tizón.

Lentamente salieron de la hacienda, para adentrarse en el bosque que rodeaba la casa solariega, en busca de las hierbas que tal vez lograran que María se apiadara de su alma destrozada.

—¿Cómo te encuentras? —Se atrevió a preguntar cuando consideró estar lo suficiente alejado para que los criados no escuchasen los gritos de su cuñada.

—¿Cómo crees? Mal. ¿Acaso no es obvio?

—Por desgracia, sí. María... yo…

—Da igual, no deseo escuchar falsas excusas.

—Pero no son falsas, de verdad que siento lo ocurrido, el malentendido. Nunca imaginé que me hubieses confundido con Germán.

—¿Pensaste que me iba a entregar a mi futuro cuñado sin más? Eso me ofende todavía más...

—Bueno, la verdad es que, como odias tanto a Germán, no me pareció algo tan descabellado, además yo…

—Tú, ¿qué?

—Yo deseaba que me desearas, quizás por eso mi mente me engañó.

—¿Por qué?

—¿No es obvia la atracción que siento por ti?

—¿Atracción? Eso se puede sentir por muchas mujeres…

—Tal vez estés en lo cierto —continuó sorprendido porque ella estaba dispuesta a hablar y no le hubiese gritado mil improperios, quizá sí que había una oportunidad de arreglar lo sucedido—, pero además siento contigo una conexión especial que me permite ser yo mismo.

María al escuchar ese sentimiento, el mismo que sentía ella, se sorprendió. Al fin y al cabo, sí que podían ser dos almas destinadas a encontrarse, pero, de todas formas, ahora todo sería más difícil. Casada a la fuerza con alguien a quien odiaba y teniendo que soportar la visión de la persona que llenaba su corazón en los brazos de otras.

—Conozco esa sensación —musitó.

—María, confía en mí, por favor. No pretendo herirte.

Los ojos de Álvaro parecían sinceros y en el fondo deseaba perdonarle, recuperar esa confianza que había nacido entre ambos, esa sensación de bienestar, de quietud. De todas formas, estaba encerrada y sin salida. Debía encontrar a alguien en quien confiar llegado el momento.

—Está bien, Álvaro, lo haré. Confiaré en ti, aunque eso no significa que te haya perdonado.

—Lo asumo y lo acepto. Aceptaré cualquier cosa que me ofrezcas.

Bajaron del animal y María paseó por los alrededores buscando las plantas que necesitaba ajena a lo que le esperaba, Álvaro la miró apenado, sabiendo que estaba a punto de herir sus sentimientos. No había conciliado el sueño en toda la larga noche, tan solo era capaz de pensar en ella, sus imágenes se sucedían descontroladas, el sonido de su risa lo envolvía. Esa mujer lo había vuelto loco por completo y ahora que estaba en el buen camino debía ser el verdugo que leyese la sentencia de muerte. Se sentía vil, pero mejor que lo supiera por él y estuviese prevenida.

—María, debemos marcharnos ya. Lo siento, se hace tarde y tengo que dejar todo listo para cuando regrese mi hermano.

Al escuchar esas palabras, María dejó caer la cesta que contenía las plantas de entre sus temblorosos dedos.

—¿Es que la bestia regresa ya? —susurró para sí.

—Sí, regresa esta tarde —la informó apenado por el miedo que despedían esos ojos hermosos.

—Está bien, gracias por avisarme —contestó, y María se sintió desfallecer. Álvaro, raudo, acudió y la sostuvo antes de que se golpease contra el suelo.

—¿Tanto le temes? ¿En verdad es tan malvado y yo no lo veo? —replicó asustado ante la reacción de la mujer.

—Lo es —gimoteó.

—Entonces, te prometeré una cosa. Si creo que corres peligro, dejaré de lado la sangre y yo mismo se lo impediré.

—¿De verdad? ¿Desafiarías a tu hermano? ¿Lo enfrentarías por mí? —preguntó incrédula.

—De verdad, María. Lo haré.

—Si es cierto lo que dices, si te importo tanto como para enfrentarte a tu hermano, ¡sácame de este lugar! Ayúdame a escapar, devuélveme mi libertad… Por favor.

María le suplicaba con los ojos húmedos y aterrados, realmente temía a su hermano, ¿sería acaso de verdad tan monstruoso y él estaba ciego? Siempre le había justificado por la inesperada pérdida de su padre, pero también había sido duro para él y su comportamiento había sido diferente.

—No puedo hacer eso María. Te encontraría y no sé de qué sería capaz... pero sí puedo protegerte aquí. Siempre y cuando no salgas a cabalgar sola —dijo en tono burlón para tratar de disfrazar la verdad. No podía ayudarla a escapar porque no podía permitir que nada lo alejase de él.

María pensaba que sus palabras sonaban sinceras, todos cometemos errores. Era joven y había sufrido mucho. Pensó que tal vez debía darle una oportunidad a su hermano, quizás su prometido se parecía a él después de todo.

Pero claro, había descubierto que ella misma se había confundido, Álvaro era el hermano bastardo del duque, el marqués… todo un caballero, sonrió irónicamente. Un caballero… como el bandolero. Desechó de repente la absurda idea que se le había pasado por su cabeza de nuevo. ¿Cómo iban a ser la misma persona? Aunque su voz, su olor, sus besos… se parecían. Quizás, si estaba en lo cierto, no es que fuese una mujer fácil de complacer, sino que eran ambos el mismo. No, eso era algo absurdo, tan solo trataba de justificar su comportamiento abierto con los dos hombres con los que se había cruzado.

¿Por qué un marqués con dinero, tierras y posición iba a asociarse con unos forajidos?

Recordó las palabras de su padre hablando sobre la desgracia del difunto padre de su futuro marido. Unos bandoleros lo habían asaltado y en la reyerta acabó malherido y falleciendo, mientras su hermano había tenido mejor suerte y las heridas no habían sido tan nefastas.

¿Cómo iba a ser uno de ellos?

Y Álvaro, el hijo bastardo que había sido criado como propio y al que le había dado el título de marqués, y que había ocasionado muchos comentarios al respecto que nadie osaba a pronunciar en voz alta porque había sido la propia reina la que le había concedido el título. Era el hermano pequeño y entre ambos existía cierto parecido físico, el color de ojos, el pelo oscuro y abundante, la fortaleza física, al menos se parecía al Germán de sus recuerdos, no sabía cómo lo habían tratado estos cuatro años, pues aún no lo había visto.

Ahora, más calmada, caminaba a su lado algo más tranquila y asimilando que, le gustase o no, entre ambos había nacido una amistad que debería cuidar para sobrevivir en *La andaluza*.

Así que pensó que mejor eran sinceros el uno con el otro.

—Cuando nos atacaron los bandoleros —dijo María esperando su reacción—, uno de ellos me besó.

—Lo sé, ¿cuál de ellos fue? —preguntó sorprendido por el cambio de tema, que agradecía, y dispuesto a averiguar a dónde iba a parar eso.

—El del antifaz.

—Así que ese famoso «Caballero» osó tocar los labios de mi cuñada.

—Sí, él me besó y me robó el anillo de pedida.

En esos momentos estaba muy agradecido a María por su sinceridad. Deseaba saber hasta dónde llegaría y por qué.

—Por el anillo no te preocupes, podemos comprar otro, y por el beso… bueno, ¿lo disfrutaste?

—Bueno, yo… —Sopesó las palabras, después de todo no era su prometido y estaba decidida a que entre ellos existiera una relación de amistad. Tal vez sería la única persona en la que podría confiar llegado el caso, además de Susana.

La miraba inquisitivo, esa sería su prueba de fuego, si ella no mentía, sabía que podía confiar plenamente en ella el día que quisiera descargar unos pocos de sus secretos.

—La verdad, Álvaro, es que yo estaba enfadada. Odiaba a mi padre por haberme prometido a tu hermano, por haberme mandado aquí sola tanto tiempo antes de mi boda. Él apareció, atractivo, salvaje, tan diferente de lo que es mi vida. Representa todo lo que yo no tengo: libertad, poder e independencia. Me besó y yo no tenía intención de devolverle el beso, pero lo hice. Su beso me gustó. No quiero engañarte, espero que me perdones, porque no era algo que yo hiciera deliberadamente. Tan solo ocurrió. Y luego me robó el anillo y me alegré porque ese anillo era la prueba de mi desdicha.

—¿De tu desdicha? —la interrumpió.

—Sí, mi desdicha. El recordatorio constante de la infelicidad que me causa el ser *su* esposa.

—María, ¿ahora piensas lo mismo? ¿Crees que te hará desdichada? —A Álvaro se le rompió el corazón. Verla tan afligida y tan asustada por la sola mención de su hermano era devastador. Esperaba que eso solo fuera debido al desagradable recuerdo del pasado y que en cuanto su hermano la ignorara ella se relajara.

—No lo sé, rezo para que en verdad se parezca algo a ti… ¿Sabes? Es algo absurdo, pero hay algo entre ese bandido y... —susurró cerca de su cuello.

Álvaro no deseaba que María llegase a amar a su hermano, eso lo anhelaba para él mismo, pero le apenaba que ella pareciera tan asustada cuando hablaba de él que no parecía la misma, era como si otra persona tomase el lugar de su *gata salvaje* y, aun así, cohibida y desconocida, se preguntaba sobre las similitudes entre el bandolero y él. ¿Cómo esa mujer podía volverlo loco de tantas maneras diferentes?

—María —interrumpió sus palabras apartándola de ese peligroso pensamiento—, ¿acaso te estás enamorando un poco de mí? —Sonrió inocentemente, pero con la esperanza de que la respuesta fuese un sí.

—¿Quién sabe, mi señor marqués? —confesó regalándole un suave e inesperado beso que sorprendió a Álvaro.

Y María ante su desconcierto rio a pleno pulmón. Una sonrisa clara, fresca y auténtica que a Álvaro le pareció el sonido de la gloria.

CAPÍTULO 12

Ya de regreso a *La andaluza*, María se despidió de Álvaro con desgana para ir a refugiarse a su habitación, esa noche, su futuro marido llegaría y con solo pensarlo le temblaron las rodillas. Estaba aterrada. Y condenada. Además, era incapaz de dejar de dar vueltas y más vueltas de un lado para otro pensando en su cuñado.

La felicidad la rodeaba cuando estaba junto a él y su corazón latía frenético cuando la besaba, pero no podía ser de nuevo una inocente chiquilla que se dejaba engatusar. No podía perderse en él, enamorarse de un hombre que nunca podría tener y al que había prometido ser solo suya.

Un hombre al que otras tendrían. Y eso la hacía sentirse furiosa consigo misma porque nunca debió dejar que sucediera. Menudo error.

¿Cómo no había sido capaz de darse cuenta? ¿Cómo había podido estar tan equivocada? ¿Y por qué Álvaro no la había sacado de su error?

Ella al fin y al cabo se había dejado llevar porque él iba a ser su marido, pero no, no era así.

—¡Maldita sea! —se quejó. Iba a ser su cuñado. El hermano de su prometido.

Claro que, Álvaro nunca dijo que fuera el duque, tan solo ella lo dio por hecho. Y había errado en su presunción. Por no escuchar, ¡todo le pasaba por no escuchar! Por no prestar atención. ¡Su padre le había advertido tantas veces…!

¿Y ahora? Ella le había hecho una promesa: que solo sería suya y, si era honesta consigo misma, era lo que en realidad deseaba.

¡Demonios! Sí, lo deseaba con todas sus fuerzas. Él le daba a su vida un nuevo sentido llenándolo de emoción, de deseo.

Un deseo desconocido para ella, ahora podía entender por qué algunos hombres y mujeres perdían la cabeza por amor, si esto se parecía en algo al amor, lo comprendía.

No era dueña de sus actos cuando estaba con él, tan solo no podía controlarlos, escapaban de su cuerpo enredándose en el suyo.

Solo pensarlo, hacía que la cabeza le diese vueltas, como si estuviese a punto de caer al suelo desmayada, además las piernas no la sostenían, la respiración se transformaba en un jadeo resolloso... ¡No!

¿Y él? ¡En qué estaría pensando! Lo sabía, ¿por qué no la había detenido? ¿Por qué la había cortejado? ¡Cómo osaba! Estaba furiosa de nuevo. La había incitado al pecado antes de contraer nupcias... ¡Oh, Dios! Estaba aterrada, ¿y si su futuro marido se enteraba? Por supuesto la culparía a ella, la mujer libidinosa que se besaba con un bandolero, con su cuñado… Con todos excepto con él, con el que sería su futuro y repulsivo marido al que no toleraba y con solo verlo le daban arcadas…

¿Cómo iba ahora a reparar el daño que esos dos hombres le habían causado? Se sentía vacía, pues sus besos la habían llenado de unas sensaciones maravillosas que no era capaz de relegar al olvido.

¡Por Dios! ¡Otra vez igual! Pensando en ellos, en dos hombres diferentes, ¿cómo podía ser su naturaleza tan descocada?

Ella que siempre había sido rectitud con respecto a los hombres, tan solo uno, Antonio, le había dado un suave beso en los labios, un tierno roce, desde luego nada comparado a la invasión de esos hombres.

Algo estaba mal en ella, no podía ser normal ni razonable sentirse así con dos hombres a la vez.

Los dos, debía admitir, tenían semejanzas físicas. Incluso su olor y el tono de su voz le parecían similares, aun así, uno era un bandolero arrogante y engreído que se creía con derecho a besarla cada vez que le viniese en gana. Aparecía de la nada con su excitante antifaz y la besaba sin pedir permiso.

Y lo peor era que el traidor de su cuerpo se negaba a obedecerla y se restregaba contra él, como una vulgar ramera.

Y el otro, ¡su cuñado!, hacía que solo pensara en tenerle dentro de ella, cerrar con fuerza sus largas piernas alrededor de él y no dejarle salir de allí nunca.

Desde luego estos pensamientos eran para escandalizar a las más instruidas mujeres de su círculo. Aquellas que presumían de conocer las artes amatorias. Ella, desde luego, no había tenido experiencias con ningún hombre, pero por Dios que había sido algo muy natural.

No podía evitar sonrojarse al pensar lo que había hecho con su cuñado a lomos de un caballo. ¡Un caballo! ¡Por todos los santos! Ni siquiera un mísero pajar. ¡Un caballo! ¡De día! A la vista de cualquiera que quisiera pararse a mirar.

Y no había peleado, no, se había dejado arrastrar por la marea ardiente que su cuerpo había tratado de sofocar expulsándola por su boca en forma de jadeos y gemidos tan altos que avergonzarían a la dueña de la casa de citas del pueblo.

Ahora mismo deseaba tener delante a Álvaro del Valle y cruzarle con una sonora bofetada su perfecta y atractiva estructura ósea.

Si no fuese tan apuesto.

Si no le hiciese sentirse más viva que nunca.

Si no fuese su futuro cuñado.

Ese pensamiento la lastimó y entristeció otra vez. Sabía que le había entregado su corazón de forma sincera cuando le había hecho la promesa de que solo sería suya. Claro que, cuando la había hecho, pensó que le sería muy fácil resistirse a su bandolero si estaba tan satisfecha en los brazos de su prometido, pero ahora, ¿cómo mirarle a la cara día tras día después de lo que habían hecho?

Y no solo a caballo. ¡Allí en la orilla del río! Un río que había sido testigo del ardor de su pasión, una pasión que el mismo río había limpiado con sus frescas y cristalinas aguas.

¿Y decía que eso no era robarle la virtud? Había hecho más que robarle su virginidad que, al parecer, estaba intacta. Le había robado el corazón, el alma, la piel y la mente… Sentía que toda ella le pertenecía.

Un golpe sordo en la puerta la irrumpió.

—Señora, soy yo. Susana —escuchó la voz de su doncella al otro lado de la puerta.

María deseaba abrir, arrojarse a sus brazos y llorar. Contarle todo lo que pensaba en ese momento, pero no tenía fuerzas.

—¿Qué quieres, Susana? Estoy agotada —contestó a través de la puerta, sin abrirla.

—Solo saber si estaba bien, no ha bajado en toda la tarde ni para cenar.

—No me apetece, tan solo quiero descansar. Gracias, Susana —la despidió.

Otra vez a solas de nuevo sus pensamientos la atormentaron. ¿Qué sería de ella después?

Después, todo empeoraría. Ella se casaría con la bestia salvaje de Germán y tendría que yacer con él. Ya de antemano sabía que no sería igual, ni la centésima parte. Y tenía la certeza de que, cada vez que se fuese a la cama en compañía de su dueño y señor, ella tan solo vería el rostro de él, esos ojos marrones con motas color miel, esos ojos ocultos tras el antifaz.

Antifaz... ¡No! ¡Otra vez no! ¿Es que no iba a ser capaz de aclararse? De nuevo, dudaba entre los dos. Era la culpable, seguro que estaba enferma. Alguna dolencia de esas raras que la habían hecho perder la cabeza por esos hombres. Seguro que los besos de ambos estaban impregnados de algún veneno que la hacían sentirse insegura e incapaz de controlar lo que sentía.

Al parecer su corazón se había partido en dos y había entregado una mitad a cada uno de ellos. Uno se lo había llevado el Caballero aquella noche de luna llena, la otra mitad se la había entregado ella misma en bandeja de fina plata a su cuñado. Ahora sabía que nunca estaría completa, pues siempre le faltaría una parte de su corazón.

Suspiró pesadamente, necesitaba relajarse, tomar fuerzas para todo lo que se avecinaba y tratar de llevarlo de la mejor manera posible.

Aspiró el aire fresco de la noche que había llegado sin dejarse notar, olvidando que su verdugo no la había reclamado, y se dejó envolver por los sonidos quietos de la oscuridad. El ulular de las lechuzas, el canto de alguna cigarra que se había olvidado de que ya no era verano, el suave susurrar de algunas hojas cayendo de los

arboles anunciando así que el otoño había llegado y, de lejos, le pareció oír el estrepitoso cabalgar de su misterioso y atractivo bandolero.

CAPÍTULO 13

Álvaro suspiró aliviado; su hermano no haría acto de presencia. Un mensajero se había adelantado para avisar de que se iban a retrasar hasta la mañana siguiente. Eso le molestó, pues era obvio que no deseaba ver a su futura esposa y, por otro lado, creyó que era lo mejor ya que le daba a María unas horas más de paz.

No podía dejar de pensar en ella mientras cabalgaba a toda velocidad hacía el campamento. Refunfuñaba molesto ante la idea de que su hermano fuese capaz de ponerle un solo dedo encima y tampoco le gustaba pensar que quizás su hermano cayese rendido ante la belleza arrebatadora y la fuerza que destilaba esa mujer por cada maldito poro de su hermoso cuerpo.

Recordó con desagrado el rostro pálido de María al saber que Germán llegaría a casa, se desplomó fulminada por el miedo que sentía y eso le enfurecía. Apretó las cinchas de su montura hasta que sus nudillos se quedaron sin flujo sanguíneo y palidecieron para tratar de contener la rabia que nacía en su mente al evocar las imágenes de María humillada sobre el suelo mientras Germán la golpeaba, igual que hizo con Susana. Lo que más miedo le daba no era enfrentarse a su hermano, pues no estaba dispuesto a dejar que le pusiera ni uno solo de sus dedos encima, lo que más temía era no estar cuando sucediera para poder protegerla.

¿Cómo diablos se había metido en ese lío? ¡Se había enamorado de la mujer de su hermano! Bueno, quizás no era amor, pero sí una pasión y lujuria desenfrenada que había convertido su interior en una caótica maraña de sentimientos encontrados. Un interior revuelto en el que lo único claro que podía vislumbrar era su rostro y una palabra: María.

Cuando dispuso todo para la llegada de su hermano, el Grande de España y duque Del Valle, se largó de la casa con premura para solucionar algunas cosas en el campamento y para dejar de sentir el odio que en ese instante sentía por su única familia.

La inquina que despertaba Germán en su interior lo causaba el hecho de que podría tocar a María, acariciarla, susurrarle palabras tiernas con la libertad que le otorgaría su matrimonio que la hacía suya a los ojos de Dios y del resto de los mortales.

Gozaría del privilegio de poseerla en su cama todas las noches que deseara, algo que para él estaba vetado, aunque en el fondo de su corazón tenía la esperanza de que cada vez que María estuviese bajo el pesado cuerpo de Germán fuese su rostro el que imaginase.

¡Demonios! ¡Se sentía tan frustrado! La quería para él, ¿cómo negarlo si su cuerpo lo gritaba?

Una idea alocada pasó por su cabeza, tal vez, si hablaba con su hermano y trataba de que este rechazara el matrimonio...

No, era una locura. Faltaban poco más de tres semanas, todo estaba en marcha, pero ¿y si su hermano después de ver que esa chiquilla se había convertido en una mujer más desafiante decidía que no deseaba ese compromiso ni a ella como tantas veces le había oído decir?

Tal vez, si lo hacía, él se ofrecería a ocupar su lugar, disfrazando su deseo por ella, como un sacrificio generoso por su hermano para evitar las represalias del padre de María. Sí, esa idea, al menos en su mente, sonaba de una manera deliciosa. Casado con ella, la llevaría a sus tierras con su gente, dejaría de ser el Caballero y sería tan solo su esposo. Su alma quizás descansara feliz al saber que le daría hijos, unos hermosos herederos llenos de pasión y fuerza como ella, con esos increíbles ojos verdes que rivalizarían con el esplendor de esas tierras en primavera.

Era perfecta para él, sabía que, si no era con ella, no sería feliz con nadie más. No entendía por qué o cuándo había sucedido, apenas habían sido unos días. Pero había despertado en él una pasión que desconocía, una lujuria que lo hacía perder el control más allá de la razón tan solo con tocarla.

Cuando todo estuvo preparado, dijo a sus hombres que iba a salir a cabalgar solo, que necesitaba darse una buena carrera, pero la realidad era que debía ir al campamento. Allí ya habrían notado su ausencia y de seguro lo esperaban con la bolsa de monedas que

había prometido llevar a cambio de la venta de los objetos robados. Apretó su pecho, escondido en un bolsillo interno ocultaba el anillo de María, el mismo que compró por orden de su hermano, que ni siquiera se había dignado en ir a escoger uno por sí mismo para la que iba a ser la mujer que lo acompañase el resto de su vida.

Y aunque se molestó por la desgana de Germán, ahora se alegraba pues la verdad era que había acertado de pleno, cada vez que miraba la piedra preciosa podía ver los ojos de ella reflejándose en ese mismo tono intenso de verde.

Sonrió al recordar cómo se oscurecía su iris cada vez que ella era incapaz de controlar su furia, su fuerza...

Perdido en sus pensamientos, no se percató de que no llevaba sus ropas y su antifaz de bandolero y ese descuido habría sido imperdonable.

—¡Demonios! —maldijo—. ¡Esa mujer me ha dejado sin sentido común!

Se detuvo a la orilla del camino y oculto bajo unos matorrales se atavió con sus ropas de bandolero, su pañuelo, su antifaz y su sombrero. Vestido así parecía otro hombre, aunque él sabía que alguien que de verdad le conociera podría saber quién era en realidad. ¿Se daría cuenta al final *su* María de que era el bandolero al que llamaban «el Caballero»?

Volvió a sonreír, seguro que se sentía confusa al sentirse atraída por dos hombres diferentes con la misma intensidad. Notó sus dudas, su azoramiento y agradeció haberla alejado de eso que rondaba la mente de ella, algún día le confesaría la verdad, pero ahora que estaba tan cerca de conseguir algo no podía arriesgarse.

Era la primera que había sospechado que él podría ser «el Caballero», eso le sorprendió y supo que ella los había relacionado por los sentimientos que ambos causaban en ella tan similares. Pudo notar cómo su cuerpo reaccionaba, había conocido de forma íntima a muchas mujeres, pero ninguna era equiparable a ella y sabía reconocer el deseo y la pasión. Ella era apasionada y se dejaba envolver por la bruma del deseo de la misma manera que lo hacía él.

Recordó su encuentro sobre el caballo, en el río, y en un acto soñador e involuntario se llevó los dedos hacia el rostro, aspirando el

leve rastro de aroma de ella que pudiese haber quedado adherido a la piel de sus dedos.

Ella era tan dulce, tan húmeda, tan sensual, tan capaz de volverlo loco tan solo con un beso de esos hermosos labios, esa piel tersa, sus glúteos bien formados, sus curvas generosas...

—¡Santo Dios! —exclamó malhumorado.

Ya estaba otra vez erguido y listo para ella, ¿cómo era posible? Nunca antes le había ocurrido que solo el recuerdo de una mujer le provocara tal erección.

Llegó al campamento con el semblante serio a causa de su lucha interior, por un lado, era consciente de que debía permanecer alejado de ella. Se iba a convertir en la esposa de su hermano que, aunque no se la mereciera, la había conseguido. Y por otro lado, su parte egoísta la reclamaba para sí porque ella era suya. Le había pertenecido desde el instante en el que ella lo miró con sus ojos verdes ardiendo como ascuas incandescentes.

—Hoy pareces más distraído de lo normal Caballero —dijo el Largo.

—Es verdad, jefe, ¿será que no has conseguido bastantes monedas? —preguntó con voz hosca el Gato.

El Largo, cuyo verdadero nombre era Matías, era su mano derecha, de entre toda la banda era en quien más confiaba. Era leal, creía en su causa, no era avaricioso y además contaba con una puntería excelente.

—Sí, no os preocupéis, mezquinos, he conseguido bastantes monedas —contestó con una sonrisa falsa dibujada en su boca mientras lanzaba la bolsa al Largo.

Este la pesó en su gran mano y sonrió contento.

—Ha sido una buena cosecha. —Sonrió guiñando un ojo.

—Así es. El anillo de la dama valía una pequeña fortuna.

—La dama, ¿esa a la que no pudiste evitar mancillar?

—Esa misma —se burló con descaro.

—Seguro que el duque no es capaz de estar a la altura.

—No, él seguro que no, le falta brío para domarla, pero yo sí podría —intervino el Gato.

—Nadie va a tocarla —sentenció el Caballero con su tono inconfundible de «si alguien desea desobedecerme, que me rete».

—Por supuesto que no —dijeron los dos hombres sonriendo encantados de ver a su líder tan posesivo.

—Ella es mía. Quiero que quede claro que a ella no se le va a ocasionar ningún daño.

—Bueno, si quieres, Caballero, cuando esté casada la podemos dejar viuda y, aparte de quedarte con la mujer, heredarías todas las tierras —sugirió el Largo entre risas.

—No sería muy diferente de lo que hizo el duque —confesó el Gato encogiéndose de hombros mientras miraba al Largo.

—¿Y qué hizo el duque? —inquirió curioso por los derroteros que había tomado la conversación.

—Bueno —comenzó el Largo—, se comenta que fue Germán, cuando aún no era duque, el que se asoció con algunos bandoleros para acabar con la vida de su padre.

—No puede ser cierto —susurró Álvaro, que se había quedado pegado a la montura por la impresión.

¿Esos hombres estaban diciendo que su hermano había contratado a los bandoleros que él buscaba para terminar con la vida de su padre?

—Pues, según los rumores, tenía prisa por heredar y por dejar a su hermano bastardo sin nada.

—¡Qué ruin! —masculló tratando de disimular sus sentimientos—. ¿Y quiénes lo hicieron? —preguntó con la mandíbula tensa por el odio.

—Nadie lo sabe, Caballero. Se rumoreaba que algunos de los implicados todavía hoy son bandoleros.

—¿Así que se encuentran entre nosotros?

—Podría ser, hubo un nombre que sonó con fuerza, pero nadie sabe a ciencia cierta que estuviera implicado realmente.

—¿Y quién se supone que logró tal proeza? —preguntó mientras tragaba con dificultad la bilis que acudía a su boca al tener que guardar la compostura.

—El Tuerto —dijo el Gato bajo la mirada de desaprobación del Largo.

—El Tuerto... —repitió Álvaro para sí mismo.

—Se dice que fue esa noche en la que perdió el ojo. Nosotros no sabemos si es verdad o tan solo son rumores, nos unimos a la banda después de que eso sucediera —acabó la historia el Largo.

Los tres hombres se quedaron en silencio en cuanto llegaron al centro del campamento. El sitio era una cueva muy bien disimulada en lo más profundo del bosque, donde nadie, ni siquiera los cazadores más arriesgados, se atrevía a adentrarse. La cueva estaba situada a la espalda de una colina desde la que podían ver todo el bosque alrededor y estar alerta de los posibles ataques.

Era un sitio estratégico que les daba cobijo y protección.

La mayoría de los bandoleros tenían hogares, esposas e hijos y, casi todos ellos, se habían visto abocados a esta vida de penurias y peligros por no tener nada con lo que alimentar a sus familias. Así que ese era el sitio de encuentro, pero la gran mayoría, como él mismo, tenían otra vida en la que eran personas normales y aquí tan solo representaban un papel.

Los hombres alrededor de la hoguera lanzaron gritos de júbilo al ver la gran bolsa de monedas que traían consigo y comenzaron el reparto.

Algunas monedas se reservaban para la gente del pueblo para ayudarles a paliar un poco la escasez que las guerras continuas de España habían causado.

Se las entregaban a don José, el cura del pueblo. Un hombre alto y delgado como una vara. De buen talante, generoso y por supuesto muy honrado. Él se encargaba de distribuir el dinero en función de las necesidades de cada fiel y todos estaban de acuerdo con su criterio.

Álvaro no pudo evitar mirar con desdén al Tuerto, era físicamente comparable a él, medían más o menos lo mismo, aunque el Tuerto era más recio, pero menos ágil y rápido que el Caballero. Además, debido a la falta de uno de sus ojos su puntería había menguado, por lo que para el Caballero no fue difícil hacerse con el puesto de líder. Cuando la gran mayoría de bandoleros lo eligieron, el Tuerto, al no estar de acuerdo pues sentía que un intruso le arrebata el puesto, lo retó. Una pelea que ganó con facilidad.

Era consciente de que el Tuerto le guardaba resentimiento por haberse atrevido a retarle, pero fue la única manera de hacerse con la confianza de los bandidos. Ahora, casi tres años después, había descubierto que probablemente el Tuerto había sido contratado por su propio hermano para acabar con la vida de su padre.

En verdad quería pensar que todo eso no era cierto, que no eran más que rumores con mala intención.

Pero algo en su interior le gritaba que cabía esa posibilidad. Y que tan solo debía de hallar el porqué.

Álvaro no disfrutó de la noche como los demás; no bebió, no comió y no habló. Tan solo podía mirar sin pestañear al Tuerto, deseoso de hacerle miles de preguntas sobre aquella noche. Aunque era consciente de que no podía acosarle con sus cuestiones, debía tratar de averiguar más de una forma inteligente.

Sentado en una piedra, usando como respaldo el tronco de un alto abeto, recordó lo que aquella noche había tratado de olvidar a toda costa.

Rememoró lo azorado que estaba su hermano tras el encuentro, las leves heridas en su cuerpo y en lo poco sorprendido que le pareció cuando el doctor dijo que su padre había muerto.

Recordó que él había llorado frustrado por la pérdida de su padre y cómo Germán había permanecido impasible. No sabían exactamente qué había sucedido, el carruaje había sido asaltado y su padre había perecido por los golpes recibidos durante el trágico accidente. El cochero, el viejo Héctor, había fallecido también.

El único en tener suerte fue Germán, que se libró con solo un golpe en la cabeza, aun así, su hermano pareció… aliviado.

Sí, eso fue justo lo que pensó Álvaro al ver su expresión, pero después de unos momentos de pausa se recompuso y comenzó a llorar y gritar a los cuatros vientos su dolor y la mala suerte que había tenido su padre.

No dejaba de clamar, cual magnífico actor, que Dios se lo debería haber llevado a él en su lugar.

¡Fue todo tan extraño! Aún era pequeño, nada más que un adolescente imberbe bajo el ala siempre protectora de su amado padre y de un hermano educado para ser el heredero de todo.

Recordaba con claridad las primeras palabras que su hermano le dedicó justo después de enterrar a su padre: «¿Qué va a ser ahora de ti, mi pequeño e ilegítimo hermano?».

A pesar de ser un niño, se percató en seguida de lo que esas palabras significaban: al ser ilegítimo no iba a obtener nada, ni una mísera moneda, dependiendo por completo de la bondad de su adorado e idolatrado hermano mayor. Ese al que miraba con ojos soñadores, con ojos de admiración pues, para Álvaro, su hermano era el mejor de todos.

La sorpresa fue un shock para todos cuando leyeron el testamento y el albacea del mismo dijo a Álvaro que había heredado unas fértiles tierras colindantes a *La andaluza* y el título de marqués Del Valle, honor que le había sido concedido por la reina en persona.

Los murmullos en la sala se hicieron ensordecedores, nadie daba crédito a lo que el testaferro leía, un bastardo, ¿marqués?

Álvaro no entendía su suerte, a tan temprana edad no creía estar capacitado para llevar él solo unas tierras y a todo el personal, pues no había sido educado para administrar las tierras o dar órdenes. A él le habían dejado apartado respecto a esos menesteres. Tan solo le habían enseñado a leer, a escribir y algo de matemáticas. Lo demás lo había aprendido relacionándose con la gente del campo, le enseñaron a montar y domar a los caballos, le enseñaron cómo era el ciclo natural en la agricultura, cómo cultivar, cuándo, el tiempo que necesitaba la tierra en barbecho para recuperarse, leer el cielo y saber con bastante exactitud qué tiempo se avecinaba. También aprendió a disparar y a cazar, pero, por supuesto, no sabía cómo administrar una tierras que ni por asomo se esperaba heredar.

Recordaba la cara seca y agria de su madrastra, pues supuso que a pesar de todo era tan solo una carga para ella, el recordatorio de una infidelidad por parte de su esposo. Y por un momento le vino a la mente la mirada de odio furioso de su hermano, pero… ¿acaso sería posible? ¿Tal vez él había terminado con su padre y le odiaba por haberle dejado herencia? ¿Culpaba también a su difunto padre por la pérdida meses después de su madre? ¿O a él?

Todo era caótico. No entendía nada, pero debía andarse con cuidado, pues si su hermano había contratado los servicios de los

bandoleros para acabar con la vida de su padre, quizás, solo quizás, él también estuviese en peligro, pues al no tener esposa ni herederos, *todo* pasaría de nuevo a manos del duque.

Después de esa noche en la que apenas durmió en su dura e improvisada cama sobre el lecho del bosque, se levantó con una visión diferente de cómo podría ser su hermano. Quizás María estuviese en lo cierto y en verdad era la bestia salvaje que ella decía que era. Tal vez ella también estaba en peligro.

Pero ahora debía tomarse las cosas con calma, observar y escuchar, y en caso de notar algún peligro actuar y no dejarse vencer por la furia descontrolada que lo embargaba ni por el miedo que sentía. Temor a que Germán le causara daño y no solo unos golpes, sino daño real. Ahora mismo lo más importante era no acusar a su hermano sin pruebas, pues eso le podría costar una condena y el despojo de todo lo que poseía.

Mientras cabalgaba como alma que llevara el diablo de regreso a *La andaluza*, no dejaba de pensar que ahora más que nunca deseaba tener esas tierras y ese dinero, con la esperanza de darle una buena vida a la mujer con la que deseaba fervientemente desposarse.

CAPÍTULO 14

El sol penetró en la habitación de María a raudales. Hacía un maravilloso día de otoño. El cielo estaba limpio y despejado con un intenso color azul. La brisa era agradable, no enfriaba los huesos que el sol entibiaba, el canto de los pájaros llenaba la mañana de alegría y, a pesar de todo, María no se sentía feliz. Se sentía desolada y, aunque no quería reconocer quién era el causante de sus males, no podía engañarse a sí misma más tiempo. Era él. Álvaro. No lo había visto encerrada en su alcoba evitando a la bestia y él no había ido a buscarla para saber por qué se ausentaba, aunque probablemente lo imaginara.

Observó su pálida figura en el hermoso espejo del tocador, una pieza delicada tallada en madera oscura, cuyos bordes se rizaban al igual que su larga melena.

No pudo evitar que malos pensamientos sobre su cuñado se apoderaran de su mente, quizás todo había sido un juego para él y ahora que había probado *su fruta prohibida* había perdido el interés por ella buscando a la siguiente incauta a la que llevarse a la cama.

Y para colmo, debía hacer frente, con pocas ganas, al encuentro con el rudo animal que se convertiría en unos días en *su amado esposo*.

Al menos, le quedaba el consuelo de refugiarse en su más hermoso y oscuro secreto, los momentos que Álvaro le había regalado y que ella atesoraba en el fondo de su alma, a pesar de que para él no hubiesen significado nada y para ella lo fuesen todo.

Llamó a Susana para que la ayudase a prepararla. Se vistió con un vestido de un verde intenso parecido a sus ojos que destacaba sobre la pálida piel y el manto oscuro de su cabello que Susana recogió en un complicado moño que dejaba escapar, de forma estratégica, algunos mechones sedosos sobre su cuello y su rostro.

Susana pellizcó las mejillas para darles color y puso un adorno en su pelo, una hermosa horquilla en forma de flor de piedras

blancas que destacan bajo el fondo oscuro de su cabello.

—Está preciosa, mi señora —celebró Susana.

—Sí, preciosa y lista para ser sacrificada al dragón —susurró mustia.

Susana en seguida comprendió, pues ella guardaba los mismos recelos hacia el hombre que la había golpeado.

Esa mañana se verían por segunda vez en sus vidas, tan solo deseaba que al menos Álvaro estuviese presente y le diese algo más de confianza, pues en esos momentos las piernas le temblaban a causa del miedo, tanto que eran incapaces de sostenerla.

Respiró hondo varias veces para darse valor y hacer desaparecer de su mirada la tensión y el miedo que tan solo el recuerdo de Germán le evocaba. Pero ya no era una niña, era una mujer, o casi, y no permitiría que ningún hombre la achantara. Así que no demostraría su miedo hacia él, sino que sería fuerte, decidida y segura de sí misma. Si él osaba tocarle un solo pelo de la cabeza, ella se encargaría de buscar la manera de salir de *La andaluza* y regresar con su padre.

Más serena, teniendo un plan orquestado en su mente, bajó hacía el salón donde se serviría el desayuno.

Cuando atravesó las puertas que llevaban a la gran sala una sonrisa iluminó su rostro al ver a Álvaro allí, elegantemente ataviado y con una taza de humeante café en las manos.

Se puso en pie y la saludó con una leve inclinación de cabeza, y en sus ojos pudo ver aprobación por su indumentaria.

El otro hombre, de espaldas a ella, se giró lentamente y le dedicó una mueca a modo de sonrisa. Era Germán. Sin duda el parecido entre ambos era notable. Germán era tan solo un par de años mayor que Álvaro, pero parecía mayor. Algunas arrugas surcaban su rostro cerca de sus ojos y su boca, supuso que por estar siempre enfadado. Había nacido enfadado.

Se inclinó galante también para saludarla. Los años habían pasado por él y María percibió que ya no era aquel joven al que conoció, se había convertido en un hombre fuerte, atractivo, de mirada profunda. Un hombre que sabía que tenía poder y disfrutaba de ello.

Se parecía mucho a Álvaro, pero los rasgos de Germán eran más afilados. Observó unas marcas que trataba de disimular con una barba bien cuidada y sonrió al reconocerlas, sus uñas.

Nunca pensó que el ataque hubiese dejado huella. Pero ahí estaba.

Parecía cansado, probablemente había pasado toda la noche bebiendo, jugando al póquer y metiéndose entre las faldas de cualquiera que se las levantara.

Desde luego, no era la presencia que esperaba que tuviese un duque, que además era Grande de España.

—Es un placer tenerte por fin aquí, María, veo que los años te han sentado muy bien —siseó mientras sus manos acariciaban su propio mentón.

¿Tal vez le recordaba con ese gesto que no había olvidado que ella le hirió? ¿Una advertencia oculta?

—Gracias, mi señor —contestó recelosa.

—Mi hermano, al que supongo que ya conocerás —dijo mientras señalaba a Álvaro—, me ha puesto al día de todo. Me ha informado del encuentro con los bandoleros.

—Sí, mi señor, pero no fue nada, tan solo nos robaron —explicó quitando hierro al asunto mientras miraba a Álvaro con ganas de matarlo con sus propias manos.

—Es un asunto terrible lo de los bandoleros por esta zona. Aún recuerdo a mi padre, cómo murió por un ataque de esos. Tened cuidado, mi señora, no desearía que tuvieseis la misma suerte que él.

Ese comentario, en apariencia inofensivo y cargado de preocupación por su prometida, despertó sin embargo recelos en la mente ahora alerta de Álvaro. Si su hermano se atrevía siquiera a pensar en deshacerse de ella yendo a pedir ayuda a los bandoleros... Juraba por Dios que él mismo acabaría con su miserable vida.

—No te preocupes, hermano, con mucho gusto velaré por la seguridad de tu futura esposa.

—Gracias, hermano, te agradezco tus palabras. Voy a estar muy ocupado con negocios que tengo urgentes, así que te

agradezco que cuides de tu futura cuñada y la ayudes en todo lo que necesite.

—¿Qué clase de negocios urgentes te traes entre manos, hermano? —siseó Álvaro, que no pudo disimular su desconfianza.

—Asuntos de alta alcurnia que no son aptos para oídos medio plebeyos.

María se quedó petrificada, ¿Germán hablaba de esa tesitura a su propio hermano? ¿Cómo podía ser tan pedante? Era un salvaje y lo sería siempre. Ni todos los títulos del mundo ni todo el oro harían de ese animal salvaje un hombre digno.

—Permitidme llevaros la contraria, mi señor —intervino María tratando de disimular su furia—, pero os aseguro que su hermano tiene más educación, modales e inteligencia que muchos otros nobles que he conocido.

Las palabras envenenadas de María para con su futuro marido no pasaron inadvertidas. Pues a este le cambió el rostro ceniciento que tenía a uno de un color rojo oscuro por la furia que sentía hacia esa insignificante y deslenguada mujer que era capaz de contradecirle para defender a un miserable bastardo. ¡A él! ¡Un Grande de España!

—Veo, mi futura esposa, que mi hermano os ha encandilado como hace con tantas otras mujeres.

Su voz quería ser dulce, cordial, pero destilaba más veneno que la de María.

—No, mi señor, nadie me ha encandilado, tan solo digo lo que veo. Y desde mi punto de vista su hermano no se merece que lo desmerezcan, pues es un hombre muy atento, inteligente y de mucho valor, a lo que debo añadir que sería incapaz de golpear a ninguna mujer, fuese plebeya o no.

Germán no pudo contener más su ira y se acercó a ella.

—Veo, pequeña zorra, que no has cambiado nada, yo que tú tendría cuidado con esa lengua que puede costarte más de un disgusto. Debí romper el compromiso como quería, pero por el honor de mi padre no lo hice, así que agradécemelo. Los años no te han bajado esos humos que siempre tuviste, condesa, pero yo voy a disfrutar mucho haciendo que solo queden ascuas de ese fuego

tuyo, que el inútil de tu procreador ha sido incapaz de apagar —siseó entre dientes.

Álvaro estaba cerca, expectante y preparado para intervenir en cualquier momento, aunque por unos instantes se había quedado paralizado. María se había arriesgado tan solo por defenderle frente a su hermano, poniéndose en peligro, y ese acto desinteresado y sincero por parte de ella le había llegado tan hondo que se había olvidado de donde estaba y qué estaba sucediendo.

—Nada me hubiese agradado más, mi señor, que ser liberada de lo que sin duda para mi va a ser una larga condena.

Germán levantó la mano, pero Álvaro lo agarró firmemente y le advirtió con la mirada.

—Hermano, creo que deberías descansar después de una noche tan larga de trabajo —espetó con la voz endurecida por el odio.

—No vuelvas a decirme lo que tengo que hacer, insignificante bastardo.

Y dedicándole una vez más una mirada de desprecio a ambos, se giró mientras susurraba:

—No tan larga, *gata*.

Ambos se miraron desconcertados. María estaba al borde de las lágrimas y se sentía desfallecer.

—María, no llores —susurró Álvaro mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Te lo advertí, Álvaro, es una bestia salvaje.

—Sí, cada día estoy más convencido de ello, no sé qué tiene contra ti.

—¿Y contra ti? Te trata con desprecio, un desprecio inmerecido.

—María, te prometí que te cuidaría de Germán y así será. Debes confiar en mí.

—Confío en ti Álvaro, pero no en él. En cuanto tenga ocasión me lastimará.

—No lo hará, se lo impediré.

—¿Y si no estás para impedirlo?

—¿Sabes disparar?

—Sí —contestó altiva.

—Lo imaginaba —sonrió orgulloso—. Es hora de que te provea de un arma. Será pequeña, para que puedas llevarla escondida. Llévala siempre contigo y, si te atacase cuando yo no esté presente y ves que la situación se pone fea, no dudes y dispara.

—Gracias, Álvaro, no sé qué sería de mi vida aquí sin tu presencia.

—No sé qué sería de mi vida aquí sin la tuya —susurró Álvaro mientras la besaba suavemente. Un roce en los labios, pero eso bastó para encenderla, para hacerla desear más.

Sin aliento por un simple beso, apoyó su frente en la de María mientras jadeaba con los ojos cerrados. Su expresión era torturada, como si se debatiera entre el fuego o el hielo, sin saber qué opción sería la más acertada.

María no pudo dejar de contemplar al magnifico hombre que tenía frente a ella y al que deseaba con todas sus fuerzas, anhelando que su destino cambiase y que al final fuese con quien pasase el resto de sus días, que sin duda serían muy intensos.

María deseaba besarle de nuevo, no un beso como el de ahora, sino un beso de verdad, uno con el que pudiese sentir toda la pasión y el deseo irrefrenables que Álvaro despertaba en su cuerpo, ese deseo que la hacía olvidarse de todo, menos del ahora.

—Bésame, Álvaro —suplicó dejando que su cálido aliento le inundase los sentidos.

Álvaro cerró los ojos con más fuerza, apretó la mandíbula y con un esfuerzo sobrehumano y sabiendo que a ella le iba a hacer daño, se apartó.

No podía seguir besándola, acercándose a ella de esa manera peligrosa en la que podía olvidarse de todo.

Estaban en la casa de su hermano, a plena luz del día, que bullía por la actividad de los criados y no podía dejar que nadie la descubriera entre sus brazos y comenzaran los cuchicheos. Lo último que necesitaba era darle a Germán otra excusa para atacarla.

Con todo el esfuerzo que supuso, se dio la vuelta y le susurró:

—Lo siento, María, no puedo.

—Está bien, lo entiendo —contestó compungida.

Pero no era cierto, no lo entendía. Ella solo quería perderse entre sus brazos y él se lo había negado.

—De verdad, María, no sabes cuánto dolor me causa.

—No tanto como a mí —musitó.

Girándose con la poca dignidad que le quedaba tras el rechazo se alejó de la estancia sin detenerse.

Álvaro la observaba alejarse de su lado, destrozado. De repente era como si un abismo infernal se hubiese abierto entre ambos, pero no podía ponerla en peligro, no después de ver la acritud de su hermano hacía ella.

Estaba claro que no le tenía ningún respeto y que ella en realidad no había estado equivocada al pensar que estaba en peligro de muerte bajo el mismo techo que Germán.

CAPÍTULO 15

Álvaro cabalgó hasta el campamento donde esperaba reunir más piezas de su particular puzle, si lograba encajarlas todas, tendría una oportunidad para deshacerse de Germán y librar a María de sus garras. Tras mucho meditar, llegó a la conclusión de que la mejor defensa para María sería ir armada en todo momento y creyó que lo más conveniente era regalarle una pequeña daga que podría ir oculta bajo su falda en cualquier ocasión. No era un arma de fuego, pero el puñal utilizado en el momento justo podía dejar al agresor malherido y con suerte causarle la muerte.

También pensó seriamente en pasarse a saludar a los guardias civiles que habían llevado la investigación en el caso de su padre, no deseaba tener tratos con el teniente Francisco Carvajal, era despiadado y cruel, sin embargo, Alejandro parecía que se tomaba su trabajo en serio y no traspasaba los límites de la legalidad nunca. Además, había escuchado que no le agradaban los métodos que usaban algunos de los suyos.

El traqueteo de la diligencia que se acercaba lo despertó de sus ensoñaciones. Estaban preparados, a la espera, en unos segundos daría la señal a sus hombres que aguardaban para lanzarse a colisionar contra su objetivo.

Diversos rumores los habían puesto al tanto de la carga valiosa que transportaba esa diligencia, y a pesar de la inquietud que Álvaro sentía, pues no entendía por qué si ese carro llevaba tanto oro no iba escoltado, no pudo resistirse al entusiasmo de sus hombres por tener al fin un poco de buena suerte y la esperanza de que, tras el golpe, pudiesen descansar tranquilos una temporada sin arriesgar sus vidas, inclinó la balanza a favor del asalto.

Respiró profundamente, dejando que la tensión se hiciera con el control y borrase el recuerdo de María, sola y asustada en la guarida de la bestia, pero ahora necesitaba estar concentrado, el miedo desapareció y en su mente no había cabida para nada ni nadie más que el oscuro vehículo que se acercaba veloz.

Alzó la mano y la dejó caer, la señal para que sus hombres llevaran a cabo el plan que habían urdido.

Se deslizaron por la escarpada pendiente hasta llegar cerca de la diligencia, lanzando al aire un sonoro disparo de su trabuco para que el carruaje se detuviese, cortando la quietud y arrancando chillidos a los pájaros cercanos sorprendidos por el alboroto.

—Alto —gritó con su voz autoritaria.

De repente, se vio atrapado en una pesadilla de la que apenas era consciente. De la diligencia empezaron a emerger guardias civiles y de las montañas a descender más de ellos, armados y dispuestos a darles caza.

—¡Huye, Caballero! ¡Es una trampa! —gritó el chófer del carro.

Álvaro, al darse cuenta de la emboscada, disparó dos veces al aire, la señal que indicaba que algo había salido mal. Ahora cada uno iría en una dirección diferente a ocultarse de los guardias civiles.

En su carrera desbocada, en la que no tuvo tiempo de mirar atrás, se topó con un joven guardia civil de frente.

Álvaro se dispuso a disparar si la ocasión lo requería y al mirarle durante un intenso instante reconoció a su perseguidor.

—Alejandro... —susurró.

No era capaz de disparar y aprovechó la duda que causó en el otro hombre escuchar su nombre de boca de un forajido para tratar de escapar. Un cruce de miradas en el que se confesaron muchos secretos sin necesidad de pronunciar palabra.

Supo en ese instante que Alejandro no iba a arrebatarle la vida, pero también que le había reconocido.

—¿A qué esperas? —se escucharon voces—. ¡Dispara! ¡Está a tiro!

—Huye —susurró Alejandro.

Álvaro, sin pensarlo y agradecido por la oportunidad, espoleó a su caballo que salió disparado. En su huida alocada pudo sentir el calor de la bala al rozarle y el dolor abrasador que le traspasó la piel y la carne en la pierna. Le habían dado. Sangraba y le dolía como mil demonios, pero no podía detenerse en estos momentos para ver cuán grave era la herida, solo podía pensar en huir y esconderse, y

en que todos los suyos estuviesen a salvo. No quería cargar a sus espaldas con la muerte de ninguno de ellos, ni con su captura.

Se maldecía en silencio por no haber escuchado a su razón, él sabía que algo no andaba bien con ese trabajo tan fácil.

Cuando se hubo asegurado de que nadie lo seguía, cambió la dirección de su camino. Debía deshacerse de sus ropas y volver a ser el marqués Del Valle, debía y necesitaba urgentemente llegar hasta María, advertirla y alejarla de *La andaluza*. Aunque no tenía claro que lo fuese a conseguir.

Alzó la mirada al cielo y vio cómo el sol y su calor lo abandonaban para sumergirse en la inmensa oscuridad tan fría como lo estaba su alma.

Los hombres se pusieron a salvo y llegaron hasta el campamento con caras afligidas y arrepentidos por no haber escuchado lo que su jefe tan acertadamente les había aconsejado. Ahora, todos se miraban en silencio esperando que los demás regresaran y con la incertidumbre de si lo harían.

No tenían ni idea de si habrían capturado a algunos, herido o incluso quitado la vida de otros. Poco a poco los alrededores de la hoguera se fueron ocupando por bandoleros que llegaban con rostros serios y cenicientos.

Llegada la media noche, decidieron que tal vez su jefe no regresaría jamás.

Alumbrado por la candela de la hoguera, el Tuerto afilaba una estaca de madera con su navaja y sonreía ante la posibilidad de que el Caballero no le estorbaría por más tiempo.

María, de nuevo, paseaba sola a altas horas de la noche por la hacienda, lo había convertido en una mala costumbre y no estaba segura de que lo que deseaba en realidad era volver a ser asaltada por su bandolero.

En los últimos días no había pensado mucho en él, pero hoy, sin Álvaro en la casa y ella tratando de evitar a la bestia, que gracias a Dios aún no había regresado de sus *negocios urgentes,* la imagen de su bandolero rescatándola de la miseria en la que se hundía sin salvavidas y ayudándola a obtener un futuro mejor no dejaba de rondarle la cabeza.

Pensaba en él, en su boca sobre la suya, en sus manos fuertes sobre su cuerpo y cómo este reaccionaba ante su roce… al igual que con Álvaro.

Seguía confundida por las emociones similares que despertaban en ella esos dos hombres, y más después de saber que su futuro marido no despertaba en ella esa atracción, ni ningún otro hombre que hubiese conocido.

Todavía esperaba y temía que el Grande de España, que se convertiría en su marido, la golpease y, a pesar de sentirse asustada, sabía que era su salvoconducto hacia la libertad.

Se sentía sola y desamparada, y más esa noche en la que su cuñado no se había presentado de nuevo en la casa y sentía que estaba más segura fuera de ella que entre sus paredes.

Se había preparado bien para defenderse, incluso había tenido la brillante idea de aprender algo sobre las artes de la sanación, ayudando al doctor de sus tierras y al encargado de la salud de los animales, había pensado que, después de todo, una pata o una pierna se parecían en sus heridas y también en la forma de sanar.

Además, mientras Álvaro le procuraba un arma, se había hecho con un afilado abrecartas que llevaba escondido a buen recaudo y sujeto en la liga bajo la falda. No era gran cosa, pero seguro que lograba detener al salvaje antes de que acabara con su vida y darle el tiempo que necesitaba para llegar al establo y hacerse con cualquiera de los animales para huir de regreso a su hogar.

Pasaba la delicada mano por las hojas de las plantas de romero que adornaban el camino y cuyas pequeñas flores violáceas se resguardaban del frío de la noche plegándose sobre sí mismas, logrando que el roce sinuoso de sus dedos sobre las matas liberara el agradable aroma que encerraban y se disipase arrastrado por el viento hasta llenar sus fosas nasales, cuando advirtió que la quietud de su paseo de repente se rasgaba por el relinchar de un animal nervioso.

Prestó más atención, creyendo que los relinchos provenían en realidad del establo y no de algún lugar oculto en el bosque cuando

lo volvió a oír acompañado esta vez de un golpeteo inquieto de cascos.

Seducida por la curiosidad a pesar del riesgo que corría y esperando que fuese su «Caballero», se dirigió con paso inseguro y con la mano apoyada sobre el lugar bajo el que yacía oculto el abrecartas hasta donde se escuchaban esos ruidos, y cerca del río, el maldito río, encontró un caballo cuyo jinete colgaba de la montura.

En seguida reaccionó pues supo que algo andaba mal y a toda prisa se posicionó frente al animal.

Al ver el antifaz tembló, era su bandolero… ¿Estaba herido? ¿Muerto? Los nervios no la dejaban pensar con claridad, pero entonces escuchó un leve susurro de los labios del hombre y eso le dio esperanzas y una nueva y confortable calma se adueñó de ella.

Se colocó junto al hombre buscando algún indicio que le indicara a qué clase de herida se enfrentaba. El rostro a pesar del antifaz parecía intacto, así que decidió empezar por los musculosos y fornidos brazos... ¡Oh, Dios! Estaba desquiciada, ese hombre estaba herido, ¿y ella pensaba en sus fuertes brazos?

Con más detenimiento trató de averiguar qué le ocurría exactamente cuando un goteo húmedo y espeso mojó el bajo de su falda y sus zapatos.

Entonces, se dio cuenta de la herida del muslo… ¡Le habían disparado!

Debía actuar con rapidez o ese hombre perdería la vida, con mucho esfuerzo logró bajarlo del caballo y al hacerlo consiguió que se golpeara, aunque no con demasiada fuerza, quizás debía haber esperado por ayuda, pero se quedaba sin tiempo, ese hombre sangraba de forma continua, aunque no alarmante.

Al estirarlo sobre el suelo vio el agujero de la bala y trató de calmar los temblores que la sacudían en ese momento. Respiró y pensó qué hacer. Lo primero sería hacerle un torniquete para detener el flujo de sangre, como había hecho aquella vez don Fulgencio con el caballo que se había herido la pata. Así que se arrancó el bajo de su vestido y lo utilizó para rodear el muslo unos

diez centímetros por encima de la herida con fuerza, utilizándola como una lazada.

Logró hacerlo a pesar de los nervios y los gemidos que ese hombre susurraba sin parar.

—Ahora —susurró—, debo ir a por algunas herramientas.

María corrió como perseguida por el mismo diablo y aliviada por el manto oscuro y espeso que la protegía. Se dirigió a la casa con la tranquilidad de que a esas horas no hallaría a nadie en su camino al que poner excusas baratas.

Subió de dos en dos los escalones hasta a su habitación y buscó su caja de costura, en ella tendría todo lo necesario para coser la herida, de regreso al claro, hizo una parada en la cocina donde se hizo con unas pequeñas pinzas, una botella de whisky y paños limpios. Hizo recuento mental para ver si llevaba todo lo necesario y decidió llevar un perol vacío y algo de yesca con la que prender un fuego.

Una vez cargada con lo imprescindible, inició otra veloz carrera que la dejó sin aliento, observando las virutas que este dejaba a su paso a través de la fría noche. Se dio cuenta entonces de que había olvidado algo con lo que guarecer al bandolero de la helada brisa, estaba segura de que tras su cura los temblores lo sacudirían, así que pensó que tendría que bastarle con el grueso mantón que llevaba sobre los hombros.

Respiró más calmada al ver que su bandido permanecía en el mismo lugar donde lo había dejado, la verdad era que durante todo el trayecto solo había podido pensar en que tal vez hubiese recobrado el conocimiento y hubiese huido a donde fuera que estuviese su guarida malherido y sangrando.

Sin perder tiempo encendió una pequeña hoguera donde colocó el perol que llenó con agua fresca y limpia del río. Rasgó los paños limpios en tiras alargadas y se arrodilló junto al cuerpo que, como temía, ya temblaba. Solo le quedaba la esperanza de que la hoguera y el grueso chal aliviaran el frío de la noche.

Rasgó el pantalón del hombre dejando toda su pierna al descubierto y deshizo el torniquete, creía haber escuchado alguna vez que había que dejar salir algo de sangre cada poco tiempo para

evitar que la pierna se colapsara, así que dejó que algo de la sangre acumulada fluyera y cuando pensó que era suficiente hizo un nuevo torniquete que detuviese la sangre y así poder proceder con el limpiado de la herida.

El hombre se movía inquieto y gemía en su inconsciencia.

Cuando se aseguró de que no quedaba ningún rastro de suciedad, vertió una generosa cantidad de alcohol por la pierna para desinfectar la herida y después limpió de nuevo la zona con un trozo de paño.

Observó la piel quemada e inservible alrededor de la herida y la fue recortando con las pequeñas tijeras de su caja de costura para dejar la herida lo más limpia posible. El agua caliente ayudaba a ablandar la suciedad y a esterilizar los paños que iba a usar para vendarle después.

Le secó el sudor que perlaba su frente a pesar de la fría noche y con minuciosidad observó el trabajo que había llevado a cabo. La herida parecía limpia y no tenía muy mal aspecto. Había llegado el temido momento, sacó del agua hirviendo las pequeñas pinzas y procedió a la extracción de la bala.

Hurgó con cuidado entre las sacudidas del paciente que se removía inquieto por la intrusión y en seguida la encontró.

La agarró y tiró de ella con cuidado, después la enjuagó para ver si estaba entera o se había fragmentado, pero para su alivio la bala, aunque dañada en la punta, estaba de una pieza.

Volvió a enjuagar con whisky la herida y soltó el torniquete para aliviar la presión, mientras la sangre corría lenta y roja por su muslo, su mirada se detuvo en la musculosa pierna y lentamente subió hacia el rostro del hombre. Estuvo tentada de quitarle el maldito antifaz, sus dedos estaban sobre él, solo tenía que levantarlo un poco y dejar que el rostro del hombre apareciera ante ella por completo, pero sus labios susurraron y ella se distrajo en esa boca que la había besado en más de una ocasión.

Sin poder reprimirse, acercó sus labios a los de él, fríos y temblorosos y le besó dulcemente.

El beso fue electrizante, consiguiendo que un calor abrasador la recorriera por entero y olvidase el frío que la envolvía.

Se apartó de mala gana y entonces descubrió qué susurraba.

—María —gimió.

¿La llamaba? ¿A ella? ¿O habría alguna otra María en su vida?

Confundida, dejó de mirarlo y se preocupó por acabar la faena, un nuevo torniquete para cortar la sangre y entonces, tras limpiar la herida, se dispuso a coserla de la mejor manera posible.

La primera puntada fue sobrecogedora, no tenía nada que ver con coser un retazo de tela, cuando metió la aguja en la carne resistente y tuvo que aplicar fuerza sintió que se desvanecía, pero entonces de nuevo susurró su nombre y eso le dio la fuerza que necesitaba.

Una alegría inesperada se instaló en su estómago, la llamaba en sus delirios, debía de ser a ella, *tenía* que ser ella.

Y sintió que moría de amor por ese extraño bandolero que le había robado el corazón, ¿o había sido su cuñado?

La imagen de Álvaro y la del bandolero se unieron en su mente haciendo que de nuevo las sospechas cobrasen fuerzas.

Con la última puntada y la idea de que ambos eran la misma persona levantó decidida el antifaz y se llevó una mano a la boca ahogando el grito que liberó su garganta.

—No, no puede ser —murmuró fuera de sí.

La impresión la hizo temblar y agradeció estar sobre sus rodillas, si no, se temía que sus piernas le hubiesen fallado.

¡Era él! ¡Su cuñado! El hombre al que había besado y al que casi se había entregado era el bandolero al que llamaban Caballero. ¡Eran el mismo! Había estado acertada desde el principio, no habían sido imaginaciones ni excusas. Cada pieza encajó en su lugar, los modales, el mismo sentimiento extraño al estar junto a los dos hombres, sus besos… no era porque le gustasen todos los hombres menos su prometido, era porque solo él era capaz de hacerle sentir tanto. Solo él.

Una lágrima amarga resbaló por su pálida y fría mejilla, amaba a un hombre con el que nunca iba a poder estar, por un lado, era su cuñado y, por el otro, era el temido Caballero cuya cabeza tenía precio y ella había caído rendida a sus pies sin necesitar la

fuerza bruta, tan solo uno de sus besos y una de sus miradas penetrantes.

¿Debía estar asustada? ¿Afligida? ¿Sentirse engañada? ¿Asustada?

No, nada de eso, solo podía sentir un gran revoloteo de mariposas en su cuerpo, que le daba alas para seguir adelante, para ayudarla a tratar de entender qué era lo que lo había llevado a disfrazarse y hacerse pasar por un bandolero.

CAPÍTULO 16

El relente de la noche refrescaba el rostro de María que paseaba nerviosa sin saber a dónde dirigirse. La hoguera no bastaba para paliar los escalofríos que sacudían el cuerpo de Álvaro y ni siquiera el grueso mantón ayudaba.

Se debatía entre qué hacer y a dónde llevarlo. ¿A casa? ¿A dónde fuera que estuviese su campamento?

Si lo llevaba hasta *La andaluza*, una vez resuelto el problema de coger a un hombre de su envergadura, ¿qué diría al respecto? ¿Cómo iba a justificar su estado? Y si lo llevaba a su guarida… bueno, no tenía ni idea de qué podría suceder si lograba dar con el lugar.

Frustrada decidió que no podía dejar que muriese y, si no hacía algo pronto, ese sería el fatídico desenlace.

Su respiración era agitada y no encontraba las fuerzas para tomar una decisión, lo más sensato sería dirigirse a la casa y pedir a Juan ayuda, parecía de fiar. Quizás alguno de los criados supiese de la doble vida de su señor…

¡Cómo saberlo! Acababa de llegar a esa casa, todos eran unos desconocidos excepto… ¿Susana?

No, no podía hacerla participe, bastante miedo tenía a Germán como para también confesarle que el otro hermano era un sanguinario y peligroso bandolero.

Lo mejor para él era regresar a su escondrijo, allí al menos no estaría Germán para entregarlo a la benemérita, la cuestión era cómo encontrarlo.

Un relincho nervioso la sacó de su ensimismamiento. ¡Eso era! Al mirar al caballo la solución se presentó delante de sus narices, el animal podría llevarlo, ¿no? A su guarida, su cueva o donde demonios se supusiera que se ocultaba, pero ¿cómo llegarían?

Necesitaba montarlo en el semental y, ¿después? ¿conocería la montura el camino?

—Agua... —escuchó susurrar.

Rápidamente dejó su caminar sin sentido y se arrodilló ante el enfermo.

—¿Agua? —susurró y notó que su voz sonaba llena de preocupación.

—Sí… por… por favor.

Se acercó hasta el río y llenó de agua el cuenco, volviéndose a agachar a su lado le ayudó a beber tratando de ofrecer su brazo libre como apoyo para su cuello.

—Gracias —musitó sin apenas voz.

—Tienes que descansar a resguardo, no sé dónde llevarte —gimoteó.

Al decir esas palabras reveladoras, el enfermo se llevó las manos temblorosas a la cara y resopló aliviado al comprobar que el antifaz aún guardaba su identidad.

María sintió deseos de gritarle que era un imbécil y que sus sospechas se habían confirmado, que no era tan ingenua como la creían todos, pero pensó que en su estado era mejor dejarlo descansar y guardar esa información para sí, al menos de momento.

—Mi campamento. Ayúdame a subir al caballo.

María le ayudó, no sin esfuerzo, a incorporarlo y llevarlo hasta el purasangre, pero el jinete no estaba todavía en condiciones de montar y su cuerpo se bamboleaba de un lugar a otro como una hoja a merced del viento.

María de nuevo dudaba sin saber cómo actuar, pero después de meditar las consecuencias resolvió que no le quedaba otra solución, así que subió tras Álvaro y tomó las riendas de la montura.

—Solo dime hacia dónde dirigirme.

—No puedo… —musitó.

—¡Dímelo, maldita sea! O… morirás de frío.

Álvaro dudaba, pero sabía que tenía razón y, si no llegaba a un lugar seco y caliente, moriría dejándola sola con su hermano y sin nadie para protegerla. Quería decirle que no lo acompañara, que era peligroso, pero no le quedaban fuerzas y un destello en su mente le avisó que probablemente *La andaluza* era un lugar más peligroso que su campamento. Así que decidió no malgastar su poca

energía en discutir con esa mujer que acababa de, probablemente, salvarle la vida.

Suspiró y claudicó.

—Sigue el camino hasta que llegues a una roca con forma de flecha, después, ve hacia la profundidad del bosque... —detuvo su explicación para recuperar un aliento que se negaba a llenar sus pulmones—. Ve con cuidado, Tempestad… aún es un poco rebelde.

—¿Tempestad? —preguntó presa de la curiosidad, ¿por qué le habría puesto así al caballo que su padre le había regalado?

—La misma que despiertas en mí…

María esperó, con el corazón encogido por la emoción, más instrucciones, pero Álvaro se había desplomado sobre la montura. Haciendo de tripas corazón y asegurando el mantón de lana al cuerpo tembloroso de Álvaro, espoleó a Tempestad y comenzó la marcha.

Cada paso que daba más solitario y tenebroso se volvía el camino que siguió tal como le había indicado. No sabía cuánto tiempo llevaba montada en el caballo, solo era capaz de pensar en la montaña con forma de punta de flecha y en él.

Acostumbrada a su altanera y segura forma de ser, ahora, al verle inconsciente y malherido se sentía mal, extraña y preocupada, quizás lo más razonable hubiese sido dirigirse a la casa y llamar a un doctor. Pero ahora era demasiado tarde.

La humedad de la noche empapaba sus ropas y suspiró agotada, no tenía ni la menor idea de dónde estaba o de cuánto quedaría hasta la roca, pero ya notaba su trasero dolorido y sus brazos amenazaban con no poder seguir manteniendo las riendas y el cuerpo de Álvaro a la vez por mucho más tiempo.

Agachó la mirada y dejó escapar algunas lágrimas de frustración, y repentinamente, Tempestad cabeceó y torció hacia la izquierda, internándose por el frondoso paraje.

María no era capaz de divisar el camino ni la roca, pero unos metros más adelante la vio. Un alto peñón se alzaba y su cima efectivamente tenía la forma de la punta de flecha. Era hermosa y diferente. Esbozó una mueca parecida a una sonrisa, estaba contenta, al menos no se había perdido.

Unos minutos más tarde la vegetación dejó de ser tan frondosa y comprobó que sobre el suelo se dibujaba levente un camino donde las agujas de los pinos se habían movido recientemente.

Prestó atención pues creyó percibir ruido y, efectivamente, así era. Podía escuchar algunas voces amortiguadas por la noche y la pared espesa de árboles, y divisó a lo lejos una titilante luz de hoguera.

¡Estaba pletórica! Lo había logrado, y entonces se dio cuenta de que iba a meterse en la boca oscura del lobo, una guarida repleta de asesinos buscados por los guardias civiles.

Se detuvo presa de la congoja y se planteó si dejar a Álvaro sobre el animal y largarse ella por donde había venido, a pie, pero tras el impacto inicial decidió que estaba demasiado cansada y demasiado lejos de *La andaluza* como para volver andando y llegar a su destino con vida.

Ellos al fin y al cabo eran hombres, pero ¿quién sabía qué se ocultaría en las sombras del bosque?

Apretó las manos sobre las bridas y azuzó de nuevo a Tempestad, que como un huracán la llevó al epicentro de la vida secreta de Álvaro.

La luz de la hoguera calentaba algo al fuego, el delicioso aroma se sentía hasta en el aire, llegaba en pequeñas ráfagas hasta su nariz. Su estómago, hambriento y agotado, protestó exigiendo un poco de eso tan delicioso que se cocinaba en el perol.

Contempló a los hombres, sentados alrededor de la candela, algunos dormitaban, otros, a pesar de las altas horas, limpiaban sus trabucos y afilaban las dagas. Algunos cuchicheaban serios y otros arrancaban suaves notas con el rasgueo de sus cansadas guitarras.

De repente, el miedo se desvaneció, no parecían peligrosos asesinos, ladrones tal vez, pero no asesinos.

Con paso lento y seguro se encaminó hacia el foco de actividad y esperó a que alguno de los hombres la notara, cosa que no tardó en suceder.

—¿Quién va? —escuchó una voz seria y agresiva.

¿Qué contestar? Ella no tenía ni idea, ¿sería como una clave? ¿Qué decir? ¿Hablar, no hablar?

—He preguntado quien va, no habrá otra oportunidad.

—María, soy María —dijo como si nada.

Se sentía una niña tonta. ¿María? ¿Soy María? ¿Qué clase de presentación era esa?

«Hola, soy María, queridos bandoleros, no me hagáis papilla porque traigo a vuestro jefe medio sano y salvo».

Los hombres al escuchar una voz de mujer se tensaron, ¿cómo era posible que una mujer llegase sola a esas horas y hubiese encontrado el sitio?

El Gato y el Largo se levantaron con las armas preparadas y se adelantaron caminando despacio para poder decidir si se trataba de alguna otra artimaña de los guardias civiles, utilizando como cebo a alguna ramera para calentar sus camas y gaznates hasta dejarlos con las lenguas flojas.

Pero al ver la silueta de la mujer tiritando y la de su jefe sobre el caballo sin conocimiento empezaron a correr y gritar palabras que para María no tenían sentido.

Antes de protestar o preguntar unas manos agarraron a Álvaro y lo bajaron del caballo, uno de ellos murmuró algo así como: «Está vivo, todavía».

En ese instante, María quedó relegada a un segundo plano. Los hombres llevaron a su jefe más allá de la hoguera hasta la montaña, donde María sin dar crédito a lo que presenciaba los vio desparecer engullidos por el rocoso monte.

Pudo ver cómo los hombres, frenéticos, calentaban agua, servían algo de la cacerola en un plato y llevaban maderas hacia el hueco que debía de existir en algún lugar de la piedra que ella no era capaz de vislumbrar y por donde parecían ser tragados y después regurgitados.

Cansada de que nadie le prestase atención, dejó a Tempestad amarrado a un árbol y le puso cerca un poco de agua. Ella, por su parte, con toda la confianza que su estómago le daba para calmar su hambre y los nervios, se sirvió un poco de estofado de conejo y se sentó al lado del fuego para que el calor calentase sus huesos.

Al cabo de un rato, un hombre se acercó a ella.

—Pregunta por vos —dijo educadamente.

Advirtió que le faltaba un ojo, que era alto y desgarbado y su aliento olía a rancio, no le gustó cómo la miraba, pero no era momento de ponerse recelosa.

Se levantó asintiendo a modo de agradecimiento y siguió al hombre hasta la misteriosa montaña por donde desaparecían.

La entrada a la montaña no era más que una gruta natural tapada por una cortina pesada casi del mismo color que la roca grisácea.

El interior sorprendió a María pues era más espacioso de lo que se esperaba, una gran sala con una hoguera y una mesa con sillas. Al fondo algunos catres dispuestos en fila y sobre uno de ellos descansaba Álvaro, respiró tranquila al notar que todavía tenía el antifaz colocado. No sabía si sus hombres estaban al tanto de su identidad o si también les guardaba el secreto

—¿María? —escuchó que la llamaba y corrió presta a su lado arrodillándose junto a él.

—Estoy aquí. ¿Estás mejor? —preguntó aliviada al ver que ya no tiritaba y su voz era menos temblorosa.

—Sí, gracias a ti...

—¿Esa no es la mujer de la diligencia? ¿A la que robó el beso? —preguntó el Largo.

—Parece que le robó algo más que un beso, el corazón —contestó el Gato entre risas.

—Si esa es la mujer del duque, nos traerá problemas, Caballero, hay que deshacerse de ella —sugirió el Tuerto.

María ante esas palabras sintió un frío atravesar su corazón, desde luego el Tuerto no era como los demás, él sí podría ser capaz de matar a otra persona.

—Dejadnos solos —ordenó Álvaro enfadado por el comentario.

A pesar de sus escasas fuerzas, sus hombres eran leales y obedecieron a su jefe sin protestar, saliendo y dejándolos a solas.

—Gracias por salvarme la vida, no tenías por qué hacerlo.

—¿Estás seguro de que no tenía por qué?

—No, no tenías…

—Si un hombre aparece herido en mi casa, es mi deber ayudarle.

—No aparecí en tu casa, ¿o sí?

—Muy cerca, ya eran tierras de mi futuro marido, pero eso tú lo sabes bien —dijo suspicaz, con la esperanza de que le confesara su verdadera identidad por sí mismo.

Álvaro la miraba fijamente, a pesar de que la humedad había revuelto su cabellera rizada, estaba hermosa, con las mejillas pálidas y los ojos cansados, estaba más atractiva que nunca. Su ceño estaba fruncido en una graciosa arruga causada por la preocupación y eso calentó el corazón de Álvaro más que la hoguera que crepitaba en la estancia.

—María, yo… —Álvaro dudaba, ¿debía confiar en ella? ¿Por qué no? Le había salvado la vida a pesar de que era un peligroso bandolero que la había asaltado y además no había titubeado al internarse en un campamento en mitad de la nada llena de forajidos, quizás en ella encontrase alguien en quien descargar el peso que lo aplastaba desde dentro.

—Da igual, descansa, ahora es necesario que te repongas, duerme un poco —ordenó María al notar la vacilación en su voz.

—¿Y tú? Te irás…

—Debería irme, Susana podría echarme de menos, pero, si me lo permites, me quedaré a pasar lo que queda de noche y revisar tu herida por la mañana.

—Puedes dormir ahí, en cualquiera de esos catres, no es como tu cómoda habitación en *La andaluza*, pero es mejor que el duro y frío suelo —Álvaro sabía que era peligroso, que su hermano, si lo descubría, tomaría represalias, pero en esos momentos estaba más segura entre bandoleros que en la casa de su hermano, atrapada y sin protección.

—Sí, tienes razón, y tú, ¿cómo sabes lo cómoda que es mi cama en *La andaluza*?

—Bueno, lo supongo, ¿qué menos para una dama de tu condición?

María lo miraba con la diversión pintada en su rostro, él sospechaba que quizás ella hubiese levantado el antifaz y hubiese descubierto su identidad, pero entonces, ¿por qué ocultarlo? ¿Esperaba su confesión? No tenía ni la más remota idea de lo que pasaba por la cabeza de esa mujer y la verdad es que se sentía muy cansado y algo febril como para darle vueltas al asunto.

Sin darse cuenta, cerró los ojos y dejó que el sueño lo engullera al igual que la cueva.

CAPÍTULO 17

Lo que quedó de noche resultó ser larga y agotadora, Álvaro tuvo fiebre y en sus delirios murmuraba cosas sin sentido sobre asaltos, asesinos y contratos a los que María decidió no prestar atención y seguir con su tarea. Los hombres del Caballero ayudaron en todo lo que pudieron, trayendo agua fresca del río con la que María empapaba paños que usaba sobre su frente y muñecas para bajar la fiebre, buscando mantas para abrigarlo, alimentando el fuego para que no se apagase…

—No lo va a conseguir —murmuraba cada vez que entraba a la cueva el Tuerto.

No le gustaba nada ese hombre, no porque no tuviese un ojo, sino por su manera de mirarla y de mirarlo a él, como si deseara su muerte. Y quizás así era, ella no los conocía, pero la animadversión que sentía el Tuerto por su jefe en especial le decía que tal vez envidiaba su posición dentro del grupo que había formado.

María limpió y cambió las gasas de la pierna y vio que había algo de infección, trató de pensar qué hacer para combatirla y decidió que utilizaría cualquier líquido con alcohol que hubiese en el campamento, fuese de la clase que fuese.

El Gato le trajo una botella de brandy que María utilizó como antiséptico y limpió con cuidado la herida, parecía al menos que la infección no era grave y esperaba poder aliviarla con curas y limpias frecuentes.

—Ha hecho un gran trabajo con el zurcido, no le quedará apenas cicatriz.

—Eso espero…

—Si sobrevive… —reiteró el Tuerto.

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Acaso usted va a ayudarle a no conseguirlo? —preguntó osadamente, algo de lo que se arrepintió en el acto.

El Gato y el Largo la miraron presas de la sorpresa más absoluta por su reacción desafiante y al Tuerto su enfrentamiento y las risas de sus compañeros no le agradaron demasiado.

—Será mejor —siseó cerca de ella— que te andes con cuidado, *gata*.

Salió de la cueva y los dejó a solas, la tensión se relajó.

—No le haga caso, señora —dijo el Gato.

—El Tuerto es así con todo el mundo, no le agrada nadie —confirmó el Largo.

—Veo que quien menos le agrada es vuestro jefe.

—Bueno, la verdad es que no le gustó que saliese elegido por mayoría y mucho menos ser vencido en la pelea, pero es un bandolero con honor y tiene que respetar la decisión del grupo.

—Bandolero, honor… no sé por qué son dos palabras que no pueden ir juntas.

—Pues van de la mano, señora, aquí somos bandoleros, pero nobles y con honor, nunca fallamos a los nuestros.

—Me gustaría creerlo. ¿Qué os sucedió?

—Una emboscada.

—¿Una emboscada?

—Nos engañaron, señora, nos dieron un chivatazo que resultó ser una trampa mortal, lo querían a él —dijo el Gato señalando con la barbilla hacia la cama de su jefe.

María desvió su mirada hacia el catre en el que se encontraba descansando, parecía más calmado y menos tembloroso, con paso lento se acercó y posando su mano sobre la frente del hombre comprobó con alivio que la fiebre no era tan alta. Dispuesta a proseguir con el escrutinio, levantó los paños que cubrían la herida y se alegró al ver que parecía haber dejado de supurar.

—Así que os engañaron con información falsa, ¿sabéis quién pudo ser?

—No, no sabemos quién pudo ser, el chófer de la diligencia gritó avisándonos que era una trampa.

—Y ¿dónde está?

—Muerto, el teniente acabó con su vida.

—¿Cómo? —preguntó horrorizada por lo que relataba el hombre.

—El teniente Francisco Carvajal es un hombre sin escrupulosos que disfruta dándonos caza.

—Pero es la ley —musitó confundida.

—En todas partes, señora, hay hombres buenos y malos.

—Puedo verlo —susurró observando la figura siniestra del Tuerto mientras desaparecía tras las sombras.

María permaneció a los pies de la cama el resto de noche, la fiebre había bajado, ahora descansaba más tranquilo y ella, agotada y aliviada, se durmió apoyando la cabeza junto a su pecho, relajada al escuchar el suave ronroneo de su respiración que ya no era agitada y el latido, fuerte y seguro, de su corazón.

Las luces del alba y el trino de los pájaros hicieron regresar a Álvaro de vuelta a la realidad, al abrir los ojos sonrió encantado. Lo primero que se encontraba tras su paseo por las sombras era el rostro ovalado de la mujer que le robaba el pensamiento y el alma.

¿Se había quedado toda la noche? ¿Qué hacía ella allí? ¿Y él? No recordaba nada, estaba dolorido y cansado y su cuerpo bañado en sudor y pegajoso a causa de las mantas y la ropa ensangrentada.

Un leve destello le recordó la emboscada, habían tendido una trampa para cazarlo. ¿Qué habría sido de Miguel?

Miró alrededor confiando en ver a alguno de sus hombres, pero la guarida, a excepción de ellos dos, estaba vacía. Solo ellos dos. María… Volvió a mirarla y la sensación de paz se instaló en su corazón, tenerla allí junto a él era más de lo que merecía, pero a la vez le hacía sentirte desdichado. ¿Estaría enamorada del «Caballero»? ¿Y qué sentiría por Álvaro?

Ese pensamiento le hizo recordar algo. ¡El antifaz! Llevó su mano hacia su rostro, asustado, y descubrió con alivio que seguía en su sitio, su secreto estaba a salvo y no solo a ojos de María, también para sus hombres a los que no había confesado quién era por miedo al rechazo o a levantar sospechas sobre qué hacía allí. Y ahora estaba tan cerca de saber qué sucedió en realidad aquella fatídica noche, que no podía dejar al descubierto su tapadera.

Un ruido suave lo puso alerta y le obligó a mirar hacia la puerta, y entre las sombras oteó un solo ojo que desaparecía de repente, el Tuerto lo había estado espiando. Un escalofrío recorrió su columna vertebral al recordar lo que había escuchado, que quizás estuviese implicado en la muerte de su padre y la casi muerte de su hermano.

Nunca le había dado buena espina, pero en estos momentos algo le decía que él había estado tras el falso chivatazo, era mucha casualidad que precisamente en el asalto que había resultado ser una caza no hubiese estado presente. No recordaba que hubiese faltado a ninguno, exceptuando el de la diligencia en la que llegaba María, aunque eso no había sido planeado, en realidad la habían encontrado de casualidad y decidieron asaltarla.

Trató de incorporase y un dolor en el muslo le traspasó obligándolo a amortiguar el grito desgarrador que deseaba escapar.

María entreabrió los ojos y al verle con el rostro deformado por el dolor se incorporó rápidamente.

—Álvaro —susurró preocupada—. Álvaro, ¿estás bien? ¿Qué sucede? ¡Dímelo, Álvaro!

El dolor dio pasó a la confusión que se apoderó de él, ¿ella lo estaba llamando por su nombre? No, no podía ser, seguro que lo había imaginado, pero sí que lo había hecho. ¡Tres veces! Cerró los ojos blasfemando y olvidándose del dolor.

Inclinándose sobre él, María lo acunó entre sus brazos y mientras lo mecía amorosamente susurraba una y otra vez: «Todo está bien».

Al cabo de unos minutos, se encontró con fuerzas suficientes para afrentarla.

—¿Cómo sabes que soy yo? —preguntó sin más.

—Bueno, supongo que al principio lo sospeché, pero anoche mientras te curaba lo averigüé.

—¿Levantaste el antifaz?

—Sí, pero solo después de que me llamaras en tus delirios.

—¿Te llamé?

—Muchas veces.

—¿Por qué lo sospechaste?

—Porque me llamabas señorita y porque tus besos despiertan en mí los mismos sentimientos. Al principio pensé que estaba loca, que no podía ser, que tan solo se trataba de que odiaba tanto a mi futuro marido que me sentía bien en los brazos de cualquiera que no fuese tu hermano, pero después entendí.

—¿Estás enfada?

—Mucho.

—¿Me odias por ocultarte la verdad?

María lo miró extrañada, él cerraba los ojos, como un moribundo esperando la sentencia, ¿cómo podría odiarlo? Nunca, pero eso él no lo sabía.

—No, no te odio, no podría —musitó junto a su rostro.

—¿No me odias? —preguntó sorprendido por la respuesta.

—No, nunca lo haría. Aunque no sé por qué no confiaste en mí.

—Creí que sería más seguro para ti.

—Puede que más seguro, pero no más sano. Creí enloquecer.

—¿Lo sabe alguno de mis hombres?

—No, que yo sepa.

—Corres peligro.

—Lo sé.

—Has de irte —ordenó.

—En la casa aún corro más peligro.

—Regresa a tu hogar, te ayudaré a escapar.

—Ahora es tarde, Álvaro.

—¿Tarde?

—No deseo alejarme de tu lado —confesó.

—Pero Germán…

—Lo sé, aun así me arriesgaré a sus golpes y vejaciones si puedo estar a tu lado.

—No creerás que voy a permitir eso, ¿verdad? —rugió.

—No sé qué sucederá, pero ahora descansa, más tarde hablaremos de lo que vamos a hacer.

—Deberías regresar antes de que nadie sospeche de tu ausencia.

—¿Y tú?

—Estaré bien, llévate a Tempestad.

—No me fio, Álvaro, ese tal Tuerto... no me gusta.

—A mí tampoco. Estaré precavido.

—¿Por qué…?

Pero Álvaro, consciente de qué quería preguntar María, la calló posando un dedo sobre sus labios. Por ahora, mejor si no sabía tras lo que estaba, cuanta menos información, más a salvo estaría esa mujer que le había arrebatado el corazón.

—Gato, Largo —llamó.

María deseó protestar pues de nuevo se iba a quedar a las puertas de obtener respuestas.

—Te vemos mejor, jefe —se escuchó la voz ruda del Gato.

—Gracias, ¿y Miguel?

—Bueno, acabó muerto.

—¿El teniente Francisco? —sus hombres asintieron y la rabia lo consumió—. Acompañadla hasta que esté a salvo en las tierras de su prometido, no la quiero cerca, nos traerá problemas.

—Sí, señor —contestaron.

María no protestó, no podía dejar que los demás viesen que su relación era más profunda de aquel simple beso, sin protestar se levantó y se subió en Tempestad cabalgando acompañada de esos extraños bandoleros que le causaban una extraña simpatía.

Escuchó sus andanzas todo el camino sin inmiscuirse y dejó que su mente volara hacia la gran casa que ahora bulliría de actividad, preguntándose qué excusa inventaría si la sorprendían regresando a esas horas y de esa guisa.

Cuando estuvieron cerca del camino que la llevaría a su hogar, los bandoleros la apearon de Tempestad, que regresaría con ellos, y la despidieron.

—Gato, Largo —dijo en voz baja—, ¿puedo solicitaros un favor?

—¿Qué desea, señorita?

—Cuidadlo, vigilad su herida, que la lave bien con alcohol y no mueva la pierna en un par de días. Si me hace caso sanará sin complicaciones, y si regresara la fiebre sería mala señal y deberá acudir a un doctor. ¿Conocéis alguno de confianza?

—Sí, conocemos a uno —dijo el Largo.

—Gracias —sonrió María y de su bolsa sacó un puñado de monedas que entregó a los hombres en agradecimiento.

El Largo la miró sorprendido y después miró a su amigo que asintió.

—Guárdelas, señorita, seguro que las va a necesitar más que nosotros.

Ella agachó la mirada, había entendido lo que ellos insinuaban.

—Vigilad al Tuerto, creo que quiere hacerle daño.

Ellos asintieron y María se alejó deprisa tratando de que no viesen cómo sus lágrimas se derramaban por sus sucias y cansadas mejillas. Y así, a toda prisa, se alejó de ellos para adentrarse, ahora sí, en la boca del lobo.

CAPÍTULO 18

Álvaro no dejaba de dar vueltas en la cueva, había sido un necio y lo sabía, y un rastrero también y lo sabía. No dejaba de pensar en cómo se había embrollado todo y se culpaba por hacerle prometer a su futura cuñada que solo sería suya.

Quizás, si lo que sus hombres insinuaban era cierto, ella corría verdadero peligro, no podía seguir en la maldita cueva con la pierna dolorida y casi inútil, ¿cómo protegerla?

Además, se martirizaba por las palabras que Germán le había dedicado y que resonaban con fuerza en su mente.

—Al menos la *gata* se ha convertido en una mujer apetecible con la que follar, ¿no crees, *hermano*?

No le había gustado nada el comentario. Nada. Se había contenido a duras penas, encajando la mandíbula y apretando tanto los puños que los nudillos se le habían quedado blancos por la falta de sangre. Había deseado, por primera vez en su vida, darle un puñetazo al rostro macilento del borracho de su hermano.

Le había hablado con calma, sugiriéndole que no era la forma más adecuada de hablar de la que iba a ser su mujer.

Pero se había reído.

Porque podía, o creía que podía, pues se sentía en pleno derecho para ningunearla y hablar de ella como si se tratase de una de sus fulanas.

—No te ofendas bastardo, cuando me haya dado un heredero, te la puedes follar todas las noches si lo deseas.

Esas palabras vestidas de desprecio hacia ella lo enfurecieron más. María solo era una fuente de ingresos y la que garantizaría un heredo de sangre noble que heredase el Ducado.

Había querido obviar el comportamiento tan poco adecuado de su hermano, pero ahora parecía que la venda se había caído y lo podía ver con más claridad.

Jugaba demasiado, bebía sin control, derrochaba la fortuna de su padre, maltrataba a los criados, le hablaba y trataba con

desprecio, y a ella la odiaba. Podía verlo en sus ojos.

Sería un bastardo, pero era un bastardo que conocía bien a las personas. Y esa noche había visto la verdadera cara de su hermano. Sin tapujos, sin disfraces, sin tener que guardar las apariencias.

Por primera vez en su vida, había visto al monstruo bajo la piel de cordero. El lobo había sacado y afilado sus colmillos, dispuesto a atacarla.

Y Álvaro había jurado protegerla y lo haría.

No lograba entender qué era lo que empujaba a su hermanastro a comportarse de esa manera, cuando lo había tenido todo siempre, a sus padres, dinero, educación, un legado, títulos... ¿Cómo podían todas esas cosas ser algo que amargasen tanto el espíritu de un hombre?

Ahora, parecía darse cuenta de todos los detalles insignificantes que antes pasaba por alto y tenía la sospecha de que su hermano podía tratar de herir a María para deshacerse de ella, al igual que un latido molesto le susurraba que también había sido capaz de orquestar el accidente de su padre.

Aunque ahora estaba sobre aviso, quizás no pudo hacer nada para evitar la muerte de su padre, pero había prometido cuidarla y lo haría, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

¡Cómo había disfrutado en silencio de su explosión fogosa para defenderlo! Lo había ensalzado en detrimento del mismo duque, ese al que temía tanto.

Era una mujer incomparable, sabía que la asustaban las posibles represalias, había visto su leve temblor en los puños cerrados y el gesto de cerrar los ojos cuando su hermano la había tocado, como esperando la fatal bofetada, pero enfrentándola.

Esa mujer tenía algo único que hacía que su sangre hirviese como lava ardiente en las profundidades abisales de un volcán.

Llevaba dos días sin tener noticias de ella y la preocupación empezaba a angustiarle, al menos, su pierna estaba mejor y la fiebre no había vuelto a molestarlo. Sabía que su hermano estaba fuera por negocios gracias a sus hombres, así que María estaba de momento a salvo. ¡Perro rastrero! Iba de nuevo a dilapidarse la

fortuna que conseguía a costa de explotar a sus vasallos en alcohol, juego y furcias.

Estaba cansado de su clausura y de Germán. Le daría un buen escarmiento, se lo merecía. Sin pensar demasiado en su herida, salió de la guarida y se dirigió hacia donde descansaba Tempestad y lo montó, el gesto le ocasionó una mueca de dolor que se obligó a ignorar y cabalgó raudo para alejarse del campamento.

No avisó a nadie, no deseaba que hubiese heridos, tan solo tantear el terreno y dar un escarmiento a su hermano, y de paso vaciarle los bolsillos llenos y usar los reales en algo más necesario que interminables partidas de cartas y litros de alcohol.

Se ocultó en las sombras esperando su paso por el intrincado sendero que conocía a la perfección, una sinuosa curva por la que los carruajes debían pasar desacelerando la marcha. Justo cuando los oyó, salió de su escondrijo entre la maleza y se plantó en mitad del camino sobre su flamante semental y con su trabuco encañonando al conductor.

En el momento en el que el cochero salía de la cerrada curva lo vio en toda su gloria. El bandolero del antifaz. Sabía por los rumores que no era violento y no acababa con la vida de hombres indefensos, y que daba parte de sus ganancias a los más necesitados del pueblo, así que en su fuero interno se alegró de que fuese él y no otro forajido quien lo asaltara.

Le daría una merecida lección de humildad a su amo y luego contaría orgulloso lo sucedido a los demás sirvientes de la casa.

—So, sooo —dijo el cochero para frenar los animales que llevaban el carruaje.

—¿Qué demonios sucede, Juan? —vociferó el duque sacando la cabeza por la ventana.

Entonces Germán lo divisó. Imponente, fuerte, altivo. Demasiado educado para ser un bandolero.

Se bajó del coche ante el simple gesto del Caballero, él también había escuchado de sus fechorías, además era un asiduo de la prensa en los últimos tiempos.

—Me alegra que me haya asaltado —comentó el duque con una sonrisa malévola mientras se posicionaba frente al hombre

armado.

—Es el primero que se alegra de verme —replicó Álvaro sorprendido por la desfachatez de su hermano y preguntándose a dónde querría llegar.

—De hecho, deseaba hacer una parada de regreso a mi hogar por si tenía la suerte de encontraros.

—¿A mí? No nos conocemos.

—A cualquier bandolero que desee recibir mucho dinero.

—¿A cambio de qué? Supongo que vos no iréis regalando vuestra fortuna para causas benéficas.

—A cambio de que me saquéis de encima a una pequeña alimaña que me carcome las entrañas.

Álvaro no podía creer lo que escuchaba. ¿En verdad iba a buscar a un bandolero para que se deshiciera de María? Amartilló el trabuco sobre la cabeza del hombre, apuntándole desde su semental. En ese momento, parecía haber olvidado que ese hombre llevaba su misma sangre. Una sangre envenenada, pues su hermano se había convertido en un ser rastrero.

—¿De quién se trata? —inquirió con la voz nublada por el odio.

—De la que va a ser mi futura esposa, María Isabella de Ayala, condesa de Lerma. Tengo entendido que ya la conocéis. Podéis hacer lo que queráis con ella. Matadla, quedárosla... lo que deseéis, yo tan solo quiero deshacerme de la zorra. Solo una cosa, si decidís quedaros con ella, no puede por ninguna razón regresar, si lo hace, yo mismo acabaré con su vida.

—¿Por qué no rompéis el compromiso sin más? —trató de que su voz sonara suave, pero por dentro escuchaba cómo la ira hervía.

Las carcajadas de su hermano le helaron la sangre.

—¿Y perder todo lo que aporta con su dote? No, gracias, si ella muere o desaparece, yo habré cumplido con mi parte del contrato y toda su dote será para mí, con suerte, su padre morirá en breve y al no tener ningún otro heredero sus tierras pasaran también a mis manos. Eso me convertiría en el señor más poderoso de toda Andalucía y en uno de los más influyentes de España.

—¿Y cuánto recibiría yo?

—Poned el precio, no será problema la cantidad. Soy muy rico.

—Entonces, ¿para qué más?

—Eso es asunto mío. Deberá suceder tras la boda, para que todo sea legal.

—Parece muy cómodo haciendo tratos con bandoleros peligrosos —musitó frustrado e impotente.

—No sería la primera vez —siseó entre dientes.

—Pues se ha equivocado, señor —contestó furioso al no poder sostener más la ira que lo embargaba—. No mato a mujeres indefensas.

—Ella no es una mujer indefensa, es una bruja con cara de arpía y lengua venenosa. Es una gata salvaje y a los animales salvajes hay que encerrarlos para domesticarlos o acabar con ellos y, al parecer, lograr amansarla está fuera de mi alcance.

—Aun así, ella es mucho para vos.

—¡Ah, es verdad! Me olvidé de que habéis besado a mi prometida delante de mis hombres. No tenéis que acabar con la vida de la fulana, si os sentís atraído por la *gata*, quedárosla. Solo tiene que desaparecer de mi vista. La arpía es bastante atractiva, tal vez la pruebe esta noche, antes de acabar con ella.

Álvaro estaba a punto de asesinar a su hermano, era un hijo de perra sin escrúpulos. Pero algo en su mirada, tan parecida a la de su padre y a la suya propia, lo desalentó. Al menos ahora sabía de lo que era capaz. Y tenía que darle, a su pesar, la razón a María, era una bestia salvaje y sin corazón.

Álvaro notó cómo la niebla oscura que precede al odio le inundó los sentidos. Nunca había sentido nada parecido por nadie. Hasta ahora. Su hermano, aunque ahora le quemaba la lengua pronunciar la palabra hermano, era un ser despreciable. Se bajó de su montura y caminó lentamente hacia él. Advirtió cómo a Germán, a pesar de tratar de aparentar que no tenía miedo, le temblaban las rodillas. Se llevaría ese grato recuerdo, estaba disfrutando de ese instante y esperaba que desistiese de su intrincado plan después de su advertencia.

—Voy a perdonaros la vida, pero os advierto que, si ella sufre el más mínimo daño, volveré a por vos y os daré vuestro merecido.

Su hermano lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Encontraré a otro que quiera hacer el trabajo y de paso tal vez le encargue también que me traiga tu cabeza en una bandeja.

—Inténtalo, hijo de Satanás, estaré encantado de darte tu merecido —siseó sin poder aguantar más la rabia contenida.

Abofeteó el rostro de Germán y le despojó de todo lo que llevaba de valor, la bolsa con oro, el reloj de bolsillo que había pertenecido a su padre, un par de anillos, una caja de puros, algunos cigarros… todo. Le dejó sin nada y después, montando en su caballo, se marchó antes de que la poca templanza de la que disponía se disolviera y acabase por matar a esa alimaña que era su hermano.

CAPÍTULO 19

Durante todo el camino de regreso hasta el campamento de los bandoleros no dejó de culparse por su ceguera, por cómo no se había dado cuenta de lo cruel que era su hermano. Era un hombre poderoso, malvado y peligroso y había sido incapaz de verlo.

Ahora más que nunca, María, su *gata*, necesitaba protección. Había visto esa mirada muchas veces antes; la de la determinación. Y su hermano estaba dispuesto a acabar con la vida de su futura mujer. Porque ahora sí que se había convertido en suya y de nadie más. Lo odiaba y ya no le importaban nada las consecuencias, había querido contratarle para deshacerse de ella. Y el muy cabrón había reconocido que había orquestado el accidente de su padre sirviéndose de bandoleros. Pues sus palabras eran la confirmación que necesitaba. No podía soportarlo, sentía que iba a estallar, la furia borbotaba en su interior y necesitaba una vía de escape o acabaría destruyéndole a él mismo.

Esa noche en el campamento pondría alguna excusa y se retiraría un tiempo de la banda. Ahora necesitaba concentrar todas sus fuerzas en cuidar de ella.

Perdido en sus pensamientos y cegado por la rabia, no había notado el sendero que había tomado el caballo y por primera vez en muchos años se encontró perdido.

Perdido y solo. Y lo único que lo alentaba a seguir adelante era la luz de los verdes ojos de María.

Llegó al campamento a altas horas de la noche. Todos los demás lo miraban con reprobación, hasta que sacó el botín que había conseguido. Los hombres se relajaron y compartieron los cigarros y los puros, se repartieron algunas monedas y sobre el reloj no dijo nada y lo atesoró para sí. Era de su padre y lo conservaría junto al anillo de María.

Durante la cena, que consistió en algunos pescados hechos al fuego y mucho vino dulce, les contó el encuentro con el duque y la proposición obscena que le había hecho, dejando muy clara su

postura: ellos no mataban a mujeres indefensas ni por todo el oro del mundo.

Los demás le dieron la razón, ellos robaban para subsistir, pero nunca habían dañado a ninguna mujer, al menos no de esa manera.

Y sentado bajo la luz atenta de la hoguera trató de quemar todo el odio que sentía por su hermano y que sabía que ya nunca desaparecería.

María estaba en casa sola, tranquila por la ausencia de la bestia y preocupada por el estado de Álvaro.

Sin poder evitarlo, su mente volvía a recordarle el encontronazo que tuvo con el asqueroso de su prometido, se le ocurrían muchos calificativos con los que nombrarle, pero ninguno era apropiado para la boca de una dama, en realidad ni siquiera debía pensarlos, pero era tan desagradable… ahora, más que entonces. ¿Cómo era posible que fuesen hermanos? ¿Cómo Álvaro no era capaz de ver la realidad? ¿Acaso estaba ciego?

No, no era ciego, pero sí estaba cegado por su hermano.

La noche era fresca, sin embargo, se sentía acalorada y pegajosa. Había tratado de dormir algo, pero había resultado ser una misión imposible. Su mente vagaba desde el desprecio que sentía por Germán al anhelo y la preocupación que despertaba Álvaro en ella.

¿Por qué no había tenido la suerte de que Álvaro fuese su prometido?

Se repetía la misma pregunta una y otra vez aunque ya conocía la respuesta: porque a pesar de su título y de sus tierras era un bastardo.

Esa era la razón, a pesar de que su padre lo reconociera, le diera un título y tierras, siempre sería el hijo ilegítimo del difunto duque Del Valle.

Era tarde, estaba segura de que faltaría poco para la media noche, pero por ahora no tenía nada que temer. Su futuro marido, que era la amenaza más cercana, no estaba y no sabía cuándo iba a regresar, así que sin pensarlo se puso un sencillo vestido, cogió un

lienzo para secarse cuando saliese del agua y se escabulló arropada por las sombras de la noche.

Caminaba despacio y disfrutando del ambiente fresco. No tenía que rendir cuentas a nadie, por lo que se tomaría todo el tiempo que quisiera. Aprovecharía cada escaso momento de libertad que la vida le ofreciese, pues tenía la certeza de que vivir al lado de Germán del Valle haría que su vida se acortase con rapidez.

Cerca ya de las caballerizas escuchó el suave rumor de dos hombres hablando.

No deseaba ser indiscreta y escuchar nada de la conversación privada que tenían, hasta que la mención de su nombre llamó su atención.

El cochero, que creyó recordar que se llamaba Juan, hablaba con el mozo de cuadras. Al parecer habían tenido un encontronazo con el bandolero al que llamaban el Caballero y estaba narrándole el encuentro.

María dejó de escuchar en cuanto oyó las palabras: «Contratar bandolero para acabar con la señora condesa».

En ese momento, el pánico se adueñó de ella y echó a correr hacia el bosque. Su mente iba a mil por hora, no sabía exactamente a dónde se dirigía, pero entendía que debía huir de ese lugar. Su mente se había hecho una composición muy clara, en la que había llegado a la conclusión de que el duque había contratado a algún bandolero para que la hiciera desaparecer.

No había oído más, el miedo se había adueñado de sus piernas que la habían arrastrado hasta el interior del bosque.

Después de una agitada carrera tuvo que detenerse, pues sus pulmones ardían a causa de la falta de oxígeno, lo que la obligó a detenerse en seco y doblarse sobre sí misma. Apoyó las manos en sus rodillas para conseguir tranquilizar el ritmo acelerado de su respiración e insuflar algo de aire dentro de su cuerpo.

Al cabo de unos minutos en los que logró calmarse, se sentó y se detuvo a pensar, de manera fría, cómo conseguir salir de esa situación ilesa. Solo le quedaba recurrir a la astucia y al factor sorpresa, encontraría el campamento de bandoleros y ofrecería más dinero para que la mantuviesen a salvo de lo que el duque hubiera

ofrecido por su cabeza. Era la única alternativa, no podía arriesgar la vida de Álvaro, que por otro lado seguramente aún no estaría en condiciones óptimas para luchar, así que esa era la mejor oportunidad que tendría.

Se adentró en la noche tratando de hallar de nuevo el camino que la conduciría a la guarida y llamando a gritos al Caballero, por si la suerte estaba por una vez de su lado y Álvaro la escuchaba, caminó durante mucho tiempo dando vueltas, perdida, cansada, sin saber cuáles eran sus opciones reales de sobrevivir en ese paraje desconocido para ella y sin ninguno tipo de arma, solo su abrecartas.

No había sido previsora, pero cuando escuchó que el duque quería acabar con ella, no le quedó otra alternativa que huir para preservar su vida pues sin duda la muerte había regresado a *La andaluza*.

Cansada y agotada, se echó de rodillas en el suelo y mientras sollozaba desesperada sus labios solo eran capaces de pronunciar una palabra: «Caballero».

El aire frío le sentaba bien y la cabalgada había liberado a su pierna de la rigidez pesada que la envolvía. Necesitaba estar solo, por lo que dejó a sus hombres disfrutando del botín inesperado y se ofreció a hacer la guardia.

Por más que pensaba en el mejor final para terminar con la pesadilla en la que se había convertido su vida, no encontraba la solución. Unos gemidos llamaron su atención. Decidió ignorarlos y creer que pertenecían a algún animal de la noche, pero la insistencia del murmullo le hizo alejarse más para tratar de hallar la fuente de la que provenían.

Cuando la vio allí, no podía creerlo. Desplomada en el suelo, llorando desconsolada y susurrando su nombre sintió que le arrancaban el corazón. Dichosa y alocada mujer, ¿cómo diablos había sido capaz de llegar tan cerca de su guarida sin una montura? ¿Y qué hacía a esas horas de la madrugada sola en el bosque buscándolo? ¿Acaso la locura se había adueñado de su hermosa cabeza?

Suerte que estuviese haciendo la ronda y la hubiese descubierto. De ser otro, tal vez habría decidido probarla antes de llevarla al campamento. ¿Es que esa mujer nunca pensaba en las consecuencias?

Se acercó a ella con sigilo y la rodeó con sus brazos.

—Chis —susurró al oído.

Ella ni siquiera se alteró, parecía saber exactamente quién era el que la arropaba.

—Todo irá bien —continuó Álvaro.

—No, no, todo no irá bien. He escuchado que mi futuro esposo ha contratado a uno de los tuyos para que acaben con mi vida, ¿eso significa que todo va a ir bien?

Álvaro la miró sorprendido, ¿cómo había descubierto esos planes? ¿Por qué demonios solo había escuchado la parte mala? ¿Acaso el que le había contado el encuentro omitió que se negó?

—¿Cómo lo has averiguado?

—¿Acaso tiene importancia?

—La tiene para mí.

—Iba al río a refrescarme y entonces escuché al cochero hablar con el mozo de cuadras. Le contaba que el duque deseaba pagar a un bandolero a cambio de terminar con mi vida.

—¿Y no escuchaste que yo rehusé?

—¿Fue a ti? ¿Te quería contratar a ti?

—Así es.

—La verdad… lo que pasa es que yo cuando oí esas palabras... pues eché a correr desesperada...

—No hacemos daño a mujeres indefensas, ni a niños. María, sabes que nunca te haría daño, ¿verdad? —preguntó sosteniendo sus hombros y obligándola a mirarle a los ojos, y así se dio cuenta de que la mirada de María estaba vacía, el terror se había apoderado de ella incapacitándola incluso para hablar—. En verdad esa unión te hace muy desdichada.

—Es una muerte en vida, Álvaro.

—Ahora lo sé. Vamos de regreso al campamento, allí estaremos a salvo y te daré algo de comer y beber. Así podrás

contarme por qué, si oíste que uno de los míos iba a acabar con tu vida, has venido directa a la trampa.

—Para ofrecer otro trato, uno más ventajoso.

—¿Querías ofrecernos un trato más ventajoso?

—Así es, sé que no es el comportamiento habitual de una dama, pero esta situación tampoco lo es.

—Sé, señorita, que no te comportas de la manera habitual —sonrió agradado—. Y dime, ¿cuál era tu ofrecimiento?

—El doble de lo que él pagase.

—Nunca permitiría que nadie te hiciese daño —susurró—. Tengo que confesarte que puede que ahora ambos estemos en peligro.

—¿Los dos? ¿Por qué?

—No quiero que temas por nada, pero no deseo engañarte más. Al rehusar, él amenazó con encontrar a otro para hacer el trabajo sucio. Ahora no solo quiere que desaparezcas tú.

—¿Qué significa eso?

—Que también me quiere a mí.

María se quedó petrificada. Iba a terminar con la vida de su propio hermano, pero claro, no sabía que era su hermano, además, una extravagante idea empezó a rondar su mente, si había acudido a los bandoleros para terminar con su vida, quizás... No, no sería capaz de llegar tan lejos, ¿verdad? Comenzaron a caminar despacio. Durante todo el trayecto hacia el campamento, María no pudo evitar sentir la misma extraña sensación que sentía desde la primera vez que vio a Germán, que era el portador de la guadaña que sentenciara su vida.

Alzó la mirada y se encontró la de su bandolero, pensó en ese beso que le robó en la diligencia y luego más tarde esa misma noche el beso que inesperadamente le regaló en la propiedad de su prometido. Durante todo el camino, no dejó de mirar la poca piel que se mostraba bajo su pañuelo y su antifaz, y no dejo de plantearse cómo sería vivir junto a un bandolero. De seguro sería una experiencia intensa.

Algo similar a estar siempre al borde del abismo y no saber si caerás o permanecerás a salvo.

CAPÍTULO 20

El campamento la recibió mejor de lo que suponía, sobre todo el Largo y el Gato, que demostraron una alegría sincera. Sentada alrededor de la luz de las ascuas, casi extinguidas, en la hoguera donde habían sido cocinados un par de conejos de campo y tres perdices rechonchas, trató de entrar en calor, aunque su espíritu estaba tan congelado que le resultaba una misión apoteósica para tan escasa fuente de calor.

Observó el rostro de su amado Álvaro, bajo el antifaz resultaba más atractivo pues le otorgaba un halo de misterio y peligro, aunque ella sabía cómo era la persona que se ocultaba tras él.

Era extraño que, siendo una persona peligrosa a ojos de la ley, fuese la única a la que podía confiar su vida para permanecer a salvo.

Se preguntaba, mientras se deleitaba con su exuberante boca que ya había besado, qué le habría llevado a convertirse en uno de ellos. Un mal presentimiento la atenazó por dentro, quizás sí que su primera impresión había sido la correcta, ¿podía ser que Germán hubiese tenido algo que ver en el accidente de su padre? Si había buscado el apoyo de los bandidos para terminar con su vida y había osado incluso a amenazar a su hermano siendo el temido y famoso Caballero, ¿cómo no creerle capaz de algo así? Aunque iba en el mismo carruaje… ¡Todo era confuso! Faltaban piezas en su puzle, pero algo le gritaba a María que Germán era capaz de eso y de mucho más.

Álvaro le dedicó una cálida mirada que entibió su alma más que las brasas y el recuerdo de su primer encuentro la golpeó, la única vez que había estado desprevenida y no pudo protegerse por no alzar sus defensas a tiempo, él supo aprovechar ese momento en el que ella no pudo resistirse a dejarse seducir por su beso.

Desde ese momento, María no había dejado de soñar y de pensar en ese contacto que hizo que su sangre hirviese bajo su piel,

que se le encogiese el estómago hasta volverlo una pelota que le taponaba la garganta impidiendo la entrada de aire a sus maltrechos pulmones que trataban a toda costa de llenarse con ese preciado elemento.

No podía dejar de imaginarse recorriendo cada rincón de su cuerpo desnudo mientras sus manos no dejaban de enloquecerla con atrevidas caricias.

—¿Por qué me miras así, María? —preguntó de forma brusca.

—¿Cómo te miro, Caballero? —contestó descarada para tapar su azoramiento, pues se había dado cuenta de su mirada y tal vez supiera interpretar lo que significaba.

—Pues… como si desearas... —murmuró irritado.

—Como si deseara ¿qué? —preguntó descarada.

—Cosas que no deberías desear —contestó malhumorado.

Desde luego, los hombres eran todo un galimatías, ¿a qué hombre no le gustaría estar con cualquier mujer que no le pidiese nada a cambio?

Él pareció adivinar sus pensamientos.

—No es el momento ni el lugar, recuerda dónde estamos. Además, *gata*, no eres mujer de una sola noche y, si sigues mirándome de esa forma, vas a lograr que me olvide de todo por un instante y la poca galantería que conservo, y a la que me aferro con uñas y dientes para no ceder, se desvanezca y te agarre para hacerte mía sobre el frío y húmedo manto del bosque sin pensármelo dos veces —susurró con su voz ronca.

—Lo siento, es solo...

—Es solo, ¿qué?

—Que me siento sola y asustada.

—Yo también.

—El famoso Caballero, ¿asustado? ¿De qué?

—De lo que pueda descubrir, de cómo acabará todo, pero, sobre todo, de perderte.

María no supo qué decir al respecto, se moría de ganas de perderse entre sus brazos y de besar esa boca que no era capaz de dejar de mirar y de desear besar.

Sabía que no era propio de una dama, aunque ya había quedado de manifiesto que ella no era como las demás. Pensó en la ironía del destino, su futuro esposo había tratado de contratar al forajido que ocultaba bajo su disfraz que era su hermano para acabar con su propia vida, y Germán desconocía que ese mismo al que pretendía pagar para despojarla de tan preciado bien era el mismo que la llenaba de ella. De esa vida con la que siempre había soñado. Quizás podrían huir, alejarse de todo, refugiarse en tierras castellanas y vivir como simples labriegos, gozando de una felicidad normal y sin tener que mirar constantemente sobre sus hombros o asir el abrecartas para asegurase de que estaba ahí.

No podía decir que le sorprendiera esa acción por parte de Germán, ella lo adivinó hacía ya muchos años cuando vislumbró la fiera salvaje que vivía en su interior, esa misma que empujaba a un lado los escrúpulos y pretendía matarla.

Estaba segura de que había hecho lo correcto al huir despavorida de *La andaluza*, si hubiese regresado y se hubiese topado con Germán… No estaba convencida de que hubiese salido ilesa, puede que incluso sin vida. ¡Qué listo había sido tratando de contratar a los bandoleros! Después del primer fortuito ataque no sería de extrañar que hubiesen vuelto a por más o acusar al proscrito de encapricharse con la señora y secuestrarla…

María sintió una suave caricia que la sacó de su estupor. Su mano había apresado su mentón y su pulgar le acariciaba el labio inferior. Cuando por fin fue consciente de su caricia, todos sus nervios se pusieron tensos, reclamaban ese placer para ellos, envidiaban la boca que se llevaba toda la atención.

—María —susurró perdido en su mirada.

Su boca se acercaba peligrosamente a la suya y ella no era capaz de moverse o protestar, lo deseaba con todas sus fuerzas. Mentalmente rogó que no se detuviera. Si lo hacía, dejaría un gran vacío ahora mismo en su cuerpo que lo anhelaba con frenesí.

Ya casi sentía su cálido aliento endulzado por el vino especiado. Podía ver su hambre, su olor a libertad, la libertad de un hombre sin cadenas. Olía como el aire fresco de la mañana, como el rocío de la madrugada, como el sol, el romero y el tomillo de los

bosques con un leve toque a pino. Su olor le parecía el más exquisito de los afrodisíacos. Se preguntaba si, para él, ella sería especial o por el contrario un capricho más con el que jugaría hasta cansarse, en su corta estancia en *La andaluza*, no había dejado de escuchar las aventuras de «el Caballero» con damas de diversa índole.

Y ahora, a pesar de saber que tal vez fuera algo corto e intenso, estaba esperando ser besada de nuevo por él y que sus labios cobrasen vida otra vez.

Notaba la boca seca, sus labios se abrieron un poco para acoger a los suyos con los brazos abiertos. Lo deseaba, notaba el calor en su interior, que ardía y calentaba su cuerpo con más fuerza que las ascuas.

No quedaba nadie en el campamento, hacía rato que se habían retirado discretamente, unos a hacer la ronda de noche, otros a descansar.

Estaban solos, bajo un increíble cielo estrellado, libre de nubes que empañaran su belleza, adornado por una redondeada y resplandeciente luna llena, acunados por una suave brisa y envueltos por los sonidos del bosque y el crepitar de la hoguera.

Era el momento perfecto, más idílico que los imaginados en sus repetidos sueños, y esperaba, con el corazón repiqueteando como campanas de iglesia durante una boda, que esa boca se apoderara de la suya y no la soltara jamás.

Su nariz rozó la de María regalándole una caricia. Sus bocas estaban a milímetros y deseaba besarla de nuevo, la había extrañado y había temido por su vida. Con la mirada perdida por el deseo notó su aroma, su calor. Estaba desesperado por sentir ese beso. Su cuerpo gritaba que no esperara, que acabase de salvar la distancia, que a pesar de ser minúscula se le antojaba un abismo insalvable.

Cerró los ojos. Escuchó su jadeo. La deseaba, desde aquella primera noche cuando la vio presentarse en el salón ricamente ataviada, cuando apenas su cuerpo mostraba las curvas sinuosas de ahora, entonces ya entrevió la magnífica mujer que llegaría a ser.

Debía contenerse pues estaban en su campamento, pero la razón era incapaz de doblegar la pasión y el embrujo que ella destilaba y a la que se postraba sin remedio.

Apretó con sus dedos firmemente su nuca, masajeándola. María se estremeció de placer y un pequeño jadeo atravesó sus labios.

Se miraron un instante y María lo supo. No iba a besarla, algo había cambiado. Ya no se dejaba llevar por la pasión del momento, ahora, estaba arrepintiéndose de mostrar esa debilidad.

El Caballero apoyó su frente sobre la de ella. Cerró los ojos y aspiró muy cerca de su boca.

—Lo siento —susurró—, no puedo. Lo siento.

María abrió mucho los ojos. Sentía dolor en sus palabras. Y estaba tan herida que, sin saberlo, había empezado a llorar por un rechazo que no comprendía. Que no tenía otra explicación que no fuera que ya se había cansado de ella. De tener que protegerla contra su propia sangre.

Álvaro la miró sorprendido al notar el cálido líquido derramarse por sus mejillas.

—¿Por qué lloras, María?

Álvaro estaba confundido, no entendía por qué lloraba. No podía dejar que nadie lo viese en esa actitud con ella, menos aún el Tuerto, debía ser precavido hasta tratar de encontrar una solución que los liberara a los dos y al fin pudiesen estar juntos. Pensó que ella lo entendería, pero al parecer no había sido así.

En ese momento una súbita furia se adueñó de María, que se alejó apartándole de su lado con desprecio, herida y vulnerable.

—¿Por qué lloro? —gritó—. ¿Por qué lloro? ¿Acaso tu inteligencia no sobrepasa la altura de tus talones?

Álvaro la miraba sorprendido, desconcertado y también un poco divertido.

—No puedo creer —susurró acercándose a ella con paso felino— que llores porque no te he besado.

—¡Claro que no! Engreído y estúpido rey de los Bandoleros. ¿Por qué iba a molestarme? ¿Acaso me crees tan inocente como

para pensar que yo soy especial para ti? Sé que en tu vida hay muchas mujeres, muchas y ninguna especial. ¡Sois todos iguales!

—¡Ninguna especial! —gritó ofendido— ¿Y qué te hace pensar que no haya una ocupando ya mi corazón?

María sintió que moría, un frío intenso la dejó helada de pies a cabeza. No había pensado en eso.

Era posible que estuviese enamorado y, aunque ella le tentara, amara a la otra mujer tanto como para resistirse.

La respiración comenzó a fallarle de nuevo y trató de huir. Quería alejarse todo lo que pudiese. Poner la máxima distancia que fuese posible entre los dos. No volver a verlo jamás. Pero, existía un pequeño problema, si huía, estaría muerta.

Agarró las faldas de su ajado vestido y se dio la vuelta, herida, despreciada, engañada, consumida por el ardiente deseo de besarlo sin más, hasta que le faltase el aire y cayese sin sentido. Quería volver a tener esa sensación que solo sentía en su presencia. Un magnetismo que la atraía de forma irremediable hacia él. Y ahora, se daba cuenta de que Álvaro no sentía lo mismo, se había engañado como una tonta. Ella misma se había mentido, deseando ver cosas que realmente no existían. Y se sintió mal, vacía al pensar que había otra mujer ocupando su corazón.

—De todas formas —contestó sacando fuerzas de donde no las tenía—, no podría ser tuya. Jamás.

—¿Por qué, María? ¿No soy lo suficientemente bueno para ti?

—Sabes que no eres más que un bastardo… —siseó con odio dejando a su bandolero sin saber qué decir—. Mi padre nunca lo permitiría.

Comenzó a alejarse con tranquilidad, mientras su cuerpo se sacudía con pequeños espasmos por el llanto. Había sido cruel, lo había visto en los ojos de Álvaro, agrandados por la sorpresa y anegados de tristeza.

Se obligó a alejarse sin volver la mirada, para evitar que la viese destrozada, entonces, lo escuchó. Un pequeño crujido. Su corazón acababa de hacerse añicos.

Había decidido que ningún Del Valle la heriría de nuevo, había cambiado a una bestia por otra. La misma sangre envenenada.

Supo en ese instante que ya nunca podría volver a verlo.

—María... —oyó que la llamaba, pero hizo oídos sordos, no iba a darle el lujo de verla llorar como una chiquilla enamorada. ¡Nunca! Era una mujer fuerte, lo había demostrado y se sobrepondría, tan solo necesitaba alejarse un momento y rehacer su compostura.

—Voy al río —dijo con la voz igual de fría que su alma.

Él dejó de seguirla y en cuanto estuvo segura de que no podía oírla dio rienda suelta a su llanto, que resultó más desgarrador y profundo de lo que había pensado.

CAPÍTULO 21

María se arrodilló frente a un pequeño recoveco del río. Lloró sin descanso presa de la necesidad de deshacerse de ese mal sabor de boca que se le había quedado por todo lo sucedido y por lo que no había sucedido.

Cuando estuvo algo más tranquila, se levantó y comenzó a andar sin rumbo, de un lado hacia otro, sin sentido.

Estaba malhumorada y parecía que al caminar se le aliviaba algo la tensión. En su paseo furioso no prestó atención en dónde pisaba. Y siguió caminando sin importarle si pisaba pequeñas flores, si tropezaba con piedras o si golpeaba, sin notarlo, a una víbora.

Cosa que hizo.

Cuando escuchó el siseo amenazante no supo reaccionar. Había pateado a una serpiente de un tamaño considerable.

La serpiente la miraba de forma amenazante, con su gran boca abierta, mostrándole los colmillos y su bípeda lengua mortífera.

No sabía cuan venenoso o peligroso podía ser ese reptil. No estaba muy familiarizada con ellos. Sin saber qué sería peor, si quedarse quieta o echar a correr, dudó un instante que la víbora pareció adivinar abalanzándose sobre ella.

De forma instintiva, María adelantó los brazos en un acto inútil de protección y sintió el mordisco. La serpiente había clavado sus afilados colmillos en la tierna piel de su muñeca.

El dolor fue intenso, como si mil demonios derramaran lava ardiente sobre su brazo. Para colmo, rozaba el borde de la histeria al no saber dónde se encontraba el dichoso animal.

María se preguntaba si se habría ido o si tal vez seguía por ahí cerca, esperando otra oportunidad para atacarla. No era consciente de los alaridos que profería. Gritaba por el dolor, por el miedo, por la frustración. No entendía por qué todo le salía mal. Su prometido quería acabar con ella, su cuñado la había seducido y el bandolero, que era su cuñado, la rechazaba.

Miró hacia el cielo, desde ese preciso momento decidió que odiaría las noches de luna llena, porque le recordarían siempre ese nefasto momento.

Unas manos fuertes la agarraron y la giraron hacia la dirección contraria. María sabía que era él, no necesitaba verle.

—¿Qué sucede? —preguntó Álvaro asustado.

María no podía dejar de gritar palabras sin sentido y aunque no era consciente de ello estaba sumida en una espiral incontrolada de pánico de la que no podía escapar.

Álvaro la miraba angustiado, observando todo a su alrededor, buscando alguna pista que le indicase qué estaba sucediendo. Por más que oteaba en todas direcciones, no encontraba nada que fuese tan peligroso como para causarle ese estado de terror.

María, a pesar de encontrarse sumida en un pánico atroz, sabía que debía decirle lo que le ocurría, si no, seguramente estaría destinada a una muerte segura. La herida seguía doliéndole y notaba cómo se inflamaba. Al final, cosas del irónico destino, iba a ser otra serpiente, en vez de su prometido, la que acabase con ella.

Ese pensamiento la hizo recuperar un poco de cordura y miró hacia su muñeca para comprobar por sí misma los estragos que estaba causando ese mordisco en su lacerada piel.

Álvaro observó a María cuando miraba con ojos agrandados por el miedo su muñeca. Y la descubrió. Una mordedura de serpiente.

Cuando María levantó la muñeca y la notó tan inflamada y enrojecida no soportó más el dolor, el miedo, la desesperación... y su cuerpo se rindió a una noche sin luna llena.

Álvaro no había experimentado una angustia comparable en su vida. Cuando vio la mordedura actuó con rapidez, succionó tan fuerte como pudo el veneno de la muñeca de la mujer que amaba y rezó porque no fuese tarde. ¡Maldita mujer!

María estuvo un largo tiempo, o al menos eso le pareció a ella, en un estado de semiinconsciencia y letargo que la mantenían apartada de la realidad.

Escuchaba retazos de conversaciones y en alguna de ellas logró escuchar unas palabras que calmaron su mente: «Se pondrá

bien».

Escasas palabras que la relajaron de inmediato y su cuerpo se volvió a sumir en un profundo sueño del que a veces creía despertar para escuchar su voz, esa voz profunda y sensual que le susurraba palabras tiernas, que le decía cuánto la echaba de menos, que siempre estaría ahí para protegerla, que ahora estaba seguro de que lo que sentía por ella era auténtico…

Y, sumida en ese maravilloso sueño, sin duda creado por su imaginación, dejó que de nuevo la oscuridad se apoderara de su cuerpo.

María se despertó, sintiéndose lúcida, aunque dolorida y confundida, pues no sabía cuántos días había permanecido en su letargo.

Notaba su pelo pegado a la sien y la frente empapada de sudor, pensó que habría sido por la fiebre, y desde luego se sentía aún algo febril, la lengua áspera, reseca y con un leve sabor ácido.

De pronto recordó su muñeca, la levantó a la altura de sus ojos y vio la venda. No parecía estar más inflamada y era capaz de moverla sin mucho malestar. Un peso en las piernas la alteró. Casi no podía desplazarlas. No había muerto, pero la ponzoña de la víbora la había dejado impedida para siempre. Nunca más podría andar, cabalgar, correr…

Sollozó invadida por el pánico que la acechaba sin descanso y trató de no dejarse llevar por él. Se incorporó en la cama, todo lo que la debilidad de sus músculos le permitía, y entonces se encontró con él. No estaba inválida.

Sin poder evitar que una tonta e infantil sonrisa se dibujara en su demacrado rostro lo observó dormido sobre sus piernas. Una parte de su cuerpo en el suelo cerca de las mantas que la abrigaban, su torso desnudo y formado sobre sus piernas impedía que la sangre fluyese por ellas con normalidad, por eso las notaba pesadas y adormiladas.

¿Habría permanecido a los pies de su cama cuidándola? Su aspecto le hizo sospechar que así había sido. Parecía tan agotado con los ojos violáceos bajo sus parpados y la fatiga dibujada en su

amarillento rostro que María tuvo que tragarse la ternura que la imagen había despertado en ella para evitar llorar.

No deseaba despertarle, parecía dormir plácidamente, pero el dolor y la incomodidad en sus piernas era insoportable. Por lo demás, se encontraba de maravilla, aunque débil a causa de la falta de alimento y de actividad.

Dejó que sus ojos se recrearan descarados por su pecho desnudo, su espalda donde resaltaban algunos músculos tensos por la postura, tan cerca de ella que podría quitarle el antifaz y ver su atractivo rostro. Pero no lo haría, sus hombres desconocían su identidad y ella esperaba que le confesara por qué arriesgaba su vida. Alargó la mano sana y con la punta de sus dedos acarició suavemente los pómulos marcados, su mentón cuadrado y fuerte, sus labios llenos, esa barba incipiente que la volvía loca y la misma sensación de deseo que sentía siempre que estaba cerca de él la recorrió.

Con el corazón palpitando alocado y la respiración congelada, en ese instante María suspiró dejando escapar los aleteos que la llenaban por dentro.

Los ojos de él se abrieron y le enseñaron una mirada desconcertada y adormilada.

—Estás despierta… —susurró incrédulo.

—Sí, lo estoy, y tu cuerpo está impidiendo que la sangre llegue hasta mis piernas —musitó sonriendo.

Álvaro reaccionó en seguida como si un resorte bajo su pecho se hubiera activado.

—Lo siento… me quedé dormido… Supongo —se disculpó frotándose la nuca.

—¿Cuánto he estado dormida?

—Seis noches y cinco días.

María abrió los ojos de forma desmesurada. ¿Había pasado casi una semana fuera de juego?

—Casi una semana —logró decir.

—Así es, pensé que no ibas a sobrevivir.

El tono de su voz sonaba dulcemente preocupado. Se acercó más al rostro de María y le acarició de nuevo el labio inferior con su

pulgar.

María, ante el recuerdo doloroso de su rechazo, agachó la cabeza y se apartó de él todo lo que le era posible. No deseaba su compasión, ni quería crearse de nuevo falsas esperanzas porque lo que sí quería y deseaba era a él.

Álvaro, apenado, retiró sus dedos de ella, el contacto de su boca contra su piel había sido delicioso. Después de temer tanto por ella, ahora por fin la tenía de regreso y lo rechazaba. El enfado no se había borrado de su mente.

Agachó la mirada triste y pensativo, no entendía cómo se podían haber estropeado tanto las cosas. Él la amaba, de eso estaba seguro y después de creer que iba a perecer le había quedado más claro si cabía, pues nunca en su vida había sufrido tanto por nadie.

—Necesito ir al río y asearme —dijo secamente.

A María le pareció ver dolor en sus hermosos ojos marrones, pero en ese momento no le importaba, solo deseaba que no la volviese a coger con la guardia baja y que le hiciese revivir el dolor que su desprecio le había causado. Se cuidaría bien de no volver a bajar sus defensas y fijaría en su mente la posibilidad de que no estuviese solo.

—Está bien, te acompañaré.

—Puedo ir sola —dijo intentando ponerse en pie, pero se dio cuenta de que no era posible, no poseía el control de sus piernas. Cerrando los ojos, claudicó—. Está bien, ayúdame hasta que recupere un poco el control sobre mis piernas.

Álvaro asintió sin más y pasó su musculoso brazo alrededor de la estrecha cintura, ayudándola a levantarse y después sirviéndole de apoyo.

Caminaron de forma pausada hacia el río. A María le extrañó no encontrar a nadie en el campamento, estaba inusualmente vacío y silencioso.

—¿Dónde están todos? —preguntó curiosa.

—Buscando presera.

—¿Presera? —María no había escuchado ese nombre nunca y no adivinaba a qué podía referirse—. ¿Quieres decir presas? —Pensó

que tal vez se hubiese equivocado debido al cansancio. De seguro estaban buscando presas para la cena.

—No, presera. Es una planta medicinal muy escasa, pero sirve para aliviar los síntomas producidos por la mordedura de serpientes.

—Entiendo. Entonces, ¿estamos solos?

—Sí, estamos solos. Pensé que lo mejor era que yo te vigilara.

—No tenía pensado escapar de todas formas. ¿A dónde podría ir? —dijo apesadumbrada.

—Lo sé —susurró—, pero estaba más tranquilo cuidándote. Aunque mis hombres tienen órdenes de cuidar de ti y no permitir que te suceda nada, prefiero no arriesgarme.

—No necesito tu ayuda, ni tu compasión.

Él bajó la mirada, estaba claro que el tema había acabado.

Ya casi estaban en el tramo del río donde solían asearse. Era un día bastante caluroso a pesar de ser finales de otoño.

—Puedes asearte tranquila, hemos trasladado el nido de culebra bastarda que pisoteaste.

—Así que pisé un nido y la madre tan solo defendió su hogar.

—Sí, por lo general la picadura no es mortal para los humanos, aunque es tremendamente dolorosa y causa inflamación local, a pesar de todo, al parecer, a ti te afectó más de lo normal.

A María le pareció notar un tono de queja en su voz, seguro debido a que su débil organismo no era capaz de soportar el veneno de la mordedura de una serpiente y eso la enfureció.

—Gracias por acompañarme. Ahora déjame sola para asearme, no creo que me sea necesaria tu ayuda.

Dejando un lienzo y un poco de jabón que había traído consigo, Álvaro se alejó.

—Estaré cerca por si me necesitas.

—No te necesito, ni te necesitaré jamás —fue su dura respuesta.

Detuvo un instante su partida en el que apretó con fuerza los puños, María esperaba un arrebato, pero ni siquiera se dio la vuelta. Tras un momento, bajó los hombros y continuó su camino.

María se puso de espaldas para obligarse a dejar de mirarlo, alzó su vestido para sacárselo por la cabeza, con tan mala suerte

que se golpeó la muñeca. Gritó sin poder contenerse, aún le dolía horrores. Las lágrimas le nublaron la visión, un grito ahogado se atragantó en su pecho y el brazo se enredó aún más en las mangas del vestido por el forcejeo. Se percató de que caía hacía el suelo, sin poder ver hacia donde, pero su orgullo no estaba dispuesto a dejarla pedir ayuda, así que se dejó caer sin oponer resistencia, esperando notar el golpe y rezando para no darse en la muñeca.

Esperó y esperó, pero no llegaba al suelo. Sintió su fuerte agarre y por supuesto no le hizo falta verle o escucharle para saber que era Álvaro.

Hubiese distinguido su abrazo entre los brazos de un millón de hombres porque era único entre los demás, lo supo cuando a pesar de su disfraz era capaz de hacerle sentir lo mismo.

Hipó y lloró contra su pecho mientras el vestido seguía enredado en sus brazos.

—Voy a ayudarte, ¿de acuerdo?

—Pero no puedes, no debes...

—Chis —susurró—. No importa. Ahora solo quiero ayudarte.

Álvaro la liberó del vestido con sumo cuidado y, ya más tranquila, se encontró sentada sobre su regazo, tan solo con la fina combinación sucia tras tantos días para cubrirla. María, avergonzada, se tapó el rostro con las manos y sollozó.

—Ya ha pasado, María, ya ha pasado. Ahora estás a salvo.

—No puedo siquiera asearme —hipó como una niña pequeña.

—Es normal, aún te duele el brazo y estás débil por la falta de alimento, has pasado muchos días sin comer, tan solo he logrado que bebieses algo de caldo de vez en cuando. ¿No has notado que eres ligera como una pluma?

Levantó la mirada más tranquila y se encontró con sus hermosos ojos. No podía más, deseaba tanto besarle y sentir su beso, fundirse en su boca, notar su calor, tener sus brazos alrededor de su cuerpo… pero pensó en el espectáculo tan atroz y poco atractivo que estaría dando con la cara amarillenta a causa de la enfermedad, con el pelo sucio y la mugrienta combinación.

No soportaba más la vergüenza que le causaba su aspecto y bajó la mirada, pero su bandolero la cogió por la mejilla

suavemente, obligándola a mirarlo directamente a los ojos. Su mirada era intensa, cargada de promesas, y antes de que María pudiese siquiera pensar en protestar, la boca del Caballero estaba invadiendo la suya.

María quería, bueno, no quería, pero debía oponerse, protestar. Pero fue un pensamiento inútil, su cuerpo lo anhelaba, lo deseaba desde el fondo de sus entrañas y su beso la consumía en ese fuego que tan solo él provocaba en ella. Solo él. Siendo cualquiera de ellos.

El cuerpo femenino respondió a su beso, se apretó contra él descarado, se calentó hasta sentir que se consumía en el fuego de la pasión. Jadeaba sin cesar. Lo necesitaba tanto, le reconfortaba tanto tenerle cerca de ella…

Su boca no tuvo compasión, la castigaba con su lengua una y otra vez despertando todos los nervios entumecidos por la enfermedad. Él la deseaba tanto y ese beso, esa manera de besarla, tan solo podía ser posible si se sentía un deseo hambriento, tanto como el de ella.

Sus lenguas se acariciaban. María saboreaba su boca, aspiraba su aroma, se deleitaba con su sabor. Su cuerpo se convulsionaba lentamente, regodeándose en el placer que la boca de su bandolero le producía. Álvaro se apartó bruscamente de ella. Jadeaban de forma agitada.

—Yo… No puedo… —repitió de nuevo.

—¿Es por esa mujer a la que amas? —preguntó con la voz encogida por el miedo, temiendo que su respuesta fuese un sí.

—¿Crees que es porque amo a otra mujer?

—Sí, eso dijiste, ¿no?

—No sabes cuánto miedo sentí al pensar que podías morir, nunca he tenido más miedo en mi vida, María. ¡Nunca! Eso es lo que me asusta, que cuando estoy contigo me pierdo y no sé si seré capaz de encontrarme a mí mismo de nuevo nunca más.

—¿Entonces? Cuéntame qué sucede, ¿por qué esta farsa? ¿Por qué arriesgarte a perder lo que tu padre peleó por dejarte? Su legado.

—María, todo es más complicado de lo que parece. Entré en este mundo dispuesto a descubrir quién era el causante de la muerte de mi padre y entonces todo sucedió tan rápido… La lealtad de mis hombres, las noches en libertad siendo yo mismo a pesar del antifaz. Por eso debí comportarme contigo así, pensé que lo entenderías. Ellos no pueden saber que tú eres mi debilidad y mucho menos descubrir quién se oculta bajo el antifaz, no ahora que estoy tan cerca de averiguarlo.

—Entonces, ¿no hay otra?

—No, mi *gata*, y nunca la habrá.

Esas palabras llenaron de alegría el corazón de María y entibiaron su alma.

—¿Cómo está tu herida?

—Perfecta —sonrió.

—¿Y la bestia?

Álvaro suspiró. Sabía que debía tocar el tema, pero hubiese preferido que fuese más tarde.

—Germán hace su papel, se pasea triste por la casa. Pidió ayuda a los guardias civiles que te buscan sin descanso desde que desapareciste.

—Mejor que crea que he muerto —dijo triste—, así podré librarme de él.

—Nunca dejaré que te haga daño. Te protegeré.

—Pero es tu hermano, no deseo…

—Germán ya no es mi hermano, no desde que sé que su deseo es acabar con tu vida y que probablemente esté tras el accidente de mi padre.

—¿Crees...?

—Sí, pero no tengo pruebas.

—Lo siento.

—Yo no. Si lo hizo, pagará con creces. Mientras tanto, permanecerás aquí. A salvo de la bestia.

—Gracias, por todo.

—No me las des, es un acto egoísta. No te quiero cerca de él.

—¿Por qué?

—Porque eres mía.

CAPÍTULO 22

María, después de esa confesión que la hacía entender por todo lo que Álvaro estaba pasando, no lo pensó ni lo dudó. Su osadía no conocía límites cuando estaba con él. Entrelazó sus dedos alrededor de su nuca y le besó con pasión.

Ahora no temía, sabía que se sentía igual de confuso y perdido que ella y era consciente, en su interior, de que ella era su puerto seguro, al igual que Álvaro el suyo. Ese puerto en el que resguardarse de las tormentas más salvajes y en el que sentirse a salvo.

María dejó que sus manos navegaran entre su cuerpo disfrutando de los ondulantes músculos de sus brazos que se alzaban como salvajes olas sobre su piel. Su espalda, sus hombros anchos y fuertes tan suaves y a la vez tan firmes.

Un cuerpo en el que perderse como en un laberinto y del que no desear salir jamás. Un cuerpo definido por el intenso ejercicio físico.

Álvaro gemía con cada caricia de ella con la seguridad de que se estaría de nuevo debatiendo entre lo que estaba bien y lo que no, confundida por tener ese sentimiento intenso, difícil de controlar y tan sencillo dejarse envolver por él.

María trataba de reñir a su cuerpo, le rogaba en silencio que parase, que era algo indecoroso ese comportamiento, que de seguir así la haría suya en ese momento. Pero su cuerpo parecía hacer oídos sordos a su mente regañona y estricta, y todo empeoró cuando sus manos comenzaron a acariciarle los pechos desnudos, bajo la suave tela de la combinación que la cubría.

Sus dedos describieron círculos suaves sobre uno de sus pezones que se irguió y se volvió más sensible a sus enloquecedoras caricias.

Abrió los ojos saturada de sentimientos nuevos y a la vez familiares. Álvaro no detuvo su castigo ahí, sino que continuó

recorriéndole el cuerpo, de arriba hacia abajo, suavemente, rozando con sus dedos torturadores cada recoveco del cuerpo femenino.

María notaba sus manos en su espalda, en sus caderas, sobre sus glúteos, acariciando sus tobillos, subiendo hacia sus muslos y… ¡Oh, Dios! Su mano estaba jugando entre sus muslos, que estaban muy húmedos por la excitación.

Pensó que nunca había oído hablar a ninguna mujer de lo bien que se sentía la intimidad. Por lo general, las mujeres que la rodeaban, las que trabajaban en su hacienda, le aconsejaban que cerrase los ojos y no se resistiese, pues cuanto antes acabase el hombre, mejor.

Sin embargo, debía de pertenecer a otra clase de mujeres, porque desde luego no quería que esa tortura deliciosa y embriagadora acabase.

Nunca.

Los dedos de Álvaro se internaron melosos entre los suaves y salvajes rizos rebeldes que ocultaban su sexo. Y con el pulgar acarició el pequeño bulto escondido entre ellos, describiendo con sus manos movimientos circulares, al igual que en sus pezones.

Un gemido alto y liberador brotó del pecho de María. Se retorcía entre sus brazos por todo el placer que estaba recibiendo. Sus caderas tomaron vida propia y se apretaban contra los dedos de su amante desvergonzadas. Sin pudor, sin dejar de jadear.

Álvaro, ante el estallido de ardor de la mujer, temió perder aún más la compostura, ya había llegado de nuevo demasiado lejos. Debía detenerse, pero esa mujer salvaje y excitante le hacía enloquecer y olvidarse de todo y de todos. Ni siquiera le importaba dónde estaban, era suya y le embriagaba notarla retorcerse de placer entre sus brazos.

Vislumbró en los ojos de María, nublados por el deseo, su sempiterna lucha interna. Deseaba comportarse como una dama respetable, pero era incapaz de controlar su cuerpo porque ese cuerpo lo controlaba él.

Necesitaba que se relajara y confiara en sus manos expertas, así podría darle aún más placer. Era extraño para Álvaro disfrutar tanto dándole placer a una mujer, en esos momentos en los que la

acariciaba suave y dulcemente, deleitándose con el comportamiento de ella, se dio cuenta de que le importaba más el placer de ella que el suyo propio.

—Eres tan dulce —susurró Álvaro con la voz oscurecida por el deseo.

—Yo… no… deberíamos… hacer… esto… —balbuceó ronca de deseo.

—¡Oh! Sí que debemos y lo haremos —replicó sin poder detenerse.

—No, no podemos aún…

Álvaro la besó de nuevo con pasión, ella trataba de resistirse pensando en su pureza, pero Álvaro la besó sin descanso hasta que de nuevo quedó envuelta por la pasión que la hacía perder todo rastro de cordura.

Las manos de María comenzaron a acariciarle tratando de emular las manos expertas que la recorrían, su mano rozó algo duro e intenso entre sus piernas. Abrió los ojos de forma desmedida, había acariciado su miembro.

Álvaro notó el azoramiento a causa de su nuevo descubrimiento y apareció una maliciosa sonrisa.

María no podía dejar de mirarle boquiabierta. De nuevo, sin poder evitarlo, recordó los comentarios de las mujeres de su hogar con respecto al insignificante tamaño de las virilidades de sus maridos y las burlas que estas hacían comparándolas con sus meñiques o con el tamaño de sus cerebros.

Desde luego, su garrote no podía compararse a un dedo meñique, ni siquiera al dedo corazón.

Pensó que tal vez era comparable al grosor de su muñeca.

Un grito de sorpresa al comprender se escapó de su boca y recordó la imagen de él desnudo con su virilidad amenazándola.

Álvaro la observaba divertido, excitado y perdido por la pasión. María tuvo la sensación de que sabía exactamente en qué pensaba en ese preciso momento, avergonzándose más.

—Ni lo pienses —susurró.

—¿El qué? —dijo haciéndose el inocente.

—Pues seguro que piensas en introducir tu garrote en mí.

—No, no pensaba llegar tan lejos, pero gracias a ti ahora lo pienso. Y me agrada.

—Nunca. Nunca te dejaré acercarte a mí con eso.

—Bueno, no es algo de lo que pueda prescindir —contestó divertido.

—¡Aléjate!

—No puedo, he decidido que serás mía.

—¿Que seré tuya? ¿Que lo has decidido? ¿Y qué te ha hecho llegar a esa conclusión?

—Dos cosas.

—¿Cuáles?

—La primera, que tú me amas, la segunda fue el miedo que sentí al pensar que te perdía. Por eso ahora eres mía. Para siempre.

—Yo… no te amo —replicó sin convicción.

Eso molestó a Álvaro más de lo que debería.

—Sí. Lo haces. Lo dijiste y no puedes retirarlo.

—¿Lo dije? ¿Cuándo? —preguntó sorprendida.

—Cuando estabas enferma.

—Eso no cuenta, estaba envenenada.

Él se rio de buena gana.

—Sí, envenenada de amor.

María trató de replicar, pero su boca tapó la protesta. Sus besos de nuevo la incendiaron. Su mano continuó su tortura bajo sus muslos. Ella se derretía, se sentía como si fuese mantequilla fundiéndose a fuego lento, disolviéndose de forma dulce y suave.

Álvaro se alejó un poco de ella, un instante, para llevarle su tímida mano al lugar donde deseaba estar, a su entrepierna. Ahora, su miembro estaba fuera, liberado. Y él quería notar de nuevo el torturador roce de su mano sobre él.

María observaba de reojo su miembro, duro y erecto, recelosa.

¡Estaba loco si pensaba que le iba a permitir acercarse a ella con esa arma mortífera!

Reculó hacia atrás con tanta fuerza que se dio de bruces contra el suelo, notando un dolor agudo en las nalgas y en la espalda por el golpe.

Aturdido por un segundo, Álvaro no entendía la reacción de ella hasta que siguió la dirección de su mirada.

—No te acerques más —casi gritó.

—¿Qué te ocurre?

—Eso —dijo mientras le señalaba la entrepierna—. No deseo morir.

—No vas a morir —contestó divertido recordando su primera conversación sobre su garrote.

—No es igual acariciarlo que tenerlo dentro. Si me atraviesas con eso moriré, seguro.

—Sí, vas a morir, mi dulce señorita, pero de pasión. Te vas a deshacer entre mis brazos.

Diciendo eso, Álvaro se acercó a ella, la agarró fuertemente y la levantó, dejándola frente a él. Las piernas de ella se entrelazaron en su estrecha cintura de forma instintiva, como si esa fuese la posición más natural entre ellos.

Se deshizo de sus calzones y con ella en brazos, rodeándole con sus largas piernas la cintura, se dirigió hacia el río.

El agua le llegaba a María hasta la cintura, refrescándola de forma agradable, pero no estaba dispuesto a dejar que ella se enfriase y continuó con su tortura de besos, caricias y palabras que teñían su rostro del más delicioso y delicado de los rojos.

Sumergió uno de sus dedos entre los pliegues húmedos de ella y rozó la entrada evocadora de su sexo, para acto seguido penetrarla con ese dedo humedecido por sus propios flujos, que utilizó para acariciarla por dentro de una forma deliciosa.

María se sorprendía por cada nueva caricia al ser una completa ignorante con respecto a lo que ocurría en verdad entre un hombre y una mujer, pero a medida que el deseo se intensificaba y las continuadas olas de inmenso placer se adueñaban de su cuerpo, ella se desinhibía más, dejando salir a la *gata salvaje*.

Los dos se besaban y acariciaban envueltos por la bruma espesa de la pasión y la lujuria, esas que nublan la vista y los sentidos sin apenas hacerse notar y que cuando se dejan ver uno está tan inmerso en esa vorágine de anhelos que ya no puede ni desea escapar.

Estaban ajenos a todo. Tan solo existían ellos dos.

María le besó con fuerza, asiéndole del cuello para no caer al agua fría. Él continuaba con su ritual, adentrando su dedo dentro de su cueva de placer y después alejándolo. Era una verdadera tortura. Su ritmo cambió e introdujo dos dedos dentro de ella. Suavemente.

El placer se hizo aún más intenso, cosa que María no creía posible y sus caderas se unieron a su compás.

Era la sensación más deliciosa y placentera que había sentido nunca. Y la boca posesiva de Álvaro sobre la de ella acallaba sus gemidos y la excitaban.

Con los dedos dentro de ella y sabiendo que la estaba volviendo loca de pasión, Álvaro decidió que ya no había vuelta atrás. Con su pulgar, inició de nuevo las caricias sobre su perla inflamada en pequeños círculos.

Rozándola, acariciándola. Tan solo un leve toque con sus yemas.

María, ante la nueva oleada de sensaciones, sintió que iba a desfallecer a causa de tanto deseo. Notaba el placer repartido por todo su cuerpo. Sentía cómo la acariciaba por dentro y por fuera, y en su interior se inició la explosión que nacía entre sus piernas y poco a poco se extendía. Sus caderas olvidaron el compás de la danza que interpretaban y comenzaron a moverse de una forma frenética, descontrolada, igual que sus dedos dentro de ella. Era incapaz de ver u oír nada, ni tan siquiera podía respirar, solo era consciente de las olas de éxtasis que la inundaban y que la arrastraban en esa marea maravillosa de placer y satisfacción. Tan solo deseaba llegar a buen puerto.

Quedó exhausta, feliz y notaba cómo un pequeño y traslúcido hilo de saliva corría por su boca. Sintió pudor y se llevó los dedos a su barbilla para deshacerse del líquido delator.

—No, no hagas eso —susurró con la voz ronca de la pasión.

—Es vergonzoso —jadeó, pues aún no había recuperado la respiración.

—No lo es, es a causa del intenso placer que te he regalado.

María lo miró a los ojos y casi no pudo reconocer su mirada, nublada y oscurecida por el deseo. Se sentó en el lecho del río,

dejando que el agua fría los empapase, aunque en ese instante el agua no la sentía fría.

Álvaro la sentó sobre él con mucho cuidado y puso su sexo inflamado, más aún, si es que era posible, que momentos antes, sobre la entrada suave y muy húmeda de su sexo.

—Trataré de no hacerte daño, amor —dijo en un tono apenas audible.

Álvaro penetró, con su miembro a punto de estallar, en ella. Muy despacio, poco a poco. María quiso oponerse, ella no deseaba perder su virtud así, aunque hubiese perdido parte de ella, deseaba entregar su virginidad en la noche de bodas, pero fue imposible. La cara de éxtasis la hipnotizó. Estaba muy excitado, casi fuera de control, por el hecho de que hacía el amor con ella.

Se acercó y le besó con furia. La magnitud de la pasión que despertaba en ella era extraña. María lo besó de nuevo, mordió su labio inferior y Álvaro sintió que ya no soportaba más el hambre que sentía por ella, esa hambre que le corroía las entrañas. La acarició sin temor, quería recorrer todo su cuerpo, se detuvo a la altura de sus pechos, tan deliciosos que no se cansaría jamás de beber de ellos. Después los apretó entre sus manos y sacó uno del camisón, que ahora estaba empapado por el agua y por el sudor de sus cuerpos.

Lo metió en su boca y succionó. Eso volvió a encender las ascuas casi apagadas del interior de María y de nuevo estaba húmeda y dispuesta para llegar a un nuevo clímax.

¿Cómo podían describirlo como una sensación de asfixia?

Era algo refrescante, como el más puro aire limpio de la cima de una montaña, era la libertad. Desde luego, ahora sí estaba segura de que no deseaba que acabara.

—Es tan maravilloso… —susurró mientras emitía un gemido largo y profundo que le dio más confianza a Álvaro, que acabó por penetrarla.

María sintió un pequeño desgarro, algo de escozor e incomodidad.

—Ahora —dijo entre jadeos—, trata de no moverte.

—¿Por qué? —dijo también alterada.

—No quiero hacerte daño.

—Está bien —dijo con duda.

—Esperaremos un poco para que tu cuerpo se adapte a la invasión de mi… garrote —sonrío entre jadeos.

—Como quieras —suspiró profundamente y, al hacerlo, su cuerpo se encajó más en el del hombre y un ramalazo intenso de placer la sacudió. Se movió de nuevo. Y Álvaro gimió. Ella jadeó. Y al notar que al moverse no solo no le dolía sino que experimentaba un deseo más intenso que el que había vivido, no pudo detenerse.

Desinhibida como estaba y llena de curiosidad por todo lo nuevo que experimentaba, se movió sobre él, tratando de encontrar la manera más cómoda y placentera para ella. Apoyó sus manos sobre sus fuertes hombros mientras la mirada confundida de Álvaro la dejaba tomar la iniciativa, sin poder hacer nada, porque estaba tan perdido como lo estaba ella, en los brazos de la pasión y el deseo.

—Me estás matando —susurró.

Ella lo miró divertida por la expresión que había utilizado.

—El que tiene la orden de matarme eres tú —sonrió.

Él pareció por un momento sentirse mal.

—Nunca te haría daño y desde luego no permitiré que el cabrón de mi hermano te lo haga.

María detuvo su danza en seco. «El cabrón de mi hermano».

Los sentimientos encontrados, la culpabilidad, el amor que despertaba, la pasión, el miedo, la rabia...

María tuvo la intención de levantarse, de sacarle de su interior y dejarle ahí, pero él adivinó sus intenciones y la apretó contra su cuerpo.

—No te voy a dejar huir de mi María, ya te dije que eres mía. Me perteneces ahora y para siempre.

Sus embestidas se hicieron más seguras, posesivas y urgentes, arrancando gemidos a ambos, que inundaban el bosque.

María comenzó a responder a sus envites, moviéndose al mismo ritmo, queriendo más, deseándolo más adentro de ella. Sentía que la piel, la carne e incluso los huesos le sobraban, quería sentir el alma de él junto a la suya.

Clavó sus uñas afiladas en sus hombros, velada por la pasión cegadora que despertaba en ella, que la hacía desear más de lo que tenía.

Apoyada en sus hombros, inició de nuevo la danza, se elevaba suavemente y se dejaba caer, con cada movimiento de sus caderas él se deshacía, sus gemidos se intensificaban y no era capaz de hablar o respirar, tan solo podía mirarla.

Su mirada había cambiado, no era limpia, sino oscura, apagada por un deseo que nacía de sus entrañas. Podía ver en su cara que desde luego él sentía por ella algo más profundo que un simple deseo de lujuria. Parecía amarla de verdad.

Darse cuenta de eso la conmovió y la emocionó, y sintió un gran amor que le dio más seguridad en sus movimientos. Ahora ambos se unían al unísono, continuaba su danza frenética sobre su miembro, que se tensaba cada vez más hasta que se dejó arrastrar por la música de placer y pasión que los envolvía.

María pensó que tal vez se había vuelto loca, dejando cada rastro de su cordura olvidado y perdido entre sus brazos.

Lo besó con pasión, sin vergüenza, sin pudor, y sus movimientos se intensificaron hasta que otra ola de placer los devasto por completo, los revolcó entre las olas y los alejó hasta una playa desierta, donde arribaron con los brazos alrededor del otro.

Los espasmos iban apaciguándose lentamente, pero ambos permanecieron enterrados el uno en el otro por un tiempo infinito, en el que ninguno estaba dispuesto a soltar al otro.

—Te quiero María —dijo al oído.

—Y yo a ti, Álvaro del Valle, mi Caballero. Aunque no te voy a perdonar que me dejases pensar que me habías abandonado ni tampoco que te engañaba contigo mismo.

María le riñó de forma dulce, natural, sorprendiéndose a sí misma, pero sabiendo que era cierto. Lo amaba y él a ella. Se amaban.

—Ha sido... —continuó— increíble. Creí que iba a morir.

—Sí, ¿verdad? Bueno, no tengo con qué comparar… —comenzó a decir de forma pícara.

—Ni lo tendrás nunca —rugió con voz seria—. Eres mía y ningún otro te tocará.

—¿Y si lo hace?

—Entonces… lo mataré.

Su mandíbula apretada y la mirada de odio que se dibujó en su rostro le dijeron a María que no bromeaba, en verdad, la iba a cuidar y, si tenía que acabar con la vida de otro hombre que pretendiese hacerle daño, lo haría a pesar de las consecuencias. Eso la conmovió y comenzó a sollozar. Lloraba, pero de felicidad. Era incapaz de contener todos los sentimientos que fluían libres por sus venas. Con lo débil que se sentía dudaba que su frágil cuerpo lo soportara, esperaba en cualquier momento oír el crujido del cuerpo al romperse.

—¿Por qué lloras María? ¿Te he hecho daño?

—No —consiguió decir—. Lloro de felicidad.

Álvaro la apretó contra su pecho y la arropó con sus fuertes brazos, le quitó la combinación y la dejó desnuda contra él. Roció agua sobre su larga melena, sobre ese hermoso cuerpo que ahora le pertenecía, y comenzó a lavarla como si fuera una niña. Su niña.

Le lavó el pelo, el cuerpo, su sexo, deshaciéndose de los restos de sangre, de jugos y de su propia simiente. Después, hizo lo mismo y se sumergió con ella para desprenderse del jabón.

En todo momento, siguió regalándole besos suaves, tiernas caricias y susurros de amor.

María pensó que más tarde hablarían con calma de todo, de su identidad secreta y de su hermano, de todo, pero por el momento dejaría que la amara y disfrutaría de ello.

María supo en ese momento que se había enamorado de un hombre maravilloso, aunque lleno de secretos, y no sabía decidir en qué momento sucedió, pero ahora estaba segura, lo amaba desde que lo vio por primera vez y todo había comenzado con un beso robado.

CAPÍTULO 23

Más tarde, secos, en el campamento y después de una buena cena, María se sintió más repuesta. La verdad era que después de la enfermedad y del intenso ejercicio físico de la tarde comió con avidez. Degustaron estofado de conejo, pescado asado en las ascuas de la hoguera, verduras salteadas, hongos recién cogidos del suelo otoñal y vino dulce.

Álvaro le preparó de postre un cuenco con frutas y bayas. María debía tener cuidado en no desvelar, ni siquiera por error, el verdadero nombre del Caballero, pues solo ella conocía ese secreto.

Una de las jugosas moras salpicó algo de jugo y resbaló por la barbilla de María. Álvaro se acercó y lo limpió con un dedo que después llevó a su boca. Ese gesto, en apariencia inocente y al que no hubiera dado importancia días atrás, ahora conseguía que su cuerpo anhelase de nuevo su boca y su lengua sobre su cuerpo desnudo.

Deseaba hacer de nuevo el amor con él y la humedad que impregnaba sus muslos era buena prueba de ello. Su bandolero. Su Caballero. Se había enamorado perdidamente de un forajido. Uno de buenos modales y antifaz. Su marqués. Su salvador.

Pensó tristemente en su padre, en cómo la había enviado a una muerte que ahora sabía que sería segura de no haber sido por él.

Cuando todos se retiraron, Álvaro volvió a acercarse a ella, que estaba sentada sobre una piedra y arropada por el fuego casi extinto de la hoguera.

Mientras se aproximaba, no dejaba de mirarla. Al fin había sido suya y había sido tan placentero como había pensado. Había estado seguro desde el instante en que ella le devolvió el beso que iba a ser buena en la cama, su pasión lo decía todo sin palabras, pero no tanto. Hubo más de una ocasión en la que pensó que esa dulce e inocente mujer iba a matarlo de puro éxtasis.

Ocultos por las sombras de la noche y a salvo de miradas ajenas, el Caballero dejó de serlo y se desprendió del antifaz para ser solo Álvaro. Se acariciaron y besaron con frenesí, tan perdidos en su propia y privada burbuja que no se percataron de unos ojos despiertos y curiosos que se relamían de satisfacción por lo que habían descubierto.

María pasó la semana más maravillosa de su vida. Se sentía cómoda entre los bandoleros que la trataban con respeto. No le gustaba demasiado la idea de que robasen, pero quitarle a los que más tenían algo que para ellos no suponía nada y repartirlo entre la gente del pueblo, necesitada de tanto, le parecía una buena causa. Tanto como para perdonarles la forma en que obtenían su botín.

De camino al río, para asearse, no dejaba de pensar en todos los momentos dulces y tiernos, llenos de miles de besos y caricias robadas, otras regaladas bajo el amparo de la oscuridad, donde buscaban cualquier momento para encontrarse, descubriendo por sorpresa miradas tiernas… Suspiraba a cada momento, no podía controlar apenas sus sentimientos, porque era más feliz de lo que jamás se hubiese imaginado nunca.

Álvaro, iba y venía a *La andaluza*. Sabía de su odio hacia su hermano, que a ojos de los demás se paseaba triste y preocupado por la desaparición de su prometida, pero que en la intimidad daba gracias a Dios por ese desafortunado y maravilloso incidente que le había librado de la *gata*.

Alejandro y el resto de guardias civiles la buscaban sin cesar, pero en la forma en que Alejandro miraba a Álvaro, este sabía que el joven guardia civil sospechaba que él estaba involucrado de alguna manera en la desaparición de María.

Álvaro regresaba de casa de su hermano con el rostro ceniciento, pues tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para que su hermano no descubriese ahora la verdad.

María pensó con pena en lo que sufría su adorado Caballero, mientras alzaba su más que raído vestido, del que no quedaba ni un solo volante de los que estaban tan a la moda ahora, para asearse y de paso quitarle algo de polvo al deslucido traje. Con las manos

alzadas, para desprenderse de la pesada prenda, sintió el golpe y después solo oscuridad.

Cuando el Gato y el Largo estaban informándole atropelladamente no era capaz de asimilarlo. La situación se le había ido de las manos.

¿Cómo era posible que sus propios hombres se hubiesen revelado contra él? Estaba claro, el Tuerto había sido el responsable, sin duda.

Había sido el jefe de los bandoleros durante mucho tiempo, hasta que perdió el ojo en un accidente, lo que le dejó en desventaja a la hora de defenderse y de disparar, aunque le había dado un carácter y apariencias más fieros.

¡Cómo se arrepentía de no haber terminado con él cuando tuvo ocasión! Pero había pensado que era mejor darle otra oportunidad, conocía las serranías como nadie, era un gran rastreador a pesar de su deficiencia y, además, era muy bueno ocultando sus rastros.

Siempre sospechó que pudiese tener algo que ver con la muerte de su padre, pero todavía no lo había conseguido probar.

Ahora, mientras espoleaba a su caballo para que corriese aún más deprisa, no dejaba de culparse. Si lo hubiese echado del grupo, ahora María, su María, no estaría en ese peligro.

El Gato y el Largo no habían cesado de disculparse, no habían podido hacer nada. Cuando quisieron entender qué sucedía, ya estaban maniatados junto con otros cuatro hombres que le eran leales al Caballero.

Se la habían llevado para acabar con ella. Los habían contratado y claro que supo antes de que saliese de los labios de ellos quién era el culpable: el rastrero animal al que llamaba hermano. Había orquestado la desaparición de María para hacerse con su herencia. Si le sucediese algo, lo tendría todo a cambio de nada. No perjudicaría el honor de los Del Valle, no mancillaría la reputación de sus padres y además la dote sería suya, ya que al no romper el pacto no se reintegraría.

¿Por qué odiaba su hermano tanto a María? No lograba entenderlo, sabía que era altiva, orgullosa, fuerte… Una mujer única

en el mundo, pero, aun así, ¿por qué tanto rencor?

No quería pensar que todavía la odiase por aquel desafortunado incidente que tanto quiso tapar y obviar e incluso minimizar. Había estado ciego y no había visto el demonio en el que se había convertido su hermano.

Sus hombres trataban de seguir el rastro, pero su semental era muy veloz y el animal parecía notar el ansia y el pánico que se habían adueñado del corazón de Álvaro al pensar que podría llegar tarde.

Rastrearía las zonas más angostas y recónditas de la tierra, iría a los lugares en los que sabía que el Tuerto solía tener su antiguo campamento, también conocía sus escondites. No quería llorar, era un hombre fuerte, todo un bandolero, a pesar de lo cual notaba cómo se acumulaba tras sus parpados el maldito y delator líquido salado y caliente.

Si le pasara algo a ella, por su culpa, no podría vivir con eso.

Él la amaba, sí, la amaba. No era pasión o deseo incontrolado solamente. La amaba, la deseaba de todas las formas y la quería junto a él para siempre.

Se repetía en su interior que al que osara ponerle una mano encima se la cortaría y después acabaría con su miserable vida.

Solo esperaba que ella estuviese bien y rezaba, aunque su corazón le decía que no tendría esa suerte, porque en realidad su hermano no estuviese detrás de esa trama. Si lo estaba y él lo descubría, también acabaría con su mísera vida.

Ahora no le importaba compartir la misma sangre o algo de su sangre, pues siempre le habían dejado claro que era un bastardo. En esos momentos en los que se imaginaba a su mujer sufriendo o padeciendo cualquier tipo de daño, la furia controlaba sus sentidos y hacía que la sed de sangre y venganza dejase a un lado todo lo demás.

Desesperado, vagabundeaba por todos los sitios más profundos, buscando sin cesar algún indicio de que estuviese cerca de donde fuese que habían levantado el campamento.

Se detuvo en seco y bajó del caballo, comenzó a correr, sin rumbo fijo, tan solo necesitaba liberar algo de la desesperación que

se estaba empezando a adueñar de su mente y su cuerpo y que no le permitía pensar con claridad.

Sus hombres lo alcanzaron al rato y se lo encontraron doblado sobre sus costillas, jadeando furiosamente.

Al fin se había conseguido calmar y ahora tan solo pensaba en acompasar su respiración.

—Caballero —dijo el Gato—, no hay ni rastro de ellos. Es inútil.

—Deberías dejarlo para mañana, empieza a anochecer y es tarde —sugirió el Largo.

Los miró. Eran sus hombres, leales. Lo seguirían donde les dijese. Lo sabía. Y como lo sabía, les pediría aún más y luego se lo compensaría.

—No. Ahora en la oscuridad nos será más fácil descubrirlos y sorprenderlos. Buscad cualquier resplandor que indique que han iniciado una hoguera.

—¿Y si no prenden fuego?

—Lo harán, hace mucho frío en la noche y el Tuerto está tan seguro de sí mismo y de que no daremos con ellos que no tomara precauciones. Encenderá un fuego, lo sé.

Siguieron buscando indicios de dónde podrían estar, hasta que al fin vieron la luz.

CAPÍTULO 24

Cuando abrió los ojos sintió la cabeza palpitante e inflamada, tenía las manos atadas a la espalda y una mordaza alrededor de su boca. Estaba amarrada también de la cintura al tronco de un árbol y no podía ver con claridad.

Pestañeó varias veces tratando de enfocar. Respiró tranquila para no entrar en un estado de pánico y tratar de recordar que era lo que había sucedido.

Vio de lejos a algunos hombres de Álvaro y a otro aún más conocido. El hermano de Álvaro, su prometido, hablando con dos de ellos.

Gritaba improperios. Estaba furioso, María lo supo porque tenía las manos unidas a la espalda mientras hablaba, aunque no podía escucharlo con claridad. Se desplazaba de un lugar a otro, sin sentido, apretándose una mano contra la otra.

Sin duda, había un traidor entre los hombres de Álvaro y lo estaba vendiendo a su propio hermano. María trató de zafarse, necesitaba huir y poder avisar a Álvaro, si lo apresaban desprevenido, como a ella, acabarían con él y no estaba dispuesta a que se lo arrebatasen tan pronto.

Todavía no. No había tenido tiempo suficiente para saciarse de él.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos inconscientemente, al darse cuenta de que no podría hacer nada para evitarlo y que, seguramente, Álvaro acabaría muerto al igual que ella, a manos de su propio hermano.

El sonido de su sollozo apagado llamó la atención de la despreciable bestia salvaje.

Germán se acercó con paso seguro y aterrador. Ese caminar que tienen los hombres crueles que saben que son dueños del control.

—Hola, *gata* —susurró de forma escalofriante mientras le acariciaba el rostro anegado de lágrimas—. Es una pena que lo

nuestro no haya llegado a mejor puerto.

María, ante su cruel comentario, deseó rebelarse, pero no pudo, sus protestas se vieron acalladas por la mordaza que la sujetaba.

Germán sacó una pequeña navaja y, por un momento, María temió por su vida, pero la usó para cortar la mordaza y dejar libres las palabras. Ella aprovechó y le escupió sin pensarlo, para demostrarle todo el desprecio que sentía. Lo odiaba hasta tal punto que no existían palabras suficientemente venenosas y crueles para demostrar cuánto.

Germán se limpió la saliva de forma cómica y casi pareció gustarle el brío de María.

—Qué pena que no hayamos podido llegar a un acuerdo. Ahora vas a morir, zorra. Y me voy a hacer con tu dote de igual manera.

—Eres un cerdo asqueroso.

—Puede, pero el odio y el rencor que siento hacia ti y tu familia hacen que me perdone a mí mismo.

—¿Qué te he podido hacer? ¿Qué te ha hecho mi padre?

—¿Que qué me hiciste? En verdad eres tan ignorante que ni siquiera lo sospechas. Me despreciaste. Y tu padre no fue capaz de meterte en cintura cuando eras una mocosa. Me amenazó con contarles a todos lo que había hecho con la sirvienta. Me hizo jurar mantener mi compromiso contigo y tratarte bien, no ponerte una mano encima, si no contaría a nuestra reina sobre mi carácter violento. Y como bien sabes eso me perjudicaría, pues tu padre, al ser un par del reino, tiene mucha influencia en la corte. Pensó que ese sería un justo castigo y que tú, *gata*, estarías a salvo. Pero ¡ah, querida niña!… El miedo que tu padre me infligió bajo sus amenazas, siendo tan joven y estando tan perdido, me hizo despertar la mente a otras posibles alternativas. Durante todos estos años ideé un plan infalible. ¿Qué se puede hacer contra los bandoleros? Ni siquiera la Guardia Civil es capaz de hallarlos.

—Eres despreciable —siseó a la bestia.

—Lo sé, pero no me importa. Tan solo mantener mi herencia y mis propiedades. Así que, como yo no podía hacerte daño con mis

propias manos, decidí contratar a otros para que hicieran el trabajo sucio en mi lugar. Pero, querida *gata*, surgió un pequeño problema. Y ese inconveniente ha sido que el estúpido bandolero conocido como «el Caballero» resultó ser mi hermano bastardo que además es tan imbécil que se ha enamorado de una zorra frígida como tú, por lo que ahora el bastardo también tendrá que morir.

María debería estar sorprendida, pero no era capaz de sorprenderse por lo que la bestia le confesaba, ella siempre había visto el odio que trataba de contener, pero que saltaba con frecuencia. Puso su mano sobre la pierna y suspiró aliviada, todavía seguía ahí el abrecartas, los muy imbéciles ni siquiera se habían molestado en pensar que quizás fuese armada. No era gran cosa, pero menos era nada.

—No te saldrás con la tuya… ¡Mi padre moverá cielo y tierra hasta hallar al culpable!

—¿Tu padre? Nadie podrá relacionarme, nunca. Además, ahora, gracias al desagradecido de mi hermano, parecerá más creíble. El famoso Caballero, cuya cabeza tiene precio desde hace tiempo, será hallado muerto en algún lugar de la serranía frecuentado por desalmados. A su lado, tú, *gata*. Sin aliento, pálida e inmóvil y bajo la máscara, la verdadera identidad del escurridizo Caballero. Todo encajará como en un puzle, mi hermano se enamora de mi prometida y al no poder desposarla, pues su condición de bastardo lo hace inferior a los de nuestro linaje, te convence para huir con él. Entonces, sus hombres descubren su verdadera identidad y acaban con vosotros… Es un plan magistral, y vosotros, las dos personas que más odio en este mundo, por fin vais a desaparecer. Sí, Dios me sonríe y me tiene en alta estima.

—Podría entender tu odio hacia mí, pero ¿cómo puedes odiar tanto a tu propio hermano?

—¡No es mi hermano! ¡Es el hijo de una criada! ¡Un bastardo al que mi padre decidió darle su apellido! Pero no es nada más que un estúpido error que solventaré también, y la poca herencia que posee pasará a mis manos.

—A tus asquerosas manos manchadas de sangre de inocentes. ¿Qué culpa tuvo tu hermano de ser concebido?

—Tiene la culpa de haber logrado sobrevivir —sus palabras destilaban veneno, el mismo de la más peligrosa de las serpientes. Por un momento, María pensó que bien podría ser él el que la hubiese mordido.

—No existen palabras para describir a un ser tan despreciable como tú.

—Puede, pero yo no voy a morir, lo haréis vosotros. Ya han ido a atraparle y les he pedido, para hacerte un favor, que lo torturen antes de acabar con él frente a tus ojos. No quiero que te pierdas el espectáculo.

Una bocanada de bilis impregnó la boca de María. Era asqueroso. ¿Cómo podía llegar a ser alguien tan cruel? Alguien que lo tenía todo...

—En verdad, ¿qué te hizo? ¿Ser mejor que tú y el preferido de tu padre aun sin ser legítimo?

Eso lo enfureció, había dado en el clavo, se sentía inferior a pesar de su derecho de nacimiento, amenazado por el vigor arrebatador de su hermano.

—Mi madre sufrió mucho por su causa. La suya murió en el parto y padre decidió hacerse cargo del bebé, no solo le dio mi apellido, obligó a mi madre a criar el fruto de su infidelidad. No contento con eso, le puso a nuestro hogar el nombre de ella. Yo escuchaba a mi madre llorar cada noche a causa de su suerte, hasta que consiguió que enfermase y después de la muerte de mi padre, nos dejó.

Me he pasado la vida obligado a soportar las continuas exigencias de mi padre para conmigo, mientras que para el bastardo todo eran halagos, buenas palabras y cariño. A mí nunca me amó. Y no me desheredó porque no podía al ser el primogénito, si no seguro que habría hallado la forma de despojarme de todo lo que me pertenece por naturaleza. ¡Me lo arrebató todo! Una infancia feliz, un padre que me amase, una madre amorosa que no pasara sus noches llorando desconsolada por el abandono de su marido y el día perdida en la locura de los celos por una mujer que ya no estaba entre nosotros, pero cuya sombra era constante.

Incluso de haberme casado contigo, él habría hallado la forma de hacerse contigo, como lo ha hecho ahora. Nació tan solo para arrebatarme todo lo que tengo y me pertenece.

—Mi padre no se dará por satisfecho, lo sabes. No se creerá esa absurda pantomima.

—No será problema, sé que querrá averiguar por sí mismo lo sucedido y vendrá a mis tierras. Unas tierras plagadas de bandoleros que nadie sabe cómo o dónde se ocultan, ni cómo sobreviven sin protección, aunque claro, alguno está bajo mi ala —sonrió malicioso —. Y ellos asaltan viajeros. Y tu padre será una presa fácil… Tal vez, después de su muerte, decida casarme con su joven y hermosa futura viuda. Así me haré también con todo lo suyo. Sí, eso será lo que haga. Gracias —dijo con su sonrisa malévola—, acabas de despejarme y aclararme algunas dudas. Me convertiré en el señor más poderoso de toda Andalucía, gracias a ti, *gata*.

—No te dejará salirte con la tuya.

Germán se rio de forma macabra, lo que hizo que todo el vello del cuerpo de María se erizase como si de verdad de un gato se tratase.

—¿Él? ¿Hablas del bastardo? Está de camino. Sus hombres no le son fieles y va a caer en mi trampa.

—Te odio, siempre te he odiado. Desde aquel día vi la maldad en ti.

—Lo sé pequeña, me intimidaste con tu belleza, tu soberbia, tu casta. Yo no era nada más que un joven abrumado por tanta responsabilidad y tú empujaste con dedos invisibles cada copa que llenaba de coñac aquella noche.

Quería acercarme a ti y hablarte con palabras sinceras, tratar de cortejarte pues en verdad tu belleza me abrumó, no podía creer la suerte que iba a tener al desposar a una dama de tu clase, hermosa, joven y fuerte, dotada de unos ojos por los que cualquiera mataría. Pero entonces lo vi. Tus ojos gritaban que no era de tu agrado, que deseabas que te buscaran a alguien menos repulsivo.

Por eso fui a desquitarme con la sirvienta, pero esta se negó, se revolvió y no tuve más remedio que golpearla… En el mismo instante que entraste y me viste. Vi tu expresión de miedo. Y ese

miedo que reflejaron tus ojos me hizo sentir bien, superior. Capaz de hacer daño e instigar miedo y, a partir de ese día, utilicé ese terror para conseguir todo lo que deseaba.

Excepto a ti.

Tú no has sucumbido, no te has amilanado y eso me desagrada, yo quería una esposa dócil, que acatara cualquier orden que yo diese al momento, pero tú, María Isabella de Ayala, no. Tienes un coraje inusual y no quiero perder el tiempo en tratar de domarte y que tu padre acuda a toda prisa a la corte a contarle a su amiga la reina lo mal que trato a su única hija, por lo que tomé el camino más fácil. Ellos —dijo mientras señalaba a los bandoleros a los que había llegado a conocer en mayor o menor medida— se ensuciarán las manos por mí y, ¿sabes?, por muy poco de mi dinero.

María estaba estupefacta, paralizada por el odio que sentía hacia ese hombre y por el miedo de pensar que Álvaro estaba en peligro. Su propio hermano había sentenciado su muerte, tal vez… ya estuviese muerto. Eso la apenó y pensó en cómo su padre había sido capaz de obligarla a mantener su promesa. Su padre sabía que ella no lo deseaba, que tan solo quería ser libre, alejarse de esa bestia, debía de haber algo más. Sí, estaba segura. Su padre no podría haberla lanzado a los brazos de la bestia de forma deliberada. Sin duda, ese canalla la engañaba, trataba de confundirla para causarle más dolor.

Germán se apartó de su lado, dándole la espalda en señal de indiferencia.

—Nunca te tendré miedo —musitó María tan cortante como el odio que ese hombre despertaba en ella.

Germán apretó los puños y se dio la vuelta de nuevo acercándose a ella con dos grandes zancadas y le golpeó la cara con toda la fuerza que la ira alimentaba.

María, sorprendida, notó cómo un hilo de sangre brotaba de su labio inferior, pero si pensaba que iba a emitir la más leve de las quejas estaba muy equivocado. María escupió la sangre que se mezclaba melosa en su boca junto a su saliva.

—¡Quiero que grites, zorra! —amenazó Germán mientras levantaba la mano para volver a golpearla en el rostro.

María cerró los ojos, esperaba el golpe que esta vez sería más voraz, como el odio que Germán sentía por ella.

—Si vuelves a ponerle la mano encima, *hermano*, te volaré la cabeza.

Nunca antes María había sentido tanta alegría al escuchar una voz. Era él, no le habían matado. Estaba allí, delante de ella. De pie, mirándola seguro y tranquilo al saber que estaba a salvo, igual que ella lo miraba a él. Y observando a su hermano con un odio comparable al de ella.

Suspiró aliviada, no solo por verle sano y salvo, sino también porque había acudido a rescatarla. No sabía que decir, la emoción no la dejaba expresarse, pero sabía que debía advertirle de la trampa, de que todos estaban contra él. Que sus hombres lo habían traicionado.

Álvaro la miraba sonriendo, con seguridad, María no entendía esa actitud por parte de su Caballero, pero entonces advirtió cómo el rostro de Germán se tornaba más ceniciento. María observó más allá de Álvaro y comprobó cómo dos de los hombres del Caballero estaban maniatados y amordazados, mientras los otros acudían a respaldar a su jefe.

Un marqués jefe de esa panda de bandoleros.

María no podía entender nada de lo que sucedía, pero se alegraba tanto de verle vivo que decidió dejarse llevar. Más tarde llegarían las explicaciones. Pensaba que aún no todo estaba decidido. El peligro aún existía.

—Todo está bien María, no te preocupes.

Ella asintió, confiando en él, mientras unas manos la desataban y la alzaban del suelo, colocándola sobre una montura, que comenzó a galopar sin descanso a pesar de sus quejas.

El animal se detuvo y María se encontró en *La andaluza*, el último lugar que habría imaginado. Allí, las criadas la esperaban, llevándola dentro de la casa sin explicaciones. Susana se encontraba entre ellas y tampoco contestaba a ninguna de sus preguntas mientras la llevaban en volandas por las escaleras hasta su alcoba. Una vez allí la ayudaron a desnudarse y la metieron en la bañera

que ya estaba preparada, donde la lavaron y frotaron su larga y sucia melena con fuerza.

Al terminar, Susana la ayudó a ponerse ropa limpia y la peinó. María no sabía qué decir ni qué hacer, todo parecía tan extraño…

Trató de cenar algo, pero le era imposible tragar la deliciosa comida con el nudo que apretaba su cuello y se extendía hasta su pecho, estaba angustiada al no saber nada de Álvaro. Además, nadie en la casa la miraba ni deseaba contarle qué sucedía. Decidió irse a la cama, hacía muchos días que no descansaba sobre un mullido colchón y lo echaba de menos.

Ni siquiera la comodidad del lecho la ayudó a conciliar el sueño. Observó la luna, las estrellas que parpadeaban en la noche, y a punto estuvo de salir corriendo de la habitación y dirigirse de nuevo al bosque. Se sentía desesperada, inútil. Ya deberían de haber regresado. Y la atmósfera de la casa era tan desconcertante…

Pensó que si escapaba de nuevo solo empeoraría la situación, y Álvaro parecía tan tranquilo, como si de verdad todo estuviese bajo control, que deseaba sentirse a salvo, pensar que estaba bien, pero necesitaba verlo y comprobarlo con sus propios ojos.

Desesperada y agotada a partes iguales, se ocultó bajo las sabanas para tratar de relajarse y lo último que vio fue la mirada de su «Caballero».

Algo no estaba bien, los ojos le escocían y al abrirlos se encontró con la luz del alba entrando a raudales por las espesas cortinas descorridas.

CAPÍTULO 25

María sintió ruidos, gritos y pisadas que no sabían de donde provenían. Estaba aturdida por la falta de sueño. Por un momento, pensó que seguía maniatada.

Golpearon con violencia la puerta de su habitación, insistentemente. Lo que la ayudó a recordar que ya estaba a salvo. ¿Y Álvaro? ¿Estaría bien? ¿Se había quedado dormida?

Se levantó trastabillando, pensando que tal vez esa insistencia se debiera a la llegada de malas noticias. Notaba una aprehensión oprimiéndola ante la expectativa.

Cuando abrió la puerta, unos poderosos brazos la agarraron con fuerza y la besaron en el deslustrado cabello.

—Vine en cuanto lo supe... —dijo con la voz atenazada por la pena.

¿Su padre? ¿Qué hacía ahí su padre? ¿Y qué era lo que sabía?

—¿Qué ocurre, papá? —gritó rayando en el pánico.

Entonces, escuchó al fondo la voz profunda de Álvaro. María suspiró aliviada.

—Ella está bien señor, ya le dije que tuvimos suerte de encontrarla aún con vida.

María no sabía nada de lo que había sucedido, miró a Álvaro llena de interrogantes y descubrió en su mirada confianza y complicidad.

—Yo, padre, estoy cansada y aturdida, podemos hablar luego, ¿por favor?

—Sí, ahora que sé que estás bien, hablaremos luego. Descansa pequeña —y la besó en la frente.

—Yo le informaré de todo señor —dijo Álvaro mientras los dos se alejaban.

María se quedó en su habitación agitada y confundida y, aunque intentó descansar para aclarar su mente, fue incapaz de lograrlo. Estaba demasiado nerviosa y miles de preguntas rondaban su mente.

Al cabo de un tiempo desesperante, llamó a Susana para que la ayudase a vestirse.

—Señora, me alegro tanto de que esté bien. Pasamos tanto miedo.

—Yo también, Susana. Yo también.

María se decidió por un vestido azul oscuro, casi negro y no sabía por qué ese tono le parecía el más apropiado.

Bajó la escalera y se dirigió hacia el salón donde supuso que estaban. No había nadie. La casa parecía desierta. Preguntó a Juan, el mayordomo, que le indicó que su padre y el señor se encontraban en la biblioteca.

«El señor», esas palabras hicieron que a María la recorriese un escalofrío de arriba abajo. ¿Seguía vivo? ¿Qué pasaría con Álvaro?

Juan hizo ademán de acompañarla, pero ella deseaba estar sola para que nadie notase el temblor de sus piernas.

—No necesito que me acompañes Juan, gracias.

Conocía el lugar bastante bien, algunos días se había pasado horas encerrada en ella, leyendo y revisando la gran cantidad de libros que poseía Germán.

La puerta estaba entreabierta y su padre estaba sentado con el ceño fruncido. Disgustado. Álvaro le estaba poniendo al día de los acontecimientos.

María escuchó desde la puerta, no deseaba interrumpir a Álvaro, que contaba a su padre que los bandoleros los habían raptado, a ella y a su prometido. Álvaro le explicaba a su padre que en cuanto conocieron la noticia reunió algunos hombres y salieron a buscarlos.

Dieron con ellos y gracias a que llegaron a tiempo de rescatarla a ella con vida aún, porque su hermano no tuvo la misma buena fortuna.

La Guardia Civil llegó a tiempo de encontrar al bandolero causante de todo el daño a los Del Valle y a ella misma, el famoso Caballero, expirando su último aliento.

Uno de los hombres de Álvaro había acabado con la vida del bandido cuando este se dirigía a acabar con la vida de su señor, que

trataba de asistir a su hermano malherido.

Ni el bandolero, ni el duque habían sobrevivido.

Esa era la historia que habían hilvanado. ¿Así que Germán había muerto? No podía creerlo, las rodillas le temblaron tanto que pensó que iba a caer al suelo, puesto que estas iban a ser incapaces de sostenerla, se sintió desfallecer, por la pena y el alivio. Al fin la bestia había desaparecido de sus vidas.

Era libre. Estaba fuera de peligro, su padre, Álvaro… todos habían escapado de las garras de Germán y además parecía que todo había salido bien.

Álvaro la vio y carraspeó. Su padre miró en la dirección en la que ella se encontraba y fue hacia ella, abriendo la puerta de par en par y haciéndola pasar hacia sus brazos.

—Verás hija… Tu prometido…

—Lo sé padre, lo he oído. Sé que desgraciadamente nos ha dejado —gimió y algunas lágrimas resbalaron de sus ojos.

Su padre confundió sus lágrimas con la tristeza de la noticia, nada más lejos de la realidad, pues estas eran de alivio. No estaba bien, lo sabía, pero lo sentía así. Todos a salvo de ese ser enfermo y agresivo.

Álvaro la miró con algo de burla en sus ojos, pero claro, ella no debía expresar su alivio abiertamente, solo en su interior.

Además, ella sabía que Álvaro a pesar de todo estaría apenado por cómo habían terminado las cosas.

—Ahora, hija, debemos regresar a casa. Y tal vez, después del periodo de luto, tratar de buscarte un nuevo marido.

—Pero padre… —comenzó a protestar.

—Señor —interrumpió Álvaro—. Ahora soy el único heredero de las tierras y el título de mi hermano y me gustaría sugerirle que no rompieran el contrato de matrimonio. Yo ocuparé el lugar de mi hermano en el altar. Me haré cargo de su hija, la cuidaré y respetaré.

Álvaro hablaba mientras la miraba intensamente, María sentía sus lágrimas derramándose de sus ojos, de pura felicidad, aunque su padre, ajeno a todo, malinterpretó su gesto.

—Mi hija debe guardar luto durante un tiempo, no creo que sea de buen gusto hacer esa proposición.

—No, no, padre, está bien. Me alegra la proposición del señor Del Valle, la verdad es que he llegado a amar esta casa, estos parajes e incluso a los miembros del servicio. Y en este tiempo he establecido una relación cordial con el señor Del Valle.

—¿Así que estarías de acuerdo, María? —preguntó su padre sorprendido, sin duda porque conocía las reticencias de María respecto a la antigua unión.

—Sí padre, estaría de acuerdo en contraer matrimonio con el duque Del Valle tal y como estaba estipulado —dijo mientras una sonrisa sincera de pura felicidad le alegraba la cara.

Su padre pareció darse cuenta de que algo existía entre ellos.

—En ese caso, ya que mi hija parece estar de acuerdo, yo no me opongo. Iré a cambiar el nombre del acta.

Su padre se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Espero que sepas lo que haces hija —susurró.

—Sí, padre. Sé lo que hago, seré feliz.

La estrechó entre sus brazos y salió de la biblioteca, dejando la puerta entreabierta para salvaguardar su reputación. María pensó con sorna que, si su padre supiera que su reputación estaba hundida en el río junto con su virginidad, acabaría con Álvaro en el acto.

—Por fin solos —susurró María.

Álvaro cerró la puerta y la miró pesadamente.

—Yo… temí tanto por tu vida… pensé de verdad que llegaba tarde. El muy cabrón te había escondido bien, en un lugar poco frecuentado y oculto. Tardamos tanto en dar contigo, y cuando nos acercábamos lo vi venir. Estaba traicionándome, quería deshacerse de mí, ¡maldito Gato! Me traicionó, yo que le tenía en tal alta estima, y mientras conspiraba con el Tuerto.

—Sí, te traicionaron e iban a matarte a ti y a mí, tu hermano me lo dijo. Pasé tanto miedo.

Ambos se sentaron en la biblioteca y se contaron lo que habían vivido en las últimas horas, alejados el uno del otro.

—Fueron horas terribles. Estaba en el lago y después desperté atada, amordazada y amenazada por tu hermano y por

algunos de tus hombres.

—Lo sé, el Gato y el Largo me esperaban para decirme que el Tuerto y algunos más habían aceptado el trabajo. Creí que iba a morir de dolor. Recorrí el bosque buscando los lugares más ocultos y las antiguas guaridas del Tuerto. Se hizo de noche, estaba desesperado y entonces vi el fuego. Después a ti, herida, pero con vida. Y a mi hermano tratando de golpearte. Y solo pensé en matarlo. En matarlos a todos. Y para colmo, el Gato estaba de parte de ellos. Aunque yo no lo esperaba y trató de acabar conmigo. ¿Por qué me odiaban tanto?

—Supongo que eras su rival más directo y fuerte, para ambos. Y en realidad creo que tu hermano tan solo envidiaba la relación que tuviste con vuestro padre.

—Pero yo... —Álvaro parecía abatido.

—Era un mal hombre, Álvaro, no desesperes. ¿Fuiste tú…?

—No deseo hablar de ello. No ahora, por favor.

—Como quieras amor, si alguna vez te apetece, aquí estaré. Siempre.

—Lo sé, mi dulce señorita. Lo sé. Espero que no te haya importado que le pida tu mano a tu padre. Después de todo, ya he tomado todo de ti —dijo con una sonrisa arrebatadora.

—No, de hecho, estoy muy feliz, nunca pensé que fueras un hombre que se casara, Caballero.

—No lo era, hasta que apareciste tú y mi mundo empezó a girar alrededor de ti, ya te dije una vez que, si algún otro te ponía la mano encima, moriría.

Y, tras decir esas palabras, María lo supo. Había sido él. Mató a su hermano por golpearla, por amenazarla, por mantenerla alejada de él, y quizás también había acabado con el Gato por traicionarle.

Álvaro le narró todo lo acaecido, cómo se les ocurrió acabar con el Caballero usando al Gato como cebo. No deseaba darle más protagonismo, no se lo merecía, pero de esa manera se libraría de cualquier sospecha. Sus hombres, los leales, ahora conocían la verdadera identidad del Caballero y habían valorado más que un noble les ayudara.

La Guardia Civil no se molestó mucho en investigar el caso, daban por hecho lo que les contaba el ahora duque Del Valle. También decidieron incriminar a la banda por el accidente de su padre, pues, al parecer, tenían algo en contra de la familia Del Valle.

Alejandro, el joven guardia civil que dudó y no disparó, se presentó con el teniente Francisco Carvajal y Álvaro supo que sospechaba algo. Sabía quién era en realidad, pero aun así guardó silencio. Estaba seguro de que en algún momento recibiría una visita privada de él.

María descubrió que su futuro marido era un hombre acostumbrado a luchar para sobrevivir y salvaguardar aquello que le importaba, y ahora lo más valioso era la vida de la mujer que amaba. Y María estaba encantada, enamorada y deseosa de perderse de nuevo entre sus brazos. Le había robado el corazón, al igual que le había robado aquel primer beso: inesperadamente.

CAPÍTULO 26

Durante los días siguientes, los previos a la boda, la casa bullía sin cesar. No habían querido ni siquiera atrasar la fecha del acontecimiento para no ocasionar problemas a los invitados. Se celebró una modesta ceremonia de defunción por el alma de Germán, en la que todos lloraron su muerte, aunque a decir verdad el llanto de María era más de alivio por la libertad que le habían regalado que porque sintiera verdadera pena por la muerte de Germán.

Ese hombre había sido ruin, mezquino y muy cruel, no solo con ella, sino también con el bueno de Álvaro, el hombre al que amaba. Y María se alegraba de que estuviese muerto y no pudiese ocasionar más daño a nadie.

Álvaro sufría, María era consciente, a pesar de todo era su hermano y había tenido que acabar con su vida con sus propias manos. Había sido una situación extrema, en la que solo habría podido sobrevivir uno.

Sabía que para Álvaro habría supuesto una dura lucha interna, decidir si acabar con la vida de su hermano o dejar la suya propia por el camino. Además, había perdido a algunos de sus hombres y padecido la traición del Gato, que consideraba uno de sus más fieles amigos.

El resto de su gente no renegó de él al conocer su verdadera identidad, le apoyaron. Y Álvaro pensó que lo mejor para todos era que comenzaran a trabajar en la hacienda y en los campos colindantes, ya que por ahora todo se había apaciguado al encontrar al «Caballero» y a tres bandoleros más muertos en la reyerta.

Así, la panda de bandoleros, liderada por el Caballero del antifaz, dejaría de ser objeto de nuevas leyendas e historias.

Esos días, con la hacienda a rebosar de actividad, Álvaro y María no podían estar mucho tiempo a solas, así que se besaban cada momento en que se lo permitían buscando desesperados cualquier rincón apartado que encontraban a oscuras. Él asaltaba su

habitación en la noche, cual felino experto oculto bajo la intimidad de la máscara y le hacía el amor hasta el amanecer.

María pensaba que estar con él de esa forma tan íntima era el mejor premio que nunca podría haber imaginado.

Entre sus brazos ella era otra mujer, una más viva, más osada y atrevida, una que no se avergonzaba de su cuerpo y que disfrutaba del acto íntimo del amor entregándose sin pudor ni reservas.

Álvaro recordaba cada momento con María, cómo se alteró y avergonzó la primera vez que la puso de espaldas a él. Al principio no supo qué sucedía, estaban enzarzados y enredados entre besos, abrazos y caricias, y sin poder esperar más, la giró y la colocó sobre sus rodillas, acariciando con reverencia sus hermosas y redondeadas nalgas.

Colocada en esa posición, María se sintió más desnuda de lo que ya estaba, tan expuesta y abierta a su mirada. Algo tan personal e íntimo que la avergonzó.

Álvaro la calmó susurrándole al oído que no haría nada que ella no quisiera, mientras le mordisqueaba el lóbulo de su oreja, después su largo cuello, la clavícula, continuando su tortura con caricias en su espalda, de arriba abajo, para más tarde apresarla de los pechos que colgaban como frutas maduras, incitándolo a comerlas.

María pensó que iba a morir de tanto placer. Cada vez que pensaba que nada podría superar el placer que ya obtenía, Álvaro le mostraba algo nuevo y diferente que la hacía llegar más lejos aún.

Álvaro colocó su miembro magnifico y erecto en la entrada de su cuerpo y la penetró despacio. Muy despacio, dejando que cada pliegue húmedo y apretado de ella lo envolviese con suavidad.

Cuando estuvo enterrado en lo más profundo de ella, soltó un gemido primitivo de satisfacción. María se quedó muy quieta, por miedo a que en esa posición su miembro dentro de su sexo la hiriera de alguna manera y Álvaro se tensó.

—¿Te hago daño? —preguntó al oído tiernamente.

—No, no es eso. Es tan solo...

Él pareció saber cuál era la causa de su balbuceo y empezó a acariciarla por dentro con su miembro. Acariciaba su sexo por entero, de arriba abajo, mientras entraba y salía de ella dulcemente, sin prisa, disfrutando cada rincón de su mujer.

Las estocadas eran suaves, tiernas y lentas, dejando que los pliegues interiores de María se cerraran alrededor de su virilidad, apresándola y dándole placer, más del que nunca hubiese creído posible. Nunca, ninguna mujer se había entregado a él con la fuerza y la pasión de María. Su *gata*. Siempre sería suya y de nadie más. Sabía desde aquel primer inesperado beso que le dejó temblando de pasión de arriba abajo que en la cama y entre sus brazos iba a ser buena, pero no pensó que tanto. Ella conseguía hacerle olvidarse de todo, sumergirlo en una vorágine de sentimientos, de pasión, de deseos y anhelos que ni siquiera sabía que poseía.

La amaba, de una manera posesiva e irracional, la amaba.

Y ella lo amaba a él.

Trataba de demostrarle con su cuerpo, con sus lentas caricias, cuánto la amaba y, quería y necesitaba, expresarle con su cuerpo lo que no era capaz de decirle con palabras, pues no hallaba ninguna lo suficientemente buena que expresara todos sus sentimientos hacia ella.

María se empezó a encontrar más cómoda en esa posición. Cada vez que él se metía en ella la agarraba por las caderas y ese gesto comenzó a volverla loca. Se movió con rapidez, acelerando las embestidas de Álvaro. Necesitaba llegar ya al orgasmo, estaba desesperada por sentir esa sensación devastadora de placer. Pero, por más placer que le daba y más deseo que ella sintiera, no conseguía dejarse arrastrar por la gran ola del clímax.

Notando su impaciencia se inclinó un poco hacia delante, dejando que sus dedos hábiles acariciaran el punto exacto de su deseo, oculto bajo la suavidad de sus rizos oscuros. Comenzó a acariciarla en pequeños círculos, movía sus dedos hacia arriba y hacia abajo por todo su sexo, acariciándolo, María creía que iba a enloquecer por completo de un momento a otro, hasta que dejó de torturarla, se concentró en ese pequeño punto tan placentero, comenzó a darle pequeños golpecitos mientras con su miembro le

daba placer dentro de ella. Así estaba recibiendo caricias por dentro y fuera de su sexo. Era una sensación deliciosa. María se inclinó hacia atrás arqueando la espalda, para abrirse más a él si era posible y dejar que se enterrara más adentro. Álvaro creyó perder el control por completo ante ese gesto de ella que lo aceptaba sin reservas, no se saciaba de él, no intentaba acabar el acto con rapidez, disfrutaba de la salvaje pasión que los envolvía.

Ella jadeaba más rápidamente y su cuerpo se movía a un ritmo frenético, acelerando las embestidas de Álvaro que en algún momento había perdido el control y entraba y salía de su interior con una energía vigorizante. Cuanto más fuerte y rápido era el envite, más parecía disfrutar ella. Y eso lo volvía loco.

María pensó que iba a morir de tanto placer, sentía hormiguear sus brazos y piernas y, por un instante, pensó que iba a perder el conocimiento, que no podría soportar la tensión durante más tiempo, hasta que su cuerpo, cuando iba a rendirse, liberó la ola que arrasó de nuevo su cuerpo y la arrastró lejos, tan lejos que pensó haber alcanzado el Cielo.

Exhausta y con los ojos llenos de lágrimas, había dejado su cuerpo caer sobre la cama, mientras era acunada por los gemidos de placer de Álvaro, que al notar su clímax se dejó arrasar por el suyo propio.

Los dos, sin fuerzas, abrazados sobre las sábanas, no tuvieron fuerzas ni ánimos para decir nada. Ni una palabra. Tan solo se miraron a los ojos para ver la felicidad dibujada en el rostro del otro.

No necesitaban decir con palabras lo que sentían, algo tan fuerte que los uniría para siempre y nada ni nadie los iba a separar.

Abrazados, dejaron que la noche los envolviera con un susurro y el cálido aire impregnado con el olor de sus cuerpos sudorosos le sirvieran de suave abrigo.

Cuando María abrió los ojos ya era la mañana entrada y Álvaro seguía sobre ella, abrazándola como si de ello dependiera su vida, desnudo.

Ella le beso los labios, esos mismos labios llenos que tanto le gustaban. Era perfecto, varonil, masculino, fuerte y a la vez cariñoso y dulce con ella. No sabía por qué o cómo se había ganado la

oportunidad de hacerlo suyo, pero ahora lo era y no lo dejaría escapar.

—Buenos días... —susurró riéndose contra su boca.

—Buenos días, dormilón.

—¿Qué hora es?

—Tarde, ya será más de mediodía.

Al oírlo, abrió los ojos y saltó de la cama como lanzado por un resorte.

—¿Tan tarde? ¿Qué dirá tu padre? Había quedado con él, pensará que no soy digno de ti.

Ella tan solo sonreía al verle azorado y preocupado por lo que pensara su padre.

—Dile... que te entretuve…

—Si quieres le dejamos que mire —susurró pícaro.

María sonrió mientras ocultaba su rostro sonrosado bajo la almohada. ¿Cómo era capaz de decir algo así? Era desvergonzado hasta la médula. Imposible. Y a la vez era todo lo que ella deseaba.

—Mañana… —susurró de nuevo. María notó cómo tan solo el sonido de su voz la hacía derretirse.

—Sí, mañana es el gran día. Los invitados llegarán hoy. Sé un buen anfitrión.

Su «Caballero» se acabó de vestir a toda prisa, abrió la puerta mirando en ambas direcciones y cerró a toda prisa.

Ella se puso su camisón, llamó a Susana para que le preparara un baño de agua caliente y abrió la ventana para atenuar el olor a sexo que había impregnado, no solo las suaves sábanas, sino también todo el aire de la habitación.

CAPÍTULO 27

Parecía imposible. Estaba a punto de desposarla. No podía creer cómo el destino se había puesto de acuerdo con las parcas para hilar un futuro tan prometedoramente feliz.

Su *gata* apareció, con su vestido blanco, con el largo velo tapándole el rostro que sin duda lo llevaba sonrosado al saberse admirada por todos los invitados.

Estaba preciosa. Era preciosa. Todo en ella era belleza. Su fuerza, su testarudez, su valentía. Sus berrinches, la forma deliciosa en la que se sonrojaba, su desinhibida manera de entregarse a él al hacer el amor… Todo lo que ella le hacía sentir, incluso cuando lo que le hacía sentir era cómo perder el control por ella, todo en esa mujer lo fascinaba, lo llenaba, estaba hecha solo para él. Y él se sentía el hombre más feliz del mundo. Lo tenía todo. Y no permitiría que nada ni nadie se lo arrebatara.

Por primera vez en su vida, después de tanto como había sufrido, se había propuesto cuidar y mantener lo que más feliz le hacía: a ella.

Todo era perfecto, el paseo adornado con pétalos de rosas, el día que a pesar de ser invierno era agradable y soleado, las sillas blancas dispuestas frente a la capilla y, sobre todo, lo más perfecto de todo era ella. Se acercaba con paso lento y seguro escoltada por el brazo de su padre. Estaba preciosa y el corazón de Álvaro latía desbocado de amor.

Cuando la tuvo frente a sí y levantó el velo, creyó morir al ver la expresión de pura felicidad que irradiaba. Él le dedico una mirada tierna y a la vez ardiente. Por fin iba a ser suya a los ojos de todos, a los ojos de Dios.

Los comentarios de los invitados al ir conociendo los hechos fueron recelosos, todos hablaban de la mala suerte de Germán y de lo dichosos que se les veía juntos.

No deberían haber sido descuidados y mostrar tan abiertamente sus sentimientos, ya que suscitaron muchos

comentarios sobre la implicación de estos en la muerte de su hermano, el duque.

Por suerte, la Guardia Civil se personó allí para garantizar ante los reyes lo sucedido.

Sí, el rey y la reina también habían venido para felicitar a la pareja por su unión, formalizar el título de Álvaro y presentar sus condolencias a la pareja, por su pérdida.

El rey, un hombre practico, comprendió y aceptó de buen grado el acuerdo. Menos líos. Así todo quedaba como se había propuesto al principio. Les dio su bendición y se marchó seguido de su larga comitiva. Después de ese gesto abierto del rey de aceptación, nadie más se atrevió siquiera a decir nada al respecto.

Cuando la boda acabó, estaban exhaustos de tanto baile para celebrar su felicidad. Él la cogió sin esfuerzo aparente entre sus musculosos brazos y pasó la puerta del dormitorio con ella en volandas, ahora como marido y mujer. La posó en la cama y la miró de forma traviesa mientras la desvestía, gritándole con la mirada promesas de las cosas maravillosas que iban a suceder a continuación y que María anhelaba con fuerza.

EPÍLOGO

Los días pasaron tranquilos entre besos y caricias. Una mañana, María se encontró indispuesta, no era capaz de mantenerse en pie y todo le daba vueltas a su alrededor. Entre gemidos llamó a Susana, que se presentó de inmediato al escuchar la voz enfermiza de su señora.

—¿Qué ocurre, señora? —inquirió asustada por el aspecto de su señora.

—No lo sé, Susana, no me encuentro bien.

—¿Qué siente? ¿Le duele algo?

—No, es más un mareo horrible y dolor de estómago, me gustaría vaciarme, sin embargo, no puedo… es tan extraño.

—Señora, ¿cuántas lunas hace que no sangra?

María abrió los ojos, sorprendida y feliz por lo que sospechaba, habían pasado dos lunas sin que sangrara, eso significaba...

—¡Oh, Dios mío! ¡Susana! ¿Podría ser?

—¿Qué podría ser, amor?

—Estoy encinta…

Álvaro pensó que lo que escuchaba no era real, no podía ser… pero… ¿lo era?

María al verle petrificado se asustó, ¿tal vez no deseaba un hijo?

—¿No estás contento? —preguntó mientras miraba cómo Susana discretamente los dejaba a solas.

—¿Cómo? ¡Por supuesto que sí! ¿Cómo piensas que no?

—Bueno, te has quedado... tan serio y callado.

—Es por la alegría que siento… Un hijo. ¡Un hijo!

Al fin había reaccionado y cogió a María en brazos y la besó mientras giraba con ella.

—Detente… temo que voy a… —no pudo decir más.

—Lo siento, lo siento —se excusó y la dejó de nuevo en el suelo.

Susana se acercó a ayudarla llevándola entre los dos a la ventana que abrieron para dejar que la brisa fresca de la mañana aliviase su malestar.

—Siento sentirme así.

—Yo no, es señal de que todo va bien —le dio un tierno beso en la mejilla sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

Se dirigía a la cocina a ordenar una comida especial para la celebración cuando una voz le detuvo.

—Señor Del Valle, tenemos que hablar.

Al volverse se topó con una mirada gris profunda y un rostro varonil. El joven guardia civil, Alejandro, en su casa. Sabía que este día llegaría, aunque nunca se habría imaginado que fuese el mismo día en que conocería que su familia iba a aumentar.

—¿Precisamente ahora?

—¿Está ocupado?

—No, tan solo... no importa. Sígame a mi despacho.

Alejandro siguió a Álvaro hasta su despacho que hacía las veces de biblioteca, al pasar, Álvaro cerró la puerta y sirvió dos vasos de brandy.

—¿Qué celebramos?

—Que voy a ser padre.

—Enhorabuena —murmuró pensando que era un hombre afortunado. Al final las cosas le habían salido a pedir de boca.

—Gracias, ¿qué le trae por aquí?

—No nos andemos por las ramas. Lo sabe. Lo sé.

—¿Va a delatarme?

—En realidad vengo a solicitar que me deje ayudarlos.

—¿Está de broma?

—No, estoy cansado de que el teniente se crea con derecho a decidir sobre quién vive o quién muere, sobre qué castigo merece cada quién y sobre todo estoy cansado del abuso que sufre el pueblo.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me ayudéis a desenmascararlo o a acabar con él. Bien podría hacerle compañía a su hermano.

Álvaro escuchó atentamente las palabras de Alejandro, era un buen hombre al que no le gustaba que su superior abusara de su fuerza.

—Tenía la intención de deshacer la banda, ahora…

—No podéis, sois los únicos que alivian el sufrimiento de la gente del pueblo. Don José solo habla maravillas del bien que hacéis y yo... juré hacer el bien y siento que no lo consigo.

—Alejandro, la verdad es que no estoy seguro.

—Déjeme ayudar a los demás, junto a vosotros.

Álvaro sopesó la posibilidad, tener a alguien dentro era algo tan bueno que se merecía tenerlo en cuenta. Quizás sí que podían seguir ayudando…

—Está bien, Alejandro, bienvenido.

Ambos hombres sonrieron, brindaron y sellaron el principio de una buena amistad. Sí, definitivamente ese día había aumentado la familia.

ACERCA DEL AUTOR

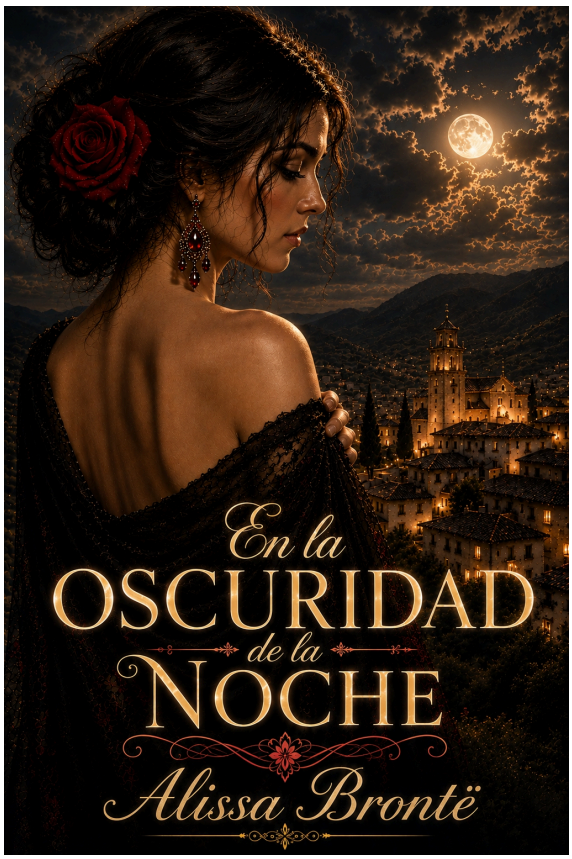
Alissa Brontë nació en Granada, aunque su ajetreada vida la ha llevado a vivir en Fuerteventura, Murcia y ahora lo hace en un pueblo del Aljarafe sevillano.

Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica. Entre sus títulos destacan los bestsellers «La Elección», «La Andaluza» o «Juego Sucio», entre otros. También ha sido galardonada con una Mención Especial su obra «Tiritas de Amor», en el VI Premio Kiwi RA y su obra «Bad Romance», en el VII Premio Kiwi RA.

Otros títulos de la autora son: «Velos, ¿estás lista para el Diablo?», «Adam Black», la serie «Operación Khaos» o «Cenizas», que ha sido editada en la colección Mil Amores en colaboración con Mediaset.

En la actualidad reside en Tomares (Sevilla) con su marido, sus tres hijos, sus gatos Cleopatra, Nube y Nilo, y un montón de plantas.

Si has disfrutado de esta historia, tal vez te guste: En la Oscuridad de la noche, la segunda de este entrega…



Capítulo 1

«No, otra vez no… no voy a ser capaz de soportarlo de nuevo.» Lola maldecía entre dientes mientras aquel hombre la obligaba a seguirlo. Su padre era un mal nacido que la había vendido a ese degenerado que mantenía sus vicios ocultos bajo el uniforme. Él, que estaba en la cúspide del poder, era un gran hijo de perra. No entendía por qué su esposa, la dulce Catalina, permanecía

a su lado, aunque supuso, no era capaz de plantarle cara. Igual que le sucedía a ella.

Nunca iba a borrar de su memoria el día que su padre la entregó para salvar su avejentado y alcoholizado culo de los calabozos, con la excusa de que trabajaría como dama de compañía de la esposa. Así leería y hablaría con la pobre mujer, que había perdido la vista y que, lentamente, iba perdiendo también la movilidad de los músculos.

«Una rara enfermedad», comentaban en el pueblo. Y ahí estaba, inocente y confiada, pensando que su padre por una vez en la vida había hecho lo correcto, lo mejor para ella, algo bueno y desinteresado por su hija. Hasta que sintió el pútrido aliento del capitán en su boca y su sudor sobre el vestido.

Habían pasado algunos días sin que la reclamara. Había estado más ocupado de la cuenta tratando de dar caza a la banda de forajidos liderados por el Caballero. Había rezado, a pesar de ser algo contrario a sus creencias, rogando para que le sucediera algo terrible y, a ser posible, perdiese la vida en ello. Pero esa noche había vuelto enfurecido por ser incapaces de dar con ellos a pesar de sus continuadas pesquisas; la gente del pueblo los protegía con celo.

Había escuchado algunas historias acerca de ellos y la verdad era que no le parecían peligrosos, más bien hombres que se sublevaban contra animales como el capitán.

Lo odiaba con todas sus fuerzas y sabía que esa noche iba a ser dura; pagaría sus frustraciones con ella. Siempre lo hacía. Le

indicó que lo siguiera a su despacho, *su guarida,* en la que cometía esos actos despreciables contra ella.

Las piernas le temblaban, sentía que no iba a ser capaz de soportarlo de nuevo. Aún le quedaban algunos moratones en las piernas y en el cuello después de su anterior visita a su cuerpo. Saboreó la bilis que llenó su boca con ese sabor amargo, tanto como lo estaba siendo su vida.

No había sido feliz nunca. Era duro admitirlo, pero era la realidad. Se agarró a la barandilla de madera que adornaba la escalinata hasta la planta superior, cuando llamaron a la puerta. Era el día libre de Héctor, el mayordomo, por lo que él dirigió su voluminoso cuerpo hacía la puerta farfullando improperios acerca de quién sería a esas horas.

Abrió la puerta y varios guardias, sin esperar invitación, entraron ocupando el gran vestíbulo de la planta superior. Llevaban a un hombre maniatado y flanqueado por dos de ellos a los lados y varios más a su espalda que esperaban la oportunidad de asestarle algún golpe si se atrevía a intentar escapar.

Lola permaneció a un lado rezando para que su amo tuviese algo mejor que hacer que yacer sobre ella para descargar su frustración y saciar sus bajos instintos. El preso levantó la cabeza y Lola pudo ver que sus ojos, grises al igual que una nube de tormenta, la miraban directamente, no a ella, sino dentro de ella, leyéndola como un mapa abierto. Sintió un escalofrío que recorrió su larga espina dorsal y la dejó anclada en el sitio; helada.

El preso no dejó de mirarla ni un solo instante. Ninguno se atrevió a pestañear para no romper el hechizo que los había

hipnotizado, atrapándola en el turbulento mar que eran sus ojos. El capitán los miró sin entender qué sucedía.

–Lo hemos pescado mientras hacíamos la ronda. No hemos sido capaces de dar con el campamento, tampoco sabemos si estábamos lejos o cerca… No ha soltado prenda.

–¿Acaso es mudo? –bramó con esa rabia animal que lo gobernaba.

–No lo sabemos, pero no ha dejado escapar el más leve sonido; ni siquiera cuando le hemos golpeado –confesó el guardia con satisfacción.

Lola observó el color púrpura que adornaba su mejilla advirtiendo en ese momento que tenía el labio inferior inflamado y que un reguero de sangre, ya reseco, cubría la herida.

–Quiero verlo –exigió el capitán.

Uno de los guardias, ansioso, golpeó al joven en el estómago y este, a pesar de doblarse por el dolor, no dejó escapar nada más que el aliento.

Ella no podía creer lo que estaba viendo. Quizás sí que era mudo, pues no era posible que un hombre aguantase esa embestida brutal en el estómago sin soltar ni la más leve de las quejas.

–Otro –pidió curioso.

El joven guardia volvió a golpearle repetidas veces en el estómago y los riñones e incluso le hirió el rostro ya lastimado. Lola contempló, con horror, cómo un hilillo de sangre salía disparado y daba en la perfectamente planchada chaqueta del monstruo, que miró la sangre con desprecio y se deshizo de ella en el acto.

–Tendré que quemarla, no sea que la sangre de este delincuente pordiosero me contagie de tisis, tuberculosis o algo peor.

Sus ojillos de cerdo brillaron de malicia, se divertía poniendo a prueba el aguante del bandido.

–Está bien, mañana le haremos hablar. Ahora llevadle abajo, a las celdas. Haced guardia, estoy cansado.

Lo dijo con tono divertido, tal vez su humor sería más agradable tras haber dado con uno de ellos. Ella volvió a mirar al joven y él le devolvió la mirada y asintió, como si descifrara lo que el cuerpo de Lola callaba pero su mente gritaba en silencio, una súplica ahogada del terror que inspiraba en ella.

Los guardias cogieron al hombre por los brazos y lo levantaron para llevarlo abajo. De camino a las celdas pasaron cerca de ella, que estaba cobijada en el hueco de la escalera que daba acceso a la planta inferior, donde además de otras dependencias se encontraban los calabozos. Arropada por las brumas de las sombras, Lola le miró directamente a los ojos.

Había algo en su mirada que la calmó. Sabía que debía temerle, que pertenecía a los rudos y sanguinarios bandoleros, sin embargo un calor nuevo y extraño se abrió paso en sus entrañas. El hombre levantó de nuevo la vista hasta fijar de nuevo sus hermosos ojos en los de Lola. Por un instante, le pareció verle sonreír y su corazón latió por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Cuando los guardias desaparecieron, su dueño le indicó que volviese a seguirlo.

–Por favor –suplicó con la voz rota por el dolor –, no quiero hacerlo. No… no me obligue.

–Vamos, niña, sabes que te va a gustar. Sé buena y te haré disfrutar de lo lindo hasta que te corras y grites como la ramera que en el fondo eres.

Lola pudo oler en su aliento un fuerte aroma a *brandy* y continuó el camino hacia su celda particular, esa en la que él la torturaba cada vez que se le antojaba.

Cuando llegaron a su despacho, cerró la puerta y el pestillo, como siempre hacía. Una tenue luz iluminaba la estancia. La chimenea estaba apagada y las cortinas gruesas cerradas, por lo que la única claridad provenía de la triste lámpara colocada encima de la mesa. La estancia era lúgubre y fría; igual que su vida.

Los ojos empezaron a quemarle a causa de las lágrimas que se derramaban sin control por sus mejillas.

–Por favor, señor, no lo aguanto más… por favor –suplicó de rodillas.

–Vamos, vamos, pequeña… No llores así. Ven, levanta. Ya sabes que solo cojo un poco de ti y así salvas del calabozo al borracho de tu padre, que no sabe hacer otra cosa que beber, apostar y meterse en líos con la gente menos indicada. Al fin y al cabo es solo una manera de que pague por sus pecados.

El silencio que precedía a la muerte se apoderó de ellos. Lola sabía que no iba a poder librarse de él hasta que se cansara de ella o la matase y otra desdichada ocupara su lugar.

–Él está libre –continuó–, yo disfruto y te hago disfrutar. Todos contentos.

–Pero… Yo no quiero, por favor, no me gusta, me lastima –gimió desesperada.

–¡He dicho que te calles, zorra desagradecida! –gritó mientras se desabrochaba el cinturón que sostenía sus pantalones.

Ella, apoyada contra la mesa, lo miraba asustada. Trataba en vano de infundirse ánimos repitiéndose una y otra vez que poseería su cuerpo pero nunca su alma ni su corazón, pero en esos momentos en los que el terror de lo que se avecinaba la dejaba atrapada e inmóvil, sus vanos intentos de consolarse no le daban ningún resultado.

De nuevo él volvería a introducirle su verga fláccida en el cuerpo, otra vez notaría sus sucias babas resbalándole por la cara hasta empapar el vestido y sus manos grasientas agarrarían y lastimarían la tierna piel de su cuello, presionándolo hasta dejarla sin aire, mientras alcanzaba su repugnante alivio.

–¡No! –gritó de repente. No sería capaz de soportarlo, no, no lo sería, su cuerpo no lo aguantaría una vez más.

Trató de empujarlo con fuerza cuando se acercó a ella con esa sonrisa de suficiencia que le dedicaba, pero no pudo moverlo. A pesar de su edad y de la embriaguez que le recorría la sangre, con su envergadura podía controlar el pequeño y menudo cuerpo de Lola.

–Eres tan suave, tan tierna –susurró con su aliento pútrido mientras trataba de levantarle las faldas.

–No… por favor –volvió a gemir–. No siga…

Él hizo caso omiso a sus súplicas y la empujó con fuerza contra la mesa. El brusco movimiento hizo que la pequeña lámpara temblara y cayese al suelo y todo quedó sumido en la misma oscuridad en la que ella se encontraba.

–No importa –sonrió junto a su boca–, así no veré tu cara llorosa mientras te follo.

Esas palabras le devolvieron a la mierda de vida que le había tocado vivir gracias al malnacido de su padre. La había vendido y ese era su amo, el dueño de su vida. No podía pedir ayuda a nadie, pues ese hombre representaba la ley y cuando esta era la que trasgredía los límites, ¿a quién acudir?

Sintió, mientras lloraba en vano, los empellones y las manos en su cuello; supo que se acercaba su satisfacción. Ahí estaban las manos cerrándose alrededor de su pescuezo. Rezó por que terminase pronto… hasta la siguiente noche.

Los dedos callosos se enroscaban con demasiada fuerza. Trató de indicarle que le hacía daño, mucho, y que no era capaz de respirar, pero él siguió moviéndose convulsivamente mientras la apretaba más y más.

Iba a morir, la estaba asfixiando, sentía que sus pulmones se quedaban sin aire. Comenzó a sentir que se desvanecía y por un momento pensó que era lo mejor, dejarse llevar. Morir de esa manera no era lo que le habría gustado, pero al menos, si moría, no volvería a sufrir.

De repente, una voz enfadada, es más, furiosa, le gritó: *«¡No, no le dejes vencer! ¡Lucha por tu vida! Cambia tu destino».*

Esa voz le dio una fuerza nueva, desconocida. Era incapaz de comprender de dónde nacía, pero ahí estaba, empujándola.

Dejó de golpear la mesa con las manos y buscó a su alrededor cualquier cosa que la ayudase a librarse del abrazo feroz de la bestia. Cogió algo pesado y duro, no sabía lo que era ni le

importaba. Alzó la mano con las pocas fuerzas que le quedaban y le dio un golpe en la cabeza. Tras el ruido sordo, el peso de su cuerpo fofo y grasiento cayó sobre ella, que luchaba por llenar de nuevo sus pulmones de aire. Empujó el cuerpo que oprimía su pecho y este se deslizó, desmadejado, sobre el suelo de madera haciendo un ruido sordo y hueco.

Lola inspiró con fuerza y continuó tomando grandes bocanadas del preciado elemento para recuperar el aliento. Tosió y se convulsionó cuando el aire entró a raudales en su organismo. Quería detenerse, caer sobre sus rodillas y recuperar algo de fuerza, pero necesitaba seguir adelante, alejarse de lo que acababa de hacer, huir y dejar tras de sí el lío en el que se acababa de meter.

No quería saber qué le había hecho, su mente le gritaba que se marchase de allí antes de que la detuvieran por… ¿asesinato?

–¿Lo he matado? ¡Lo he matado! –sollozó.

No podía estar segura, pero no iba a detenerse para averiguarlo. Salió todo lo aprisa que sus pies temblorosos le permitieron y en su rápida huida a oscuras se topó con alguna parte del cuerpo yacente que le hizo caer al suelo.

Se puso de pie con rapidez y salió de la habitación sin demora, no tenía tiempo para mucho. Agradeció que en la casa esa noche solo estuviese la señora, que no podría levantarse aunque quisiera.

Corrió a su pequeño cuarto y metió en un petate lo poco que tenía: una pastilla de jabón con olor a lavanda, una pequeña medalla de su madre, lo único que conservaba de ella, y una vieja biblia de

cuero marrón a la que se aferraba por las noches rezando para tener una vida mejor.

Miró la biblia y decidió que era mejor dejarla. Acababa de perder la oportunidad de entrar en el cielo, después de lo que había hecho no era digna de tener un hueco allí.

Agarró la pequeña bolsa de terciopelo que contenía todos los ahorros de su vida, que eran escasos, y una pequeña navaja que usaba para cortarse el pelo. Minutos más tarde salía a toda prisa sin encender las luces para no llamar la atención. Tenía que escabullirse a oscuras para que nadie lo notase y tener tiempo de alejarse todo lo posible de aquel lugar.

Bajó las escaleras tan deprisa como pudo agarrándose a la baranda para no caer. Ya casi había descendido del todo, la puerta hacia la libertad estaba a solo un par de pasos de distancia, esperando ser abierta. Esperaba que no hubiese ningún guardia cerca, pues podría extrañarle que saliera de la casa a esas horas y sola; ellos eran conscientes de que ella nunca salía, al menos no sin su dueño.

La respiración se le aceleraba a cada paso que daba, pero al menos podía respirar. Se llevó una de las manos a la garganta, dolorida por el fuerte agarre. Al menos no volvería a hacerle daño a nadie, nunca más, estaba muerto. Ya casi rozaba el pomo con los dedos cuando notó que sus pies volaban; ya no estaban apoyados en el suelo. Iba a gritar, más que nada por el desconcierto que estaba sufriendo, cuando una mano áspera acalló el grito y otra, con firmeza, abrazó su cintura.

–Chiss, no grites –le susurró una voz suave al oído.

Lola comenzó a patalear; no podía gritar porque alertaría a los guardias y descubrirían lo que había hecho. Alzó la mirada y se encontró con aquellos ojos del color del mar en plena confusión que pertenecían al bandolero.

¿Cómo había escapado? ¿Qué hacía allí? ¿A dónde la llevaría? ¿Querría hacerle su rehén?

Las preguntas, para las que no iba a obtener respuesta, al menos inmediata, se agolparon en su mente confusa. El bandido abrió la puerta mientras ella no dejaba de agitarse.

–¡Maldita sea, mujer! No luches más, solo quiero ayudarte.

Su voz sosegada la ayudó a relajarse, ¿de verdad pretendía ayudarla? De todas formas no podía pasarle ya nada más terrible de lo que había vivido los últimos meses, ¿no?

Asintió con la cabeza, esperando que él se percatase del movimiento y, al parecer, lo hizo porque de pronto se encontró cabeza abajo sobre sus hombros. Parecía un saco de patatas mal atado. Temió que sus pechos se salieran por la postura, pero la impresión de verse en esa posición la dejó sin palabras.

Al salir a la noche, el viento fresco alivió un poco el sudor que le cubría el cuerpo y que, hasta ese momento, no había notado. Oyó el suave ulular de una lechuza. Mal augurio. Las lechuzas ululaban cuando alguien iba a morir… o cuando alguien había muerto.

Pensó en el maldito hijo de perra que yacía inerte sobre el suelo de su despacho. Al menos no habría lugar a dudas de en qué asuntos se encontraba cuando murió. Una sacudida le hizo darse cuenta de que el forajido, a pesar de tener gran parte de su cuerpo

dolorido por los golpes que le habían dado en su presencia, se movía con sigilo y sin aparente esfuerzo, aun cargando con ella.

Se adentró en el camino plagado de olivos que rodeaban las cercanías de la casa cuartel en la que residía el capitán y ella sintió cómo algunas ramas bajas arañaban las partes de su cuerpo que quedaban expuestas.

–¡Demonios! –maldijo una voz profunda y aguda–. ¿Qué traes contigo, Ángel?

–Un pequeño regalo que he encontrado en la noche.

Lola quiso protestar, pero su mundo de nuevo se puso del revés. El hombre la dejó bocabajo sobre la montura de un enorme corcel. Las costillas le dolían por la presión pero pensó que era mejor mantener la boca cerrada.

El jinete se subió y espoleó a su caballo, que comenzó a cabalgar con ímpetu. Las protestas de la mujer eran vanas; ese hombre, fuese quien fuese, al parecer la estaba ayudando a escapar y no iba a quejarse de que la fortuna por una vez le sonriera, aunque podía haberlo hecho de una forma más cómoda. No iba a recriminarle nada, pues estaba dándole la libertad.

Lola perdió la noción del tiempo. No sabía cuánto rato había pasado bocabajo, bamboleándose y con dolor en las costillas, pero cuando todo cesó se sintió aliviada. Se detuvieron en un claro de la espesa arboleda, junto a un riachuelo. El frescor que emanaba del río la refrescó. El hombre la bajó de la silla y la colocó en el suelo junto al agua, con cuidado, para variar.

–Bebe –dijo sin más.

Trató de llegar hasta el caudal de agua pero las piernas le fallaron. Las costillas le dolían por la cabalgada, la garganta por el agarre de la bestia y, debido a sus bruscos envites, sentía los muslos y el interior desgarrados. Sin poder contenerse, comenzó a vaciar todo lo que guardaba su cuerpo. Sabía que más tarde se avergonzaría, pero en esos momentos no era dueña de sus actos. Lo único que quería era deshacerse de todo lo malo que había quedado dentro de ella.

El hombre se acercó y, aunque ella trató de alejarse, la agarró con fuerza de la cintura sirviéndole de apoyo mientras vomitaba.

El vestido estaba hecho un asco, lleno de barro y de los restos de su olor; nunca podría quitarle ese olor de encima. Pero a él no parecía importarle lo más mínimo.

–Suéltame, por favor –suplicó entre sollozos.

–Nunca –dijo con suavidad.

Una nube oscura se apartó dejando paso a la gran bola plateada que era la luna aquella noche y que parecía dejar de ocultarlos ahora que estaban a salvo.

–¡Qué demonios…! Ven –dijo al otro.

–¿Pero qué es eso? ¿Quién se lo ha hecho? ¿Has sido tú?

–No creo, la he cogido por la cintura.

–¿Entonces…?

–No lo sé, cuando se calme que nos lo explique.

–Será lo mejor.

Pasaron unos minutos antes de que pudiera tranquilizar los temblores que sacudían su cuerpo y de que las arcadas desaparecieran por completo.

–¿Te encuentras más tranquila? –preguntó él otra vez con voz melosa.

Lola asintió mientras enjugaba los restos de bilis que habían quedado en la cara y la boca.

–Está bien, te dejaré un poco de intimidad, pero, por favor, no huyas. No vamos a hacerte daño, confía en mí –musitó.

Y ella le creyó. No debía, tenía que huir de él, de su compañero, de todos los hombres, que solo habían traído sufrimiento a su vida, empezando por el que debía haberla cuidado como a su mayor tesoro: su padre.

Ambos se alejaron, aunque a una distancia prudencial. Podía escuchar el rumor de sus voces. No es que lo deseara, pero no pudo evitar oír algo de su conversación; a pesar de que trataban de no alzar la voz, no eran capaces de guardar silencio.

–¿Y qué querías que hiciera con ella? No iba a dejarla allí. Por la forma en la que se escabullía de la casa estaba claro que huía de ese hijo de perra. Y tú sabes de lo que es capaz.

–Sí, lo sé, pero aun así…

–Lo siento, no podía dejarla, cuando la miré a los ojos…

–Está bien, Ángel, ya hablaremos más tarde cuando realmente estemos a salvo y ella se haya repuesto.

–Sí, será lo mejor.

Cuando los hombres se aproximaron de nuevo, Lola ya estaba más calmada. El mal sabor de boca seguía ahí y estaba segura de que duraría una larga temporada. Pero ahora eso no le preocupaba, estaba tranquila, había conseguido escapar. No tenía ni idea de

cuánto tiempo duraría su libertad, pero al menos, por el momento, la tenía en las manos y pensaba aferrarse a ella con todas sus fuerzas.

Cuando regresaron junto a ella, Ángel, su salvador, se acercó de forma tranquila y con las manos extendidas. Supuso que trataba de mostrarle que no llevaba nada con lo que pudiera lastimarla.

–¿Te encuentras mejor?

–Sí, un poco.

–Esas marcas… –preguntó señalándole el cuello.

–Una larga historia.

–Supongo. Soy Ángel.

–Lola.

–Todo un placer, Lola –murmuró, y llevó una de las manos de Lola hasta sus labios y la besó.

En el contacto ella notó la inflamación de su labio y recordó los golpes.

–Deberías curarte las heridas. No sé cómo pudiste hacerlo.

–¿Hacer? ¿El qué? –inquirió confuso al no saber a qué se refería la hermosa mujer.

–No gritar. Nunca había visto nada así.

–Ah, eso. No fue nada. No saben dar un buen golpe –sonrió, al tiempo que le guiñaba uno de sus hermosos ojos grises.

–Nubes de tormenta.

–No, no son nubes de tormenta –comentó alzando la mirada al cielo oscuro.

–Tus ojos, son del color de las nubes que anuncian tormenta.

Ante la extraña observación, sonrió más y unas pequeñas arrugas adornaron sus ojos. A Lola le pareció muy atractivo a pesar

de su nariz algo aguileña.

–Sí, supongo que sí. ¿Vamos? –le dijo tendiéndole la mano.

Lola la agarró con fuerza y esta la levantó del suelo para colocarla sobre el animal, delante de él. Ella se subió la falda para poder montar adecuadamente y colocó la tela sobrante entre sus piernas para ocultarlas de la mirada de los hombres.

–Pronto estarás a salvo –masculló él.

Lola no dijo nada. Trató desesperadamente de no sentir el pecho de aquel hombre en la espalda, pero cada vez que intentaba no pensar en ese calor, más consciente era de él. El suave trote del animal la sumió en su propio mundo, donde las imágenes se sucedían sin orden ni concierto: la sonrisa olvidada de su madre, aquel cuerpo sudoroso sobre el suyo propio, los golpes, las manos amables de la esposa de la bestia mientras le contaba las historias que encerraban las páginas de los libros… ¿Y ahora?

Ya no podría regresar, nunca. Quizás incluso tuviese que abandonar Andalucía, irse lejos, probablemente embarcarse hacia el Nuevo Mundo, rumbo a las Américas, donde nadie la conociera ni juzgara. Una nueva oportunidad de comenzar de nuevo, sola.